Un crush imperfecto



Silvia Paredes



Un crush imperfecto

Silvia Paredes

© Silvia Paredes, 2026.
Diseño de cubierta: @lady_fuxia
Imágenes: freepik.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, ni total ni parcialmente, sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Todos los derechos reservados.

Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación de la autora o bien se usan en el marco de la ficción. Los nombres de personas reales, marcas o canciones que se encuentran a lo largo del libro se han utilizado para darle más realismo a la historia, sin ninguna otra intención.

Para los que sienten demasiado,
aman sin frenos y siempre encuentran
el valor para volver a intentarlo.

Prólogo



River

Corrí sin dirección alguna, perdido en la oscuridad, sintiendo cómo la hojarasca seca crujía bajo mis pies con cada zancada, mientras escuchaba sus pasos firmes a mis espaldas. Aumenté el ritmo para dejar a ese tipo atrás, como si me fuera la vida en ello. Aunque, realmente, así era. Debía correr sin pensar en nada más,

centrándome en escapar, en mantener el pánico latente en mi mirada y la tensión en mi rostro, olvidándome de todo lo demás.

Habría sido fácil si no llevara veinticuatro horas sin pegar ojo, más juerga encima de la que mi organismo podría soportar y tanta ginebra en mi cuerpo como para hacer caer a un elefante. Habría sido fácil si no hubiera llegado a ese lugar después de uno de los eventos más épicos de todos los tiempos. Una fiesta inolvidable que debería haber sido la última para mí. Eso si no fuera un chico sin cabeza alguna que solo tenía una cosa en mente: disfrutar de la vida.

Eché un vistazo rápido hacia atrás, mi mirada se cruzó con la del cazador, que estaba a punto de darme alcance, con el cañón de su arma apuntando a mi cabeza. Aumenté la velocidad, serpenteando entre los árboles, tratando de despistarle, pero parecía imposible. Cada vez sentía sus pasos más cerca, podía percibir su aliento cálido en esa noche fría, erizando la piel de mi nuca, mientras ambos corríamos para cumplir nuestros objetivos. El suyo: alcanzarme. El mío… Cumplir con lo que se esperaba de mí. Con todo.

Me escondí detrás del tronco de uno de los árboles que me rodeaban para recuperar el aliento y antes de que pudiera darme cuenta, ese hombre ya se encontraba delante de mí, inmóvil, estudiándome con esos ojos oscuros que me acechaban, esos que pretendían arrinconarme. Porque así, sin verlo venir, me había convertido en su presa, en una especie de víctima 3.0, aunque nadie lo viera de esa forma. Quizá, nadie veía cómo era realmente porque no llevaban mis zapatillas ni habían recorrido mi camino.

El cazador puso su arma en mi sien y cerré los ojos con fuerza, sintiendo cómo esa bala ficticia me atravesaba sin remedio, justo cuando…

—¡¡Corten!! —gritó el director con tono duro y molesto, centrando su atención en mí antes de tomar una decisión—: ¡Cinco minutos de descanso! ¡Cinco! —Elevó la palma de su mano derecha para que todo el mundo la viera, como si eso le diese más firmeza a sus palabras, y caminó hasta mí con determinación.

—¿Qué ocurre? —pregunté cuando el actor que tenía a mi lado, el supuesto cazador, dejó su arma en el suelo y se alejó de

nosotros para ir hacia una de las autocaravanas, que se habían convertido en camerinos improvisados.

En cuanto los focos se encendieron y se dirigieron hacia mí, todos esos rostros conocidos con los que trabajaba se desvanecieron y solo pude ver sus miradas cargadas de reproche, las mismas que se clavaban en mi pecho con dureza.

—¡¿Qué demonios te pasa, chico?! —cuestionó el director, desconcertado, cruzando los brazos sobre su pecho—. Llevamos toda la noche para esto.

—Lo sé. Lo siento. —Froté mi frente con los dedos, apretándola con fuerza hasta acabar pellizcando el puente de la nariz, intentando concentrarme—. Ha sido un día… intenso.

—¿Intenso? ¡Eso es justo lo que quiero! ¡¡Intensidad!! Se supone que hay un asesino detrás de ti a punto de matarte. Debes transmitir pánico, terror.

¿Cómo no iba a transmitir algo con lo que llevaba conviviendo más de una semana? Justo desde que Liam, mi representante y mejor amigo, me contó que había apalabrado la grabación de una docuserie sobre mí para una conocida plataforma. ¿La única condición? Cumplir una lista interminable de cláusulas que formaban parte de un contrato que acababa de firmar, después de meditarlo durante horas. ¿Por qué? ¡Porque era una jodida locura! Y en la etapa de mi vida en la que me encontraba, ni siquiera era capaz de cumplir la primera de esas obligaciones.

Aún recordaba la cara de memo que se me quedó cuando Liam me llamó para contarme la sorprendente noticia.

—¿Una qué? —Quise abrir los ojos al contestar al teléfono, pero los párpados me pesaban toneladas. El ritmo de vida que llevaba iba a terminar conmigo.

—Una docuserie. ¡Están muy de moda! Muchas personas influyentes tienen una: cantantes, actores, modelos…

—Yo no soy nada de eso.

—¡No me jodas, River! ¡No me jodas! ¿Sabes lo que cuesta conseguir algo así? —protestó con su típico tono, alcanzando un exagerado nivel profesional que no le pegaba nada.

La confianza daba asco y nuestra relación había superado la fase de la amistad muchos años atrás. Demasiado tiempo juntos, supongo. A pesar de que nos conocíamos desde el colegio y desde entonces fuimos uña y carne, en muchas ocasiones me arrepentía de haberle contratado; casi tantas como él se quejaba de trabajar para mí.

—¿Te has acostado con la directora de la plataforma? —me cachondeé para sacarle de quicio. Aunque podría ser verdad. Y lo dudé durante unos segundos, justo hasta que contestó.

—Lo digo en serio.

—Yo también. ¿Has encandilado a la productora?

—Vete a la mierda, tío. Mañana hablamos —sentenció serio.

—¡Vale, vale! ¡Lo sieeento! Me has pillado durmiendo —dije como si fuera mi única excusa—. A ver, cuéntame. ¿Qué te han dicho? —me interesé, abriendo los ojos, por fin, y desperezándome para escucharle atentamente.

—Lo que te comentaba; sería una docuserie de diez u once capítulos. Dos temporadas. Quieren una especie de reportaje sobre tu vida. Algo muy visual —añadió—, que muestre quién es el verdadero River Cross, cómo ha sido tu infancia y tu juventud, qué te…

—Aún soy joven —le corté. ¡Claro que lo era, joder! Todavía me quedaban dos años para llegar a los treinta. Estaba en la flor de la vida.

—Me refiero a tu adolescencia.

—Imagino, pero… En serio, no creo que eso le interese a nadie.

—Lo hará. La gente te adora, River.

Un «no entiendo por qué» se quedó atascado a medio camino, en mi garganta, y no llegó a pronunciarse. Al menos, no en esa ocasión. Aunque lo sintiera así.

—Tienes más de tres millones de seguidores en las redes sociales, la gente está pendiente de lo que dices y de lo que haces. Será por algo… ¡Yo, de verdad, que no encuentro el motivo! —exclamó con ironía, haciéndome sonreír—. Pero los datos están ahí.

Estaban ahí, sí, y por más que buscaba una explicación, yo tampoco la encontraba. O sí… Tal vez, era porque no me conocían realmente. La gente solo veía de mí esa pequeña parte que mostraba en mis vídeos, en mis viajes, en mi día a día. Y lo que había visto en los últimos meses no era digno de admirar, la verdad.

—Es solo cuestión de suerte. Estar en el sitio adecuado, en el momento correcto, haciendo algo que llama la atención. Solo eso.

—¡Lo que tú digas! Eso sí, han puesto varias condiciones. No quieren escándalos, exclusivas ni portadas con más chicas. Solo piden que pases desapercibido hasta que salga la serie. Solo eso.

—¿Desapercibido? —cuestioné, enfadado—. ¡Yo no llamé a esos periodistas, joder! Solo salí de fiesta, bebí demasiado y me fui bien acompañado de esa discoteca. Es lo que hacen millones de personas cada día.

—¿Millones de personas para las que se supone que deberías ser un ejemplo?

—¡No digas gilipolleces, Liam! Yo no soy ejemplo de nada.

No, no lo era, y tampoco quería serlo. Llevaba una racha complicada, unos años en los que la fama y el dinero me pillaron en mi momento más delicado. Y eso sumado a la juventud, las compañías y que me gustaba demasiado pasarlo bien… era una mala combinación. La peor.

—No. Y menos aún, después del incidente —pronunció con retintín— con el coche de Kevin.

—¡Fue solo una broma! —exclamé—. Una jodida broma para reírnos un poco, aunque se nos fue de las manos.

¡Vaya si se nos fue! Solo unas semanas atrás, se me ocurrió una idea descabellada. Quise gastarle una broma a nuestro amigo Kevin y esconder su coche nuevo, un precioso Audi R8 gris que acababa de comprarse y le había costado un dineral, para darle el susto del siglo. Para ello, tuve que saltarme la valla de su casa y tomar prestadas sus llaves. La cara que puso cuando vio que el coche no estaba en su garaje mereció la pena; la repercusión que tuvo aquel vídeo, no tanto. Lo que, en un principio, parecía gracioso acabó convirtiéndose en un videoblog que demostraba mi impulsividad y sacaba a la luz mi lado más gamberro y despreocupado. Y las redes

se llenaron de noticias que iban desde «la gran broma de River Cross» hasta «River Cross se cuela en una propiedad privada para robar un coche de lujo». Pero el mundo en el que vivía era así y podía llevarte a la cima o hundirte de un solo plumazo.

—¿Puedo contar contigo? —cuestionó Liam, prudente.

—¿Para qué?

—¿Cero escándalos?

Lo pensé durante unos segundos, como si fuera yo quien decidiera meterse en aquellos berenjenales. Bueno, en algunos sí, pero otros, como salir de fiesta o acabar la noche muy bien acompañado, no eran nada extraño. Y solía hacerlo a menudo.

Suspiré, contrariado.

—Cero escándalos.

«Lo intentaré», me habría encantado añadir. Sin embargo, para no acabar con la tranquilidad de mi amigo, lo dejé estar. Sabía que él pensaba igual que yo, que Liam estaba seguro de que lo intentaría con todas mis fuerzas porque, después de todo… ¿a quién no le gustaría pasar unos meses rodeado de la tranquilidad más absoluta?

O ese era el plan.



—¡Eh, River! —El director subió la voz para captar mi atención, llevándome de nuevo a ese oscuro paraje, ubicado en Forest Park, en el distrito de Queens, en Nueva York, que habíamos convertido en el escenario del anuncio de promoción para la futura docuserie—. ¿Me estás escuchando?

—Sí, sí, perdona.

—¿Estás aquí o…? —Chasqueó los dedos delante de mi cara, a pocos centímetros de distancia—. Espero que tengas aquí la cabeza

porque necesitamos que te impliques en este proyecto al cien por cien.

—Estoy aquí. Al mil por cien.

Sonreí, condescendiente, creyéndome mis propias palabras o intentando creérmelas, al fin y al cabo. Porque cuando los focos se encendían y me alumbraban y esas miradas, cargadas de una especie de admiración, que no lograba comprender, me atravesaban, pasaba a ser un figurante y no el protagonista de ningún reportaje ni docuserie. ¡¿Qué demonios?! Si ni siquiera era el protagonista de mi propia vida.

Por eso, tenía prohibido mirar atrás. Mi pasado ya no me necesitaba, pero mi presente y mi futuro sí y no hacían otra cosa más que reclamar mi atención, avisándome de mi destino más próximo con las balizas de emergencia encendidas y un enorme cartel luminoso que me avisaba del impacto: «desastre inminente».

E irreparable.

Capítulo 1



Xana

Llevaba toda una vida esperando ese día. Había soñado con ello durante mi niñez, cuando solo era una cría de ocho años que memorizaba cada anuncio y disfrutaba aprendiéndose cada pegadiza canción publicitaria o jingle y la canturreaba durante horas, jugando a inventarme cientos de ellas y soñando con que alguna saliera en la televisión para tatuarme en la mente de las personas y sonar en su cabeza cada noche, justo a la hora de dormir. ¡¿A quién no le había pasado algo similar en alguna ocasión?! Justo en ese instante, cuando estás agotado por la rutina y lo único que deseas es cerrar los ojos para descansar, la típica melodía del anuncio de turno se cuela en tus recuerdos y no puedes parar de cantarla, jugando con tu descanso, repitiéndose una y otra vez cuando menos lo esperas. ¡Eso iba a hacer yo! Como una mosca cojonera zumbando a tu alrededor en el momento menos deseado.

Me habría reído de mis propios pensamientos si no estuviera tan nerviosa que me costaba incluso respirar. Porque llevaba años estudiando para convertirme en una gran publicista, trabajando para las mejores marcas, esforzándome cada día por ser mejor para lograr cada uno de mis objetivos. Y ese momento había llegado…

Me encantaba crear. De hecho, siempre estaba haciéndolo, aunque fuera sin darme cuenta. Tanto que mantenía conversaciones

constantes con mi subconsciente para dar salida y rienda suelta a mi imaginación, como si en mi cabeza viviera otro yo, otra Xana con la que me encantaba debatir. ¡Y enfadarme! Ese pequeño diablillo rojo que se colocaba en mi hombro derecho y me susurraba todo aquello que yo nunca me atrevería a pronunciar.

Llevaba mucho tiempo trabajando para sacar a la luz mi lado más profesional y llegar a ser alguien con una vida colmada de éxitos. Una enorme lista de objetivos que llevaba apuntada en mi agenda, organizada por colores y fechas; lista que no dejaba de perseguir y que estaba a punto de lograr. Una vida perfecta… Perfecta para mí. Lo que no sabía era que los sueños pueden desaparecer tan rápido como aparecen, en un simple segundo. O, incluso, en mucho menos.

Empecé a trabajar en Blink, una de las agencias publicitarias más reconocidas y mejor valoradas de Estados Unidos, durante mi primer año de carrera. En realidad, solo fueron unas prácticas, pero mis ganas, mi compromiso y mi actitud proactiva me llevaron a formar parte del equipo y afianzarme en el departamento creativo. ¡Aquello era una completa locura! Un edificio de dos plantas, totalmente acristalado, con una de las mejores vistas de Central Park y un ambiente que invitaba a quedarse. Por eso, luché por no moverme de allí. Blink no parecía un lugar de trabajo, más bien era una forma de vida en la que cada uno de sus miembros se relajaba para sacar a la luz las mejores ideas y llevarnos al éxito asegurado. No existían los horarios estrictos y era difícil encontrar a alguien sentado frente a su ordenador durante horas; allí predominaba la creatividad y la mejor manera para despertarla era fluir.

Solo un par de meses atrás, Henry Wilson, el director de la agencia, nos había avisado de que no tardaría en jubilarse. Había fundado la empresa junto a John Davies, su mejor amigo y antiguo director creativo, más de cuarenta años atrás, tiempo suficiente para afianzarse en el sector y convertirse en lo que era actualmente, pero este último se acababa de jubilar y se había corrido la voz de que el que lograra alcanzar su puesto, acabaría convirtiéndose en el líder de la empresa cuando Henry decidiera abandonarnos. En un primer momento, ser directora general me pareció demasiado, algo

inalcanzable, pero… ¿el puesto de director creativo? ¡Estaba hecho para mí! Siempre había soñado con algo así y no veía nada mejor que conseguirlo en un lugar como aquel.

Aún recordaba el momento en el que se lo conté a Oliver, mi prometido. Estaba tan emocionada que entré gritando en nuestro pequeño piso. Pero… ¡¿qué iba a hacer?! Si mi yo interior estaba haciendo piruetas mortales mientras sacudía unos esponjosos pompones de animadora entre sus manos.

—¡Oliver! ¡Oliveeer! —chillé en cuanto abrí la puerta—. ¡No te lo vas a creer!

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —Corrió hacia la entrada, preocupado—. ¿No irás a decirme que nos hemos quedado sin iglesia? O, peor aún, ¿la *wedding planner* nos ha dejado tirados y se ha largado con nuestro dinero a una isla paradisiaca? Mierda… —divagó por lo bajo, haciéndome sonreír, como siempre.

—¡John se marcha de Blink y su puesto está en juego! —grité dando palmas—. ¡Tengo que conseguirlo! ¡Voy a conseguirlo!

«Ya puedes ponerte las pilas…», me avisó mi subconsciente con un tono que no me gustó ni un pelo.

Lo ignoré y me dejé arrastrar por la emoción de Oliver, que me alzó en el aire y dio varias vueltas completas conmigo, emocionado.

—¡Esa es mi chica! Estoy seguro de que lo conseguirás. Llevas siete años en esa empresa; no hay nadie mejor que tú para el puesto.

—Bueno, están Lucas, William y Ava; llevan más tiempo que yo, pero…

—Pero no hay nadie mejor que tú para ese puesto —repitió, tratando de convencerme—. Vamos, tengo una botella de vino en la despensa que estaba esperando a que llegara una ocasión que mereciera la pena. Y esta es la mejor.

—Ah, ¿sí? —cuestioné melosa.

—¿Que mi mujer vaya a convertirse en la nueva directora creativa de Blink? —Sus labios se curvaron en una sonrisa que acabé besando—. Creo que es motivo de celebración.

«No te lo creas. Aún», me puso en aviso mi otro yo, advirtiéndome de que puede parecer que alcanzas tus sueños y los rozas con las yemas de los dedos, pero lo mejor es no adelantarse a los acontecimientos ni creerse que has conseguido algo que aún ni siquiera has llegado a visualizar.

«¡¡Cállate!!», le grité mentalmente.

—Tu futura mujer —le corregí sin perder esa mueca de ilusión —. Aún queda un mes para que nos casemos.

—Te equivocas. —Me besó con deleite—. Un mes, tres días y… cuatro horas.



¿Quién podría culparme por la emoción que me arrollaba? Cualquiera en mi situación se habría sentido igual. Estaba segura. Iba a conseguir el puesto de mi vida y a casarme con el hombre de mis sueños, ¿qué más podría pedir?

Me levanté dos horas antes de que empezara mi jornada laboral. No había podido pegar ojo; los nervios me superaban. Así que me di una ducha tranquila, bajo el chorro del agua caliente, e hidraté todo mi cuerpo con una buena capa de crema, con olor a coco, que extendí por mi piel con delicadeza. Me puse unos pantalones de pinzas grises, anchos, y un top blanco, que dejaba mi ombligo al aire, con unos zapatos de tacón bajo, necesarios para aguantar un día cargado de tensión y de reuniones.

Antes de marcharme, con tiempo de sobra, fui a la cama y me incorporé sobre Oliver para despertarlo. Tenía el torso desnudo y deslicé mis dedos sobre él, sintiendo cómo se estremecía con mi contacto.

—Buenos días —susurró, adormilado.

—Me voy.

—¿Ya? —Miró el reloj, desconcertado—. ¿No es muy pronto?

—Quiero ser la primera en llegar. Además, me vendrá bien tomarme un café en la oficina antes de que todo empiece.

—¿Para relajarte? —se cachondeó y me reí—. Mucha suerte, cariño. Vas a conseguirlo; estoy seguro.

—Ojalá.

—¿Te espero para comer? Porque yo no volveré muy tarde.

Nunca lo hacía. Desde que terminó la carrera de Derecho y empezó a trabajar en el bufete de su padre, Oliver solía tener jornadas intensivas de mañana, por lo que siempre, cuando llegaba de trabajar, él ya estaba en casa. Normalmente, sacando su vena de *masterchef* a relucir.

—Imposible. Tenemos una reunión a las cuatro. Te aviso si llego para cenar. Porque no sé si me quedaré a tomar algo con los compañeros para comentar las novedades.

—Avísame cuando vuelvas —me pidió antes de darme un beso en los labios y volver a acurrucarse entre las sábanas—. Porque… tendremos que celebrarlo.

—Eso espero.

Cogí el bolso, el teléfono y las llaves y salí de casa mientras mis piernas se convertían en una gelatina con estabilidad nula. Me detuve unos segundos, agarrándome con fuerza a la barandilla de la escalera, e inspiré y espiré profundamente, tratando de mantener la calma, como si ese simple hecho pudiera darme el valor necesario para afrontar el día que tenía por delante.

Me puse los cascos y le di a reproducir mi lista de Spotify; sabía que ella pondría de su parte para relajarme y ayudarme a andar, dando un paso tras otro para alcanzar mi objetivo. Caminé por las calles lo suficientemente concentrada en las letras de las canciones como para dejar de lado los nervios que se removían en el centro de mi estómago.

Cuando vi el logo de Blink, ese óvalo plateado que simulaba un ojo, con varios destellos en su parte posterior y el nombre de la empresa en el centro, ese hormigueo incesante se hizo más intenso. Carraspeé frente a la puerta para deshacerme de esa amarga sensación antes de adentrarme en su interior y en cuanto esta se abrió de forma automática para permitirme el paso, disimulé y me

convertí en una persona distinta, en una gran profesional que había dejado sus miedos e inseguridades al otro lado de esos enormes ventanales.

—¡Buenos días, Cami! —saludé a la recepcionista, que ya estaba en su puesto de trabajo, tras el mostrador, como cada mañana, cuando llegaba.

—Buenos días, Xana. Llegas pronto hoy.

—¿Está Henry arriba ya?

—Está en su despacho. Ha llegado hace una hora junto a John. Parece que estáis todos nerviosos hoy…

—Es un día importante, Cami.

«¡¿Todos?! ¿Cómo que todos?», me alertó la otra Xana, poniéndose las manos a ambos lados de la cara mientras abría la boca, histérica.

—¿Todos? ¿Ya han llegado los demás?

—Algunos, pero la tensión se palpa en el ambiente —sentenció, devolviendo la vista a la pantalla de su ordenador—. Suerte, guapa.

—¡Gracias!

Me apresuré hasta el piso superior, aunque antes cogí una bandeja con dos cafés de la cafetería. No quería ganar puntos extra; aquel ritual era algo que solía hacer cada mañana, desde el primer día. Porque eso era lo que me dediqué a hacer durante mis prácticas: llevarles el café a los jefes, traer y llevar papeles, organizar viejas carpetas, hacer fotocopias… Lo típico. Y es algo que mantuve durante años; no quería perder esa esencia. Además, me servía como reunión mañanera para ponerme al día de lo que nos esperaba. Y quizá, por eso, mi relación con Henry traspasó lo profesional y este se convirtió en un gran profesor, y compañero, que me enseñó todo lo que sabía, convirtiéndome en la publicista que era ahora.

Cuando llegué a su oficina, lo que vi a través de la puerta acristalada me dejó petrificada, pero intenté que no me paralizara por completo. Golpeé el cristal con los nudillos y entré en cuanto mi jefe me hizo una señal para que lo hiciera. Las tres personas que se

encontraban en su interior me miraron con curiosidad; sobre todo, la chica que estaba sentada junto a John.

—Buenos días. Os he traído unos cafés, pero no sabía que estabais acompañados. Si no, habría traído uno más —dije con amabilidad.

—Buenos días, Xana —me saludó John, cogiendo su taza de la bandeja—. Muchísimas gracias.

—Buenos días, Xana. Llegas pronto… —Henry miró su reloj—. Aunque casi que lo prefiero. ¿Puedes sentarte un momento?

«¡¡Peligro!! ¡¡Peligro!!».

—Claro.

Dejé la bandeja en la mesa, cogí una de las sillas que había a mis espaldas y la coloqué al otro lado de John antes de sentarme.

—¿Conoces a Grace? —Señaló a la joven, que me miraba con una enorme sonrisa en su rostro. Negué con la cabeza, dubitativa. No, no la había visto nunca—. Es mi sobrina, acaba de llegar de Londres. Grace —la miró—, ella es Xana, una de nuestras mejores publicistas.

«Estás a punto de estrellarte», susurró mi otro yo, provocando que el temblor de piernas se convirtiera en uno generalizado.

—Encantada —dijo Grace con simpatía, alargando su mano para que la estrechara.

Me quedé bloqueada. En ese momento, miles de opciones pasaron por mi mente, pero no la que estaba a punto de ocurrir. De eso, estaba segura.

«Saluda», me ordenó mi subconsciente. Le hice caso y agarré la mano de la chica con suavidad, sacudiéndola ligeramente. «¿Podrías hacerlo sin parecer imbécil?», se cachondeó, provocando que cambiara mi gesto al instante.

—Igualmente.

—Como te he dicho, Grace es mi sobrina y acaba de llegar de Londres. John y yo llevamos varias semanas dándole vueltas al tema, decidiendo quién será el nuevo director creativo y créeme cuando te digo que tu nombre ha estado en este despacho en muchas ocasiones.

—Eres una de nuestras mejores trabajadoras —le apoyó John.

—Pero… —continué con la frase sin darme cuenta.

—Pero debemos ser realistas. Una cosa es lo que nos gustaría y otra, muy distinta, lo que necesitamos o lo que podemos hacer. Seguimos estando en cabeza a nivel nacional, pero hemos perdido varias campañas en los últimos meses y nuestros beneficios han descendido considerablemente. Ha llegado el momento de tomar decisiones —siguió Henry—. Decisiones importantes que nos llevarán a lo que seremos en un futuro y aunque nos gustaría que siguieras con nosotros…

«Te lo dije».

¡¿Qué?! No pude escuchar más. Lo que dijo a partir de entonces es como si nunca hubiera existido. Mi mente se bloqueó, mis oídos se cerraron y pude sentir cómo mi corazón dejó de latir, tambaleando mi existencia.

—¿Perdón? —cuestioné, confundida, unos segundos más tarde.

—Te agradecemos enormemente todo lo que has hecho por nosotros —murmuró John, aunque no entendía qué demonios pintaba él allí. ¿No se había jubilado? Pues debería regresar a su piso, con su mujer o irse a alimentar palomas en el parque para entretenerse, pero no quedarse allí para joderme la vida—. Gracias a ti hemos sacado adelante algunas de nuestras mejores campañas. Hemos puesto a todos sobre la balanza, pensando quién debería ocupar ese puesto, pero no podemos teneros a todos aquí. Tus compañeros llevan más tiempo a nuestro lado y es algo que hemos tenido muy en cuenta, por lo que no nos parecía adecuado prescindir de ellos.

—Pensaba que estábamos buscando al futuro director creativo, no una cabeza de turco de la que prescindir. —Mi indignación se notó en mi voz, pero no me importaba lo más mínimo.

—No nos malinterpretes —me pidió Henry—. Desde que supe que John iba a jubilarse, tuve claro que Grace iba a ocupar su puesto. Ha estudiado publicidad en Londres y tiene un máster en

marketing digital que nos vendría de perlas. Ya sabes que ahora todo es parte del mundo digital…

«Por no hablar de que es la sobrina del jefe…».

—No tienes que venderme a tu sobrina, Henry, de verdad —dije dolida.

—No es mi intención, Xana, pero quiero que nos entiendas.

—Os entiendo, pero no sabía que el hecho de tener nueva directora creativa significara tener que despedir a alguien —insistí, arrastrándome, pero no me arrepentí. En esos instantes, les habría rogado de rodillas que no me echasen.

—Todo ha sido muy rápido. En este mes sin John, nos hemos dado cuenta de que su sueldo nos ha venido de maravilla para destinarlo a nuestras campañas e incluso para contratar a actores más conocidos. Y también nos hemos dado cuenta de que al irse él, no ha ocurrido nada. —Le dedicó una mirada recriminatoria a su compañero—. Quiero decir… Necesitábamos un director creativo, pero con los puestos que tenemos, es más que suficiente.

—Y había que echar a alguien… —terminé por él.

«Ahí tienes tu ascenso».

—Lo siento —susurró la tal Grace.

—De verdad, Xana. Puedes estar segura de que esto no es algo premeditado, pero…

—Nos encantaría dejaros aquí a todos, pero no podemos. —En esa ocasión, el que acabó la frase fue John.

Me habría encantado pedirle que dejara de hablar en nombre de la empresa, ponerme a llorar o a gritar o… ¡¿qué sé yo?! En aquel instante, todo mi mundo se resquebrajó por completo.

A partir de ese momento, dejé de escuchar. Otra vez. Oí algo sobre una indemnización, detalle al que ni siquiera le presté atención. Supuse que lo hacían con la mejor de sus intenciones, para subirme el ánimo, pero… ¡yo quería mi puesto de trabajo! Había pasado a importarme una mierda ese ascenso; solo quería seguir en Blink.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal al imaginarme sin trabajo, las ganas de llorar más intensas que había sentido en toda mi vida provocaron un tremendo escozor en mis ojos y la necesidad

de largarme de allí se convirtió en algo imprescindible para seguir respirando.

—No te preocupes. Arreglaremos todo cuanto antes —oí que dijo alguien. Ni siquiera supe quién—. Puedes venir a recoger tus cosas cuando quieras.

¿Mis cosas? ¡Me importaban una mierda mis cosas! Excepto mi portátil, que seguiría en mi mesa esperando a que comenzara una nueva jornada de trabajo. El cactus de plástico, la enorme pila de papeles y las pocas fotos que decoraban mi escritorio podían quedárselas. A esas alturas, todo me daba igual.

—Genial —mascullé por lo bajo—. Muchas gracias, Henry, de verdad. Gracias por todos estos años.

Mi jefe se levantó y me dio un abrazo con fuerza, mientras mi mente no dejaba de echarme en cara esa actitud; solo me salía darle las gracias por todo lo que había aprendido a su lado, aunque no se lo mereciera.

Mis oídos volvieron a cerrarse y me despedí de John y de la trepa de Grace de la forma más educada posible. Cualquiera me habría llamado fría, estirada o cuadriculada por mi actuación. ¿Que me encantaría haberme puesto a dar gritos y mandarlos a todos a la mierda? Sí. Pero yo no era así… O no debía serlo.

En cuanto recogí mi ordenador y salí del edificio, evitando a los pocos compañeros que ya habían llegado, sentí cómo el suelo se abría a mis pies, lanzándome al más profundo y oscuro de los abismos. No sabía qué hacer, ni siquiera sabía dónde ir; sin embargo, en cuanto puse un pie en la calle, mis ojos se inundaron y las lágrimas empezaron a desbordarse sin remedio. Debía alejarme de allí y tenía que hacerlo cuanto antes si no quería cruzarme con el resto de mis compañeros y tener que empezar a dar explicaciones.

Cuando comencé a andar, mi destino ya estaba muy claro. Las lágrimas me dificultaban la visión y el disgusto me imposibilitaba la respiración; solo en casa podría digerir lo ocurrido y resguardarme del mundo. En cuanto llegase, llamaría a Emma, mi mejor amiga, mi salvavidas, y vería las cosas de otra manera. Estaba segura.

Lo que no esperaba, ni por asomo, era lo que me encontré en el que se suponía que era mi hogar. Metí la llave en la cerradura y en

cuanto crucé el umbral de la puerta, un sonido extraño captó todo mi interés.

«¿Y si es un ladrón? ¿Y si va armado?».

Cogí lo primero que pillé, la espumadera que se encontraba sobre la encimera de la cocina, y atravesé el pasillo en dirección a los ruidos. Según me iba acercando, estos se hicieron más claros. Y en un principio, me tranquilizaron. Era el agua de la ducha; lo que me llevó a pensar que Oliver se encontraría mal y aún no habría salido de casa, por lo que dejé la espumadera en el sofá y me dirigí al cuarto de baño para comprobar qué había ocurrido y contarle mis buenas noticias.

Antes de abrir la puerta, mi estómago se dobló por la mitad al oír los murmullos que amortiguaba el sonido del agua. Varios gemidos provocaron que las náuseas iniciales tras mi despido se convirtieran en bilis que ascendieron por mi garganta. Me puse la mano en la boca, como si eso pudiera contenerlas, y abrí despacio, muy despacio, para descubrir la cruda realidad.

Violet, una de mis mejores amigas o, en realidad, una de mis pocas amigas, se encontraba de pie, bajo el chorro del agua, con los ojos cerrados y las manos apoyadas en mis azulejos, disfrutando de la vida. De mi prometido, más bien.

Oliver, en cambio, estaba arrodillado, delante de ella, como si fuera la diosa a la que rezaba cada noche, con la cabeza hundida entre sus piernas, mostrándome una estampa que no podría olvidar en la vida.

—¡¿Qué coño hacéis?! —grité. Porque la rabia tenía que salir por algún sitio—. ¡Sois unos hijos de puta! ¡Los dos!

Ambos me miraron e incluso Oliver abrió la boca, sorprendido. Y no por mi aparición estelar, sino por mi forma de hablar. Como si ese fuese el jodido error en aquel cuarto de baño.

—Xana… —murmuró—. ¿Qué haces aquí? Esto no… No es…

—¿No es lo que parece? ¡No, por favor! ¡Terminad! ¡No os cortéis!

Salí de allí todo lo rápido que pude y bajé los escalones de dos en dos, tratando de alejarme de ese lugar cuanto antes. No me siguieron. Es más, llegué a dudar que salieran de aquellas cuatro

paredes; la situación estaba mucho más interesante en esa ducha… Pero yo debía huir. Debía escapar de esa vida lo antes posible.

Antes de que me ahogara por completo.

Capítulo 2



Xana

No sabía qué demonios estaba haciendo allí, en el JFK; en concreto, sentada en una cafetería con un capuchino caliente entre mis manos y con una pequeña maleta vieja entre mis piernas con lo esencial. Yo, que odiaba volar con todas mis fuerzas, con mi naturaleza enfermiza que adoraba la planificación y con alergia a los cambios y a los imprevistos, dejándome guiar por la espontaneidad. ¡¿Quién me lo iba a decir?! Aunque podría decirse que una infidelidad a un mes de mi boda y un despido a horas de mi deseado ascenso eran los mayores cambios que había sufrido en toda mi existencia. ¡¿Qué demonios?! Era un giro radical, una sacudida de ciento ochenta grados a mi vida. Una vida que adoraba… ¡Maldito Oliver!

Mi mente traicionera repasó cada una de las tardes que estuvimos estudiando el cuaderno que nos había prestado nuestra *wedding planner*. Un recopilatorio con todas las opciones posibles e inimaginables para organizar una celebración como aquella.

—Serás la novia más bonita de la historia —susurró sobre el lóbulo de mi oreja en más de una ocasión—. Estoy seguro.

Oliver era un zalamero de manual. Le encantaba decirme lo que sabía que me gustaría escuchar. Aunque ahora dudaba que pensara realmente todo lo que me decía. Nos pasábamos las horas

muertas, sentados en el sofá, ojeando los detalles, analizando todas y cada una de las posibilidades. Parecía una completa locura que tuviéramos que elegir entre tantas opciones: manteles, fundas para las sillas a juego, flores, cortinas y telas decorativas, detalles para los invitados, pequeños carteles para las mesas con los nombres de cada uno, canciones, hilo musical o banda… Un sinfín de tareas pendientes a las que parecía que habíamos conseguido vencer. Sin embargo, había algo que no logró superar nuestra relación: las largas piernas de Violet.

Las últimas cuarenta y ocho horas habían sido una pesadilla, una historia paralela digna de olvidar.

«O de borrar. Como si nunca hubiera existido».

Pero sucedió. Y dolía… ¡Vaya si lo hacía! De hecho, una punzada ardiente atravesaba mi pecho cada vez que me encontraba con las llamadas perdidas del que iba a ser mi marido en la pantalla del teléfono. Pero no podía cogérselo; no estaba preparada para hablar con él. Ni para afrontar la realidad, que me había golpeado como nunca.

Decidí resguardarme en el piso de Emma. Aunque… más que resguardarme, podría decir esconderme o hundir la cabeza bajo tierra, como un avestruz. No tenía ningún otro sitio donde ir; podría haber vuelto a casa, con mi madre, pero eso supondría tener que dar demasiadas explicaciones y nuestro contacto no era tan estrecho como para aguantar su cara cargada de arrogancia, que podría llevar tatuado en ella un «debes perdonarle» o «la boda debe seguir adelante». Porque para mi madre siempre había sido más importante el estatus que se suponía que te daban ciertas personas a si eras feliz o no junto a ellas. Pero ese era otro tema… El hecho es que acabé escondida en la casa de mi mejor amiga, un pequeño y moderno piso ubicado en Park Slope, Brooklyn. Y lo hice sin avisar.

Conocí a Emma en la universidad, durante nuestro primer año de carrera. No estudiábamos lo mismo, ya que ella se interesó por las audiovisuales, pero coincidíamos continuamente en una cafetería cercana y un amigo que teníamos en común nos presentó durante una de las primeras fiestas universitarias. Encajamos, sin más, como

si nuestras almas estuvieran hechas para complementarse y entenderse desde el minuto uno.

Compartimos las primeras experiencias universitarias, fiestas, amores y desengaños, éxitos y fracasos… Todo. Todo hasta que me abandonó, tres meses atrás, para mudarse temporalmente a Los Ángeles para estudiar un máster de cine, comunicación e industria audiovisual. Por lo visto, su tío era un conocido productor del mundillo que había planificado, coordinado y supervisado algunas de las últimas series de éxito y en él tenía un gran eslabón para cumplir su sueño, así que no lo dudó.

Su confianza en mí era plena, tanta que me dejó las llaves de su piso para emergencias y para que le regara las plantas, incluso sabiendo que a mí se me morían hasta los cactus de plástico. Por eso fui allí. Para regarle las plantas… Y para huir de mi vida.

Veinticuatro horas después del desastre, tras una noche sin pegar ojo y llorar hasta deshidratarme, acudí a ella; sentía que necesitaba hablar con alguien, soltarlo y, sobre todo, que me dijeran que estaba haciendo lo correcto y que, bajo ningún concepto, volviera a mi casa, a él, con las orejas gachas.

—¡Baby! ¿Qué tal? ¿Y estas horas? —cuestionó, desconcertada, a gritos, con su conocida efusividad. Emma era un torbellino de energía que desbordaba por cada poro de su piel. Aunque… por su comentario, parecía demasiado temprano incluso para ella. Y eso que había tenido en cuenta las tres horas de desfase horario entre ambas ciudades para llamarla—. ¿Se te han pegado las sábanas o qué? ¿Estás mala?

—Qué va. Estoy… Estaba… Estoy en tu casa.

—¡Genial! ¿Cómo va la Dracena? ¡Por favor, que no se te muera! Si sigues las instrucciones al pie de la letra, aguantará estos meses.

«¿La Dracena?».

«¿Instrucciones?».

«Espera… ¡¿Qué demonios es una Dracena?!».

—La Dracena, sí… Está… bien.

—Sabes cuál es, ¿no?

—No —dije tras un silencio en el que lo último en lo que pude pensar fue en plantas.

—¡La palmera, Xana! ¡La palmera!

—Ah, sí. La palmera está genial. —Creo que lo notó en mi tono. Tanto y tan bien nos conocíamos.

—¿Y tú? —preguntó precavida—. ¿Estás bien?

—No. No he venido a regar las plantas, Emma —murmuré, sintiendo cómo mi cuerpo se hacía diminuto—. He roto con Oliver.

—¿Qué? ¿Ahora? ¿Eres consciente de que queda un mes para…? —Pensó sus palabras antes de terminar la pregunta y sentí cómo se arrepintió al instante. Yo también había pensado en ello, en infinidad de ocasiones. Quedaba un mes para la boda; en concreto, treinta y tres días—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Tiene un lío con Violet.

—¡¿Qué?! —gritó, provocando que me apartara el aparato del oído—. ¡¿Con Violet?! ¡Te lo dije! ¡Te dije que esa chica no me gustaba ni un pelo!

Me había avisado. Muchas veces. Pero siempre quise pensar que mi mejor amiga veía a Violet como un obstáculo entre nosotras, como una piedra en el camino o esa persona que rompía nuestro dúo perfecto; esa tercera persona que sobraba en una pareja. Y, en el fondo, así fue.

—Los encontré en la ducha juntos. Prefiero no darte demasiados detalles.

—¿En vuestra casa? —cuestionó extrañada—. Creía que Oliver era más listo.

—Quedó con ella en mi horario de trabajo. Lo tenía perfectamente cuadrado. A saber cuánto tiempo llevaban así, hundiendo la cabeza entre sus piernas, arrodillándose en mi plato de ducha. Desgraciado…

—¡Joder, Xana! Menos mal que no querías dar detalles. Creo que no me quitaré esa imagen de la cabeza en la vida.

—Creo que yo tampoco.

—Espera, ¿qué hacías tú en casa? ¿Y qué haces ahora? ¿Has cogido vacaciones?

—Permanentes. Me han echado.

—¡¿Qué?! ¿Cómo te van a…? ¿No se suponía que esta semana elegían al nuevo director creativo?

—Sí. Ya lo han elegido. —Me quedé en silencio, haciendo una pausa cargada de suspense. O de dolor y decepción—. Grace, la sobrina de Henry.

—Joder, nena. Lo siento mucho.

El silencio regresó durante unos segundos; en esa ocasión, traducido en compasión.

—¿Sabes? Es como si en unas horas, me hubieran arrebatado toda mi vida, Emma; como si hubiera nacido para ser la secundaria de mi propia historia, como si no me mereciera el papel de protagonista ni en una mísera escena.

—¿Qué dices, tía? ¡Tú eres la jodida protagonista de tu vida! La única que decide. Que te estés cruzando con víboras por el camino no tiene nada que ver contigo.

—Ah, ¿no? Algo estoy haciendo mal, Em —dije apenas en un susurro, llamándola por ese diminutivo que sabía que le encantaba —. Estoy segura. Llevo toda la vida trabajando para conseguir ese puesto, demasiados años soñando y planeando la boda con Oliver, esforzándome para ser la profesional y la mujer perfecta y ahora…

—Ahora nada. Ahora debes empezar un nuevo camino. Solo eso.

—Ojalá fuera tan fácil.

—No, no lo es, pero para eso me tienes a mí, para salir del hoyo juntas. —Mis labios quisieron curvarse al escucharla, pero no lo consiguieron—. Escúchame. Tenías una vida antes de Oliver y de Blink y la seguirás teniendo después de ellos. —Analicé sus palabras y provocaron que sintiera un intenso escozor en los ojos, haciéndolos vibrar—. Te conozco, Xana, y sé que ahora mismo estarás torturándote. No hay nada malo en ti. Tú no has hecho nada mal. Simplemente, el destino está jugando contigo para que elijas un nuevo camino. Uno sin tantas víboras.

En ese instante, mis comisuras se elevaron. Un milímetro. Aunque no por ello mi gesto dejó de ser menos triste.

—Por eso he venido a tu casa. Necesitaba salir de allí.

—Al contrario, nena. Deberías volver a esa casa y patearle las pelotas a ese imbécil —sentenció convencida—. Lo haré yo en cuanto le vea.

—No puedo volver a esa casa.

—Sí, vas a volver. —Resopló—. A ver, puedes quedarte en mi piso el tiempo que necesites, pero tengo una idea mejor. Necesitas una terapia que lleve mi nombre. Y urgente. Así que ve a tu antigua casa, coge todo lo necesario y pilla el primer avión a Los Ángeles. Te estaré esperando en el aeropuerto.

—¿Qué dices, Emma? —cuestioné, escéptica—. No puedo irme así. No puedo coger un avión —sentencié, recordando uno de mis mayores miedos: volar. Yo era de esas personas que preferían tener los pies en la tierra.

—¿Por qué no? ¿Tienes algo mejor que hacer? Aparte de destrozar todas las cosas de ese desgraciado mientras recoges las tuyas. Podrías lanzárselas por la terraza.

—Debería… —Me lo imaginé.

—No me cambies de tema. Tienes que hacerlo. Te vendrá bien y vas a hacerlo —decidió por mí—. Necesitas un cambio de vida, deshacerte de todo lo que ha sucedido en los últimos días y… ¿qué mejor que cambiar de aires conmigo? Te prometo que conseguiré que te olvides de Oliver. Y de Blink.

—¿Y tu tío? ¿Qué dirá de que la loca de tu amiga se le meta en casa también?

—¿Mi tío? ¡Apenas le veo! No para en todo el día. Además, esta casa es lo suficientemente grande como para que podamos estar una semana sin vernos —exageró—. ¡En serio! ¡Será estupendo! No te lo pienses… Puede que ese sea tu problema, que piensas y analizas todo demasiado. Ha llegado el momento de dejarte guiar por tus impulsos. Y yo me convertiré en la voz de tu conciencia para que todo salga bien.

«Hazlo».

—Mira que eres insistente, Pepito Grillo. Me lo pensaré, ¿vale?

—No, no vale.

No sé por qué no lo vi venir, pero debería haberlo hecho. La conocía lo suficiente como para haberlo previsto. Emma cambió de

tema y lo que en un primer momento agradecí, ya que me distrajo con sus aventuras por California, acabó convirtiéndose en un billete electrónico con destino a Los Ángeles que llegó a mi teléfono menos de media hora después. ¡La madre que la parió!

En cuanto lo vi en la pantalla, un cosquilleo nervioso hormigueó en mi interior. Sería una aventura increíble, un viaje genial que me ayudaría a volver a encontrarme y, sobre todo, a salir de ese pozo en el que me veía inmersa, ahogándome. Lo sería si no odiase volar más que nada en el mundo. Solo con poner un pie en un avión, mi estómago se encogía, las náuseas me ganaban la partida y un miedo atroz se apoderaba de mi organismo.

Aun así, algo en mi interior gritaba «¡hazlo!» y un impulso desmedido intentaba obligarme a dar el paso porque…

«¿Qué podría salir mal?».



Y allí estaba, en el concurrido JFK. Tan nerviosa como si fuera a hacer algo ilegal, tan sobrepasada que estaba a punto de romperme. Aunque nunca lo haría… Tal vez, porque mi madre me había enseñado a actuar como debía, a medir mis actos y sus consecuencias y situarlas por encima de lo que sentía o necesitaba. Así había sido siempre. Y así debía ser.

Llevaba dos noches durmiendo en el piso de Emma, lamiendo mis heridas como si aquello pudiera llevarme a alguna parte, pero lo cierto es que ese poder solo lo tenía yo. Debía descubrir que solo mi forma de afrontar los problemas es la que decide el desarrollo de la historia y aunque me quedaba tiempo para averiguarlo, aquel paso adelante supuso un antes y un después en mi existencia.

La tarde anterior, después de asegurarme de que no había nadie en la casa que compartí con el innombrable durante casi tres años, fui allí con la intención de recoger mis cosas, que trasladé en

cajas hasta la casa de Emma. No sin antes coger la colección de camisetas de superhéroes de Oliver y sus cómics de Marvel —su más valioso tesoro— para lanzarlos por la ventana hechos mil pedazos. Así me aseguraría de que nadie se los llevara antes de que él volviera y pudiera encontrarlos en medio de la acera. Por no hablar de la figura de edición limitada de Iron Man, de la mítica escena del chasquido de dedos de *Vengadores Endgame*, y su legendario «yo soy Iron Man», que terminó desintegrada en nuestro microondas. Y… ¡¿para qué iba a negarlo?! Me seguía sintiendo igual de mal, pero, al menos, ver sus valiosas pertenencias hechas trizas me hizo adoptar una nueva perspectiva de lo ocurrido. Debía marcharme y disfrutar de esos días en Los Ángeles, la capital mundial del entretenimiento, para olvidar. Disfrutar… todo lo que pudiera.

Quedaban dos horas para que saliera mi avión, aunque con la suerte que tenía, en aquellos metros que me separaban de mi peor pesadilla, podía suceder cualquier nuevo percance, por lo que di un último trago de mi café y me dirigí hacia el control de seguridad. Siempre me imponían esos tipos que vigilaban la entrada a la zona de embarque; para mí, era como si sus ojos tuvieran rayos X que pudieran descubrir droga oculta en el doble fondo de la maleta.

«Eres la siguiente», me avisó, o me amenazó, mi mente cuando llegó mi turno y un ligero cosquilleo hormigueó en mi estómago. Mi mirada se cruzó con la del personal de seguridad, como si acabara de cruzar el charco y hubiera la más mínima posibilidad de que alguien hubiera escondido sustancias prohibidas en mi vieja maleta. Sí, era una dramática que siempre tenía en cuenta todas las opciones; sobre todo, si eran negativas para mí. ¡Pero nadie podría culparme por ello después de lo ocurrido!

Como debería esperar, no sucedió nada; cogí mis cosas y caminé hacia mi puerta. No sé qué demonios había metido en esa maleta, pero pesaba como si llevara un muerto dentro. O como si hubiera decidido esconder en ella todos mis problemas, que no eran pocos. El tiempo que estuve allí, esperando a que abrieran la puerta de embarque, pasó volando. Quizá porque temía que llegara el momento. No obstante, cuando llegó, me coloqué en la fila, sacando

fuerzas de flaqueza con la mente centrada en lo bien que me vendrían esos días.

Puse un pie en ese avión con una respiración profunda y le enseñé a la azafata la pantalla de mi teléfono, donde guardaba mi billete.

—Por aquí… —Señaló el pasillo, guiándome hacia mi asiento.

«¡¿Qué?!».

No sé dónde tenía la cabeza ni si la realidad estaba jugando conmigo o si mi mente se entretenía enredando mi percepción de las cosas, pero cuando me vi adentrándome en el pasillo de primera clase, no me lo pude creer.

«¡Jodida Emma!».

Me quedé allí paralizada, en medio del pasillo, contemplando la amplitud de mi asiento, y tuve que enviarle unos mensajes rápidos a mi amiga.

Xana:

¿Un billete de primera?
¿En serio, Em?
¿Has perdido la cabeza?
¡No tendrías que haberlo hecho!

Su respuesta fue casi inmediata, como si estuviera esperando a que la escribiera.

Emma:

Las penas desde primera son menos penas…
La vida se ve distinta desde esos asientos, créeme.
Y los miedos se afrontan mejor.
Así que… ¡disfruta del vuelo, amiga!
Te espero al otro lado.

Me habría encantado contestarle, decirle que ni siquiera me había preocupado por mirar el billete; no más allá de la hora, del día y número de vuelo. Pero supuse que lo sabía, que imaginaba que no tendría los ánimos como para fijarme en esos detalles y por eso lo hizo. Me habría encantado cantarle las cuarenta, pero ya tenía un par de personas detrás de mí, esperando a que colocara mi maleta en su sitio y me sentara. Por eso, la cogí con las dos manos, con

todas mis fuerzas, para subirla al portaequipajes, pero que llevara los dos últimos días sin comer, prácticamente, no ayudó demasiado para que pudiera subir ese bulto cargado de piedras por encima de mi cabeza.

—¿Necesitas que te eche una mano? —me preguntó el chico que estaba detrás de mí, justo a mi lado. Sin embargo, a esas alturas, dudaba del género masculino en todos los aspectos.

—Gracias, pero puedo sola.

No esperó para comprobarlo, me adelantó como pudo y se sentó en mi misma fila, al otro lado del pasillo, donde ya había otro chico esperándole. Usé todas mis fuerzas para subir la maleta por encima de mis hombros y cuando casi había rozado mi objetivo, mis brazos flaquearon, mi equipaje se cayó al suelo, provocando un sonoro estruendo, que toda la atención se centrara en mí y que mi ropa acabara repartida a mi alrededor.

«¡Ja!», se burló mi subconsciente mientras yo entrecerraba la mirada y resoplaba al mismo tiempo. La suerte no estaba de mi parte.

El chico que me había ofrecido su ayuda se levantó de un brinco y se agachó para ayudarme a recoger mis pertenencias con un «te lo dije» escrito en sus ojos grises.

—Es una maleta vieja —dije como excusa, como si ese fuera el verdadero motivo por el que mis calcetines de colores estaban desperdigados por ahí—. Una maleta vieja que debería haber tirado hace años —comenté furiosa, guardando mis cosas, pagando con ellas mi disgusto.

—No he dicho nada —murmuró el joven al ser consciente de mi actitud.

—Mejor —farfullé, maltratando una sudadera al colocarla en el interior.

—La maleta será vieja, pero la ropa es… muy muy moderna —susurró con una sonrisa gamberra que me habría encantado borrar de un golpe al ver lo que tenía en las manos. Mis bragas de la suerte. Una prenda blanca de algodón, alta, que me llegaba casi hasta el ombligo y que usaba en momentos puntuales, cuando tenía

la regla o me quedaba en casa, en chándal o en pijama, inflándome a helado de *cheesecake*.

Noté cómo mis mejillas se coloreaban mientras un ardor insoportable las incendiaba.

«Mierda…».

—Trae.

Se las arranqué de las manos de un tirón, de forma automática, y cerré la maleta. Sin embargo, al intentar deslizar la cremallera, me di cuenta de que esta se había reventado.

—¡¿En serio?! —protesté, maldiciendo para mis adentros.

—No conseguirás volver a cerrarla así —me avisó al ver cómo tiraba de la cremallera, como si eso fuera a funcionar.

—No me digas…

—Tengo una cinta en mi mochila. Si la atamos con fuerza, podría aguantar hasta que llegues dondequiera que vayas.

Creo que fue mi mirada la que le avisó de que no necesitaba más ayuda porque, sin decir nada, regresó a su asiento. Rebusqué en mi bolso, tratando de encontrar algo que pudiera ayudarme para solucionar el imprevisto, pero no había nada. Nada útil para esos momentos.

—Toma. —El chico se incorporó desde su asiento, situado a mi derecha, y me ofreció una cinta elástica naranja que cogí sin dudar. Era eso o… aguantar todo el viaje con la maleta abierta y caminar por el Paseo de la Fama de Hollywood sosteniéndola sobre mis brazos para que no volviera a abrirse—. La necesitarás.

—Gracias —dije cuando empecé a atarla con fuerza alrededor de mi equipaje.

No necesitaba ayuda. O no la quería, más bien. Lo único que necesitaba era un golpe de suerte, que el viento soplara a mi favor de nuevo, que la vida volviera a repartirme sus mejores cartas.

Y aunque aún no lo supiera, ya lo había hecho. A su manera…

Capítulo 3



River

Me gustaría recordar cada segundo de mi existencia. Todos ellos, pero uno en especial; ese concreto que me marcó para siempre y cambió mi vida de una forma drástica. El mismo que se había colado entre mis costillas y había atravesado mi pecho como una lanza, al rojo vivo, dejando esa cicatriz que estaría debajo de mi piel para siempre. Deseaba recordar ese día, ese horrible momento, para

analizar cada instante, cada movimiento, y encontrar la manera de cambiarlo, de modificar la trayectoria de mi destino y seguir en el camino que me llevaba directo a cumplir mi sueño. Aunque ya fuera demasiado tarde para eso. Imposible.

Cualquiera se habría sentido agradecido por estar en mi lugar. Y yo también lo estaba. De verdad que sí. A pesar de que en muchos momentos pareciera lo contrario. ¡¿Cómo no iba a estarlo?! Gracias a mi manera de ser, a mis ocurrencias, a mi labia o a algún motivo que aún desconocía, el éxito había llegado a mi vida sin esperarlo. Sin preverlo ni poder, incluso, llegar a imaginarlo; era algo que se escaparía del alcance de cualquiera. Porque cuando un éxito así, como el que yo estaba experimentando, llega a tu rutina de esa forma, se acaba convirtiendo en un huracán de desfase, viajes, experiencias inolvidables, chicas, fiestas y autodestrucción. Un huracán que sacude tu vida, tal y como la conocías, y pone tu mundo patas arriba, trasladándote a una nueva realidad paralela en la que es muy difícil diferenciar entre lo correcto y lo incorrecto, entre lo que deberías hacer y lo que haces. Porque en un mundo como aquel, en el que todo brillaba hasta el punto de deslumbrarte, era realmente complicado encontrar mi verdadero lugar. Sobre todo, cuando todo estaba a mi alcance a base de talonario o incluso gratis. ¡Gratis, joder! ¿Cómo no iba a perderme por el camino? ¡Era humano! Y joven…

Porque no estábamos hablando de pequeños detalles, joyería, caras deportivas o incluso ropa, no; estábamos hablando de que me pagaban por descubrir el mundo. Por ir recorriendo cada rincón y relacionarme con su gente, adentrándome en islas paradisiacas y visitando hasta el lugar más inhóspito de la Tierra. Y eso… ¡con todos los gastos pagados! ¡Como para no perder la cabeza!

Se suponía que era la imagen para millones de jóvenes. Liam se pasaba el día diciéndome —o echándome en cara, más bien— que ellos seguían mi ejemplo, que ejercía cierta influencia en mis seguidores. Una mala influencia. Pero… ¡¿qué cojones?! Yo era la última persona en el planeta en la que alguien tendría que fijarse. Era caótico, un desastre andante que no pensaba en el mañana; mi mirada no iba más allá de esa misma noche, para perderme en miles

de antros, en decenas de cuerpos distintos, con una simple sonrisa juguetona que me prometiera pasar un buen rato. Esa era mi vida. La de ahora… Una muy distinta a esa con la que había soñado, pero por la que me sentía tremendamente agradecido.

Se suponía que ahora tenía un objetivo certero, esa docuserie que tenía una condición bien clara: cero escándalos. Y no habíamos empezado muy bien…

En cuanto Liam me lo comentó, supe exactamente a qué se refería Santiago Campos, quien supervisaría el proyecto y me acompañaría, junto a su equipo, en mi próximo viaje: nada de convertirme en el protagonista de los últimos bombazos de las redes sociales. Justo lo que acababa de ocurrir.

Supongo que el hecho de que me vieran salir acompañado de aquella fiesta, más de una semana atrás, tuvo mucho que ver en lo que había ocurrido esa misma noche, ya que la gente se preguntaba si esa chica y yo éramos la pareja del momento. Parecía que no me conocían lo suficiente; no era muy buen amigo de las ataduras ni de las complicaciones. Pero puede que esa fuera la verdadera razón por la que los flases volvieron a apuntar hacia mí en el momento más inoportuno, convirtiéndome de nuevo en el protagonista de decenas de noticias distintas o *fake news*. Justo lo que había prometido que no ocurriría. De ahí, el enfado de la productora y la cara de pocos amigos de Liam en cuanto nos subimos a ese avión.

—Ey —le dije cuando me senté a su lado, apoyándome en el reposabrazos para acercarme a él, pero ni siquiera me miró. Su vista estaba clavada en la ventanilla—. ¿Se puede saber qué te pasa? Vas muy callado; demasiado para ser tú.

—¿Muy callado? —cuestionó con tono duro, centrando su atención en mí—. Esto ya no hay quien lo pare, River. —Me enseñó la pantalla del teléfono, en la que había una imagen mía. Una muy concreta del momento exacto en el que mi puño derecho se hundía en el pómulo de un chico.

—¡Ya se cansarán! Pronto encontrarán algo nuevo con lo que distraerse. No te preocupes. —Sus ojos se entrecerraron, cuestionando mis palabras sin decir nada—. ¡Joder! ¿Qué querías que hiciera?

—No lo sé, pero puedes preguntarle a la productora. ¿Meterte en una pelea delante de sus narices? —Rio con incredulidad—. ¡Es lo único que nos faltaba para que echen todo el proyecto abajo!

—Yo no me he metido en ninguna pelea. —Mi amigo arqueó las cejas y señaló su teléfono, donde aún se mostraba esa fotografía; la prueba del delito—. ¡Vale! Sí lo he hecho, pero no ha sido mi culpa.

—Pensaba que habíamos quedado en vivir en la tranquilidad más absoluta hasta que grabáramos la serie.

Sí, ese era el plan, pero se complicó. ¿El motivo? La noche de Nueva York. Aunque ni siquiera fui yo el que decidió salir a celebrar el final de la grabación del vídeo de promoción, sino todo el equipo. Lo celebramos por todo lo alto, pero el final fue muy distinto al que imaginaba. Porque nadie se habría esperado esa pelea en la que me vi metido gracias a una rubia de infarto; cuyo novio pareció enfadarse al vernos enrollándonos en el cuarto de baño de una conocida discoteca de la Gran Manzana. Lo que terminó con varios empujones y algunos puñetazos a diestro y siniestro; imágenes que acabaron desbordando las redes. ¡¿Qué otra cosa podía hacer?! No iba a quedarme quieto mientras un niñato, que ni siquiera habría terminado la carrera aún, se abalanzaba sobre mí. No se me daba bien eso de permanecer impasible… Y menos ante las injusticias. Y esa chica estaba sufriendo una muy grande. Lo primero, porque ella no tenía culpa ninguna de que su novio fuera un completo gilipollas. Y lo segundo, porque esa fue la principal razón por la que esa chica acabó en mis brazos.

—En cuanto lleguemos a casa, llamaré a Santiago para hablar sobre todo esto. Solo espero que no hayan cambiado de opinión por el follón de anoche.

—No creo; ya nos habrían dicho algo, ¿no?

—Ayer no estaba el horno para bollos, precisamente, ¿no crees? —Me encogí de hombros y me puse uno de los auriculares en el oído izquierdo cuando sentí que el avión empezaba a moverse—. ¿Podrás mantenerte al margen del mundo durante los próximos meses?

—Eso es imposible. —Le dediqué una sonrisa gamberra y se rio por mi comentario al darse cuenta de la realidad. Porque nuestra

vida estaba tan unida al mundo y a la actualidad que era imposible mantenerse al margen. Es más, creo que ni siquiera me lo habría planteado.

—Pues entonces… sienta la cabeza —dijo como si fuera fácil—. No te metas en líos, quédate en casa, adopta otro perro, ponte a estudiar o échate una novia, pero no jodas este proyecto; puede convertirse en tu cohete.

—¿Novia? —Arqueé una ceja a la vez que soltaba una pequeña carcajada—. ¿Yo?

¿Hablaba en serio o había perdido la cabeza? Me conocía. Demasiado bien como para hacer comentarios como ese. Solo había tenido una novia, Ana, durante la carrera. Estuvimos juntos dos años y se quedó a mi lado cuando toda mi existencia se derrumbó, cuando más la necesitaba. Sin embargo, la vida me enseñó que puede ser muy cruel y yo… Aprendí que era el momento de disfrutar y allí terminó lo nuestro. Era eso o abandonarme. Y ante esa opción, no hubo otra elección posible. Porque vida solo hay una y yo pensaba exprimir la mía hasta el último segundo.

Creo que ese comentario de Liam fue el principio de todos mis problemas. Probablemente, si le hubiera dado más importancia a ese «échate una novia», mi historia habría sido bien distinta, pero en aquel momento, lo dejé pasar. Y fue un error. Un grave error.

—Más te vale que cumplas lo que has prometido —soltó amenazador con su típico tono de advertencia, aunque con una leve sonrisa que suavizaba sus palabras.

Como siempre, no le hice caso. Pero en instantes como aquel, en el que su enfado superaba cualquier conversación que pudiéramos tener, lo mejor era dejar que las cosas se asentaran y permitir que el río siguiera su cauce. Con Liam solía ser siempre así. Aunque le entendía… Era él quien se esforzaba para que nuestros proyectos salieran adelante, el que trabajaba duro para que las marcas y los patrocinadores se interesaran por mí y yo no podía dejarle de lado. No ahora.

Pulsé el *play* para reproducir mi lista de canciones favoritas y los primeros acordes de *Demons* de *Imagine Dragons* empezaron a sonar justo cuando los motores rugieron, provocando esa intensa

vibración en el avión cuando este comenzó a coger fuerza al desplazarse por la pista de despegue.

No sé qué me llevó a desviar la mirada hacia mi izquierda, hacia el otro lado del pasillo, donde se encontraba sentada la chica a la que había ayudado con su maleta unos minutos atrás. Ni siquiera se sonrojó al sentir cómo la analizaba, recordando, probablemente, el momento exacto en el que recogí su ropa interior del pasillo. Creo que tenía toda la sangre concentrada en sus puños, que apretaban el reposabrazos con una fuerza sobrehumana que podría haber hecho que se desintegraran. Vi cómo cerró los ojos, con pánico, cuando el avión se separó del suelo y no pude hacer otra cosa. Había pasado muchas veces en mi vida por momentos como aquel.

—Oye… —dije apenas en un susurro, girándome sobre mi asiento para incorporarme hacia el pasillo, acercándome a ella todo lo que me permitía el cinturón de seguridad—. ¿Estás bien? —Asintió sin abrir los ojos, pero su rostro empezó a perder el color y me preocupé cuando vi que comenzaba a temblar. No la conocía, pero no me hacía falta hacerlo para saber cómo se sentía. La ansiedad me había golpeado muchas veces.

A la mierda…

Desabroché mi cinturón, aproveché el segundo en el que no vi a ninguno de los auxiliares de vuelo y crucé el pasillo para sentarme a su lado. En primera, los asientos no están pegados, como ocurre en turista, pero, al menos, estaba más cerca de ella que con ese pasillo interponiéndose entre ambos. La chica ni me miró. Creo que ni siquiera fue consciente de que me había sentado junto a ella.

—Me llamo River —dije al vacío porque sentí que nadie me escuchaba. Ella seguía concentrada en obtener algo de oxígeno—. ¿Me creerías si te digo que he pasado por situaciones similares en muchas ocasiones?

Inspiró profundamente y antes de soltar el aire, me dedicó una mirada rápida.

—La verdad es que no. No tienes pinta de ser de esos que se ponen nerviosos con facilidad. —Volvió a cerrar los ojos y siguió a lo suyo.

—Ah, ¿no? ¿Y de qué tengo pinta?

Sentí cómo su respiración se agitaba mientras el avión seguía alzándose en el aire y sus manos se agarraban a su asiento con más fuerza, si es que eso era posible.

—Tengo ganas de vomitar… O de desmayarme.

—Joder… —Cogí la bolsa para vómitos que había en el respaldo del asiento y se la ofrecí—. Toma. Respira dentro de ella. Te vendrá bien.

Me hizo caso y por primera vez, sus ojos se abrieron durante más de un segundo seguido. Empezó a respirar en el interior de la bolsa, cogiendo aire para aguantarlo y soltarlo lentamente.

—Sigue así. Lo estás haciendo muy bien —la animé, pero su mano izquierda seguía aferrada al apoyabrazos—. ¿Cómo te llamas?

—Xana.

—¿Xana? —Asintió—. Bonito nombre —quise distraerla—. ¿Es tu primera vez? —Negó con la cabeza, sin perder el ritmo de sus respiraciones—. ¿Vas a Los Ángeles a menudo? —Volvió a negar.

—No he ido nunca, pero he volado más veces. Por eso lo odio.

—Puesss… el avión es uno de los transportes…

—Más seguros que hay —terminó por mí. Y, entonces, supe que debía cambiar de tema—. Lo sé.

—Iba a decir uno de los transportes más rápidos. —Le guiñé un ojo, bromista—. Así que llegaremos a nuestro destino antes de que te des cuenta.

—No lo creo. —Volvió a cerrar los ojos. Habíamos dado un paso atrás—. ¿Siempre das consejos que no te piden?

—Solo a la gente que parece necesitar uno.

Puse mi mano sobre la suya para soltar sus dedos y que empezara a relajarse, pero en cuanto sintió mi roce, abrió los ojos para analizarme con un ceño fruncido cargado de aversión.

—Escúchame —susurré con la mirada anclada en la suya, transmitiéndole toda la tranquilidad que podía—. No voy a pedirte que confíes en mí; no nos conocemos, pero… —Pude verme reflejado en el color avellana de sus ojos, que aún vibraban con el brillo característico del miedo—. Estás bien. Estarás bien —pronuncié, seguro de mí mismo.

—No, no lo estoy. —Su mirada volvió a vibrar y no sé por qué, pero sentí que justo en ese instante, en esa afirmación, el pánico no tenía nada que ver.

—¿Eres de Nueva York? —Asintió, desviando la vista hacia el asiento delantero—. ¡Vaya! ¿Y qué es lo que más te gusta de la ciudad que nunca duerme?

—Su caos —contestó con seguridad—. O poner algo de orden en él.

—Te va a encantar California. —Volví a cambiar de tema, llevándola a mi terreno—. ¿Te gusta la playa? —Asintió—. Puesss… prepárate para conocer algunas de las mejores playas del mundo.

—¿Del mundo? —cuestionó escéptica.

—¡Claro! —exclamé, provocando que sus labios sufrieran una mínima curvatura por mi efusividad—. Mavericks, Huntington, Rincon Beach… ¿No has oído hablar de ellas?

—No.

—Son el paraíso del surf.

—No me gusta el surf. —Creo que vio en mi cara el disgusto, porque rectificó rápidamente mientras la calma de la conversación comenzó a colarse en su organismo. Sus revoluciones disminuyeron y su respiración empezó a tranquilizarse, aunque seguía manteniendo la bolsa sobre sus labios. Por si acaso—. Nunca lo he practicado. Sería incapaz de mantenerme de pie sobre una tabla.

—Habrá miles de cosas que no has probado. Y eso no quiere decir que no vayan a gustarte. —Mi tono quiso dar un giro radical en la conversación, pero tuve que frenarme y recordar lo que estaba haciendo allí, en ese asiento, junto a esa chica.

—Créeme, sé que el surf no me gustaría. Pero… por lo que veo, a ti sí.

—Na… —farfullé a medias, entre un «no» y un «nada», evitando la conversación—. Bueno, puede que el surf no te guste, pero Los Ángeles te encantará.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque has dicho que te gusta la playa —sentencié, convenciéndola—. Los Ángeles huele a playa, a brisa marina, a sol y a calidez, a relajación entre todo su caos. —Vi cómo cerró los ojos;

en esa ocasión, no por miedo, sino por algún recuerdo que se coló en su memoria mientras las comisuras de sus labios se elevaban en una pequeña sonrisa—. ¿Ves? No lo conoces y ya te gusta. Te encantará. Confía en mí.

—Creía que no ibas a pedirme que confiara en ti. Porque no nos conocemos —añadió con seriedad, repitiendo mis palabras.

—Puedes hacerlo. —Me encogí de hombros—. O no hacerlo. Pero siempre suelo tener razón. —Entornó los ojos, expectante—. ¿Ves? Estás bien. —La señalé, retirando la bolsa de sus labios y dejándola sobre mi asiento. Esas primeras respiraciones sin ayuda las hizo sin dejar de mirarme, como si yo tuviera cualquier poder sobre ese acto inconsciente e involuntario—. Estarás bien.

—Estoy bien —repitió en un susurro, autoconvenciéndose.

Me levanté para regresar junto a Liam que, aunque en un primer momento, me estuvo analizando para estudiar el motivo de mi cambio de asiento, tras comprenderlo, había devuelto su atención a la ventana y al paisaje que se veía a través de ella.

—Muchas gracias por… —empezó a decir Xana cuando vio que volvía a mi sitio.

—Te he salvado. Dos de dos, en un solo vuelo. Es demasiado incluso para mí —dije, chulito.

—Eres un poco…

—Encantador. Lo sé. —Sonreí, gamberro.

—Iba a decir que eres un poco insoportable.

—También lo sé. —Volví a sonreírle desde el otro lado del pasillo y me devolvió la mueca.

—Pero gracias.

Iba a ponerme el otro auricular para desconectarme del mundo, pero el gesto que me dedicó Liam me avisó de que tenía algo que decir.

—¿Por qué nadie ha grabado eso? Sería la solución para todos nuestros problemas.

—¿Para todos nuestros problemas? —Le observé desconcertado—. ¿El qué?

Señaló a la chica con la mirada.

—¡Imagínate! El mundo conocería al verdadero River Cross; un tipo trabajador, atento y cariñoso que se preocupa por los suyos y por los demás, ajeno a la noche, a fiestas y escándalos. Justo lo que quieren de ti, ¿no? —divagó, dramatizando, bromeando. Aunque siempre que Liam bromeaba, sus palabras escondían la verdad más absoluta.

—Pensaba que querían mostrar la realidad en esa serie… —seguí con su cachondeo.

—¿La misma que enseñas tú en tus vídeos? —se burló, dedicándome una última mirada cómplice antes de decidir con seriedad—: Si eso es lo que necesitan, les daremos justo lo que quieren.

Y esas palabras, que deberían haber sonado como una decisión profesional tomada por mi representante para velar por mis intereses, se repitieron en mi interior en forma de amenaza, de un aviso peligroso que sacudiría mi vida de arriba abajo. Como un tornado.

Capítulo 4



Xana

Podría haber sido el peor vuelo de la historia. De hecho, se convirtió en el peor de la mía. Aunque después de las últimas setenta y dos horas, no podía pedirle más a la vida. Lo único que quería y necesitaba era seguir respirando. Y, por lo visto, el oxígeno escaseaba en aquel avión. Nunca lo había pasado bien volando, pero aquel día, me superó y no por el viaje en sí, sino porque sentía que estaba huyendo, que mi vida había sido una mentira y que marcharme sería reconocer el fracaso absoluto de mi relación.

En cuanto puse un pie en el avión, sentí cómo empezó a faltarme el aire en los pulmones y con cada segundo que pasaba, la presión en el pecho se hizo más insoportable; tanto que apenas me permitía respirar. Quizá era mejor así; desmayarme y despertarme tras aterrizar en Los Ángeles. Habría sido el mejor plan del mundo, el vuelo deseado. Pero era demasiado pedir.

Podría decir que pasé la vergüenza de mi vida cuando mis brazos flaquearon, mi maleta se desintegró al caer en el pasillo y ese chico recogió mis bragas de la suerte del suelo, pero me daba bastante igual, la verdad. A esas alturas, mi dignidad se había quedado en el subsuelo. Le agradecí haberme echado una mano para salir del bloqueo en el que entré al verme en las nubes, de

manera literal, pero… ¿confiar en un desconocido? Ni loca. ¿En un hombre de nuevo? ¡¡Ni muerta!!

«Haces bien», me apoyó mi otro yo.

El resto del viaje fue soportable. Intenté mantenerme distraída mientras veía una serie en la tablet y me aislaba del mundo con los auriculares.

Una vez que el tren de aterrizaje tocó la tierra de nuevo, pude respirar tranquila. Ni siquiera sé cómo llegué hasta la salida del aeropuerto, donde había quedado con Emma, porque todo lo que hice desde que me levanté de mi asiento fue en modo automático. Necesitaba salir de allí cuanto antes y no pude pensar en nada más.

—¡Xana! ¡Eeey! —Escuché cómo gritaban mi nombre desde la distancia. La busqué entre la gente que esperaba ansiosa a sus familiares o amigos y la localicé corriendo hacia mí, tan emocionada como preocupada—. ¡Xana!

En cuanto me alcanzó, nos fundimos en un abrazo que duró más de la cuenta y tras el que me analizó al detalle, estudiándome de arriba abajo, como si tuviera que encontrar la parte rota en mí.

—¿Cómo estás? —Mi rostro contestó por mí antes de que me diera tiempo a responder.

—Viva. —Sonrió.

«Dramática», masculló mi subconsciente, al que me habría encantado dedicarle mi dedo corazón en todo lo alto.

—¿Ves? Te dije que el vuelo iría genial. Las penas en primera son menos penas —dijo orgullosa.

—Eso díselo a mi maleta —comenté, dedicándole una mirada rápida a mis pertenencias. No sabía durante cuánto tiempo aguantaría esa cinta naranja, pero esperaba que me diera una tregua. ¡La vida me debía una bandera blanca! Aunque fuera por unas horas.

—¿Qué demonios le ha…?

—No, ¿qué demonios se te ha pasado por la cabeza a ti? ¿Cómo se te ocurre comprarme un billete en primera? ¿Estás loca?

Alzó las cejas, como si la respuesta fuera más que evidente.

—Tranquiiila. —Puso su brazo sobre mis hombros y me atrajo hacia ella—. Si he comprado ese billete es porque puedo

permitírmelo. Y porque te lo mereces, peque. Sobre todo, por eso.

Volvió a abrazarme y me agarré a su cuerpo con fuerza. Lo necesitaba. La necesitaba.

—¿Estás bien? —Sus labios se curvaron en una media sonrisa y sus ojos se llenaron de preocupación, de complicidad, de comprensión.

—Lo estaré. Espero… —Me encogí de hombros, resignada.

—Yo me encargaré de eso. Pero te juro —recalcó— que en cuanto vuelva a casa, pienso patearle las pelotas a ese desgraciado. —Me miró en silencio, pero permanecí impasible. No pensaba impedírselo—. ¿Quieres que hablemos sobre ello?

—Prefiero que no. Lo único que quiero es dejarlo atrás. Aunque ahora me parezca imposible.

—No te preocupes. Para eso estoy yo. Además, todo lo que necesitas está aquí. —Se señaló, haciéndome sonreír—. ¡Los Ángeles te va a encantar! ¡Podemos ir al Paseo de la Fama para besar la estrella de Chris Hemsworth! —Dio saltitos emocionada, aplaudiendo, con la ilusión de una niña. Mi amiga estaba locamente enamorada del marido de Elsa Pataky, tanto como para llegar a hacer ese tipo de cosas, pero…

—Nada de Vengadores, por favor —le pedí al acordarme de Oliver y su adorada pasión.

«¿Acordarte?, ¿acaso le has olvidado en algún instante?», me echó en cara la otra Xana y entonces sí, le regalé la peineta mental que tanto se merecía.

—Tienes razón, nada de Vengadores. ¿Podemos conformarnos con Orlando Bloom?

—Nos vale, sí. —Le devolví la sonrisa, contagiada por su emoción, y sentí cómo la losa que llevaba varios días cargando sobre mi espalda se hacía más ligera. Un gramo más ligera, para ser exacta.

—Venga, vamos. Tengo el coche fuera. —Me quitó la maleta y empezó a tirar de ella, intentando ayudarme de cualquier forma posible—. Lo que te decía, podemos ir al Paseo de la Fama, visitar Beverly Hills, Santa Mónica, Malibú…

—Me conformo con pasar unos días tranquilos contigo. No me hace falta visitar nada, la verdad.

—Sobre la marcha. Ya lo iremos viendo. —Viniendo de Em, eso significaba peligro—. Ahora, vámonos a casa. ¡Ya verás qué casoplón!

Al salir del edificio, el sol de Los Ángeles me recibió, abrazándome con su calidez, y una sensación extraña me embriagó por completo. Era como si no fuese la primera vez que estaba allí, como si ese aire hubiera formado parte de mí en alguna otra ocasión, como si hubiera algo indescifrable que me unía a ese lugar.

—¡Sube! —exclamó tras un corto camino en el que me puso al día sobre el máster y sus compañeros. Aunque hablábamos casi todos los días; había poco que no supiera o algo nuevo que me pudiera contar.

Sacó un mando del bolsillo de su pantalón y cuando pulsó uno de los botones, las luces de un coche se iluminaron y… ¡joder! Mi boca se abrió de forma automática, casi a punto de desencajar la mandíbula.

—¿Este…? ¿Este coche? —titubeé.

«¡¡Joder!!», exclamó mi interior, asombrado.

—Ya te he dicho que a mi tío no le va nada mal por este lado del mundo.

Eso parecía, sí.

Nunca había sido muy de coches. Es más, ni siquiera entendía de marcas o les prestaba atención más allá de mi Mini Cooper blanco. Era pequeño y seguro, para mí; un coche para pasar desapercibida, ideal para moverme por Nueva York. En cambio, el vehículo que tenía frente a mí era todo lo contrario. Un Mercedes negro descapotable, más brillante de lo que nunca habría imaginado, me dio la bienvenida para recorrer las calles de la ciudad.

—¡Madre mía! Es precioso… —murmuré mientras Emma guardaba mi maleta y yo me subía al asiento del copiloto.

—Es una pasada, ¿verdad? Este juguetito se ha convertido en mi mejor amigo aquí. ¿Quieres ver cómo ruge? —Su sonrisa se convirtió en una mueca maligna, cargada de promesas que no me habría gustado descubrir.

—Me gustaría seguir viva, a poder ser.

—Eso es justo lo que vamos a hacer estos días, Xana. O lo que te voy a enseñar… ¡A vivir!

En una milésima de segundo, arrancó el motor y apretó el acelerador a fondo para dejar el aeropuerto atrás. Tuve que cerrar los ojos en varias ocasiones, mientras mi amiga serpenteaba entre el tráfico y se movía entre los coches con tanta ligereza como si llevara siglos viviendo allí y conociera aquellas carreteras a la perfección. Respiré profundamente, intentando olvidar, centrándome tan solo en coger oxígeno y dejar que mis pulmones se llenaran de aquella calidez que nos rodeaba mientras mi pelo ondeaba en el aire, sacudido por la velocidad.

—¡Es una pasada, ¿verdad?! —gritó Emma, con una mueca feliz por tenerme a su lado.

—Sí, sí que lo es.

Admiré la belleza de su paisaje y me quedé impresionada con sus contrastes. A mi derecha, alzándose sobre la ciudad como una muralla que la protegía, se encontraba la sierra de San Gabriel, cuya altura intentaba imitar los rascacielos que se elevaban debajo de ella. Mientras que a mi izquierda, a lo lejos, podía divisar la costa, acompañada de sus numerosas zonas verdes. Era una preciosidad… Un completo paraíso del que me enamoré nada más aterrizar.

—Ya llegamos —me informó Emma cuando dejamos la ciudad atrás y cogimos la salida más próxima.

Condujo hacia una zona residencial; en concreto hasta una urbanización privada, cerrada, cuya entrada estaba custodiada por dos guardias de seguridad. Uno de ellos se encontraba sentado en el interior de una caseta, vigilando varias pantallas, y el otro se acercó a nuestro coche con una mueca de confianza, señal de que conocía a mi amiga.

—Buenas tardes, Emma —la saludó—. Vuelves pronto hoy.

—¿Qué hay, Michael? —contestó ella, coqueta—. He ido a recoger a mi amiga al aeropuerto. Se quedará con nosotros unas semanas.

«¿Unas semanas?». Fruncí el ceño al escucharla.

—Michael, ella es Xana. Xana, Michael, el mejor guardia de seguridad de Palm Hills.

«¿Palm Hills?».

Solo entonces me di cuenta del enorme cartel que tenía a mi lado, con el nombre de la urbanización escrito en letras doradas.

—Eso no es lo que decías el otro día… —se quejó él.

—Bueno, el otro día estaba mosqueada, pero ya se me ha pasado.

Los miré a ambos. A él y a ella, una y otra vez, preguntándome a qué se debía tanta tontería, tratando de averiguar qué había ocurrido entre esos dos. Si me metía en culebrones ajenos, así, al menos, olvidaría el que se había producido en mi vida.

—Lo sé. Te debo un café —añadió el tal Michael—. Hablamos esta semana si te parece.

—Genial. Hablamos.

La barrera se abrió y Emma volvió a acelerar, pisando a fondo el pedal.

—¿Qué ha sido eso? ¿Michael? —Sonreí. O medio sonreí.

—Ya te he dicho que este coche es uno de mis mejores amigos aquí. Pues Michael es otro de ellos.

—¿Otro de tus mejores amigos? —Asintió—. Ya… Te lo has tirado —deduje. Porque no había más opciones. Emma no tenía amigos, en masculino. Ella era de las que pensaban que la amistad entre un hombre y una mujer era imposible. Por eso, todos sus *amigos* terminaban en su cama.

—¡Ala! ¡Ya estamos! ¡No todo tiene que ser sexo! —dramatizó.

—¡Qué fuerte! Te has acostado con el tipo de seguridad y no me habías contado nada.

—No me he acostado con Michael —mintió. Se lo vi en el rostro, por lo que alcé una ceja y ella me dedicó una mirada fugaz antes de reírse a carcajadas—. ¡Vale! Hemos follado. Un par de veces. —Hizo un giro brusco a la derecha—. Cuatro. O cinco.

No pude evitar reírme. Emma era la bomba. Una bomba de relojería a punto de explotar que no pensaba en las consecuencias de sus actos. Nunca. Y yo, en cambio, las analizaba al detalle. No

había término medio entre nosotras. Quizá, eso era lo mejor de todo.

—No tenía ni idea de que habías empezado algo con alguien.

—No es nada. Nada serio. Pero siempre que me voy a clase, él está ahí. Y cuando vuelvo, sigue ahí, así que solemos coincidir y hablar mucho. No te lo había contado por eso mismo, porque no es importante. Estabas tan preocupada por lo del ascenso que no quería liarte con gilipolleces.

Se quedó callada al darse cuenta de sus palabras. O puede que hubiera visto el cambio en mi gesto al escucharlas. Daba igual.

—Lo siento, quiero decir que no quería distraerte con algo que no va a ningún sitio.

—Tranquila. No pasa nada. Además, cuanto antes asuma que no tengo trabajo, mejor, ¿no? —Emma asintió.

«¿A quién quieres convencer?».

—Es solo que… ¡Joder! ¿Sabes cuánto tiempo llevaba esforzándome para esto? Para tener lo que tengo y ser lo que soy…

—Toda tu vida.

—Eso es. Y ahora… De un día para otro, no tengo nada, Em. —Mis ojos se encharcaron sin poderlo controlar—. Ni a Oliver ni a Blink. No tengo nada.

Empecé a llorar sin remedio, como si llevara días esperando a estar allí, con mi mejor amiga, para permitir que las emociones me desbordaran a su antojo.

—No te equivoques. Me tienes a mí. Y yo siempre voy a estar aquí para evitar que te hundas, ¿me oyes? Siempre. —Sorbí por la nariz, rota, totalmente destrozada, intentando reconstruirme con sus palabras mientras Emma acariciaba mi pierna con cariño—. ¿Sabes cuál es tu problema?

—¿Solo uno? —quise bromear.

—Crees que tener el control te hace fuerte.

—¿Y no es verdad?

—No lo sé. Puede que sí, pero a veces, rendirse también es una forma de poder. Y para eso estás aquí, para aprender a dejarte llevar, para disfrutar, para vivir como no te lo has permitido hasta ahora.

—¿Crees que no me he permitido vivir?

—No de verdad, Xana. Nunca te has dejado llevar, no haces lo que realmente quieres, siempre piensas en el qué pasará o qué dirán. Pero yo voy a enseñarte. —Detuvo el coche frente a una enorme casa blanca de dos pisos con formas cúbicas y enormes cristaleras—. Bienvenida a casa.

Me bajé del vehículo alzando la vista, analizando el moderno edificio que tenía delante, rodeado por amplios jardines verdes.

—¿Qué te parece? —se interesó Emma al ver mi cara.

—No está mal.

—Nada mal. —Me guio hacia la entrada, señalándome una puerta basculante que había a unos metros de nosotras—. Ese es el garaje, pero siempre dejamos los coches fuera. Aquí hay tanta seguridad que nunca pasa nada, así que… —Hizo una mueca de tranquilidad absoluta y metió la llave en la cerradura para abrir—. Y este es tu nuevo hogar.

—Durante unos días —recalqué para que se diera cuenta de que me había percatado del comentario que le hizo a Michael, eso de que iba a estar por allí durante unas semanas.

—Bueno, eso ya lo hablaremos.

En cuanto abrió la puerta, nos encontramos con un amplio recibidor del que partían unas escaleras que dirigían al piso superior. Era una casa grande, con espacios abiertos y decoración minimalista; muy bonita, sí, pero me daba la sensación de frialdad, como si le faltara justo eso que convierte una casa en hogar.

—Ya te dije que mi tío apenas está por aquí —comentó Emma como si me hubiera leído la mente, mientras nos adentrábamos en el gran salón que presidía la planta baja, frente al que había una cocina con una preciosa isla central y un pequeño aseo—. Es una pasada. ¡Tienes que ver las zonas comunes!

—¿Zonas comunes?

Tiró de mí con emoción y me arrastró hacia la zona trasera de la casa, a la que accedimos a través de una enorme puerta acristalada en el salón. Lo que vi allí me dejó sin palabras. Las demás viviendas, unas quince en total, estaban distribuidas alrededor de una piscina ovalada, junto a la que varias personas

tomaban el sol, tumbadas en unas bonitas hamacas de madera, y otras se cubrían de este bajo las palmeras. Era una estampa paradisiaca y la calma que se respiraba era absoluta.

—Es genial, ¿verdad?

—Lo es —contesté convencida.

—Y aquí es donde suelo pasar las noches, estudiando. —Señaló un cenador adosado a la casa, con acceso directo al salón, con una gran mesa de madera con sillas y dos mullidos sofás.

—Ya, estudiando —murmuré incrédula.

—Que sepas que estoy sacando muy buenas notas. Mi tío está moviendo los hilos y creo que haré las prácticas con él.

—¡Eso es estupendo, Em!

—¿Quieres comer algo? ¿Beber?

—Quiero… —dudé— sentarme aquí toda la tarde y disfrutar de las vistas.

Me dejé caer en uno de los sofás, hipnotizada por la comodidad que prometían, y me estiré como si llevara horas necesitándolo. Mi amiga me imitó y se sentó a mi lado para observarme como si esperara sacar alguna conclusión de mi actitud, pero… ¿qué quería que hiciera? No tenía elección. No podía hacer otra cosa más que resignarme, aceptar lo ocurrido y maldecir mi destino.

—Cuéntame, ¿qué ha pasado con ese segurata?

Pasamos toda la tarde allí, charlando como si el tiempo no hubiera pasado entre nosotras, como si aquellas semanas distanciadas no hubieran hecho mella en nuestra amistad. Así era; después de todo, hablábamos continuamente por *WhatsApp*. Todos los días, a todas horas.

Mi maleta —que aún seguía viva— continuaba esperando en mitad del salón; ni siquiera me había molestado en conocer la planta superior de la casa. Solo quería estar allí, con ella, y olvidarme del resto del mundo. ¿El problema? Emma no tiene autocontrol. Y en cuanto vi que se adentraba en la cocina y me dejaba allí sola, debería haberla temido. Me quedé sentada, contemplando a varios jóvenes que se lanzaban al agua de cabeza, mientras los rayos anaranjados de un atardecer inigualable los coloreaba.

—Cortesía de la casa. —Emma me ofreció uno de los dos vasos, con forma cónica y decorados con una sombrillita y una rodaja de naranja, que llevaba en sus manos—. ¡Están de muerte, ya verás!

—¿Qué es?

—Tequila Sunrise, baby. Lo necesario para olvidar.

—¿Tequila? ¿Quieres que muera?

«Ya salió la dramática…».

—¡Quiero que disfrutes! ¡Y que te dejes llevar! ¿No habíamos quedado en eso?

—Habías. Habías quedado en eso —recalqué—. ¿Acaso no recuerdas nuestra última noche bebiendo tequila?

«¡Como para olvidarla…!».

Nos enganchamos la borrachera de nuestra vida bebiendo chupitos de tequila. Uno tras otro, hasta que acabé vomitando el desayuno del día anterior sobre uno de nuestros acompañantes. ¿El resto? Es historia porque ni siquiera lo recordaba. Una espesa nube de humo acompañaba aquellos momentos.

—¡Claro que sí! Pero aquella fue tu última noche bebiendo tequila. Hasta hoy. Digamos que… ella y yo hemos seguido siendo buenas amigas —bromeó—. ¡Venga ya, Xana! Estamos aquí, en Los Ángeles, ¿no vas a disfrutar? Además, no vamos a movernos de casa. ¿Qué va a pasar? ¡Aquí dentro nada puede salir mal!

No debería haberla escuchado. No debería haberlo hecho, pero… ¡¿qué demonios?! Di un trago de mi bebida y estaba sorprendentemente buena.

—¿Qué has dicho que lleva esto?

—No lo he dicho, pero no lo pienses y disfruta. La idea es justo esa: disfrutar y olvidar. Sobre todo, olvidar.

No debería haberla escuchado, no. Nunca debería haberlo hecho.

Capítulo 5



Xana

No sé cuánto tiempo estuvimos en la parte trasera de la casa, ni cuántos tequilas había metido ya en mi organismo, pero el alcohol empezaba a pasarme factura. Tal vez, era mejor así. Dejarme llevar sin planear nada y beber; sobre todo, beber para olvidar. Y parecía que lo estaba logrando… Lo parecía.

—¿Recuerdas aquello que te conté sobre la chica del máster cuyo padre es director de cine? —me preguntó Emma, emocionada, antes de dar un trago largo de su bebida, y asentí, con la mente quién sabe dónde—. El otro día, fuimos al rodaje de su última película. ¡Y menuda pasada! Nos dijeron que justo esa misma mañana había estado Jason Momoa grabando. ¿Te imaginas que llego a verle? El mismísimo Aquaman.

—No soy yo mucho de Aquaman.

«Ni Oliver». No, él era más de Marvel.

—¡Anda ya! ¿Tú has visto esa melena? O mejor aún, ¿has visto esos pectorales? —Puse los ojos en blanco al escucharla.

Sinceramente, no estaba por la labor de fijarme en los pectorales de nadie. Ni lo había estado nunca. Hasta entonces…

«Excepto en los de Oli…», se recochineó mi mente. Le grité un «¡cállate!» silencioso, que bien podrían haber escuchado incluso en Nueva York.

¿Por qué no podía sacar de mi mente a ese gilipollas? Tal vez, porque olvidar no era tan fácil como amar. Al menos para mí. No podía dejar de querer de la noche a la mañana a una persona que llevaba tantos años en mi vida, a alguien que me había dado todo en mis peores momentos, a ese chico con el que pensaba compartir lo que me quedaba por delante. Las náuseas volvieron a mi garganta para acompañar a esos pensamientos. Y no, no era por el alcohol.

«Cógele el teléfono», escuché en un lejano susurro procedente de mi interior. Eché un vistazo rápido a mi móvil e ignoré las veinte llamadas perdidas que se anunciaban en la pantalla.

«Ni de coña», le contesté a mi subconsciente en un silencioso tono de aviso para que dejara de una vez ese tema de lado.

«No podrás evitarlo para siempre…».

—¡¿Qué narices?! —Emma se levantó de su asiento de un salto y se dirigió directa a mi mochila abierta, que había dejado sobre el sofá, a mi lado. Cogió mi agenda, que sobresalía por la abertura, y me la mostró asombrada, como si yo no supiera que estaba ahí—. ¿Has venido con tu agenda y tus miles de tareas pendientes? ¿En serio? —Vi en su gesto que no sabía si reírse o regañarme, pero optó por lo primero.

—Tengo demasiadas cosas pendientes…

«Ya no». Mi rostro se transformó al recordarlo, sintiendo cómo mis tripas volvían a encogerse. Era cierto; todas esas listas infinitas que estaban escritas en mi cuaderno, estratégicamente organizadas por colores, tenían que ver con Blink y con la boda.

—¡Eso es lo primero de lo que deberías deshacerte! —La elevó, como el mismísimo Rafiki a Simba, dando más fuerza a sus palabras—. ¡De esta agenda! No puedes vivir guiándote por unos horarios que tú misma te estás imponiendo. Y menos ahora… —Creo que a ella también le estaba empezando a afectar el tequila porque o no se estaba explicando muy bien o no la estaba entendiendo. No del todo—. Ha llegado el momento de empezar a fluir.

—Empezar a fluir… Ya. Es muy fácil decirlo, pero… ¿Sabes lo que he pensado mientras venía en ese avión? Que quizá cuando me marche de aquí, vaya a hacerle una visita a mi abuela.

—¿A tu abuela?, ¿a España? —Asentí—. ¡Es un paso! ¡Muy bien, pequeña! —Me felicitó orgullosa, como si hubiera logrado parte de su trabajo—. ¿Sabes qué? ¡A lo mejor me voy contigo!

Me reí por su comentario y porque el último tequila que me estaba bebiendo me estaba sentando mejor de lo que esperaba. Aunque lo del viaje a España, lo había comentado para que mi amiga viera que yo también era capaz de improvisar y dejarme llevar, era cierto que en ese avión pensé en hacerle una visita. Llevaba más de un año sin ver a mi abuela materna, que vivía en un pequeño pueblecito del norte de España. Yo nací en Madrid, pero cuando era pequeña, siempre, cada verano, solía ir a ese lugar mágico de Cantabria para pasar unos meses junto a ella; sin embargo, desde que mi madre se enamoró de un neoyorquino y nos mudamos a la otra punta del mundo, cuando yo solo tenía ocho años, todo cambió y esas visitas empezaron a espaciarse mucho en el tiempo. Por lo menos, hasta que fui mayor de edad, empecé a trabajar y a ganar mi propio dinero y volví a visitarla cada año.

Estaba deseando que llegara nuestro próximo encuentro, que sería solo en un mes, pero… ya no había boda. Ya no había plan. Así que podía hacer lo que quisiera.

—¡¿Qué cojones?! —exclamé, desinhibida, sin soltar mi Tequila Sunrise, quitándole a Emma mi agenda de las manos—. ¡Se acabó!

Mi amiga me observó divertida, pero estoy segura de que no se imaginaba, ni por asomo, lo que pensaba hacer.

Abrí la puerta de madera que separaba el jardín de las zonas comunes y salí, decidida, para dirigirme hacia la piscina. Ya era de noche, aunque aquella parte exterior estaba iluminada por elegantes y modernos farolillos con formas esféricas a lo largo del camino. Por allí ya no quedaba casi nadie, excepto dos jóvenes que charlaban sentados en unas hamacas.

—¡A la mierda! —Lancé mi agenda al agua y alcé las manos, victoriosa, como si aquello supusiera un gran logro para mí. No obstante, al ver cómo esas hojas, en las que iba media vida mía, se empapaban, sentí como si parte de mi alma se estuviera hundiendo con ellas.

«Enhorabuena».

Ya está. Estaba hecho.

—¡Esa es mi chica! —gritó Emma desde su asiento, eufórica por mi actuación.

—¡Oye! Oye, rubia. —Me giré para ver de dónde procedía esa voz que estaba llamando mi atención y, entonces, lo vi.

Un chico alto, moreno, con gesto serio, caminaba con firmeza hacia mí. Iba sin camiseta, vestido únicamente con un bañador mojado, señal de que acababa de salir de la piscina pocos minutos antes; cuyas gotas aún resbalaban por los mechones rebeldes de su pelo oscuro y deslizaban por su torso firme.

—¿Sabes que tenemos zonas específicas para tirar la basura? —se burló, colocándose delante de mí. Y aunque todo daba vueltas a mi alrededor, cuando le tuve allí, a pocos centímetros de distancia, me di cuenta de que ya le había visto antes. En ese avión.

«Mierda…».

—¿Me estás siguiendo? —Fruncí el ceño, desconcertada—. Porque puedo llamar a la policía y…

«Salió la dramática».

«¿Quieres hacer el favor de callarte por una vez?», me habría encantado gritar, pero me hubieran tomado por loca.

—¿Yo?, ¿siguiéndote? —me interrumpió—. Perdona, pero creo que yo podría decir lo mismo. Además, eres tú quien ha venido a mi casa y te has puesto a lanzar basura a la piscina.

—¿Tu casa? —cuestioné, confusa y mareada a partes iguales.

El chico asintió, impasible, y su amigo se levantó de su asiento para colocarse a su lado. Como si necesitara ayuda con esos bíceps…

—Mi casa —repitió, chulito.

—¡Lo que tú digas! Pero yo no he lanzado basura a ningún sitio. Es mi agenda. —Miré el fondo de la piscina—. O lo era.

—Pues no le tenías mucho aprecio, por lo que veo —murmuró con el mismo tono de antes—. Xena, ¿no? Como la princesa guerrera… —se cachondeó, provocando que su amigo riera por su comentario.

—Xana —le corregí.

—Muy bien, Xana. Pues creo que…

—¡River! —gritó Emma, sin moverse de su sitio—. ¡Déjala tranquila! ¡Y no te pases ni un pelo! ¡Es mi mejor amiga y estamos de celebración!

—Solo porque tú lo pides, Em —le contestó este con una mueca divertida.

—¡Venid, anda! Que no nos vendrá nada mal algo de compañía —les invitó a que se unieran a la fiesta. Aunque lo que menos me apetecía a mí era compañía masculina. Ni fiestas.

—Perfecto —farfullé por lo bajo.

Caminé de vuelta hacia el jardín de mi amiga, intentando andar lo más recta que podía, sintiendo sus pasos decididos a mis espaldas, escuchando cómo comentaban algo ininteligible.

En cuanto regresé a mi sofá, le dediqué a mi amiga una mueca de disgusto para que estuviera segura de que no estaba nada de acuerdo con su decisión y ella volvió a reír, orgullosa.

—¿Qué tal, chicos? —los saludó con cariño cuando ambos cruzaron la valla—. Ya estáis de vuelta, por lo que veo. ¿Qué tal ha ido por Nueva York?

—Mejor de lo que esperaba. Ha sido toda una experiencia —respondió el tal River.

—Sí, ya he visto las últimas noticias. River Cross liándola de nuevo. —Emma soltó una sonora carcajada y yo arrugué la frente, confundida.

«¿River Cross? ¿Noticias?».

—No se le puede dejar solo, ya sabes —comentó el otro.

—No estaba solo —dijo el primero con su manifiesta chulería —. Y yo no tuve la culpa de cruzarme con ese gilipollas. ¿Qué iba a hacer?, ¿dejar que me pegara sin más?

—Si no metieras las manos donde no debes… ¿Nunca te han dicho que van al pan? —Mi amiga se rio, pero el otro chico cambió su gesto por uno más duro y serio.

—Por eso le he encerrado. Retenido hasta nuevo aviso —dijo este.

—Como si fuera un delincuente —añadió River.

—Bueno, un poco delincuente sí que eres —se unió mi amiga, con complicidad, antes de recordar que yo seguía ahí, contemplando la escena—. Ella es Xana, mi mejor amiga, así que compórtate. —Levantó un dedo, amenazadora, observando a River con la mirada entrecerrada—. Xana, ellos son Liam y River. River Cross.

—Ya nos conocemos —le informó este último.

—¿Que os conocéis?, ¿de qué? —Emma subió la voz, escrutándome con la mirada, como si fuera delito que no le hubiese contado un detalle como aquel.

—Hemos compartido vuelo. —River se acomodó en uno de los sofás, junto a mi amiga, mientras que Liam se sentó al otro lado, más cerca de mí.

—¡Ah, claro! Ya te dije que los vuelos en primera son… más interesantes. —Emma me dedicó un mohín cómplice.

—No sabes cuánto. —Puse los ojos en blanco y di un nuevo trago de mi cóctel.

—Xana ha venido aquí a pasar unos días conmigo. No lo está pasando bien, así que, por favor, os pido que seáis amables con ella. —Miró a River—. Aunque tampoco te pases.

—Emma… —dije con tono recriminatorio.

—¡¿Qué?! ¡No he dicho nada! Solo es que…

—Em —insistí, pero ella era así; simplemente, me ignoró. El alcohol hizo que me ignorase o puede que ya tuviera trazado su maléfico plan, incluso, desde mucho antes.

—Créeme, Xana. ¡River y Liam son perfectos para ayudarnos con tu problema!

—¿Mi problema? —pregunté, desconfiada, temiendo lo que fuera a salir por esa boquita.

—¿Problema? —River arqueó una ceja, escéptico.

—Xana está aquí para aprender a vivir. —Ambos la miraron sorprendidos—. Sieeempre quiere tener todo bajo control y mide al detalle las consecuencias de sus actos. Por eso, ha venido aquí. ¡Los Ángeles es el lugar perfecto para soltarse la melena! Y vosotros vais a ayudarnos. —La mirada que le dediqué podría haberla desintegrado por completo, aunque no estuviese mintiendo. Mi amiga elevó las palmas de las manos, mostrándose inocente.

—Si me hubieras pillado en otro momento, nos iríamos ahora mismo a enseñarle a tu amiga cómo se vive aquí. —River le dedicó una mirada gamberra. Vale, era un vividor de manual. O tenía toda la pinta de ello.

—Sí. No es un buen momento para desmadres —le apoyó Liam.

—Todo un detalle por vuestra parte, pero nadie tiene que enseñarme nada —me quejé, dejando mi copa vacía sobre la mesa —. La vida ya me está enseñando todo lo que debo saber. A base de hostias —murmuré por lo bajo. O eso creía.

El ambiente se tensó y un incómodo silencio se adueñó de aquel jardín.

—¡Voy a por algo de beber! ¿Qué queréis? —preguntó mi amiga para relajar los ánimos y miró a los chicos, esperando una respuesta.

—Voy contigo.

Liam se levantó antes que ella y ambos se dirigieron hacia el interior de la casa. Por su forma de actuar, me di cuenta de que no era la primera vez que esos dos amigos habían pisado ese jardín.

No sé cuánto tiempo me quedé sola con River, sumidos en un silencio absoluto que intenté llenar volviendo a coger la copa para mover los hielos en su interior. Justo hasta que él quiso romper la calma.

—Así que has venido a Los Ángeles para desconectar…

—He venido a Los Ángeles para perder el control —repetí las palabras de mi amiga, con recochineo, dejando que el tequila hablase por mí—. Así que River Cross… —Asintió como si ese simple nombre significara algo—. ¿En las noticias? ¿Por qué? ¿Quién eres exactamente?

Esa mueca gamberra que se mostraba en la mitad inferior de su rostro y dominaba su sonrisa se contagió a su mirada, iluminándola.

—Un chico que podría hacerte perder el control. El tipo que podría poner patas arriba toda tu existencia. Y… ¿sabes lo peor de todo? Que no te importaría.

«Que… ¡¿qué?!».

Capítulo 6



River

No sé qué fue lo primero que pensé sobre Xana. Supongo que, al principio, no le di mucha importancia; solo era una chica más de tantas con las que me cruzaba a diario. Una cara bonita, enmarcada por unas mejillas sonrosadas por costumbre, a la que le acompañaba una larga melena rubia y un cuerpo con unas preciosas curvas en las que no me importaría perderme, la verdad. Una joven con ojos

tristes, pero preciosos, cargados de miedos. De muchos miedos; casi tantos como ganas. Pero creo que aquella noche cambió mi forma de verla. No fue lo que hizo ni lo que dijo, sino cómo lo hizo, con esas ganas de ser, de afrontar la realidad, de vivir con intensidad. Como si llevara años reprimiendo el huracán que vivía en su interior y que, en esos instantes, se moría por salir.

El primer amago fue con aquella frase mía. Y es que… ¡¿qué demonios?! Me encantaba jugar con fuego hasta quemarme y acariciar esa llama que me atraía tanto, sin romper ese momento en el que todo empezaba a temblar, sosteniéndolo casi hasta abrasarme.

—Un chico que podría hacerte perder el control. El tipo que podría poner patas arriba toda tu existencia. Y… ¿sabes lo peor de todo? Que no te importaría —dije sin pensar. Pero era cierto. Mi foto aparecía junto a la palabra descontrol en el diccionario y, por lo visto, según había comentado Emma, era justo lo que necesitaba esa chica.

¿Su respuesta? Curvar los labios en una media sonrisa incrédula, que no por ello dejó de ser triste, desbordante de desdén.

—Madre mía… —murmuró—. Ni Mario Casas se atrevió nunca a tanto, así que baja un poco la chulería, River Cross —recalcó con recochineo.

—¿Quién? —Fruncí el ceño, desconcertado.

—¿Mario Casas? —cuestionó como si debiera conocer ese nombre—. ¿En *Tres metros sobre el cielo*? —Negué con la cabeza. No tenía ni idea de qué estaba hablando—. Bueno, ¡da igual! Pero deja de decir gilipolleces y de ser tan creído. No necesito a nadie que ponga patas arriba toda mi existencia —repitió mis palabras con cierto tonillo burlón y dolido a partes iguales—. Eso es justo lo que acaban de hacer y… ¿sabes? Con una vez tengo de sobra.

No supe a qué se refería ni tampoco me vi con derecho a preguntar, pero no tardaría mucho en descubrir que lo único que necesitaba Xana era resurgir de sus cenizas como el mismísimo ave fénix. Y la llama estaba en su interior, deseando que la avivaran.

El resto de la noche fue tranquila. Ese era el plan… Tranquilidad elevada a su máximo exponente. Aunque no estuvo mal del todo. Nos quedamos en el jardín de Emma hasta altas horas de la madrugada, bebiendo y charlando, comentando los últimos

acontecimientos e intentando sacarle alguna sonrisa a la chica de la mirada triste. Misión fallida, por cierto.

—¡Tendríais que haber visto la cara de Joe! Se quedó tan pálido que llegué a temer por su vida —exageró Liam, contando una de nuestras últimas aventuras, en la que ambos, junto a nuestro amigo Joe, saltamos en paracaídas en Queensland, Australia, sobre la Gran Barrera de Coral. Fue uno de mis vídeos más vistos hasta la fecha y uno de los mejores espectáculos que había visto en toda mi vida.

—Eso es porque no viste la tuya —le piqué—. Si no llega a ser por mí, todavía seguirías en esa avioneta.

—¿Si no llega a ser por ti? —cuestionó Liam—. ¡Me empujaste a traición!

—¡Pues eso! Justo lo que he dicho.

Emma se rio por nuestros comentarios y vi en Xana un ligero amago de sonrisa, justo unos segundos antes de que la pantalla de su móvil se iluminara. Una vez más.

—¿Otra vez? —se interesó Emma al ver el rostro de su amiga, que asintió con cara de molestia—. ¿Ese gilipollas nunca duerme? —Miró el reloj—. Claaaro, estará muy entretenido. ¡Trae aquí! ¡Se va a enterar de lo que es bueno!

Xana no tuvo tiempo para reaccionar. Y nosotros no pudimos entender nada hasta que vimos cómo nuestra nueva vecina le arrancó de sus manos el móvil y se lo llevó a la oreja con la furia ardiendo en su mirada.

—¡Vamos a ver! ¡¿Qué es lo que quieres, imbécil?! —gritó, enfadada, mientras que Xana se tapó los ojos con una mano, evitando hacerse responsable de los actos de su amiga—. ¡No! Escúchame tú. ¿No te parece que ya has explicado todo lo que tenías que explicar? —Un silencio cargado de suspense nos rodeó—. ¡Y una mierda! No hay nada que hablar. Ya lo has dicho todo, Oliver. ¿O piensas explicarle lo que hacía tu boca en la entrepierna de Violet? ¡Eres un maldito hijo de puta! ¿Me oyes? —Esperó respuesta al otro lado. O estaba escuchando lo que estuviera respondiendo el tal Oliver. Xana, en cambio, dejó caer su cabeza y la ocultó entre sus brazos, cruzados sobre la mesa—. Yo aposté por ti, ¿sabes? Y has

resultado ser la mayor decepción del mundo. ¡A un mes de la boda! Nunca imaginé que ibas a caer tan bajo, Oliver. Nunca. —Elevó la voz más aún, si es que eso era posible, dejándose llevar por el alcohol—. ¡Deja en paz a Xana, ¿me oyes?! Porque como vuelva a verte cerca de ella, desearás no haberte cruzado en mi camino jamás.

Colgó sin darle tiempo a responder y Xana se levantó, cabizbaja, para dirigirse al interior de la casa.

—Guau… —murmuré, sorprendido—. Te ha salido la vena macarra. Es mejor que nos mantengamos alejados de esta chica, Liam.

—Ese gilipollas saca lo peor de mí —se excusó, aunque no tenía por qué. No había sido muy complicado leer entre líneas para descubrir lo que había ocurrido entre ese chico y Xana. Es más, creo que no le faltaron detalles por darnos.

—¿Necesitas que nos pongamos unos pasamontañas y que vayamos a darle un escarmiento? —preguntó Liam con complicidad, ganándose un gesto de cariño.

—Es que… —Emma pensó muy bien sus palabras; imagino que no quería hablar de más—. Justo la misma mañana en la que la despiden, a un mes de la boda… La vida real a veces supera a la ficción. Si estuviera en Nueva York, ese desgraciado se las iba a ver conmigo.

—¿La han despedido? —me interesé y ella asintió.

—Xana no se merece esto. Nada de esto… Pero vosotros vais a ayudarme. —Nos señaló con seriedad y por la forma que lo dijo, supe que no teníamos elección posible—. Tú eres justo lo que ella necesita, River.

—¿Yo? —Volvió a asentir y el brillo de sus ojos me lo confirmó: no tenía opción.

—Tú. Un chico que ve el lado positivo de la vida siempre, que sabe cómo disfrutar de cada día sin pensar en el qué dirán, alguien que exprime cada momento como si fuera el último. Podrías echarme una mano para que entienda que no necesita ser perfecta, solo tiene que ser ella misma, sin medir sus actos ni las consecuencias de cada movimiento que hace. —Mi rostro se transformó al no comprender lo que me estaba pidiendo exactamente y creo que ella también apreció

ese pequeño detalle—: Por favooor, solo necesito que me ayudes a que salga a la luz su parte impulsiva y alocada.

—No creo que eso sea justo lo que más le conviene a River en estos momentos —se opuso Liam por mí—. ¿Sabes lo que significa no meterse en líos?

—¿Quién está hablando de líos? —cuestionó seria—. Además, me lo debéis. Los dos.

Ahí tenía razón. Le debíamos mucho más de lo que ella nos estaba pidiendo, fuera lo que fuera.

Liam y yo nos miramos y mi media sonrisa gamberra le reveló todo lo que necesitaba saber.

—¿Qué quieres que hagamos?



Vivir en Los Ángeles era un sueño hecho realidad. Sobre todo, para alguien del interior como yo. Nací en Phoenix, la capital de Arizona, ubicada en el corazón del desierto de Sonora, y cuando solo tenía cinco años, mis padres tuvieron que mudarse a California por motivos laborales. Aquel fue un gran golpe de suerte para Brooke, mi hermana pequeña, y para mí; trasladarnos al centro neurálgico del surf en California para tener una infancia de ensueño, en la ciudad del entretenimiento, con los mejores atardeceres y playas del mundo.

Ni siquiera hacía media hora que había amanecido, los rayos de sol ya se colaban sin remedio por el gran ventanal de mi habitación y aunque estuve dando vueltas de un lado para otro de la cama, para tratar de aprovechar esos últimos minutos de descanso antes de que empezara otro nuevo día de caos, no lo logré. Parecía que iba a caer rendido, ya que cuando llegamos a casa eran casi las cuatro de la mañana, pero mi móvil empezó a vibrar sobre la mesilla,

provocando un estruendoso ruido que retumbó en mi cabeza y me hizo maldecir los coloridos cócteles de Emma.

—Sí —dije al llevarme el aparato al oído. Más que una pregunta para saber quién era, por mi tono, sonó a exigencia para descubrir quién era capaz de molestarme tan pronto. Después de los días —y las noches— que habíamos pasado en Nueva York, del viaje y del alcohol, lo que menos me apetecía era hablar por teléfono. Pero yo era así y en lugar de ignorarlo, mi impulsividad me llevó a apretar la tecla verde para evitar que siguiera vibrando sobre la madera.

—River, soy Santiago. ¿Te pillo bien?

¿Bien? A esas horas, era imposible que estuviese grabando un videoblog sobre escalada.

—Claro, dime.

—Me imagino que Liam ya te habrá hablado sobre nuestra conversación tras lo sucedido en Nueva York…

—Yo no tuve nada que ver con eso —le corté—. Ese chico se lanzó a por mí al verme tonteando con su novia. Pero yo no tenía ni idea de que ella tenía pareja; solo estábamos pasando un buen rato.

—Lo sé, lo sé. No vengo a pedirte explicaciones ni a regañarte. No creo que deba ser yo quien te meta en vereda. —Oí cómo emitió una pequeña risilla, señal de que estaba de buen humor—. Solo te llamaba para comentarte que he estado echando un vistazo a las redes sociales y… He visto que está algo caldeado el ambiente.

—Se tranquilizará.

—Eso espero, por el bien del proyecto que tenemos entre manos. Tienes algo más de medio año para lograr que las aguas vuelvan a su cauce. Y no quiero más peleas —añadió con firmeza.

—¿Medio año?

¿Tanto?

—¡Claro! Entre el rodaje y la posproducción, es lo que solemos tardar para los proyectos de esa magnitud. —Hizo una pausa en la que le oí aspirar y exhalar lentamente y me lo imaginé fumando uno de sus cigarrillos en su oficina, como hizo en cada reunión que tuvimos con él—. Por eso te llamo. He estado hablando con mi equipo y volaremos a la Polinesia francesa en un par de semanas. Sophia, mi secretaria, te llamará para concretar los detalles del viaje.

—Me quedé en silencio para prestarle toda mi atención—. La idea es que grabemos una docuserie de aventura por las distintas islas para conocerte en profundidad, ver cómo te adaptas a los cambios, seguir descubriendo el mundo de tu mano, como haces en tus vídeos y, a la vez, sacar a la luz tu lado más salvaje.

¿Mi lado más salvaje? ¿No se suponía que querían meterme en vereda? Fruncí el ceño al escucharle.

—Me parece perfecto.

—Durante unos días, nos acompañará Max Norton, el protagonista de *Survivor vs. the jungle.* ¿Le conoces?

—No. No he tenido la oportunidad.

—Es un buen chaval, os llevareis bien. Su programa ha tenido mucho éxito en todo Estados Unidos. De hecho, acaban de terminar la grabación de una nueva temporada en la que ha estado viviendo una semana con una tribu del Amazonas.

—Genial. Cuenta conmigo para todo lo que se te ocurra. Ya sabes que me adapto bien a los cambios —murmuré con retintín, repitiendo las palabras que él había pronunciado unos segundos atrás.

—Lo haré. —Rio—. Sophia se pondrá en contacto contigo y nos reuniremos en dos semanas. Aunque… puede que nos veamos antes, ¡¿quién sabe?! Tenemos una gran aventura por delante.

—Estoy deseando.

—Solo espero que mantengas tu palabra. No quiero que nuestro nombre acabe perjudicado por trifulcas, líos amorosos o peleas de patio de colegio, ¿entendido?

—Tranquilo, eso no ocurrirá.

Nos despedimos con esa promesa en mente; yo estaba tan seguro de que no podría cumplirla como él de que lo haría. Pero era mejor así, que la incertidumbre nos diera, al menos, esos seis meses de tregua para que la grabación estuviera lista.

—¿Quién demonios era a estas horas? —Liam entró en la habitación y se dejó caer en mi cama de espaldas, cubriendo su rostro con el brazo para evitar que el sol le deslumbrase. Como ocurría siempre, cuando nos liábamos por la noche, que era muy a menudo, se había quedado a dormir en casa, en la habitación de

invitados. Pasaba allí más tiempo que en la suya propia, pero no podía culparle; hacíamos un buen equipo—. ¿La gente no tiene vida?

—Era Santiago. —Se incorporó de un brinco para mirarme, como si el tema profesional fuese lo único que le hiciera reaccionar en realidad.

—¿Qué? ¿Qué quería? ¿No me digas que se han arrepentido antes de empezar a grabar contigo? —Entorné la mirada para observarle, fingiendo sentirme dolido por su comentario.

—Me ha llamado para avisarme de que nos vamos dentro de dos semanas.

—¡¿Dentro de dos semanas?! ¡Tenemos mil cosas que hacer antes! —Se levantó, agobiado—. ¡Genial! Y hoy perdemos el día haciendo un *tour* turístico por Los Ángeles.

—¡No te alteres! Vamos bien de tiempo —dije para tranquilizarle. ¡¿Yo?!

—¿Bien de tiempo? Para ti, siempre vamos bien de tiempo —repitió, nervioso—. Incluso cuando subes una publicidad una semana después de lo acordado.

Puse los ojos en blanco. Liam era el rey de la planificación, la imagen de la responsabilidad más absoluta. Quizá, por eso habíamos conectado tan bien desde que nos conocimos en el colegio, porque él me aportaba todo eso de lo que yo carecía.

—Tranquiiilo, aprovecharemos la excursión de hoy para grabar contenido. Por cierto, ¿has visto mi trípode?

—¿El mismo que rompiste intentando hacer *parkour* dentro del salón? —Reí al recordarlo.

—Fue un experimento social.

—Fue un milagro que no te partieras la cabeza. —Volví a reír. La verdad es que sí, fue una locura incluso para mí. Pero una locura divertida, después de todo.

—Entonces, ¿lo has visto? ¿Lo has arreglado?

—Lo único que no puedo arreglar es tu tendencia a la destrucción.

—Eso no lo he perdido. Solo el trípode. ¿Dónde está?

—En el armario, pero no te emociones, que te lo veo en la cara. Hoy grabamos un vídeo tranquilo.

—¿Qué quieres decir con *tranquilo*?

—Sin saltos. Sin fuego. Sin rotura de huesos.

—¿Y el dron?

—Sobre todo, sin el dron —sentenció curvando la fina línea que marcaban sus labios apretados.

—Me estás quitando la libertad creativa.

—¡Te estoy manteniendo con vida! —dramatizó, provocando que ambos riéramos de nuevo.

—¿Te he dicho ya que a veces eres un auténtico coñazo?

—Sí, pero no te lo tengo en cuenta.

—Un vídeo tranquilo podríamos grabarlo en la terraza. Esos vlogs acaban aburriendo a la gente. —En realidad, me acababan aburriendo a mí, pero tenía que buscar alguna excusa. No había nada como salir de tu zona de confort para captar visualizaciones y nuevas marcas que se interesaran por mi trabajo.

—¿Te recuerdo lo que ocurrió la última vez que hicimos un vídeo tranquilo en la terraza?

—¡Solo fue un pequeño fuego controlado! —Quise parecer inocente. Aunque en mí no existiera la más mínima pizca de inocencia.

—Se quemó la mesa.

—¡Pero el contenido quedó increíble! ¡Épico!

—Esta conversación es el ejemplo perfecto de por qué necesito café antes de hablar contigo.

—Y tú eres el ejemplo perfecto de por qué a veces necesito que me frenes.

—Ya. A veces… —Se giró para salir por la puerta, pero se detuvo para volver a mirarme antes de hacerlo—. ¿Has pensado en lo que te dijo Emma anoche?

—¿El qué, exactamente? Porque… Emma siempre dice muchas cosas.

—Lo de contratar a Xana como Social Media Manager. Quizá, no sería mala idea que se uniese a nuestro equipo.

¿A nuestro equipo? Nuestro equipo éramos él y yo, solos, y siempre se había negado a ampliarlo. De hecho, se lo propuse en más de una ocasión, cuando decidimos sacar nuestra propia marca,

Cross, para ropa deportiva y todo el trabajo se nos empezó a ir de las manos.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —Arrugué la frente, confundido.

—¡Nada! Es solo que, tal vez, nos vendría bien alguien como ella para llevar a cabo la estrategia general de la marca en redes y para colaborar con las agencias para integrar sus acciones en los objetivos globales de marketing. Se supone que ella entiende sobre publicidad, ¿no?

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión, Liam? —insistí. Sabía que había algo; tanto y tan bien nos conocíamos—. ¿A qué te refieres con que nos vendría bien tener a alguien como ella?

—¡He dicho que no es nada! —protestó, pero acabó soltándolo —: Aunque… puede que nos venga bien tenerla a nuestro lado. A tu lado —rectificó—. Es justo lo que necesitas; algo de perfección entre tanto caos.

—¿Algo de perfección? —cuestioné, desconcertado—. ¿Te gusta esa chica?

—¡Qué va! Quiero decir que… Bueno, lo dijo Emma, que su amiga siempre está buscando la perfección en todo lo que hace. ¡Pues es justo lo que necesitamos! Si parece que alguien como ella te ha hecho sentar la cabeza, se acabarán los rumores. Además, no está nada mal…

—¿Sentar la cabeza? Pero… ¡¿qué cojones estás diciendo, Liam?! ¡¿Tú te estás oyendo?!

—Sentar la cabeza en el ámbito profesional. Estabilidad, amigo; algo de estabilidad entre tanto descontrol —corrigió—. Pero vamos, que si quieres sentar la cabeza con ella en otros ámbitos, no seré yo quien te lo impida. Sería la solución a todos tus problemas.

No contesté. No sé por qué no lo hice, pero me quedé callado, analizando cada una de sus palabras, como si esa opción fuera posible, como si una pequeña luz alumbrara mi interior con esa idea por cualquier extraño motivo que en aquel momento no logré identificar.

En cuanto Liam se marchó de la habitación, me levanté de la cama, desperezándome al sentir la calidez del sol colándose a través

de mi piel. Me acerqué a la ventana para echar un vistazo rápido al exterior y entonces la vi; Xana se encontraba en el borde de la piscina, con los pies metidos en el agua y la vista clavada en el fondo, en esa agenda o en lo que quedaba de ella. No sé qué fue lo que me llevó a salir a la terraza y empezar a bajar los escalones que me guiaban directamente al jardín, pero cuando quise darme cuenta, estaba caminando, descalzo, por el césped, hacia ella. No sin antes saludar a Caos, mi enorme oso peludo con forma de perro y mejor amigo, aunque nunca lo reconocería delante de Liam. Como siempre, se me había adelantado y ya estaba tomando el sol en su sitio favorito, junto a la mesa exterior, moviendo la cola para darme los buenos días.

Al acercarme a la piscina, me percaté de que varios pequeños destellos brillaban sobre el rostro de Xana, creando un efecto tan mágico como magnético. Hasta que me di cuenta de lo que eran; las lágrimas caían por sus mejillas, refractando la luz solar, dibujando unos senderos húmedos tras su paso. Sin embargo, en cuanto sintió que me acercaba, los limpió rápidamente con el dorso de su mano, borrándolos por completo, como si nunca hubieran existido.

—¿Estás bien? —pregunté, de pie, colocándome a su lado.

—Genial —contestó sin mirarme.

—Y por eso estás llorando…

—No estoy llorando —dijo seca.

—Ya. Estás evaporando emociones faciales. —La ironía era más que evidente en mi tono de voz, pero logró su cometido: relajarla y conseguir que sonriera. Aunque fuera de forma mínima, aunque fuera porque me consideraba un idiota digno de analizar.

—Eres imbécil.

—Confirmado. Pero uno útil, al menos.

—No necesito que un desconocido me ayude, River. Ni que venga nadie a solucionar mis problemas ni a arreglar cosas que él no ha roto. —Sus labios esbozaron una mueca escéptica.

—¡Menos mal! —exclamé fingiendo un alivio exagerado—. Porque yo solo sé arreglar ordenadores.

Esa mueca diminuta se convirtió en una pequeña carcajada que salió directamente de su alma.

—¿Ves? Eso es genial.

—¿Genial? ¿El qué? —preguntó extrañada.

—Si aún puedes reírte así es que no estás rota del todo. —Su rostro se transformó y pasó de la sorpresa al desconcierto y de este, a una extraña relajación camuflada en cierta complicidad que bombeó entre los dos sin esperarlo—. ¿Vamos?

Extendí mi mano para ayudarla a levantarse y, tras titubear unos segundos, en los que parecía dudar si ese gesto era una simple ayuda o aquel apretón podría significar un pacto con el mismísimo diablo, la agarró para incorporarse y la soltó como si mi piel acabara de quemar la suya.

Aunque aún no lo supiéramos, no íbamos muy desencaminados. Porque sí, acabábamos de quemarnos. Ella, quizá, por volver a abrir la posibilidad de confiar en un hombre y yo por haber tomado una decisión. Una decisión equivocada que podría convertir mi vida en una tortura, empezando por un *tour* programado por Los Ángeles.

¿Qué podría salir mal?

Capítulo 7



Xana

No pude pegar ojo en toda la noche. Y no porque la habitación de invitados que me había asignado Emma no fuera acogedora, que lo era, y del doble de tamaño que la mía, ni porque la cama *king size* en la que me acosté no fuera cómoda, cuyo colchón parecía traído directo desde las nubes, sino porque su imagen y esos pensamientos que me aturullaban no dejaron de acompañarme en las pocas horas que estuve allí tumbada. Sobre todo, después de mirar mi teléfono y ver los mensajes que me había enviado desde lo ocurrido; mensajes a los que no había obtenido respuesta, claro.

Oliver:

Xana, lo siento.

Tenemos que hablar. Vuelve a casa, por favor.

Esto no significa nada.

No podemos tirar nuestra relación a la basura por un polvo. Solo ha sido un error.

Piensa en la boda, ¿qué vamos a decir?

Cógeme el teléfono, Xana, por favor.

Tenemos que hablar de todo esto…

No tuve valor para leer sus mensajes hasta esa noche. Y creo que no me hizo bien hacerlo. No solo por lo que removió en mí, sino

porque me di cuenta de que ese Premio Nobel a la infidelidad, en el que se convirtió mi exprometido, era un manipulador de manual.

«¡¿Que volviera a casa?!». ¡Lo llevaba claro!

«¡¿Un error?! ¡¿Un polvo?!». Me daban ganas de gritar. En serio, ¿eso había sido un maldito polvo? Porque no lo parecía. No parecía un calentón cualquiera en un momento determinado; estaba planificado y sabía de sobra cuándo yo no iba a estar en casa para traicionarme. Era premeditado. Un error, sí; un error por su parte que me había jodido la vida. Y otro por la mía, por confiar en él y perder el tiempo con la persona equivocada.

Pero lo peor de todo fue ese «piensa en la boda, ¿qué vamos a decir?». Él era el único que no había pensado en la boda; yo llevaba haciéndolo durante casi un año. Sin embargo, esa frase escondía la peor intención del mundo. Oliver sabía cuánto me afectaba lo que pensaran los demás, lo que opinara mi madre, en concreto, sobre todo lo que hacía y ese comentario, sin duda, lo lanzó para que pensara en ello, para que me diera cuenta de que tendríamos que dar explicaciones, y muchas, sobre lo ocurrido, y que ello supondría un fracaso en toda regla. Es decir, dejaba la pelota en mi tejado. Como si fuera yo la jodida basura humana que se había cargado nuestra relación, como si la opinión de los míos al respecto pudiera solucionar su gran cagada. Y eso… solo multiplicó mi rabia hacia él. Tanto que lo primero que hice, en cuanto la luz del amanecer empezó a colarse en la habitación, fue cambiar en mi teléfono su nombre de contacto y eliminar ese «Oliver» para poner un «basura humana» en su lugar. No se merecía menos.

Me puse las sandalias y salí de la habitación para ver si había algo de movimiento por la casa. El silencio era absoluto, por lo que di por hecho que no había nadie despierto. No había ni rastro del tío de Emma, al que aún no había tenido la oportunidad de conocer, y supuse que mi amiga seguía durmiendo después de una noche de cócteles que se alargó más de la cuenta.

Llegué al jardín y cuando los rayos de sol se reflejaron en mi piel y su brillo me recibió con una calidez que me abrazó por completo, mis piernas se dirigieron de forma automática hacia la piscina. Ni siquiera lo pensé. Creo que fue puro instinto… Siempre

que estaba nerviosa, me daba un baño de agua caliente en casa y me quedaba a remojo, escuchando música, hasta que mis dedos se ablandaban y se arrugaban lo suficiente. Me senté en el borde para meter los pies en la piscina y los moví arriba y abajo, creando unas ondas hipnóticas que parecían dirigirse hacia el mismo punto que mi mirada, hacia los restos de lo que había sido mi agenda. Durante unos segundos, me pudo la necesidad de lanzarme y recuperar, al menos, esa masa de fibras de papel y tinta dispersa.

Estaba pensando en ello cuando el jodido River Cross apareció. No tenía ánimos para aguantar a un tipo como él desde primera hora de la mañana; sobre todo, porque según lo que pude captar sobre él esa noche, era un chico que tenía todo lo que quería, y más, sin esforzarse lo más mínimo para conseguirlo. Justo lo contrario a mí, que llevaba trabajando desde siempre para lograr mi vida perfecta y ahora… Bajé la cabeza y seguí mirando el agua en cuanto noté su presencia a mi lado. Y es que no me hizo falta observarle para saber que me estaba analizando. River parecía ser de ese tipo de personas; de esos que tienen tanto carisma que son capaces de llenar una sala con su presencia sin pedir permiso y lo mismo hizo con aquel jardín, lo llenó solo con su aparición, sin decir ni una sola palabra. Eso por no hablar de su actitud: sonrisa fácil y perpetua, postura relajada y chulesca y unos ojos que parecían verlo y estudiarlo todo sin dejarse ver demasiado. Una mirada en la que no debía adentrarme bajo ningún concepto, porque acabaría atrapada, ya que en sus ojos vibraba el brillo de quien había vivido y trasnochado demasiado. River era justo la persona de la que debería haberme mantenido alejada. Debería haberlo hecho, si el magnetismo que desprendía no me obligara justo a lo contrario.

Quizá, por eso, cogí su mano cuando me la ofreció para ayudarme a levantarme, pero la solté en cuanto me incorporé. No debía confiar en un desconocido y menos aún, si este era del género masculino.

«Una y no más. No lo hagas…», me recordó mi subconsciente. «O sí…», me provocó en el instante justo en el que me solté de su agarre con un movimiento rápido como respuesta.

—Me parece genial que quieras darte un baño a estas horas de la mañana, pero hemos quedado en treinta minutos —comentó con picardía, escaneándome de arriba abajo—. Y me imagino que no querrás ir por Los Ángeles en pijama.

Me había olvidado por completo de que ni siquiera me había cambiado y estaba paseándome por el jardín comunitario con un pantalón minúsculo y una camiseta de tirantes de *El rey león*. ¿Me importaba? Lo más mínimo. Aunque su atuendo no era mucho mejor que el mío —o sí—; únicamente llevaba un pantalón corto de chándal con el torso firme, ejercitado y moreno, al descubierto. Parecía un jodido Adonis tallado en un mármol perfecto; el típico chico atractivo que, junto a esa media sonrisa ladina y los mechones oscuros y rebeldes que caían sobre su mirada gamberra, provocaba que cualquiera le escaneara al pasar. El efecto Cross.

—¿En treinta minutos? —cuestioné escéptica—. No tienes pinta de llegar puntual a ningún sitio.

—No lo hago. Siempre llego tarde.

—Se te nota.

—Ah, ¿sí? ¿Eres de esas que saben cómo son los demás por su forma de hablar o de caminar?

—Algo así, sí. Hay personas a las que se las ve venir desde lejos, ¿sabes? —dije, intentando ser amable. O no ser demasiado borde.

—Y yo soy una de ellas, ¿no? —Asentí—. Pues dime, Xana. ¿Qué es lo que ves?

—Que eres un desastre —contesté sin pensar demasiado, aunque al recordar cómo me había ayudado en ese avión, añadí un pequeño matiz—: Un desastre controlado.

—¿Controlado? —Negó con la cabeza y una media sonrisa irresistible—. No tanto. Nada de control. Y sí, siempre llego tarde. Aunque… normalmente es porque me lío. Vamos, ¡que tengo un buen motivo! —exclamó, mostrándose inocente. De inocente tenía lo mismo que yo capacidad de improvisar—. La mayoría de las veces es porque no funciona la alarma. O porque no la pongo. Otras porque me encuentro con alguien y me entretengo, por una última copa… o porque me pongo a saltar vallas que no son mías.

—Eso suena bastante… raro.

—Lo fue. Digamos que no era la valla de mi casa. Y que el coche tampoco era mío.

—¡Lo que decía! Un desastre. —Mis labios se curvaron sin poder evitarlo—. Tiene gracia que lo cuentes como si fuera lo más normal del mundo.

—Para mí lo es. Y llegar tarde también. Además, llegar tarde crea expectativas.

—Y ganas de marcharse. —Rio con una carcajada que invitaba justo a lo contrario, a quedarse. No sé dónde ni por qué, pero me sonó así.

—Riesgos del oficio. —Se encogió de hombros—. No importa ser puntual o no, lo bueno es que cuando llego, llevo buenas historias. Y algunos problemas… Pero siempre merecen la pena. —Se giró para dejarme allí pasmada, pensando en lo que acababa de decir—. ¡Veinticinco minutos! Y bajando. Aunque no prometo llegar a tiempo.

Esa presión que llevaba días sintiendo en el pecho, se aligeró un poco más. Fue un alivio mínimo, pero pude sentirlo. Tal vez, porque la sensación era tal que, a veces, incluso, me dificultaba la respiración y en esa ocasión, noté el oxígeno llenando mis pulmones.

—Buenos días —saludé a Emma cuando entré en casa y la vi preparando el desayuno, en la cocina, con los ojos aún medio cerrados.

—Buenos días —contestó, bostezando, antes de ofrecerme una taza de café—. ¿Y esa sonrisa? ¿Te has levantado de buen humor? ¡Te lo dije! ¡Es el efecto California!

«O el efecto Cross…», se recochineó mi mente, a lo que le grité un «¡cállate!» silencioso que gruñó en mi interior.

—Tengo el mismo humor que ayer, pero imagino que estar aquí, contigo, ayuda un poco. —Le di un abrazo, con cariño—. ¿Qué plan tenemos para hoy? No sabía que tus vecinos vendrían con nosotras.

—Son buenos amigos. —Con la mueca que me dedicó, vi sus segundas intenciones y no me gustó nada—. Seguro que lo pasamos

genial. Así que venga, cafeína en vena y… ¡rumbo al paraíso! Tenemos veinte minutos.

Miré el reloj, sabiendo que esos veinte podían convertirse en treinta minutos si River y Liam tenían que venir a buscarnos, y di un trago de café antes de salir a la terraza para desayunar, relajada, junto a mi amiga e intentar resolver nuestros problemas con una sobredosis de azúcar.

Quince minutos después, oímos un vehículo pitando en la puerta delantera de la casa, por lo que cogimos nuestras cosas y salí decidida junto a Emma, dispuesta a disfrutar de los Ángeles.

«La intención es lo que cuenta…», se burló mi otro yo, al que dejé atrás con un portazo.

Liam y River estaban esperándonos, aparcados en la acera de enfrente, en un descapotable blanco espectacular, que parecía sacado de *Fast and furious.* Que River se encontrara al volante, con una pose relajada y una media sonrisa seductora, y Liam en uno de los asientos traseros debería haberme hecho sospechar, pero cuando Emma se subió junto a este último de un salto y le saludó con un guiño cómplice, me di cuenta de que esos tres habían tramado un plan a mis espaldas en el que yo era el principal objetivo. No obstante, preferí dejarlo estar; se suponía que era adulta y los adultos suelen tener la capacidad de adaptarse a situaciones adversas y yo no iba a ser menos.

Abrí la puerta y me senté como si aquello no fuera conmigo.

—Pensaba que siempre llegabas tarde —murmuré al acomodarme y abrocharme el cinturón.

—Yo también. Aunque supongo que depende de con quien haya quedado —dijo adulador, provocando que pusiera los ojos en blanco.

—Créeme, Xana, si no fuera por mí, no llegaría a ningún sitio. Ni pronto ni tarde —comentó Liam, incorporándose en su asiento para acercarse a nosotros—. Menos mal que en esa casa vive alguien responsable.

—Pues esa responsabilidad podría hacer honor a su nombre y buscarse otro al que darle el coñazo. O una casa propia —añadió su amigo con cierta ironía en su voz. Aunque por la forma de mirarle,

supuse que se trataba de una broma. Esos dos parecían tener muy buena relación.

—¿Perdona? ¿Tengo que recordarte quién llegó tarde a nuestra primera cita? O peor aún, ¿quién no llegó? —cuestionó Emma, molesta—. Así que no te la des de don perfecto, Liam, que en las distancias cortas dejas mucho que desear.

«¡¿En su primera qué?!».

Me giré en mi asiento de forma brusca para mirar a mi amiga, pidiéndole explicaciones sin decir nada. ¿Qué demonios había sido eso? ¿Emma y Liam? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Y por qué yo no sabía nada?

—Tranquila, Xana. No ha sido nada. Solo una historia fugaz —contestó ella, como si me hubiera leído la mente—. ¡Y tan fugaz! —murmuró como chascarrillo, haciendo que Liam la observara con recelo—. Bueno, ¿qué? ¿Nos vamos?

Antes de arrancar, River sacó el teléfono, abrió la cámara y empezó a grabar.

—Buenos días, *crossers*. ¿Cómo vais? Hoy tenemos un día diferente por delante. Vamos a hacer algunas de nuestras locuras por Los Ángeles y queremos que vosotros seáis parte de esto. Si os atrevéis… —añadió con esa media sonrisa que prometía tantas aventuras como cosas de las que arrepentirte.

No sé por qué, pero sentí que debería haber respondido a esa última frase, con palabras o bajándome del coche cuando todavía estaba a tiempo. No lo hice; supongo que la adrenalina ante lo desconocido empezó a vibrar en mis venas con ese sabor adictivo que hace que siempre quieras más.

Justo lo que ocurrió.

En cuanto probé el efecto Cross, deseé más.

Capítulo 8



Xana

En cuanto empezaron a sonar los primeros acordes, miré de reojo a Emma. Sabía que Ed Sheeran era uno de sus cantantes favoritos y esa canción, en concreto, una de las que se pasaba el día tarareando. Y por lo visto, no era la única que lo sabía, ya que, al reconocerla, River subió el volumen y le sonrió a través del retrovisor.

—*You´re glowing. You colour and fracture the light. You can´t help but shine. And I know that you carry the world on your back but look at you tonight*. —La mirada de mi amiga se encontró con la mía y me dedicó una sonrisa cómplice mientras seguía cantando a pleno pulmón—. *The lights, your face, your eyes exploding like fireworks in the sky.*

—*Sapphire!!!* —gritaron los tres al unísono provocando que mis labios se curvaran y me relajara al instante.

No sé cómo, pero por un momento lograron que encajara entre ellos. Así, sin más. Me sentí bien, como si estuviera en el lugar adecuado sin pretenderlo. Como si empezara a respirar después de varios años ahogándome y mi cuerpo se relajara tras estar toda una vida entera en tensión. Empecé a cantar junto al resto mientras mi melena ondeaba al viento por algunas de las sinuosas carreteras de

Los Ángeles y mi vista se perdía en los idílicos paisajes de aquel paraíso en la tierra.

Mis ojos, rebeldes, se desviaron hacia River, que conducía a mi lado con su codo apoyado en la ventanilla y su otra mano sobre el volante, manteniendo el rumbo, tomando el control, aunque no lo tuviera en absoluto. Era un torbellino, pero uno de esos por los que cualquiera querría verse devorado.

«Buenos días, *crossers*…» resonó en mi mente al recordar el vídeo que había grabado cuando subimos al coche, provocando que mi curiosidad se hiciera incontenible. Veinticuatro horas atrás ni siquiera había oído el nombre de River Cross, ya que mi vida estaba centrada en asuntos más importantes, pero ahora que el susodicho se encontraba a mi lado con esa seguridad innata, que imponía tanto como atraía, sentía la necesidad de saber por qué tanto revuelo con él.

Abrí mi Instagram y tecleé su nombre, segundos antes de que miles de resultados aparecieran en mi pantalla y su cuenta oficial, *Cross the world*, destacara en primer lugar.

Eché un vistazo rápido a sus publicaciones, ojeando las miniaturas de todas esas fotografías que mostraban el mundo desde su posición. Abrí las más llamativas, esas donde el azul intenso del mar contrastaba con el verde de la naturaleza o alguna en la que su piel morena, su pelo mojado o su sonrisa ladina e irresistible eran los protagonistas y empecé a leer.

@Cross the world:

"Cuanto más lejos voy, más cerca estoy de quien quiero llegar a ser".

@Cross the world:

"Sin planes, sin horarios, sin arrepentimientos".

@Cross the world:

"La libertad sabe mejor cuando se acompaña de adrenalina".

@Cross the world:

"Nunca sigas rutas marcadas. Las buenas historias jamás lo hacen".

@Cross the world:

"Comentan que soy una mala influencia, pero no te cuentan que sería nuestra mejor aventura".

@Cross the world:

"Si no te asusta, no es un sueño lo suficientemente grande".

@Cross the world:

"No estoy perdido, estoy explorando nuevas tentaciones".

@Cross the world:

"Nuevo país, mismas malas intenciones".

@Cross the world:

"No sigo mapas, sigo impulsos".

@Cross the world:

"No prometo portarme bien. Solo hacer que valga la pena".

Estaba centrada en esa última imagen en la que se veía a un River Cross de espaldas, con un bañador amarillo fosforito que resaltaba el color tostado de su piel, con los brazos abiertos y el mundo a sus pies. Se encontraba en una montaña de cualquiera de sus destinos, rodeado de un verde impresionante, mientras que, debajo de él, al fondo de la fotografía, se veía el mar del color más azul que había visto en mi vida.

—Esa es una de mis favoritas —murmuró entre los gritos de Liam y Emma, que seguían inmersos en su karaoke particular.

Estaba tan concentrada en las fotografías, que había olvidado que él estaba a mi lado. Pero lo cierto es que eran unas imágenes espectaculares. Me dedicó esa mueca gamberra suya y entrecerré los ojos para observarle.

—Puedes seguir viéndolas. Por mí, no te cortes —añadió chulito.

—No te vengas arriba. Solo quería averiguar el porqué de tanta fama.

—¿Y lo has descubierto?

—La verdad es que no.

—Lo suponía. —Volvió a centrarse en la carretera para coger la salida más próxima—. Si lo averiguas, avísame. Llevo años preguntándome lo mismo.

No fue lo que dijo, sino cómo lo hizo, como si hubiera una parte de sinceridad en sus palabras y no entendiera el motivo de su

éxito. Si me lo hubiera preguntado un mes después, sabría exactamente qué contestarle. Porque hay personas que son magia, sin más, como él, y desde que nacen, se sabe que han llegado para comerse el mundo. Por su carácter, por su mirada, por su sonrisa.

—¿Dónde estamos? —me interesé cuando River detuvo el coche.

—En el observatorio Griffith —contestó Liam antes de que mi amiga se encogiera de hombros.

—Recuerda que yo también soy una turista aquí.

—¿No habías venido nunca? —River abrió la puerta para bajarse y todos le imitamos.

—He estado muy ocupada, ya sabes.

Negué con la cabeza cuando una risilla se escapó por los labios de Emma, dándonos a entender que sus ocupaciones habían sido mucho más interesantes.

—No lo dudo… —masculló Liam a mis espaldas.

Arrugué el entrecejo y me adelanté para alcanzar a mi amiga, que caminaba delante, a unos pocos pasos de distancia.

—¿Qué pasa aquí?

—No lo sé, ¿qué pasa aquí? —repitió, haciéndose la loca, aunque sabía perfectamente a qué me refería.

—Liam y tú. ¿Estáis liados?

—¡¿Qué?! —exclamó sorprendida, como si fuera una idea descabellada—. ¡No!

—¿Y qué ha sido eso de una historia fugaz?

—¡No fue nada! Llegó tarde a nuestra primera y única cita, así que me largué. No hubo más. Pero me encanta picarle. —Su sonrisa se transformó en otra traviesa—. Somos buenos amigos.

—¿Buenos amigos? ¡No llevo aquí ni un día y ya conozco a dos de tus buenos amigos!

—Ya sabes lo que dicen. —Alcé las cejas con curiosidad—. Hay que tener amigos hasta en el infierno.

—Ahí es donde vas a ir tú. De cabeza. —Pasé mi brazo por sus hombros y la atraje contra mi cuerpo para abrazarla con una sonrisa que empezó a curvar mis labios. El peso que presionaba entre mis costillas volvió a hacerse más ligero y así, sin darme

cuenta, durante aquel día, con Emma, muchas conversaciones y sonrisas, cargado de buenos recuerdos, y un poco de River, logré que los últimos momentos horribles de mi vida empezasen a perder nitidez. E importancia. Al menos, por unas horas.

Caminamos por los jardines hacia el edificio del observatorio, entre los turistas, e incluso locales, que disfrutaban de las vistas. Porque cuando me enteré de que estábamos en uno de los lugares más icónicos de la ciudad, pensé que habíamos ido hasta allí para ver alguna de sus exposiciones de astronomía, el planetario o cualquier actividad similar, pero no esperaba que desde ese lugar, tuviéramos la espectacular panorámica que teníamos ante nuestros ojos, con la ciudad, el valle y el océano de fondo. Por no hablar del mítico letrero de Hollywood.

A mis espaldas, River y Liam grababan un vídeo sobre nuestro destino, haciendo comentarios graciosos a cámara, mientras yo intentaba inmortalizar las vistas con mi teléfono móvil.

—¿Te gusta? —El *influencer* se apoyó en la barandilla, justo a mi lado, para contemplar el mundo a sus pies.

—No está mal. —Quise fingir indiferencia, pero no lo logré. Me lo desveló su media sonrisa gamberra.

—Ya, no está mal… Ahora me dirás que Nueva York no tiene nada que envidiar a Los Ángeles.

—La verdad es que no —comenté convencida—. Son ciudades diferentes.

—Justo lo contrario. Totalmente opuestas.

Los ojos grises de River se clavaron en los míos y, por un momento, dudé que se estuviera refiriendo a las ciudades, pero lo dejé estar.

—¿Te ha costado mucho buscar una ruta turística a la altura? —le pregunté con retintín, como si dudara de su capacidad.

—Para nada. Le he preguntado a ChatGPT —dijo con toda la naturalidad del mundo. Sin embargo, su forma de elevar la comisura derecha, mostrando un pequeño hoyuelo en su mejilla, me dio a entender que no era cierto.

—¿Nunca te tomas nada en serio?

—Sí. Antes. Durante años fui el chico más responsable que te podrías encontrar. Un ejemplo a seguir.

—¿Y qué pasó con ese chico?

—Se dio cuenta de que no había que tomarse las cosas tan en serio. Así la vida sería muy aburrida, ¿no crees?

«Sí», le apoyó la otra Xana, hipnotizada por el halo travieso que desprendía su mirada.

«Traidora…», contesté mentalmente al verla embelesada por el efecto Cross.

No sé por qué, pero me pareció que había algo más detrás de su discurso, como si estuviera ocultando parte de su historia y no todo el mundo conociera al verdadero y popular River Cross.

—Creo que tenemos la edad suficiente como para empezar a tomarnos la vida en serio.

—¿En serio? —Se giró para estudiarme, estupefacto—. Pues yo creo que no podrías estar más equivocada. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—¡¿Veinticinco?! ¿Quién demonios piensa en casarse con veinticinco años hoy en día?

—Yo. Supongo.

—A eso me refiero. ¿No eres consciente de que te queda demasiado por vivir como para atarte tan pronto?

—¿Y tú no eres consciente de que padeces el síndrome de Peter Pan? —Se encogió de hombros sin darle importancia.

—Pues… ¿sabes una cosa? —Acercó su rostro al mío. Demasiado—. Te demostraré que no se está tan mal en este otro lado —susurró antes de alejarse y unirse a Liam y Emma, que estaban leyendo uno de los carteles informativos.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí, sentados en una terraza, tomando un café y charlando sin dejar de disfrutar de las impresionantes vistas que nos rodeaban, pero fue el suficiente como para ser consciente de que la calma que desprendía un lugar como aquel era mágica y te invitaba a sentarte y disfrutar. Solo eso. Porque en un sitio como el observatorio Griffith podías apreciar esa calma absoluta entre el caos, ese lugar donde respirar en una ciudad

que te quitaba el aliento en cada rincón y que podía sorprenderte cada instante.

—¿Dónde vamos ahora? —se interesó Em, levantándose de un brinco cuando acabó su bebida y dejó su taza sobre la mesa.

—Improvisaremos —la siguió Liam.

—Perfecto. Tú conduces. —River le lanzó las llaves del coche y las cazó al vuelo, desprendiendo esa complicidad extrema que unía a esos dos. Por lo visto, pasaban demasiado tiempo juntos.

Se intercambiaron los puestos y Liam se encargó de conducir en aquella ocasión. Paramos en algunos de los puntos más turísticos de la ciudad y acabamos en el conocido Paseo de la Fama, un lugar que me moría por conocer. No sé cuántas fotografías llegué a hacer; *selfies* en cualquier rincón, acompañada de Emma, de River o Liam, que siempre se unían y se apuntaban a un bombardeo, o algunas de las mejores imágenes captadas por mi amiga en sitios estratégicos para sacar unas fotografías de película. No es solo que hubiera estudiado audiovisuales, sino que, además, llevaba la fotografía en la sangre y era capaz de captar la magia en momentos cotidianos. Hicimos una ruta clásica en la que alargamos toda la mañana, paseando por Hollywood Boulevard y Vine Street, visitando el conocido Dolby Theatre, la mítica sede de los Óscars, y estudiando las huellas dejadas en el cemento del patio delantero del Chinese Theatre, antes de comer en el Hard Rock Café.

No creía que lo iba a pasar tan bien buscando las manos y las huellas de mis estrellas favoritas, pero fue una completa locura de la que disfrutó —tanto o más que yo— mi niña interior.

Mientras estábamos terminando nuestros platos, que consistían básicamente en unos sándwiches para mí y para Liam y unas hamburguesas para Emma y River, vi que este último estaba muy concentrado en la pantalla de su teléfono.

—¿Qué? ¿Te está chivando la inteligencia artificial lo que deberíamos hacer ahora?

Giró la cabeza para observarme con una mueca divertida.

—No. —Me enseñó su móvil para que comprobara que estaba liado con sus redes sociales—. Ya tengo preparado el mejor plan para hacer ahora.

—Ah, ¿sí? ¿Qué se te ocurre?

—Alguna locura —contestó Liam por él, aunque, por el gesto que le dedicó, descubrí que él sabía lo que River tenía pensado—. Nos vamos a nadar con tiburones, ¿no?

Ambos rieron.

—¡¿Qué?! —grité—. ¡Ni de coña!

—¿Con tiburones? ¿En serio? —exclamó Emma, emocionada, a punto de dar palmas por la ilusión—. ¡Qué pasada! No sabía que se pudiera nadar con tiburones por aquí cerca. Esas jaulas serán seguras, ¿verdad? Porque he visto en YouTube algún vídeo en el que los tiburones se colaban dentro y…

—¡Vamos a ver! ¿No me habéis oído? Ni de coña me meto yo en una jaula de esas. Paso de convertirme en la merienda de uno de esos bichos.

—Tranquila —dijo Liam, mirándome con cierta comprensión—. En el caso de que uno de esos tiburones se colara ahí dentro, no iría a por ti. River y yo somos más grandes, tenemos más carne, por lo que si tuviera que elegir alguien a quien comerse, seríamos uno de nosotros.

—Si yo tuviera que elegir entre comerme a Xana o a ti, no dudaría ni un solo segundo —comentó River con un gesto gamberro que me obligó a sonreír y transformó la mueca de Liam en una de desagrado.

—Gracias. Supongo —murmuré divertida.

—Sí. Gracias por la parte que me toca, amigo. —El rostro de Liam se torció al pronunciar esa última palabra con un tonillo exagerado que nos hizo reír—. Bueno, entonces, ¿vamos o qué?

—Vamos donde queráis, pero no contéis conmigo para meterme en una jaula de esas. Con lo que me ha pasado en los últimos días tengo más que de sobra. No me hace falta ir buscando más problemas. Y menos aún nadar con un tiburón que podría devorarme de un solo bocado. Además, alguien tendrá que quedarse en tierra para identificaros. O los trocitos que queden de vosotros. —Los tres soltaron una pequeña carcajada por mi comentario.

«¡Viva la reina del drama!», murmuró mi otro yo a la vez que rodaba los ojos con un gesto incrédulo.

—¿Vamos?

Solo unos minutos después, tras un corto trayecto en coche, nos encontramos aparcando en una zona cercana a Long Beach. Después de atravesar el puerto, nos dirigimos hacia un lugar concreto de la costa en el que se anunciaban distintos deportes y experiencias acuáticas y antes de que me temiera lo peor —más aún —, lo vi. O los vi. Tres o cuatro tiburones, algunas orcas y varios delfines sobre un muelle junto al agua. Y peor de lo que esperaba: porque no estaban vivos; eran auténticas máquinas de matar. Anunciados como *seabreachers,* estos consistían en vehículos acuáticos recreativos, de alta tecnología, con los diseños de esos animales, que combinaban las características de las motos acuáticas y los semisumergibles. Una verdadera locura para hacer acrobacias como saltar, bucear y girar en el aire, desafiando a la propia vida.

—¡Vaya pasada! —gritó Emma, acercándose a una de las orcas—. Había visto esto en un programa de televisión, pero no sabía que pudieran alquilarse.

—Es una empresa que acaba de llegar a los Ángeles —le explicó Liam—. Llevan poco tiempo por aquí y quieren promocionarse con River. —Vi al aludido hablando con uno de los chicos; supuse que sería el encargado—. Así que… No había mejor momento para hacerlo, ¿no os parece?

—¡Por supuesto que no! —contesté con ironía.

—¿Puedo conducirlo? —preguntó mi amiga presa de la emoción.

—Claro.

—¡¿En serio?! ¡Madre mía!

—Lo haremos por parejas. Conduciré yo primero —añadió con seriedad—. Tendremos que probarlo con cuidado antes. No podemos dejar ese misil en tus manos sin saber cómo funciona.

—¿No te fías de mí? —le provocó.

—Poco, la verdad.

—¡Vamos, Xana! —Emma me agarró del brazo, llevándome hacia esas máquinas hechas para sufrir—. ¡Tenemos que probarlo! ¡No puedes perderte esto!

—No me subiría a uno de esos ni por todo el oro del mundo.

—No lo dirás en serio.

—Lo digo completamente en serio. ¿Tú lo has visto? —Señalé uno de esos vehículos, que estaba dando saltos en medio del mar justo en esos instantes—. En vez de *seabreacher* deberían llamarse *headbreacher*.

Se rio por mi comentario. Y por mi actitud.

«Volvió la *dramaqueen*…».

—Venga ya, Xana. No puedes perderte esto. Esos aparatos son totalmente seguros, ¿verdad, Liam? —El aludido se encogió de hombros. No lo sabía, pero parecía que le daba igual, aunque se acercó hasta su amigo y el encargado para comprobarlo. O para informarse sobre el tema, al menos—. Este es justo el cambio que buscabas; no puedes rechazarlo.

—Creo que con cambio no me refería justamente a esto.

—No es el hecho de subirse en uno de esos cacharros, Xana. Es atreverse, lanzarse sin pensar en las consecuencias.

—No puedo dejar de pensar en las consecuencias si es mi vida la que está en peligro. —Volvió a reírse.

—¡Eres una exagerada! Estas empresas tienen seguro.

—Ya me contarás de qué vale ese seguro cuando recuperen tu cuerpo del fondo del Pacífico.

—Al menos, tendré una muerte memorable. A lo Jack Dawson. —Se giró para ir junto a los chicos, pero volvió a darse la vuelta para señalarme—: En serio, no permitas que el miedo te deje con las ganas de hacer algo que te gustaría.

«¡Eso es! ¡Hagámoslo!», gritó mi subconsciente, dando saltos y haciendo piruetas mortales.

Me apoyé en la barandilla, viendo cómo una de esas máquinas seguía rompiendo con el horizonte, dando espectaculares volteretas sobre las olas.

—¿Qué? ¿Nos subimos? —River caminó hacia mí con el móvil en la mano, señal de que había estado grabando algo o tenía la idea de empezar uno de sus vídeos.

—Así que esos son los tiburones a los que te referías… —murmuré con cierto escepticismo, sin apartar la vista de las piruetas de los *seabreachers*.

—¿No te gustan?

—Casi que prefería los otros; los que están vivos.

—Entonces, ¿no vas a animarte?

—No lo creo. —Sonreí con amabilidad—. Puedes ir con ellos. Ya están demasiado animados.

Liam y Emma estaban en una de las rampas, junto a una orca, escuchando las indicaciones de seguridad del personal, tan ilusionados como nerviosos.

—A mí me toca montar contigo. —Se puso a mi lado, clavando su mirada en el agua.

—Puedes hacerlo tú solo. Estoy segura.

Un silencio incómodo se hizo entre ambos. Una pausa cargada de tensión en la que él dudó —y creo que yo también— si sería capaz de subirme con él en ese peligroso semisumergible.

—¿Sabes? Creo que piensas demasiado las cosas.

—Y tú muy poco.

—Hagamos un trato. —Me miró fijamente, fundiendo sus intensos ojos grises con los míos—. Mañana podrás volver a ser la persona decente y estirada que el mundo espera que seas.

—¿Estirada? —Alcé una ceja, molesta—. ¿No querrás decir responsable?

¿Estirada? ¿En serio le parecía una estirada? Arrugué el entrecejo, pensando en sus palabras, analizando si realmente estaba mostrando mi verdadera versión al mundo o solo una parte de mí, asustada, dolida y sensata.

—Ya me entiendes… —Negué con la cabeza, incómoda por ese adjetivo.

—La verdad es que no.

—Está bien. Mañana podrás volver a ser la persona decente y responsable que el mundo espera que seas, pero hoy tienes dos opciones: quedarte ahí, indefensa y sin palabras, recordando por qué los que se supone que son los buenos —dijo con un deje de sarcasmo— nunca se divierten tanto como nosotros o —recalcó— dejar de pensar y hacerlo. Solo eso, hacer lo que de verdad quieres, lo que sientes, sin pensar en nada más.

Tragué saliva y al perderme en el intenso magnetismo de su mirada, empecé a dudar.

«Hazlo. Hazlo. Hazlo», me rogó —o me exigió— mi interior.

No sé qué fue lo que me llevó a moverme. Quizá, parte del efecto Cross funcionó o, tal vez, fue ese «estirada» el que me obligó a demostrarle que era justo lo contrario, pero di un paso al frente. Uno tras otro para caminar a su lado y dirigirme hacia la rampa. O hacia el fondo del abismo…

No escuché ni una sola palabra del encargado. Mi mirada estaba fija en los ojos de ese tiburón metálico y mi estómago estaba dando vueltas, como si se tratara de una batidora, antes, incluso, de poner un pie en ese bicho. Cuando quise darme cuenta, estaba sentada en ese asiento de goma, con uno de los trabajadores comprobando el arnés y cada una de las sujeciones que inmovilizaban mi cuerpo de todas las formas posibles.

—¿Estás preparada? —River me miró desde el asiento delantero y me dedicó una mueca tranquilizadora.

—Eso creo. —Asentí, aunque mis labios quisieron pronunciar un «no» alto y claro—. Y… Pero… —balbuceé—. ¿Y si sale mal?

—Fácil. Le ponemos un filtro y lo convertimos en contenido. —Quiso calmarme con su ironía, pero no lo consiguió. En absoluto.

—Joder… —Negué con la cabeza de nuevo, resignada—. ¿Cómo puedes vivir así?

—Así, ¿cómo?

Sentí cómo nos bajaban hasta el agua y el hormigueo se hizo más intenso, casi paralizador.

—¡Sin pensar en nada!

—Fácil. Respiro, improviso y… A veces salgo en tendencias.

—Y otras veces quieres arruinar mi día.

—Solo los… —Miró la pantalla de su móvil para comprobar el día que era. Increíble. Resoplé, agotada, aunque no pude evitar que mis labios se curvaran por su manera de ser—. Solo los jueves. Y cuando sonríes así.

La adrenalina empezó a latir en cada rincón de mi organismo.

Y el miedo se ablandó.

Al menos por unos segundos…

Capítulo 9



River

—¡Ey, *crossers*! Hoy no es un día normal. ¡Hoy voy a hacer una de las mayores locuras de mi vida! Algo con lo que llevo semanas soñando. Ya estoy aquí, dentro de esta bestia llamada *seabreacher…* Sí, ¡ese tiburón mecánico que salta sobre el agua como en una película de acción! —dije emocionado frente a la cámara, preparado para divertirme—. Estoy deseando poner en marcha sus doscientos

sesenta caballos para enseñaros cómo cabalgan sobre las olas. —Vi en la pantalla cómo el rostro de Xana, que estaba sentada justo detrás de mí, palidecía y no pude evitar sonreír—. Como veis, estoy muy bien acompañado, aunque no sabemos en qué va a acabar esto. —Xana frunció el ceño y volví a reír—. No sé si os gustarán este tipo de vídeos o acabaré convertido en leyenda, hundiéndome en mitad del océano; lo que sí tengo claro es que merecerá la pena y os enseñaré cómo se siente uno al volar sobre al agua. ¡Vamos a por ello!

En cuanto encendí el motor y empezamos a coger velocidad sobre el agua, sentí cómo Xana se tensó a mis espaldas. No la veía, pero pude sentirlo.

—¿Estás seguro de esto?

—¡Claro! No lo pienses. Solo disfruta.

Aceleré todo cuanto dio de sí la máquina, convirtiendo esos primeros instantes en una experiencia increíble en la que la adrenalina latía dentro de mí y emanaba de cada poro de mi piel.

—¡Guau! —exclamé cuando se sumergió y usé su propulsión para emerger con un salto impresionante.

—¡Ahhh! —Giré mi rostro para observar a Xana y la vi cubriéndose los ojos con las manos y el gesto desencajado—. ¡Socorro! ¡¡Para!!

—¡Vamos, Xana! ¡Tienes que ver esto!

Abrió los dedos para mirar entre ellos con miedo y volvimos a hundirnos en las profundidades durante unos segundos para salir a la superficie con más fuerza aún.

—¡¡Joder!! —gritó, provocando que una pequeña carcajada se escapara de mis labios—. Si salimos vivos de esta, ¡te mato, River Cross!

La GoPro que había fijado sobre los mandos grabó todos nuestros saltos, cada uno más espectacular que el anterior, y el miedo de Xana empezó a evaporarse en aquella cabina a prueba de agua. Y es que esa mezcla entre un tiburón y un avión de combate de alto rendimiento era el juguete perfecto para alguien como yo porque cada vez que nos sumergíamos, la calma de las profundidades nos daba un breve respiro para emerger con un nuevo

impulso que nos dejaba sin aire. Aunque lo que, de verdad, cortó mi respiración fue ella. Cómo su cuerpo se relajó y sus ojos se abrieron al máximo para no perderse detalle. Cómo su risa se adueñó de cada centímetro de aquel semisumergible que compartíamos y cómo esta se coló en las partes más ocultas de mi interior, esas que creía dormidas y aletargadas.

—¡Ha sido una pasada! —sentencié al poner un pie en el exterior y ofrecerle mi mano para que saliera sin dificultad.

—No ha estado mal —dijo ella, ocultando la curvatura que quería asomarse en su boca.

—¿No ha estado mal? —cuestioné incrédulo—. Te ha encantado. Confiésalo. —Xana alzó las cejas al oírme.

—Sueles decir esa frase a menudo, ¿verdad?

—¿Qué frase?

—Eso de… Te ha encantado. Confiésalo, nena. —Quiso imitar mi tono al pronunciarlo y no pude evitar carraspear para tragarme una sonrisa.

—No sé si debería alegrarme de que tengas esa imagen de mí, pero… no. No suelo dudar de lo que hago. Sé lo que hago bien y lo que no. Y esto ha estado muy bien hecho… —Rio. Y algo en mí se encendió. Sin poder evitarlo—. Así que no cambies de tema. Solo quiero escuchar un «ha estado genial, River».

—Perfecto. Ese aparato es genial, River. —Me señaló con seriedad, evitando reírse y me contagió—. Ha sido una experiencia… —dudó— apasionante.

Ambos reímos, justo cuando Emma y Liam regresaron a nuestro lado.

—¡Buah! ¡Ha sido increíble! ¡Menuda locura! —Emma me abrazó, superada por la emoción.

—¡Vaya máquinas! No me importaría tener una de esas en casa, aunque Em no me haya dejado ni tocarla… —Liam caminó hasta su amigo y se quedó a su lado, como si estuviera buscando algo de apoyo.

—¿Has dejado a Emma a los mandos?

—No me ha dado opción —contestó resignado.

—No había opción —recalcó ella—. Todos sabemos quién de los dos conduce mejor, así que no iba a dejar mi vida en sus manos.

Pareció que Xana pensó en esas palabras y me dedicó una mirada entrecerrada que ocultaba en ella un «acabo de dejar mi vida en tus manos», tan incrédulo como sorprendido, y la sonrisa que se dibujó en mi boca fue instantánea.

—Bueno, ¿qué? ¿Dónde vamos ahora?

—De ruta —respondió Liam convencido—. Xana no puede marcharse de los Ángeles sin su foto.

—¿Qué foto? ¿Cómo que marcharse de aquí? ¡Nadie se va a marchar de aquí! —Em se encaró con mi amigo—. Xana se quedará conmigo unas semanas.

—Unos días —le corrigió esta.

—Bueno, ya veremos. —Cambió de tema para evitar la discusión—. ¿De qué foto hablabas, Liam?

Conocía a mi amigo y sabía que tenía una extraña y obsesiva pasión por el senderismo, pero no imaginé que nos tendría caminando durante más de una hora, por una ruta marcada, para conseguir una fotografía.

—No es una foto más, es la mejor que podrás conseguir con el letrero de Hollywood a tus espaldas. —Quiso convencer a las chicas cuando llegamos a un punto del sendero en el que empezaron a protestar. ¡Como si alguien hubiera dicho en algún momento que querían una foto con el dichoso cartel! Sin embargo, al ver que Liam no se separó ni un solo segundo de Emma, comencé a dudar si el interés era por sacar la dichosa imagen o por pasar más tiempo a su lado.

—¿Queda mucho? —preguntó Xana, agotada por el ritmo del día.

—Diez minutos. Solo hay que andar un poco más.

—Esto es subir una montaña, no andar —me quejé, apoyándolas.

—Lo he hecho por ti, para que muevas el cuerpo.

—Podría moverlo bailando esta noche.

—No es lo mismo.

—Claro que sí, el corazón late igual —insistí.

—¿De pequeño también te quejabas tanto? Porque no lo recuerdo. —Las chicas sonrieron al escucharnos, pero aquello no se trataba de una discusión; las conversaciones así eran nuestro día a día.

—¡Qué va! Solo desde que has decidido convertirte en mi entrenador personal.

—Soy tu representante, no tu entrenador.

—Pues actúas como ambos.

—Y por eso sigues vivo.

—*Touché*. —Negué con la cabeza, evitando reírme, aunque no lo logré y se lo contagié al resto.

Me recordó a cuando éramos pequeños. Liam siempre había sido así, protector y responsable como nadie. De hecho, podría decir que si me había convertido en el hombre que era, probablemente, fue gracias a él. Nos conocimos cuando solo éramos unos niños, en el colegio, cuando me mudé con mi familia a aquella ciudad y tuve que hacer nuevos amigos. Por cosas del destino, y de la suerte, mi nueva casa estaba enfrente de donde él vivía. Solíamos pasar las tardes jugando en su jardín, o en el mío, y creábamos auténticas batallas campales con los vecinos. Conectamos desde el primer instante, pero nuestra relación se reforzó cuando la vida me sacudió, él se convirtió en mi único gran apoyo y me ayudó a salir adelante cuando uno de esos golpes del destino podría haberme dejado sin ganas de vivir.

Vi que Xana se quedaba atrás en una de las subidas y ralenticé el ritmo para esperarla.

—¿Siempre estáis así?

—¿Liam y yo? —Asintió—. ¡Qué va! Suele ser mucho peor. Aunque disimulamos muy bien.

—¿Os conocéis desde hace mucho?

—De toda la vida.

—Sois algo así como una pareja en crisis… —divagó, intentando no perder el equilibrio al caminar entre las pequeñas piedras del sendero.

—O como un matrimonio que lleva cuarenta años casados, diría yo —bromeé, ganándome una tímida mueca de su parte.

—¿Cuarenta años casado? ¿Tú? —cuestionó asombrada—. No tienes pinta de ser muy amigo del compromiso.

—Ah, ¿no? ¿Y de qué tengo pinta?

—Del típico que hace las maletas para marcharse antes incluso de deshacerlas.

—No suelo hacer maletas. La verdad es que no paso demasiado tiempo en un mismo sitio, así que viajo con lo justo.

—¿Ves? A eso me refiero. Pareces alguien que siempre tiene un plan de escape guardado en el bolsillo. Por si acaso… Un chico alérgico a la palabra *mañana* si eso implica que sea con la misma persona. Alguien que huye del compromiso.

—Pues te equivocas —dije chulito—. Soy alguien que se compromete muchísimo. Sobre todo, con el desayuno. No suelo perderme ni uno. Aunque me despierte al mediodía.

Fue en ese instante. Justo en ese mismo momento, en el que el atardecer convirtió el paisaje que nos rodeaba en uno de esos espectáculos que se quedan guardados en un rincón de tu alma para siempre, su carcajada sincera se convirtió en una melodía inigualable que transformó aquel escenario en el lugar perfecto. Uno en el que no me habría importado quedarme. Aunque fuera durante unos días.

El resto de la tarde, la pasamos entre decenas de turistas, haciéndonos fotos y *selfies* con el mítico letrero, contemplando la magia de aquel atardecer inolvidable en el sitio que me había visto crecer, creando nuevos recuerdos en buena compañía.

—Creo que podré sacar un videoblog increíble con estas imágenes —comenté al revisar las grabaciones, sentado en uno de los sofás del jardín de Emma.

—¿Otra noche más que te pasarás editando? —se interesó esta, mientras la tranquilidad de la noche nos embriagaba.

—Soy muy responsable. —Me encogí de hombros.

—Pues, señor responsable, he revisado tu agenda. Mañana tienes tres reuniones, un directo y la sesión de fotos. —Liam echó un vistazo a su móvil, como hacía siempre, para repasar todo lo que teníamos pendiente para el día siguiente.

—Tranquilo, hombre. ¿No viste que ayer llegué una hora antes?

—Sí, ¡pero fue por accidente! ¡Te confundiste de día!

—Detalles…

—Seguro que exageras, Liam —le picó Em.

—¿Que exagero? Creo que nunca, jamás, le he visto llegar pronto a ningún sitio. Es un desastre… Un niño oculto en el cuerpo de un hombre.

—Tú siempre fuiste un abuelo atrapado en el cuerpo de un niño y no te lo echo en cara.

—Y, aun así, aquí estamos; yo intentando que no te incendies y tú intentando que no me vuelva del todo gris.

—Trabajo en equipo. —Entrecerró la mirada para analizarme, sacando su vena responsable.

—Por cierto, recuerda que mañana no puedes improvisar.

—Define improvisar.

—¡No inventarte un discurso de diez minutos sobre lo mucho que te gustan los perros!

—Joder, pero es que me emocioné hablando sobre Caos.

—¿Caos? —se interesó Xana, que no se perdía detalle de la conversación.

—Un oso de cuarenta kilos que vive en nuestra casa —contestó Liam.

—¿En nuestra casa? —Me reí—. Caos es mi perro. Y es genial.

—¡La marca patrocinadora del evento era de comida para gatos, River! ¡Para gatos!

—Lo que os decía. Detalles.

Todos estallamos en carcajadas.

—Hablando de detalles. ¿Habéis cerrado ya todo sobre la serie? —preguntó Emma con curiosidad.

—Prácticamente —respondió Liam—. Ahora solo tenemos que cumplir con las condiciones para que el proyecto salga adelante y si es así, pronto estaremos en la Polinesia francesa grabando el salto a la pantalla del gran River Cross. —Puse los ojos en blanco al escucharle.

—¿Una serie? —Xana abrió los ojos al máximo, sorprendida—. ¿Sobre ti? ¿En la Polinesia? ¿En serio? —Asentí.

—River no es tan interesante como para eso, ¿verdad? —bromeó mi amigo, provocando que ambas rieran—. Pienso igual.

—¿No decías que sería un éxito asegurado?

—Si muestras al tipo caótico convertido en un atractivo desastre emocional, puede. —Siguió con la broma.

—¿Desastre emocional? —Asintió convencido, con una sonrisa cargada de suficiencia—. Pues podría decirse que eso es, en parte, culpa tuya.

—¿Culpa mía?

—Después de todo, eras tú el que me ayudaba a escribir las cartas románticas para las niñas en el colegio. Algún trauma tuve que sacar de aquello.

—¡Si siempre me ignorabas y acababas improvisando!

—He sido impulsivo toda mi vida. —Alcé las palmas de las manos, mostrándome inocente, provocando que los tres rieran.

—Por eso, va a funcionar la docuserie. Porque, después de todo, siempre has sido tú.

—¿Quieres salir tú también? —le provoqué.

—¿Yo? ¡No!

—Sería interesante veros a los dos juntos en la pantalla, la verdad —se unió Xana.

—Tranquila, que saldrá igual.

—Lo sé. Por eso tengo miedo —dijo Liam, con una mueca graciosa en el rostro. ¿Miedo? Él no tenía ni idea de lo que era el miedo. Nunca había nada que le intimidara. Podría engañar a cualquiera, pero no a mí.

—¿Miedo? ¿El mánager responsable tiene miedo?

—¿A lo que puedas hacer delante de una cámara? Siempre.

Volvimos a reír.

—¿Unos refrescos? —Emma se levantó, dando por hecho las respuestas, y mi amigo la imitó.

—¿Necesitas ayuda?

—Claro.

Antes de que pudiéramos darnos cuenta, esos dos habían desaparecido de nuestra vista al adentrarse en la vivienda. Sonreí al ver a mi amigo, pico y pala, intentando ganarse a Emma, aunque

fuera misión imposible. Llevábamos tres meses conociéndola, compartiendo con ella muchas tardes de piscina y charla, y parecía una chica directa, de esas que tienen claro lo que quieren y lo dicen sin pelos en la lengua. Y Liam… no estaba entre sus intereses. Más bien, por lo que nos había contado, lo estaba Michael, el guarda de seguridad de Palm Hills.

Los ojos de Xana se clavaron en los míos y me percaté de que, aunque fuera mínimamente, su mirada había cambiado en las pocas horas que llevaba en Los Ángeles.

—¿Qué te ha parecido la ciudad? —Quise romper el hielo. Nunca me habían gustado los silencios. Tuve que aguantar muchos de ellos, incómodos, tensos y dolorosos, durante meses. Y cada vez que sentía la calma, las horribles sensaciones que experimenté durante aquella época regresaban.

—Agotadora.

Sentí la bolsa de papel que tenía a mi lado, una que había comprado en la última cafetería que visitamos por la tarde, y las dudas hicieron acto de presencia. Intenté ignorarlas, cogí lo que había en su interior y se lo ofrecí.

—Por cierto, he comprado esto para ti, pero no… Se me ha olvidado dártelo antes.

¿Se me había olvidado? No había encontrado palabras mejores para explicarme, pero me negaba a dárselo allí, delante de Liam y Emma, o tendríamos cachondeo asegurado para varios días. O semanas.

—¿Un regalo? —Abrió la boca, sorprendida, al ver el papel que lo envolvía—. ¿Para mí? ¿Por qué?

—¿Por qué no? —Me encogí de hombros.

Xana me dedicó una sonrisa tímida y empezó a abrir el paquete hasta que descubrió una colorida agenda en su interior.

—¿Y esto?

—Bueno, sé que te gusta tenerlo todo bajo control y que la antigua terminó en el fondo de la piscina, así que… —Hizo un puchero exagerado, como si estuviera a punto de llorar, aunque lo traduje en un gesto de agradecimiento—. Ya sabes, una nueva forma

de ordenar tus ideas. Por colores. —Volvió a sonreír—. Eso sí, quería regalártela con una sola condición.

—¿Desde cuándo crees que voy a seguir tus instrucciones, River Cross? —preguntó con recochineo, sin perder esa mueca que seguía en sus labios, superada por la emoción de un regalo inesperado.

—Desde que te has dado cuenta de que puedo enseñarte algo. O de que no soy tan mala influencia como parece.

Nuestros ojos se engancharon sin poder evitarlo, como si empezaran a mantener una conversación silenciosa que ambos no teníamos ni siquiera en mente pronunciar.

—¿Por qué necesitas tenerlo todo bajo control?

—No lo sé. Supongo que es algo que hago desde siempre. Y mira… La única vez en mi vida que no he podido controlar algo, me han destrozado.

La miré. Como no había mirado jamás a nadie. Más serio que nunca.

—¿Sabes lo que más me jode, River?

—Dímelo.

—Que me he esforzado por ser perfecta durante toda mi vida. En el trabajo y en mi relación… Y no ha servido de nada.

Me apoyé en la mesa para acercarme a ella, como si ese simple gesto pudiera suponer un paso adelante entre nosotros y pudiera bajar la barrera que Xana había levantado frente al resto del mundo.

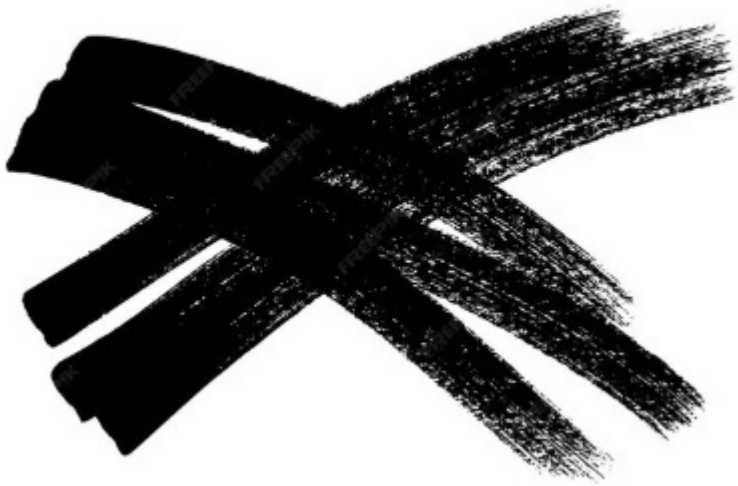
—Quizá, el problema no es que no fueras perfecta… —dije apenas en un susurro para que solo ella pudiera escucharlo.

—Entonces, ¿qué?

—Que ese tipo no supo ver el desastre maravilloso que eres.

Una verdad que pesaba tanto como dolía. Seguía doliendo… Porque no todo el mundo es capaz de mantener el equilibrio cuando la ola es demasiado buena. Ni siquiera yo.

Capítulo 10



Emma

No me gustaba Oliver. En realidad, nunca me había gustado. Podría llamarlo intuición femenina o llamarlo equis, pero siempre había tenido un sexto sentido para las personas. Sabía verlas. Verlas de verdad. Lo suficiente como para descubrir cuándo alguien merecía la pena, cuándo podías o no confiar en la gente o cuándo el tipo que tenías frente a ti era un auténtico despojo humano, como ocurrió con él. Supongo que era algo que podía percibir en su mirada, en su forma de actuar o en cómo trataba a mi amiga. Y no es que ese chico no tratara bien a Xana, ya que hasta entonces lo había hecho —pobrecito de él si me hubiera enterado de lo contrario —, sino que su manera de hacer las cosas no parecía real, sino forzada, y su mirada no era limpia, sino más bien todo lo contrario.

Como solía suceder, mi intuición no falló en esa ocasión, aunque me encantaría que aquella hubiera sido la primera vez.

¡¿Y Violet?! Tendría más que palabras con ella cuando volviera a Nueva York. Si es que lo hacía… ¡Pero vayamos por partes! Con más que palabras, me refiero a que se llevaría más de un grito y algún que otro insulto de mi parte, pero no golpes. No era una

persona agresiva —o no por norma general— y prefería pensar así, que lo nuestro quedaría en alguna palabra más alta que otra o con peor intención. No sabía cómo podía haber fallado a Xana de esa forma, porque sí, estamos de acuerdo en que la responsabilidad con su pareja la tenía Oliver, pero Violet era su amiga. Su amiga. Y lo que hizo no tenía nombre. O sí, pero no era algo que pudiera pronunciarse en la misma frase que la palabra amistad. Sin más. Otra ocasión en la que mi sexto sentido no falló y otra más en la que desearía haberme equivocado.

En cuanto a lo de regresar a Nueva York, era algo que todavía no me había atrevido a hablar con Xana. No quería sacar el tema y darle un nuevo disgusto, pero parecía que había encontrado mi lugar. Por fin.

Siempre había sido muy independiente y mis padres estaban felices de que estuviera con mi tío, viviendo mi sueño en la cuna del cine. Era una completa locura, algo con lo que llevaba soñando toda mi vida. ¡Y ahora estaba allí! Así que no pensaba perder la oportunidad. Además, me encantaba cambiar mi rumbo y mi destino continuamente, antes de que pudiera aburrirme de lo que estaba haciendo. Tal vez, por eso, nunca me había atado a nadie. A nadie, excepto a mi amiga. Xana era la única conexión estable que tenía con el mundo, mi toma a tierra, la que me hacía mantener los pies en el suelo, aunque yo decidiera hacer justo lo contrario.

Puede que ese fuera el motivo exacto por el que me gustaba pasar tiempo con Liam; porque me recordaba a ella. Y después de tres meses separadas, en él encontré esa voz de Pepito Grillo cuanto todo mi alrededor se convertía en un completo disparate.

Recordaba ese instante en el que nos conocimos como si fuera hoy, pero sucedió poco después de mi llegada, justo cuando me asenté en el que iba a ser mi nuevo hogar.

Estaba deshaciendo las maletas, poniéndome al día con mi tío, charlando con él como solíamos hacer antes de que se mudara a Los Ángeles para convertirse en alguien grande, cuyos pasos me encantaría seguir, cuando escuchamos voces en el jardín, en esas zonas comunes que estaban rodeadas por las casas de lujo de aquella urbanización de alto *standing*. Me asomé a la ventana de la

que ya era mi nueva habitación y lo vi, un grupo de jóvenes disfrutaba en la piscina mientras algunos de ellos hacían saltos y piruetas para acabar cayendo en el agua.

Siempre había tenido una facilidad innata para socializar y hacer nuevos amigos, por lo que no tardé en unirme a ellos. En realidad, fui a la zona de la piscina, dejé mi toalla en una de las hamacas y cuando iba a acercarme a las escaleras, donde se encontraban, vi un rostro conocido entre ellos. Ese *influencer* que se estaba comiendo el mundo descubriéndolo con sus viajes. River… ¿Croc? ¿Crush? Cross. River Cross.

—¡Hola! ¿Tú eres…? Eres ese chico de *Cross the world*, ¿no? —pregunté, evitando decir nombres por si estaba equivocada. Aunque era difícil olvidar esa cara. Mandíbula cuadrada, acompañada por una media sonrisa gamberra, ojos brillantes y grises que hacían promesas sin pronunciar ni una sola palabra y mechones rebeldes y oscuros que caían sobre esa mirada, como si fueran tan incontrolables como él.

—Soy River —contestó, asintiendo, con esa amabilidad que le caracterizaba—. ¿Y tú eres…? No nos hemos visto por aquí antes.

—Soy Emma —me presenté. Haciendo amigos, como siempre —. Acabo de llegar; me he mudado aquí, a la casa de mi tío. —La señalé.

—¡Genial! Entonces, nos veremos por aquí.

Sabía que congeniaríamos. Había visto sus vídeos y River era muy parecido a mí; un viva la vida con un único objetivo: disfrutar del hoy sin pensar en el mañana.

—¿Qué pasa? ¿Ya te has rajado? —le provocó uno de sus amigos, saliendo del agua para colocarse a su lado.

No me lo esperaba, pero nuestras miradas se engancharon por más tiempo del que me lo habría permitido nunca. Él. Liam. Mi contacto directo con la realidad desde entonces. El que me haría mantener los pies sobre la tierra, como solía hacer Xana.

—¿Yo? ¡No sabes lo que dices! —River le golpeó en el hombro, bromista—. Estaba conociendo a nuestra nueva vecina. Liam, ella es Emma. Emma, Liam.

Sentí un ligero hormigueo en el estómago, esa atracción que te lleva hacia alguien a quien pareces conocer desde siempre, pero quise ignorarla.

Torso perfecto, ejercitado y moreno, por el que resbalaban varias gotas de agua, mandíbula marcada, como la de su amigo; pelo húmedo, con ondas, y una mirada oscura y magnética que te atrapaba por todo eso que intentaba ocultar. Nada que no hubiera visto antes. Un chico atractivo, sí, como River. Dos amigos cortados por el mismo patrón; sin embargo, su actitud era muy distinta, como dos polos opuestos. Y lo descubrí con el paso de los días… River era el caos más absoluto, la locura personificada, como yo; alguien que no pensaba las cosas más allá de lo necesario. Liam, en cambio, era sensato y responsable. Y guapo a rabiar…

Por la profesión de River y de Liam, solían viajar a menudo, pero siempre que estaban en casa, cuando yo regresaba de mis clases, pasábamos la tarde juntos en la piscina. Me acogieron en su grupo desde el primer momento y yo me sentí una más sin apenas darme cuenta.

Cada día profundizábamos más en nuestras vidas y la confianza era mayor. Por eso, cuando llegó un punto en el que el maldito carácter de Liam empezó a atraerme tanto como nunca me atrevería a reconocer, comencé a quedar con Michael, el guardia de seguridad de Palm Hills. ¡De alguna forma tenía que silenciar lo que me pedía mi cuerpo cada vez que tenía al jodido Liam cerca!

Y parecía que lo había logrado hasta que el susodicho tuvo el valor para pedirme una cita unos días antes de la visita de Xana. O lo que yo creí que sería una cita.

—Em, ¿te apetece que vayamos mañana a cenar a Walley´s? —me preguntó Liam, sin más, imperturbable, como si fuera lo más normal del mundo, sin darle la mayor importancia.

—¿Quiénes?

—Tú y yo.

—¿Tú y yo? ¿Solos? —cuestioné, desconcertada.

—¡Claro! ¿Qué pasa? ¿Hay algún problema?

—No, no.

—Perfecto. Mañana nos vemos allí, a las ocho. No me dejes plantado.

Ese hormigueo que tanto llegué a odiar se hizo más intenso y, finalmente, al que acabé *odiando* fue al mismísimo Liam. Porque lo que, al principio, para mí, fue una ilusión que me encantaría haber podido evitar, para él, solo era una cuestión laboral. Un jodido tema de trabajo. Nada más.

Pero Liam era así, organizado, responsable y realista. No como River, que era un tipo soñador con la vista clavada en el horizonte. Aunque no podía culparle…

Según me contó durante una noche de confesiones en su jardín, en la que nos sinceramos por primera vez, River había sido una de las grandes promesas del surf. Desde que era pequeño, cuando se mudó a Los Ángeles, tuvo muy claro cuál era su sueño y ese se encontraba en el mar, sobre una tabla. Pasaba las horas, y los días, en Venice Beach entrenando para conseguir sus objetivos y antes de los quince, ya desafiaba las olas con la madurez de un veterano. Ganó prácticamente todas las competiciones en las que se inscribió y todo apuntaba a que iba a convertirse en una leyenda cuando su nombre empezó a aparecer en los medios y las marcas despertaron su interés por acompañar su carrera, atraídas por su rendimiento, constancia y por su prometedor futuro en la élite del surf, pero el destino tenía otro camino muy distinto para él.

Tras un accidente, en el que no quiso profundizar —y al ver cómo su rostro se descompuso, yo tampoco pude preguntar—, su vida cambió en todos los sentidos. No pudo volver a dedicarse a lo que más deseaba y empezó a vivir sin dejar temas pendientes, como si el mañana no existiera, como si todo lo que tuviéramos pudiera acabarse en cualquier momento, justo ahora. Y eso era, exactamente, lo que necesitaba mi amiga, alguien que la hiciera despertar.

—River, ¿y si…? ¿Y si contratas a Xana para que se encargue de la publicidad? No encontrarás a nadie mejor que ella —le comenté con inocencia durante la primera noche que pasamos los cuatro juntos, cuando mi amiga se marchó a la habitación.

—¿De la publicidad? No creo que haga falta —contestó Liam por él, pero la mirada que le dediqué le obligó a mantenerse apartado del tema.

—¿Para qué?

—Para gestionar los contratos con las marcas y todo lo relacionado con el marketing digital. Recuerda, si no te ven, no existes —dije con un tono que había pronunciado él en alguna ocasión.

—Créeme, en estos momentos, no me importaría que me vieran un poquito menos.

—Tener a Xana aquí es un golpe de suerte para ti —insistí—. Puedes contratarla como Social Media Manager y que se encargue de gestionar la estrategia de marketing de tu marca. ¿No querías impulsar *Cross* este año?

—Sí, pero…

—Pero nada. Piénsalo.

Pareció pensarlo, pero demasiado rápido.

—Sabes que nos vamos de viaje durante varios meses, ¿no?

—¿Qué excusa de mierda es esa? Vosotros podéis trabajar desde cualquier lugar. Y ella también.

—No creo que sea una buena idea, Em —respondió convencido.

—¡Venga ya! ¡No seas así! Además, me lo debes. Me lo debéis. —Señalé a Liam también para incluirle en mi plan.

—Joder, Emma.

—¡Ya estamos! —Se quejó Liam—. Sabía que saldría este tema. No sé por qué.

—¡Claro que lo sabes! —pronuncié con retintín—. Además, ¡ni que te estuviera pidiendo algo descabellado! Xana puede ayudaros. Y tú puedes ayudarla a ella. Por favor…

—Joder…

Puse mi mejor puchero para convencerle y no me costó demasiado. Sin embargo, ese plan que esperaba que cambiara la vida de mi amiga terminó transformando la mía de forma radical.

Como si acabara de arrasarla un huracán.

Uno con nombre y apellidos…

Capítulo 11



Xana

Solo llevaba setenta y dos horas en la casa de Emma y ya parecía que llevara allí toda una vida. Me había adaptado a la perfección, encajé entre sus amigos como si fuera una más y me encontraba tan a gusto entre ellos que no me habría importado quedarme unas semanas. Sin embargo, era de las que pensaban que huir de los problemas no facilita la situación, sino más bien al contrario; la complica. Porque cuando llega el momento de afrontar la realidad, estás tan acostumbrado a escapar que no consigues verte capaz de hacerlo. Aunque lo seas, tu mente puede convencerte de lo contrario.

Aun así, aunque quisiera olvidarme de Oliver, de Blink y de lo ocurrido, no me habría dado tiempo. El nudo de mi pecho seguía presente, a pesar de que fuera aflojándose por momentos, pero la llamada de mi madre la tarde anterior lo estropeó todo.

—¡Xana! —me saludó cuando contesté al teléfono. O me exigió, más bien, por lo que entendí en su tono—. ¿Dónde demonios estás?

«¡Hola, mamá! Yo también me alegro de hablar contigo después de… ¿dos semanas?».

—¿Ha pasado algo? —Esquivé su pregunta porque el hecho de que fuera tan directa y me hubiera llamado para preguntarme por

mi paradero no me hizo esperar nada bueno.

—¿Cómo que si ha pasado algo? ¡No lo sé! ¡Dímelo tú! —exclamó exaltada.

—Mamá…

—Xana —dijo con dureza—, me ha llamado Oliver. Me ha contado lo que ha ocurrido.

—Ah, ¿sí? ¿Qué es lo que te ha dicho exactamente?, ¿que se está acostando con una de mis amigas?, ¿que los he pillado en la ducha? En nuestra ducha.

—No seas dramática, Xana.

«¿Dramática? ¡¿Yo?!».

—Mamá, no sé lo que te habrá contado, pero créeme, seguro que no es verdad. Se le caería la cara de vergüenza si te hubiera contado lo que tuve que ver. Aunque, en realidad, no creo que Oliver tenga de eso…

—Me ha dicho que no le dejaste explicarse, que todo fue un error.

—¡¿Un error?! —grité sin poder evitarlo y me alejé de la cocina, donde estaba tomando un café con Emma, para que no tuviera que escuchar esa conversación absurda—. Por lo visto, el único error fue que yo llegara a casa antes de tiempo.

—¿Quieres dejarme hablar? —preguntó con su tono más exigente, como si no tuviera opción.

—Claro, convénceme de lo bueno que es Oliver y de por qué debería seguir adelante con la boda.

—¡¿Te has planteado cancelar la boda?!

—Mamá, ¿me estás escuchando? Oliver me ha sido infiel —pronuncié de forma espaciada, intentando que fuera consciente de su significado, pero la única que se dio cuenta de lo que suponían realmente esas palabras fui yo. Creo que pude sentir cómo mi corazón se rasgaba, irreparable—. Y a saber cuánto tiempo lleva con ella a mis espaldas.

—Xana, Oliver no ha negado los hechos. Al contrario, está muy arrepentido. Me ha dicho que Violet fue a vuestra casa llorando porque su novio la había dejado.

«¿Violet, novio? ¡Ja!».

—Ya.

—Él quiso consolarla y se les fue de las manos.

—Allí la única que estaba consolando era ella a él —escupí, dolida, furiosa.

—Él me ha dicho que solo quería apoyarla y que, en un momento de debilidad, cayeron sin poder evitarlo. Es humano, hija, y ha cometido un error. ¿Tan grave ha sido como para no escucharle?

—Se ha acostado con Violet a días de nuestra boda, mamá, y estoy segura de que no ha sido la primera vez.

—¿Y no puedes hablar con él y dejarle que se explique?, ¿tengo que estar de mediadora como si tuvieras diez años?

«¡Ay, dios!». Mi subconsciente empezó a tirarse de los pelos.

—En eso tienes razón. No tengo diez años y no tienes por qué andar mandándome mensajitos de Oliver. Sé lo que estoy haciendo, mamá, y él sabe perfectamente lo que ha hecho. Por eso, te utiliza para que me convenzas de algo que no va a suceder.

—¿Pretendes tirar tu futuro a la basura?

—Casarme con él sería tirar mi futuro a la basura y eso es algo que no va a ocurrir. Es más, pretendo empezar desde cero.

—¿Dónde estás? —se interesó después de una pausa melancólica que llenó con un suspiro profundo.

—No te preocupes. Estoy bien. —La ironía fue más que evidente en mi tono de voz—. Estoy con Emma, pasando unos días en Los Ángeles.

«Pero volveré». Esa era la idea. Lo que no imaginaba, ni por asomo, era que mi madre iba a convertirse en un altavoz de mi destino y que, en menos de veinticuatro horas, mi vida volvería a ponerse patas arriba, en todos los sentidos.



Nos encontrábamos en el jardín, comiendo algo rápido antes de que Emma se marchara a sus clases, sintiendo cómo el sol de California se fundía con nuestra piel, tostándola por momentos.

—¿Aún sigues dándole vueltas a lo que te ha dicho tu madre? —Mi amiga sintió que estaba ausente; me conocía muy bien, tanto como para saber que mi mente estaba en otro sitio.

—Es incomprensible. Solo ella podría defender a alguien que acaba de traicionar a su hija. —Me encogí de hombros, tratando de mostrar indiferencia, pero me dolía. Me jodía muchísimo.

—Ya sabes cómo es.

—¿Y eso lo justifica? —El enfado se notó en mi voz, pero no pude evitarlo—. Quiero decir, esa frase, «ya sabes cómo es», suele intentar justificar comportamientos de mierda, pero no lo hace en absoluto.

—No, no lo justifica. El día que sortearon las madres, tú no tuviste suerte, Xana.

Di un bocado de mi sándwich, tratando de digerir la bola que se había formado en mi garganta.

—Bueno, ¡da igual! ¡Estamos aquí para olvidar! Y yo… tengo una sorpresa. —Emma se levantó de un brinco, recogiendo su carpeta de la mesa y una pequeña mochila del suelo, en la que había guardado sus cosas.

—Sabes que no soy muy fan de las sorpresas.

—Esta te gustará, pero ahora tengo que irme. Vigila a River y Liam mientras no estoy.

—Creo que esos dos no necesitan a nadie que los vigile.

—Te equivocas. Esos dos necesitan que se les vigile más que a nadie —bromeó, dirigiéndose hacia la puerta.

—Oye, ¿y mi sorpresa?

—¡Luego! ¡Cuando vuelva! —Se despidió con la mano—. ¡Pórtate bien! O no…

—¡Espero que tu sorpresa no tenga nada que ver con orcas ni tiburones asesinos! —Su sonrisa traviesa se convirtió en una sincera que me dedicó antes de marcharse.

No sabía lo que decía. Pero ojalá esa sorpresa hubiera consistido solo en otra aventura en esos torpedos submarinos.

Ojalá…

Ya eran casi las siete de la tarde y estaba empezando a atardecer. River y Liam se encontraban en las zonas comunes, cerca de la piscina, como de costumbre, con un grupo de amigos, charlando y disfrutando del clima. Yo, en cambio, me quedé en el jardín de Emma, trabajando en el ordenador. «Trabajando» o lo que era lo mismo: enviando currículums a cualquier puesto en el que pudiera encajar y anotando los contactos de recursos humanos en mi nueva agenda. Ese era mi único objetivo del día: seguir respirando. Sin embargo, la vida tenía un plan muy distinto para mí. Otra vez.

El timbre de la casa me pilló desprevenida. Durante unos segundos, dudé si abrir o no, pero pensé que podría tratarse del mensajero y me levanté decidida para recoger ese paquete ficticio que había inventado mi mente. Al abrir, la realidad me dio un doloroso guantazo con la mano abierta; la persona que menos esperaba estaba delante de mí, con rostro serio y aliviado y la necesidad de verme brillando en su mirada.

—Xana —susurró.

—O… Oliver… ¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo…? —Fruncí el ceño, molesta. Enfadada. Él no debía estar allí. No podía estar allí.

—He venido para hablar contigo.

Me di la vuelta, furiosa, ignorando sus palabras y regresé al interior de la casa para volver al jardín, sintiendo sus pasos a mis espaldas. Necesitaba respirar y que se marchara igual que había llegado. Sobre todo, eso.

—Xana, necesitaba verte. No me coges el teléfono, no quieres hablar conmigo. Ni siquiera has escuchado lo que tengo que decirte.

—No quiero escuchar nada. No quiero verte, no quiero oírte. ¡No quiero que estés aquí! —Subí el tono de voz sin poder evitarlo.

—Xana, escúchame… —Intentó agarrar mi mano, pero me solté de un tirón.

—¡¿No me estás oyendo?!

—Entiendo que estés enfadada, de verdad que sí; entiendo que quemaras mi figura de Iron Man y te deshicieras de mis cómics, pero…

—¿Lo entiendes? —Solté una carcajada incrédula—. Eso es lo mínimo que te mereces.

—Lo de Violet ha sido un error —insistió—. Solo ha sido sexo. Tienes que creerme.

—¿Que te crea? ¡¿Quieres que te crea?! ¡Nos casábamos en un mes! Un puto mes, Oliver. ¿Cuándo pensabas decírmelo? Bueno, ¡¿qué demonios?! ¡No pensabas hacerlo! —exclamé, dando vueltas por el jardín sin mirarle—. Pensabas llegar al altar y tirártela en el cuarto de baño, en el banquete. Para celebrarlo.

—No digas tonterías. Te juro que eso ya se ha terminado. Fue un error. Un jodido error.

—Tú eres el único error que hay aquí. El peor de toda mi vida.

—Xana, tienes que perdonarme.

—¿Que te perdone? ¿El qué?, ¿que me hayas engañado?, ¿que te hayas cargado nuestra boda?, ¿que hayas llamado a mi madre para contarle sandeces? ¿Qué es lo que tengo que perdonarte?

—Xana…

Oliver se acercó a mí y volvió a intentar agarrarme para que le mirase, pero me revolví entre sus brazos.

—¿Todo bien por aquí? —La voz grave y seria de River sonó a mis espaldas.

Me giré para observarle y vi cómo analizaba la escena, al mismo tiempo que estudiaba a Oliver con la mirada. Logré soltarme en ese instante y River se acercó a mí sin dudarlo ni un solo segundo.

—¿Estás bien? —Me sostuvo del brazo con delicadeza, arrugando la frente, mostrando esa uve entre sus ojos que le hacía parecer un tipo duro.

No contesté, no hizo falta; mi mirada lo hizo por mí con un «no te vayas, por favor» tatuado en ella.

—¿Nos conocemos? —preguntó Oliver, displicente, buscando en su memoria la imagen del chico que tenía delante y que aún seguía tocándome. Estaba seguro de que le había visto en alguno de sus vídeos, pero en esos instantes no lo recordaba.

—No lo creo. Tú eres… —cuestionó River, entornando la mirada, escaneándolo.

—Oliver, el prometido de Xana. —Le ofreció la mano para que este la estrechara, pero River ni siquiera se movió. Es más, no separó las yemas de sus dedos de la piel de mi brazo.

—Ex —recalqué—. Exprometido.

El gesto que me dedicó el susodicho no pasó inadvertido para ninguno de los tres.

—¿Cómo has entrado aquí? —preguntó River con dureza.

—¿Qué?

—¿Que cómo has entrado? Esto es una urbanización privada.

—Emma dio mis datos en la entrada y me han dejado pasar, ¿algún problema? —cuestionó, chulito.

—Que Emma ha hecho… ¿qué? —Estaba alucinando.

Oliver vio que su explicación no cuadraba con la forma de ser de mi amiga y tuvo que aclararse. Ella nunca me traicionaría así.

—En realidad, iba a venir con Taylor, pero él no ha podido y he venido yo solo. ¿Algún problema? —insistió, provocando a River con la mirada.

Taylor era un amigo de Emma; en realidad, era un amigo común entre Emma y Oliver y aunque no podía llegar a entender qué pintaban ellos allí, esperaba que Em me diera explicaciones cuando llegara de clase.

—Ninguno. —Lo ignoró—. ¿Vamos, Xana? Te estamos esperando. —Señaló a sus amigos, que nos observaban desde la piscina sin perderse detalle. Supongo que lo hacían por si tenían que entrar en acción.

Los dedos de River se deslizaron por la piel de mi brazo hasta llegar a mi mano y entrelazarse con los míos para largarnos de allí.

«Salvada por la campana».

«O por el efecto Cross».

No obstante, antes de que pudiéramos alejarnos, para evitarlo, Oliver me agarró del brazo que tenía libre y tiró de mí hacia él.

—Tenemos que hablar. No he venido hasta aquí para que no me dejes explicarme. —Su voz se volvió más dura.

—Yo no te he pedido que vengas.

River se interpuso entre ambos.

—¡Eh! —Se encaró con Oliver—. ¿No la has oído? Te ha dicho que no quiere hablar contigo.

—Pero tú… ¿Quién te crees que eres?

—River, déjalo. —Intenté tranquilizar el ambiente, pero no lo conseguí. Lo único que quería era marcharme de allí y que Oliver desapareciera. No estaba preparada para tener esa conversación con él aún.

—¿River? —repitió Oliver, desconcertado, atando cabos entre las imágenes que había buscado en su mente—. ¿River Cross? Ya decía que me sonabas…

—El mismo. Y si no quieres que me convierta en uno de tus problemas, lo mejor es que te vayas.

—¿Es una amenaza?

—Para nada —contestó imperturbable—. Pero puedo llamar a seguridad y que te echen de aquí en menos de dos minutos.

—Vaaaya. Ya entiendo lo que pasa. ¿Eres su nueva conquista, Xana? —Oliver me miró por encima del hombro de River, buscando una respuesta en mis ojos—. ¿Es eso?

No me dio tiempo a responder; ni siquiera pude asimilar lo que quería decir. Era él quien se había ido con otra persona y… ¿estaba insinuando que River y yo estábamos liados?

«Insinuando no. Lo ha dicho. Y claramente, además», me provocó mi mente.

—Eso es, justamente. Sí —sentenció River, seguro de sí mismo, sin apartarse, usando su cuerpo como escudo humano entre Oliver y yo—. Xana ha pasado página, así que haz el favor, lárgate de aquí y haz tú lo mismo.

—Aunque intentes evitarlo, no podrás hacerlo para siempre —dijo con frialdad, ignorando el comentario de River—. Nos casamos en un mes, tenemos todo organizado y, como mínimo, tendremos que hablar sobre el tema. Así que estaré esperando tu llamada.

Oliver giró sobre sí mismo y se alejó por donde había entrado, haciéndolo igual que había aparecido, sin esperarlo. Vacié mis

pulmones de todo ese aire que no sabía que estaba conteniendo y me dejé caer en uno de los sofás.

—Joder… —Hundí los dedos en mi pelo, superada por el momento que acababa de vivir.

—¿Estás bien? —River se puso en cuclillas, frente a mí, apoyando su brazo en mi rodilla para mantener el equilibrio.

—Eso creo. No esperaba verle aquí. Ni tan pronto.

—Supongo que Emma tendrá una explicación para eso…

—Más le vale —bromeé, mirándole fijamente, agradeciendo que estuviera ahí. Una vez más—. ¿Por qué lo has hecho? —Sonreí incrédula y se encogió de hombros—. ¿Tu nueva conquista? ¿En serio? —Puse los ojos en blanco al recordarlo. No quería ver a un hombre en cien kilómetros a la redonda. Mínimo. Aunque River pareciera el típico chico al que querrías tener cerca.

—Pensaba que necesitabas ayuda.

—Gracias.

Mi pequeña sonrisa se le contagió y me dedicó una mueca cargada de complicidad.

—Así que eres el típico chico que va llenando su teléfono con nuevas conquistas cada día —deduje.

—¿Quieres dejar de analizar el tipo de persona que parezco? —soltó sin perder la curvatura traviesa de sus labios—. Lo haces continuamente.

—¡Lo siento! Pero es verdad. Pareces alguien que besa como si fuera a desaparecer después. Un conquistador nato. Por eso, lo habrá pensado Oliver. Tienes toda la pinta…

—Ah, ¿sí? Pues… ¿sabes? La única verdad aquí es que soy alguien que se mete en problemas por defender sus principios, por los motivos correctos. Por eso, le he parado los pies a ese capullo. No puedes dejar que te trate así. —Mi sonrisa se desvaneció y mis ojos permanecieron enganchados a los suyos—. Y también soy un tipo que podría hacerte cambiar de opinión si vuelves a mirarme así.

No sé qué fue aquello, pero estábamos lo suficientemente cerca como para sentir una extraña tensión que empezó a vibrar entre nosotros. Tanto como para que River se incorporase solo para evitarla.

—¡Vaya! Por lo que veo, ya has estrenado tu nueva agenda. —Su sonrisa se amplió con orgullo.

—Sí. Aunque no tengo demasiado que apuntar por ahora. Me estoy centrando en mis objetivos a corto plazo, como encontrar un trabajo.

—Hablando de eso… ¿Qué te parecería si trabajaras para mí?

—¿Para ti? —cuestioné cargada de escepticismo—. ¿Haciendo qué?

—Playas infinitas, trabajo, arena blanca, agua con un azul tan intenso que parece irreal…

—Ajá. ¿Y dónde está la letra pequeña?

—Necesito a alguien que me ayude con la publicidad y la gestión de la marca. Y tú eres la mejor publicista que conozco.

—No conoces a muchas, ¿verdad?

—Personalmente no. —Reí por su respuesta.

—¿Me estás proponiendo que vaya contigo a la Polinesia francesa? ¿Eso es trabajo o unas vacaciones encubiertas?

—Un poco de ambas. Y prometo no explotarte. Bueno… solo creativamente.

—Gracias por la aclaración —bromeé—. Y por la oferta, pero…

—¿Pero? ¿En serio? ¿Te estoy proponiendo un viaje con los gastos pagados al paraíso y piensas en los *peros*? ¡Eres peor de lo que pensaba!

—¿En serio crees que sería una buena idea? —cuestioné, pensando en todos los pros y los contras de su oferta.

—¿Una buena idea? ¿Para ti? Sería la mejor. Además, ¿tienes algo mejor que hacer?

—La verdad es que no.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema? Si no quieres ir, podrías decir que no directamente.

—Podría.

—¿Y por qué no lo haces? —cuestionó, con la duda ardiendo en su mirada.

—Porque me gustaría decir que sí. Y me da miedo.

Sonrió, orgulloso, por segunda vez en pocos minutos.

—Esas decisiones son las mejores, las que asustan tanto como atraen. Y tú tienes dos opciones: volver a Nueva York y empezar una nueva vida o volar a la Polinesia francesa y hacerlo por todo lo alto. Tú decides.

—No lo sé. Tendré que pensarlo, pero creo que atreverme a ir contigo sería mil veces peor que regresar a Nueva York.

—Gracias por la parte que me toca —dijo, mostrándose ofendido. O fingiéndolo. Empezaba a conocerle—. ¿Por qué sería muchísimo peor? A ver…

—Porque sería una locura. Pero de las buenas… Y yo nunca he hecho locuras.

Hasta ese momento.

Capítulo 12



River

Siempre que entraba por la puerta del que había sido mi hogar durante años, un sentimiento de culpa y de tristeza me arrollaba por dentro. Era como adentrarme en el lugar en el que todo empezó y todo acabó, al mismo tiempo. El sitio que marcó mis primeros pasos en el surf y en el que me lo arrebataron todo, para siempre,

convirtiéndome en un nuevo River totalmente diferente al que era hasta entonces.

Cuando solo tenía cinco años, nos mudamos a Los Ángeles; en concreto, a aquella casa situada en Venice. No era una de esas lujosas ubicadas junto al mar, pero era más que suficiente para mi familia. Consistía en una vivienda de una planta, rodeada por un pequeño jardín, que se encontraba a unos treinta minutos caminando de la costa. ¡De la mítica Venice Beach! Por lo que solo me hizo falta crecer un poco más para verme inmerso en el mundo del surf que se movía entre sus olas.

Mi obsesión fue tal que creo que tras conseguir mi primera tabla, no pasó ni un solo día en el que no disfrutara desde el agua de esa puesta de sol californiana, de intenso color rojizo, con las espigadas palmeras y el océano como compañeros indispensables. Desde que me puse de pie por primera vez sobre esa misma tabla, con el agua fría mordiéndome los tobillos, el mar se convirtió en el único lugar donde todo tenía sentido. A los diez, ya leía las olas como si me estuvieran susurrando secretos, despertando miradas de sorpresa y respeto por parte de los adultos; miradas de esas que se reservan para los que nacieron para algo, para esos que tenían un claro objetivo en la vida. Lo que yo parecía haber encontrado…

Con solo doce años empezaron a llegar las primeras medallas en campeonatos juveniles y trofeos que alineaba en mi habitación como si fueran promesas de un futuro asegurado. También llegaron los primeros podios en competiciones de la NSSA (*National Scholastic Surfing Association*) y en los *California State Games* y gané pequeños patrocinios, aprendiendo a vivir entre madrugones, carreteras costeras y la presión dulce de convertirme en uno de los grandes, de haber encontrado mi camino.

Al cumplir los quince, llegué al *World Junior Championship*, en Oceanside, y allí, contra todo pronóstico, ya que mis esperanzas no eran muy favorecedoras, me metí entre los finalistas del mundo. Con aquella manga decisiva, con el corazón golpeándome las costillas y la playa rugiendo mi nombre, fue la primera vez que sentí que mi sueño no era una fantasía de niños, sino un destino real, al alcance de la mano. No gané el título, pero recuerdo cómo salí del agua llorando,

abrazado a mi tabla, sabiendo que ya no era solo un chico más con talento, sino una promesa reconocida a la que el mundo del surf empezaba a mirar en serio.

Todo apuntaba a que el salto al circuito profesional solo era cuestión de tiempo, pero los sueños también pueden desvanecerse entre los dedos cuando estás a punto de alcanzarlos. Son capaces de desaparecer ante tus ojos como si todo hubiera sido parte de un espejismo que te deja la peor y la más dura de las lecciones como recuerdo. Porque aquello no solo fue un fracaso, sino una historia interrumpida, una ola perfecta que se levantó imponente ante mi mirada, pero que nunca llegó a romper.

O que llegó a romper demasiado, a destrozar toda una vida.

Entré con paso decidido hasta el salón de la casa que me vio crecer, sintiendo cómo mi estómago se revolvía, cómo los recuerdos se clavaban en mi pecho de forma dolorosa.

—¡¿Hola?! ¿Hay alguien en casa? —grité, elevando la voz, al ver que por allí no había nadie—. ¿Mamá? ¿Brooke?

Nada. Ni rastro.

Fui hasta la que había sido mi habitación y eché un vistazo a los trofeos y medallas que se encontraban en la estantería de madera, centrándome en uno en concreto junto al que descansaba una fotografía. Recordaba el momento exacto en el que la hicimos. En Oceanside, justo antes de que empezara la *World Junior Championship,* cuando tenía quince años. En ella, se veía a mi padre con una sonrisa orgullosa en el rostro y con la pequeña copa del segundo puesto en una mano, mientras que con el otro brazo se abrazaba a mí como si fuera el mayor de sus logros. Ojalá hubiéramos tenido la oportunidad de vivir más momentos como ese, de haber compartido más momentos juntos en general. Pero la vida a veces te golpea tan fuerte que la cicatriz que deja sigue sangrando por siempre.

—¡¡Joder!! —exclamaron detrás de mí, lo que hizo que me girara instintivamente—. ¡Qué susto, River! ¡Podrías avisar!

Brooke se quitó los cascos de la cabeza y corrió hacia mí para darme un abrazo.

—¿Avisar? He estado dando gritos para ver si había alguien, pero te aíslas del mundo con estos cacharros. —Di dos golpecitos a los cascos que tenía alrededor de su cuello.

—Son tuyos —comentó con esa sonrisa que me recordaba tanto a él, a nuestro padre.

—Lo sé. —Dejé la foto en su sitio, colocándola con cuidado, y volví a abrazarla con cariño—. ¿Qué tal, enana? ¿Cómo van esas competiciones?

Ella era la única que había vuelto a subirse a una tabla. Yo no podía. Y no solo físicamente; había pagado un precio muy alto por esa obsesión en la que llegó a convertirse el surf y cada vez que veía mi viejo neopreno, doblado en el armario, sentía que era algo que me había costado demasiado.

—¡De locura! Estoy preparándome para el *Super Girl Surf Pro*, que es el mes que viene, en Oceanside. —Mi piel se erizó al recordarlo—. Vendrás, ¿verdad?

No pude evitar sonreír y asentir. Para ella, era algo importante, un sueño que aún estaba por llegar, como lo fue para mí en su día. Mi corazón latía más fuerte cada vez que miraba a la arena y veía la mirada orgullosa, a la par que preocupada, de mi padre, observándome, estudiando cada uno de mis movimientos, cada giro de cadera. Y a Brooke le ocurría lo mismo conmigo. Después de todo, ella era solo una niña de diez años cuando perdimos a nuestro padre y desde entonces, me convertí en su única figura paterna. Hice todo lo que pude por ser alguien de quien se sintiera orgullosa, porque a esas alturas de su historia, cuando ella ya estaba a punto de entrar en la universidad, dudaba que recordara cómo era, realmente, ese hombre que debería haber sido su ejemplo en la vida: él, nuestro padre.

Desde aquella tarde en la que todo cambió, cada noche, cuando me acostaba, su imagen me acompañaba hasta quedarme dormido. Solo era una reunión con posibles patrocinadores, algo a lo que podría haber ido yo solo, pero necesitaba su apoyo.

—Acompáñame, papá. Solo esta vez.

Se suponía que ya era un adulto. Tenía veinte años y la capacidad suficiente como para afrontar una reunión como aquella,

pero las cosas siempre parecían más fáciles a su lado.

Aún podía verle, ajustándose el cinturón, bromeando con que pronto tendría que pedirme autógrafos, y yo, en el asiento del copiloto, soñando en voz alta, sin notar el cansancio en sus ojos después de un día de trabajo. El patrocinio salió adelante y al abandonar aquella oficina en Oceanside, pensé que era el momento perfecto para hacerme con un neopreno nuevo. El viejo me quedaba estrecho de hombros y le insistí en que así, con él, no podía remar bien.

Mi padre sonrió, con esa mueca que esbozaba siempre cuando conseguía convencerle. Y es que, aunque a veces se negara a cumplir nuestras peticiones y quisiera ir de duro, siempre acababa rindiéndose ante sus hijos.

—Vamos antes de que cierren, anda. —Puso su mano en mi hombro, complaciente, sin saber que nuestro destino estaba a punto de cambiar.

La carretera de la costa estaba dorada por el atardecer y yo, como de costumbre, iba hablando sin parar sobre la próxima competición, sobre las olas que iba a coger y lo diferente que sería hacerlo con el material nuevo.

Él me escuchaba con esa atención tranquila que ahora daría cualquier cosa por volver a admirar. Esa atención en calma que acabó rota por las luces del vehículo que venía de frente, el sonido de un claxon, el chirrido ensordecedor de las ruedas y el silencio que vino después.

Desde aquella tarde, mi vida cambió de todas las formas posibles. La culpa se quedó pegada a mi piel como la sal del mar, recordándome que tuve que pagar un precio demasiado alto por que me acompañara, por insistir en comprar ese neopreno nuevo que no pudo esperar. Porque, en mi cabeza, la ecuación era clara: si no hubiera tenido ese sueño con el surf y no lo hubiera deseado tanto, mi padre no habría estado en esa carretera. Y vivir con eso era como remar contra una corriente que nunca se detiene.

Aquel día, descubrí que no hay nada asegurado, que los sueños pueden destrozarse en cuestión de segundos y que el destino

es imposible de controlar, por lo que lo único que nos queda es rendirnos ante él.



—No me lo perdería por nada del mundo —contesté con seguridad, provocando que la sonrisa de mi hermana pequeña se ampliara e iluminara aquella habitación, ocultando el nudo en la boca del estómago que me provocaba verla competir—. ¿Y mamá?

—Debería haber llegado ya. —Miró su reloj—. Se habrá entretenido. Y yo lo agradezco porque últimamente no me da tregua.

—¿Y eso? —Regresamos al salón y me senté en una silla, frente a ella—. No me digas que te ha puesto un localizador en el móvil… —bromeé, sacándole una sonrisa.

—Es lo único que le falta. Cree que estoy saliendo con alguien y cada vez que llega, me somete a un tercer grado.

—¿Estás saliendo con alguien?

—¡No! O sí… No lo sé. Nos estamos conociendo. —Fruncí el ceño al oírla.

—No lo tendrás en tu habitación escondido, ¿no? Quizá, debería ir a echar un vistazo… —Me incorporé con la intención de levantarme, sin dejar de bromear.

—¡¡River!! —Me detuvo de un manotazo—. En serio, tienes que hablar con ella. Mañana hay una fiesta a la que quiero ir. Necesito —recalcó— ir. Y se ha negado en banda.

—Solo quiere protegerte.

—Es una fiesta en la casa de un amigo. ¡No va a pasar nada!

—¿En la casa de un amigo? —Asintió—. ¿De quién?

—De Jack Anderson.

Repasé mentalmente la lista de chicos a los que tenía vetados para Brooke, pero no encontré ese nombre entre ellos.

—No le conozco.

—No. Pero es un buen chico. —Vio en mi rostro que dudaba, y mucho, de su *buen chico*—. En serio. ¿La convencerás?

—Hablaré con ella. Si llega a tiempo. —Miré el reloj, dándome cuenta de que debía marcharme. Tenía una reunión en veinte minutos a la que parecía que iba a llegar tarde, para no perder la costumbre—. Yo que venía a despedirme…

—¿Dónde vas ahora?

—Lejos. —Sonreí al ver la envidia en su rostro—. A la Polinesia francesa.

—Das mucho asco. Pero él estaría muy orgulloso de todo lo que estás haciendo. Y de lo que has hecho…

Dejé salir todo el aire que se había quedado bloqueado en mi interior al escucharla. Sabía a lo que se refería y estaba seguro de que lo que dijo, no tenía nada que ver con mis logros profesionales.

Me levanté para darle un beso en la cabeza, sin decir nada. No podía. Y justo cuando iba a despedirme, sonó la puerta de entrada.

—¡Brooke, ya he vuelto! —Mi madre elevó la voz como saludo.

—Estamos en el salón.

—¿Estamos? —cuestionó mientras se acercaba. Al verme allí, su rostro se cargó de alivio y me abrazó con fuerza. Supuse que se imaginaba que Brooke estaría con otra compañía masculina y de ahí su cara de susto—. ¡River! ¿Qué tal, cariño? Pensaba que hoy tenías una reunión. No te esperaba en casa.

Siempre que tenía tiempo y estaba en la ciudad, iba a visitarlas. Es más, pasaba tanto tiempo allí como en mi propia casa. No podía dejarlas solas. Ya habían pasado ocho años desde el fatídico accidente, pero mi responsabilidad con ellas no hacía nada más que aumentar. Se lo debía.

—Sí, justo en diez minutos. —Rio al escucharme.

—Nunca cambiarás.

—Tenía que venir a despedirme.

—¿Dónde vas esta vez?

—A Maupiti. Empieza la grabación de la serie y estaré más de un mes fuera.

—¡¿Más de un mes?! —cuestionó mi hermana con la frente arrugada—. Eso es mucho tiempo.

—Pasará volando. Además, podremos hacer videollamadas para que te enseñe aquello. O siempre podrás ver mis vídeos —bromeé—. Tú debes quedarte aquí, estudiando.

—¿Y la competición? Me has dicho que estarás allí…

Mierda. La competición.

—¿He roto yo alguna vez una promesa? —Sonrió, convencida.

Tendría que ir buscando un vuelo para volver y hablar con el productor para hacer un parón en las grabaciones.

—Mamá, me ha dicho Brooke que mañana tiene una fiesta…

—No hay fiesta —sentenció con seriedad—. No va a ir. Quería que viniera a buscarla uno de sus amigotes y que luego la trajeran de noche, después de pasarse la tarde bebiendo. No hay fiesta.

Miré a mi hermana como si estuviera todo dicho. Coches y alcohol; no había fiesta. Ante eso, no había más que decir.

—Puedo volver con Chloe. O podrías ir a buscarme tú.

—No, yo mañana trabajo de noche y saldré tarde del hospital. No pienso dejar que estés por ahí hasta las tantas de la madrugada.

La cara que puso Brooke me hizo reaccionar.

—Yo la llevaré.

—¡¿En serio?! —gritó ella, dando saltitos de la emoción, corriendo hasta mí para abrazarme.

—En serio. —Levanté un dedo, amenazador—. Te llevaré y te recogeré, pero nos iremos pronto. Tengo que estar en el aeropuerto a las seis de la mañana. No puedo perder ese vuelo.

—¡Eres el mejor, hermanito! ¡El mejor! —Volvió a abrazarme—. ¿Te lo he dicho ya? ¡Voy a llamar a Chloe!

Salió corriendo hacia su habitación, pero pudimos escuchar sus gritos emocionados desde allí en cuanto su amiga respondió al teléfono.

—Tampoco pasaba nada porque no fuera a esa fiesta, River… —dijo mi madre convencida—. La malcrías demasiado y eso tampoco es bueno —me picó—. Tiene que centrarse. Este año empieza la universidad.

—Por eso mismo, mamá. Es el momento perfecto para que empiece a disfrutar.

—¿Para que empiece? Ya… —Negó con la cabeza, dándome por perdido—. ¿Cuándo nos traerás a Caos? Porque me imagino que se quedará con nosotras durante estos meses.

Siempre que viajaba, que era muy a menudo, Caos se quedaba con ellas y sabía que mi madre estaba encantada de compartir cama con ese peluche enorme, aunque lo negara.

—Lo traeré mañana, cuando venga a recoger a Brooke.

—¡Perfeeecto! Varios meses de ensueño con mi nieto de cuatro patas. Ten cuidado en esa isla, River. Y llámame. No quiero que pase ni un solo día sin saber que estás bien.

—Te llamaré.

—Cada día.

—Cada día. Prometido.

Cuando llegué a casa, después de una reunión en la que todo fue sobre ruedas, ya era muy tarde. Tanto como para que Liam decidiera irse a la suya —algo inaudito— y para que en las zonas comunes de la urbanización ya no quedara nadie. Ni siquiera Emma y Xana, a las que esperaba ver en su jardín.

En cuanto abrí la puerta, ese peludo tricolor, una mezcla de Boyero de Berna que un amigo encontró en medio de un camino cuando solo era un cachorro, vino a recibirme moviendo su rabo sin parar, como si fuera alguien importante. Podría parecer que fui yo quien rescató a Caos, pero, realmente, fue él el que me salvó a mí justo cuando más lo necesitaba, tras la pérdida de mi padre.

Dimos un paseo rápido por los alrededores y cuando regresamos, nos sentamos en la terraza de mi habitación, disfrutando de la tranquilidad que reinaba en el ambiente a esas horas.

Eché un vistazo rápido a las redes sociales, deteniéndome más tiempo del debido en un perfil concreto; contesté varios *emails* y mensajes privados y, sin pensarlo, abrí el WhatsApp para empezar una conversación nueva. Con ella. Necesitaba saber si había pensado en la oferta de trabajo y si había tomado una decisión al respecto. O esa fue la excusa que elegí para pedirle su número de teléfono la última vez que hablamos sobre el tema.

River:

Hola, temeraria.

¿Has pensado en lo nuestro?

La respuesta no tardó en llegar, como si ella también estuviera aprovechando esos últimos minutos del día pegada a la pantalla.

Xana:
¿Quién eres?

River:
Tu futuro jefe.

Xana:
¿Qué te hace pensar que voy a aceptar tu oferta?

River:
Porque acabo de stalkearte un poco…
Nivel sano. Lo prometo.

Xana:
Me tranquiliza mucho que aclares el nivel…
¿Qué has sacado en claro de ese stalkeo?
Sorpréndeme

River:
Que tienes buen ojo para
la publicidad y para la estética.
Y para las fotos.
Eso siempre suma…

Xana:
¿Es un cumplido personal o profesional?

River:
Ambos.
Hablando de eso…
¿Lo has pensado ya?

Xana:
¿El qué?

River:
¿Te verías gestionando las redes y
la publi de una marca bastante molona?

Xana:
Depende.
Ese jefe del que hablas… ¿es muy pesado?

River:

Depende del día.
Pero es un tipo simpático.
Y guapo.

Xana:

Vaya…
Sí que es marketing agresivo el tuyo.

No pude evitar sonreír por su comentario. Se hizo un silencio extraño, en el que ambos permanecimos en línea, pero no enviamos ningún mensaje, hasta que ella rompió el hielo.

Xana:

Tengo una duda importante.

River:

Dispara.

Xana:

Si trabajo contigo…
¿Tendré que soportar tu
ego de creador de contenido 24/7?

River:

Solo cuando haya buena luz.
El resto del tiempo, soy
sorprendentemente normal.

Xana:

¿River Cross? ¿Normal?
No sé si me lo creo.

River:

Te dejo comprobarlo en persona.
Método científico.

Xana:

¡Guau!
Sí que es profesional todo…

River:

¡Claro!
¿Qué creías?
Me tomo muy en serio mi trabajo.
Y más aún si hay que mezclarlo con placer…

Mi sonrisa se amplió mientras esperaba su respuesta.

Xana:
Ahí está. River Cross.
Aún no he dicho que sí.
Pero que quede claro que
aquí no se va a mezclar nada…
¿Entendido?



River:
Ok. Nada de mezclar.
¿Ese emoji no es el de la careta de Marshmello?

Xana:
¿Marshmello?
¿Quién es?

River:
¡El DJ!

Xana:
No tengo ni idea de quién es…

River:
jajaja
Entonces, ¿se puede saber qué
demonios significa esa cara?

Xana:
La verdad es que no lo sé.
Digamos que es un KO técnico.
Un "me has dejado sin palabras" sonriente.

River:
No sé por qué acaba de
convertirse en mi emoji favorito…

Así, sin verlo venir, ni proponérnoslo, estuvimos hablando durante horas. De todo y de nada. Haciendo planes que empezarían por coger un avión con destino al paraíso. Porque si algo había aprendido, a base de golpes, era que todo puede cambiar en cuestión de segundos. Todo.

Y por esa misma razón, me negaba a posponer mi vida.

Al menos, no hasta entonces.

Capítulo 13



Xana

—¡He hablado con Taylor! —gritó Emma al entrar en la habitación, despertándome, provocando que cogiera las sábanas de un tirón y me las echara por encima para aguantar unos minutos más de sueño. Aunque sabía que, con ella allí, sería imposible—. Le he cantado las cuarenta, por supuesto, y me ha prometido que él se encargará de solucionar todo lo relacionado con la boda y que irá a tu antigua casa para recoger tus cosas y dejarlas en la mía hasta que encuentres algo.

—Gracias.

«Menudo detallazo», masculló mi subconsciente con ironía. Después de la que había liado el jodido Taylor, ¡¿qué menos?! ¡Se la tenía jurada! Por lo que me había contado Emma, le pidió a su amigo Taylor que se encargara de arreglar todos los trámites con Oliver para que yo no tuviera que hacerlo, dada la buena relación entre ambos.

Lo que ella no esperaba era que este se aliaría con su amigo para engañarla. La mañana anterior, le había dicho que vendría a Los Ángeles para pasar unos días con nosotras y saber exactamente qué era lo que necesitábamos que hiciera, pero todo era mentira. Lo dijo con la única idea en mente de que Emma diera sus datos a Michael, en la caseta de seguridad, y así Oliver podría hacerse pasar

por él y tener vía libre a la hora de entrar en Palm Hills. ¡Unos capullos de primera, vamos!

—Me ha pedido perdón, dice que se siente fatal por haberme mentido, pero que Oliver está muy mal.

—¿Que está muy mal? —Me tragué la risa que amenazaba con salir de mis labios, incrédula—. No quiero volver a oír hablar sobre Oliver. He tomado una decisión y empieza por dar un paso al frente y dejar esa historia atrás.

—¡Esa es mi chica! —Me abrazó con orgullo—. ¿Y qué decisión es esa? Si se puede saber…

—Me voy a Mupiti.

—Supongo que será a Maupiti —me corrigió, riéndose—. ¡Qué casualidad! River y Liam se van allí mañana también… ¡Qué pequeño es el mundo! —dramatizó, fingiendo no saber nada.

—Te lo ha contado, ¿verdad?

—¿Contarme qué?

—¡Disimulas muy mal, Em! Y nos conocemos. —Volvió a reírse—. Quiere que gestione las redes y la publicidad de su marca.

—¡Eso es genial, ¿no?! Vas a conocer el mundo de la mano de River Cross —pronunció como si fuera la voz de doblaje de una película.

—Sí, supongo que es una buena forma para empezar desde cero.

—¡Es la forma perfecta! —Se sentó en la cama, a mi lado, y me agarró del brazo para que me incorporara—. Pero… ¿sabes por dónde hay que empezar de verdad?

—Sorpréndeme.

—Por irnos a comprar ropa; bikinis minúsculos, vestidos y sandalias. No creo que vayas a usar otra cosa en el paraíso. —Negué con la cabeza, extasiada por su buen humor mañanero. Yo necesitaba un café antes para tener una conversación.

—¿Esas compras no pueden esperar un poco? ¡Estoy muerta de sueño! ¿Qué hora es?

—¡Hora de levantarse! Si no te hubieras tirado hasta las tantas con el teléfono ayer… —Abrí los ojos sorprendida por su comentario. ¿Me había puesto cámaras en el dormitorio?

—¿Me estás espiando?

—¡Se oían los pitidos de los mensajitos desde mi habitación, boba!

—Estaba hablando con River.

—Ah, ¿sí? —El gesto de su rostro se llenó de picardía—. ¿Con ese *crush* perfecto? ¿Tú? ¡No me lo creo! —Rodé los ojos al ver su mueca divertida.

—Estuvimos hablando de trabajo.

—¿Solo?

—Solo —recalqué.

—Mira que me extraña… Me he fijado en cómo te mira y créeme, River no solo —imitó mi tonillo— quiere trabajar contigo.

—¡Ay, Em! —Me quejé, levantándome de golpe para evitarla. Lo último en lo que pensaba, en esos instantes, era en hombres. Los quería lejos. Cuanto más, mejor—. ¡Eres de lo que no hay! Tú misma lo has dicho… Es River Cross. Estoy segura de que ese *crush* —en esa ocasión, la imité yo— tiene una conquista nueva en cada lugar del mundo que visita.

—Pues creo que nunca antes ha estado en Maupiti. Así que espero que allí también lo consiga y conquiste tierras neoyorquinas.

Puse los ojos en blanco al escucharla. Me deshice de mi pijama, que acabé lanzándole a la cabeza, y busqué algo de ropa en la maleta.

—Venga, vístete y vámonos de compras, anda.

—¡Vamos a por esos bikinis en miniatura!

Emma era un caso. Pero uno que adoraba. Estar con ella me daba años de vida y eso era justo lo que necesitaba en esos momentos. Porque hay amigos que no solo te acompañan a lo largo de los años, sino que te alargan la vida con cada sonrisa compartida y con cada recuerdo inolvidable. Eso era Em para mí. Vitamina para el alma, algo tan necesario como respirar. Y allí, junto a ella, me di cuenta de que no podría estar en un sitio mejor para volver a empezar.

Pasamos una mañana de compras en uno de los sitios más populares de California para ello, en The Grove, un bonito centro comercial al aire libre. Las horas se nos fueron volando entre risas,

confesiones y conversaciones de las de siempre, como solíamos hacer cuando quedábamos tres meses atrás, antes de que Emma se mudara.

Hicimos un parón para comer cuando vimos que el tiempo se nos echaba encima. Las clases de Emma empezaban solo en una hora y ni siquiera nos habíamos dado cuenta, pero, al menos, ya habíamos conseguido todos los *outfits* que debía llevarme al paraíso, según mi amiga.

Estábamos comiendo en una conocida hamburguesería cuando mi teléfono, que se encontraba sobre la mesa, empezó a vibrar.

River:

Buenos días, compi.

¿Tienes algún plan para esta tarde?

No pude evitar sonreír al leer sus mensajes y Emma se dio cuenta de ello.

—¿Quién es? —se interesó, cotilla.

—River.

—¿Y esa sonrisa? —La amplié al escucharla con ese deje pícaro—. No sabía yo que se te dibujara esa sonrisilla al hablar con River.

—No me río al hablar con él, me río de lo que dice.

—Ya, ya. ¿Y qué es lo que dice? Si se puede saber…

—Buenos días.

—¡Lógico! Es desternillante. —Hizo que me riera más aún.

Di un bocado de mi hamburguesa y empecé a teclear.

Xana:

¿Buenos días?

¿Sabes que es la hora de comer?

Y por lo de compi… Creía que ibas a ser mi jefe.

River:

Tengo que confesarte que
soy enemigo declarado del despertador.
Además, ayer alguien me lio y
me dormí a las tantas.
Ahora eres parte del equipo. Nada de jefes.

Xana:

¿Alguien? ¿Alguien te lio?

River:

Iba a decir que estuve hablando con una chica preciosa, pero creo que no eres de las que aceptan piropos, así como así.

Xana:

No, así como así, no.

River:

Además, soy tu jefe.

No quedaría muy bien si te digo esas cosas…

Xana:

¿No decías que nada de jefes?

River:

Me has pillado.

Pero necesitaba la excusa perfecta.

Me envió el emoji con dos equis como ojos, que yo le había mandado la noche anterior, pero, en esa ocasión, sacando la lengua y no pude evitar reírme.

—¿Ahora te está dando las buenas tardes? —Se cachondeó mi amiga al mirarme.

—Algo así, sí.

River:

¿Tienes algún plan luego?

Deberíamos quedar para

firmar el contrato antes de irnos.

Xana:

Si es un contrato a lo

Christian Grey, no cuentes conmigo.

Sonreí al enviar el mensaje.

—Quiere que quedemos esta tarde para arreglar todo el papeleo antes de marcharnos —informé a mi amiga.

—Pues ya sabes, no te lo pienses. Así no te aburres mientras estoy en clase.

—Tranquila, que no pensaba aburrirme.

De momento, desde que había ido a visitar a Emma, no habíamos parado ni un solo segundo. Aquella iba a ser mi primera

tarde de calma y pensaba pasarla en la piscina, tumbada en una de las hamacas, leyendo un libro en la tranquilidad más absoluta. Pero fue todo lo contrario.

Había quedado con River a las cinco y, para mi sorpresa, apareció puntual en el jardín de mi amiga. Había decidido esperarle tomándome un refresco, ya que no contaba con que apareciera a la hora acordada, así que cuando le vi al otro lado de la valla con un pantalón beige corto, una camiseta blanca, que marcaba todos y cada uno de sus músculos y resaltaba el color tostado de su piel, y esa sonrisa de infarto que siempre le acompañaba, no pude evitar sorprenderme.

—¿River Cross llega puntual? ¡Vaya! Eso es un gran paso…

—Solo porque había quedado contigo —contestó adulador.

—¿Quieres tomar algo?

—Mejor luego. Tenemos muchas cosas que hacer.

Debería haberme tomado su respuesta como un aviso de lo que se avecinaba, pero no pude imaginarme, ni tan siquiera, lo que nos esperaba en las próximas horas.

—Pensé que íbamos a firmar un contrato.

—No he dicho que no —dijo con su voz más gamberra y con un gesto que prometía miles de aventuras en las que no pensaba verme inmersa.

Caminé a su lado hasta el coche, que estaba aparcado en la puerta de su casa, y cuando iba a subirme en el asiento del copiloto, me encontré con un oso entrañable sentado en la parte trasera.

—Perooo… ¡¿y este quién es?! —grité emocionada, acercándome para acariciar al enorme perro que movía la cola y sacaba la lengua al conocerme.

—Xana, Caos. Caos, Xana.

—No podría haber tenido otro nombre…

—La verdad es que no. Tampoco lo pensé mucho. Le quedaba bien.

—Es precioso. —Seguí tocándole durante unos segundos, hundiendo mis dedos en esa mata de pelo negra tan esponjosa como brillante—. ¿Viene con nosotros? —pregunté al darme cuenta de que estaba atado con su cinturón de seguridad.

—Claro. Ya te he dicho que tenemos una tarde bastante liada. ¿O Christian Grey solo firmaba contratos? —Una carcajada se escapó de lo más profundo de mi ser.

Y en ese momento, justo en ese segundo, con esa risa sincera, me di cuenta de que no había pasado nada. Nada. Mi novio me había sido infiel, me habían despedido del trabajo de mis sueños, pero el mundo seguía girando. Y yo seguía respirando.

—Creo que no. Pero él viajaba en helicóptero.

—Yo no tengo helicópteros. —Me dedicó una sonrisa seductora—. Aún.

La mirada que me dedicó me enterneció casi tanto como los ojitos de ese perro que se colaba, zalamero, entre los asientos de ambos para seguir buscando su ración diaria de mimos.

Nos dirigimos hasta el centro de Los Ángeles, donde fuimos a una gestoría para firmar el dichoso contrato. Puro trámite; papeleo. River se entretuvo charlando con los jóvenes que trabajaban en la oficina, por lo que decidí esperarle en una cafetería cercana con Caos.

—¿Qué quieres? —le pregunté al perro, que me observaba desde abajo, sin desviar la mirada lo más mínimo, relamiéndose al observar la galleta que tenía entre mis manos. Le di un trozo y me llevé la taza de café a los labios para dar un trago.

—No caigas en su embrujo. Pone esos ojos aposta, para conseguir todo lo que quiere. —River se sentó en la silla que había frente a la mía y sin saludar ni decir nada más, me quitó la taza de las manos para dar un sorbo.

—No sé a quién habrá salido… —murmuré con ironía.

—Yo tampoco. ¿Nos vamos?

Me devolvió el tazón vacío con una mueca inocente.

—Eres increíble… —El sarcasmo me superó al levantarme.

—Lo sé. ¿Contrato de confidencialidad firmado? —bromeó.

—No creo que lo que pueda pasar a tu lado sea tan interesante como para ocultarlo.

—Te sorprenderías… —Esa mueca inocente se transformó en una canalla que podría remover a cualquiera. A cualquiera excepto a mí.

«No te lo crees ni tú».

Echamos a andar hacia el coche, que habíamos dejado aparcado a unas calles de distancia, y caminamos uno junto al otro, separados, únicamente, por Caos, que se interponía entre ambos con un paso tan elegante como gracioso, moviendo su culo de lado a lado.

—¿Y ahora dónde vamos?

—A recoger a Brooke.

—¿Brooke?

—Mi hermana pequeña. —Por mi cara, vio que necesitaba algo más de información. O eso me pareció porque no tardó en continuar—: Tiene una fiesta y me he comprometido a llevarla. Si no, mi madre no le dejaba ir.

—Así que te toca hacer de hermano mayor responsable.

—Algo así, sí. —Sonrió con un extraño sentimiento, que no logré identificar, manifestándose en su mirada.

No tardamos en llegar a la que era la casa familiar. Durante el trayecto, River me estuvo contando que se mudaron allí cuando solo tenía cinco años y algunas de sus batallitas de adolescente que ocurrieron entre las calles por las que habíamos ido pasando.

River dejó el coche en la puerta —más que aparcado, podría decirse que lo dejó allí tirado— y antes de entrar en la casa, se detuvo unos segundos con las llaves en las manos.

—No me hago responsable de lo que puedas ver ahí dentro.

—¡Anda ya! No creo que sea para tanto.

—No lo es. Brooke es genial.

Por la forma que lo dijo, iluminando su rostro al pronunciarlo, supe que estaba orgulloso de su hermana. Y solo me hizo falta conocerla para comprender el motivo de su orgullo.

—*Hey, I just met you, and this is crazy. But here´s my number, so call me maybe. It´s hard to look right at you, baby. But here´s my number, so call me maybe*. —Escuchamos cómo cantaba a voces en cuanto River abrió la puerta y solo unos segundos después, cuando soltó a Caos en el interior de la vivienda, los gritos se convirtieron en otros muy distintos—. ¡Ahhh! ¡Socorro! ¡¡Joder, Caos!!

Seguí a River hasta la que supuse que era la habitación de su hermana y cuando entramos en ella, la estampa que nos encontramos nos hizo reír a carcajadas.

Una joven sonriente se encontraba tirada en el suelo, de espaldas, con un gigante Caos emocionado sobre ella, dándole lametazos por toda la cara. Intentaba zafarse de sus arrumacos, pero Caos parecía mucho más pesado que ella, así que River tuvo que echarle una mano.

—¡¿Quieres matarme de un susto?! —protestó cuando se levantó—. ¡Dos de dos! Podrías avisarme antes de entrar o atar a este dinosaurio para que controle su fuerza. —Su tono cambió al dirigirse al perro y lo acarició con ternura, abrazándole para devolverle el cariño.

—Si no tuvieras la música a todo volumen, nos habrías oído entrar.

La canción de Carly Rae Jepsen seguía sonando por los altavoces y creo que hasta que River no pronunció ese «nos», la chica ni siquiera fue consciente de mi presencia.

—¡Hola! Soy Brooke. —Se acercó a mí con una simpatía desbordante—. No te había visto.

—Tenías demasiado peso encima —bromeé—. Encantada de conocerte, Brooke. Yo soy Xana.

—Xana —repitió, mirando a su hermano como si este le debiera algún tipo de explicación por no haber escuchado nunca mi nombre.

—Xana y yo vamos a trabajar juntos.

—¿En serio? —Desvió la mirada hacia mí, incrédula.

—Eso creo. Se supone que mañana nos vamos a una isla paradisiaca a trabajar —recalqué esa última palabra.

—Qué suerte la tuya. Se supone que yo no puedo ir porque tengo que quedarme aquí estudiando —lo pronunció con mi mismo tono y nos sonreímos con complicidad.

—No siempre estás estudiando. ¿Te recuerdo que estoy aquí para llevarte a una fiesta?

—Podéis marcharos. —Brooke se dirigió hacia el cuarto de baño que había en su habitación y empezó a pintarse—. Mamá ya

estaba más tranquila sabiendo que me llevarías tú, así que…

—¿Estás loca? No pienso dejar que vuelvas con alguno de tus amigos, borracho, en su coche. Si te pasa algo y nuestra madre se entera de que no he ido a por ti, como le prometí, me mata.

—Uno: ya soy mayor de edad. Dos: no pensaba venir con ningún borracho; pensaba hacerlo con Chloe. Y tres: te agradezco que te preocupes, hermanito, pero solo es una inocente fiesta preuniversitaria.

—¿Inocente? Ya. —Reí al escucharlos, mirando a uno y a otra, como si me encontrara viendo una película en una sala de cine—. Yo también he tenido dieciocho años, Brooke, y sé que justo las fiestas que llamaba inocentes eran las más peligrosas.

—A ti no puedo engañarte. —Rio, encogiéndose de hombros y observándonos a través del espejo del baño—. ¿Y vosotros?, ¿de qué os conocéis?

—Trastadas del destino —contestó River, dedicándole una mueca divertida a su hermana.

—Mi mejor amiga es su vecina.

—¿Y os conocéis desde hace mucho?

—Unos días.

—Un mes —me corrigió River, cambiando la destinataria de esos mohines gamberros.

—¿Un mes? —cuestioné desconcertada—. ¡Aterricé en Los Ángeles el lunes!

—Pues se me ha hecho eterno, Xana.

Negué con la cabeza, agotada por sus comentarios, aunque no pude evitar sonreír.

—¡Guau! Lo vuestro sí que ha sido amor a primera vista —añadió Brooke, asombrada.

—No, no. Nosotros no…

—Solo vamos a trabajar juntos —le explicó River por mí.

—Ahhh. Perdón, es que como nunca habías traído ninguna chica a casa, pensaba que… Bueno, eso. Da igual.

Vi cómo se peleaba al trazar la raya del ojo en el reflejo del espejo y me acerqué hasta el umbral de la puerta para ofrecerle mi ayuda.

—¿Quieres que te eche una mano?

—¡Claro! Esto y las sombras no son lo mío.

Cogí el pequeño lapicero y me coloqué entre sus piernas para maquillar su mirada lo mejor que pude.

—¿Vais a tardar mucho? —preguntó River desde la cama, sentado en ella mientras acariciaba a Caos.

—¡Diez minutos!

—Os espero en la cocina, entonces.

En cuanto River se alejó, Brooke empezó a canturrear la nueva canción que sonaba en su cuarto, *Burnin´Up* de los Jonas Brothers. La conocía a la perfección; ella era muy joven para eso, pero yo había sido una niña Disney y había crecido estando coladita por los huesos de Joe Jonas. Era algo inevitable.

—¿Te gustan los Jonas? —me interesé cuando vi que ella también se sabía la letra.

—Me encantan. Creo que me sé todas sus canciones.

—Yo también —revelé casi en un susurro, provocando cierta complicidad entre ambas.

—Así que te vas a Maupiti…

—Eso parece.

—¡Qué envidia! Estoy segura de que será inolvidable. Y más, con River. Le encanta todo lo que sea sinónimo de aventura.

—Ya. Ya lo he visto. El otro día me hizo montarme en un tiburón de hierro, estilo submarino supersónico. —Soltó una pequeña carcajada al oírlo.

—¿En serio?

—Sí, me imagino que subirá el vídeo a sus redes sociales. Eso sí, mientras no se demuestre lo contrario, yo estaba encantada de verme a punto de morir —comenté con sarcasmo, poniéndole algo de color en los párpados.

—¡Seguro que fue una pasada!

—Yo no diría lo mismo… Pero no estuvo mal.

Se quedó en silencio, observando su imagen en el espejo.

—¿De dónde eres? Has dicho que aterrizaste aquí el lunes. ¿Vives fuera?

—En Nueva York.

—¡¿Vives en Nueva York?! —exclamó sobresaltada y asentí—. ¡Me encantaría ir algún día! Es uno de mis sueños.

—Puesss… Cuando vuelva del viaje, estás invitada. Bueno, primero tengo que encontrar un sitio donde vivir, pero en cuanto lo haga, te espero allí para enseñarte la Gran Manzana.

—Eso… ¡Eso sería genial!

—Vale, pero no te muevas —le pedí cuando vi que la brocha había llenado de polvo oscuro parte de su mejilla.

—Perdón. Espera… ¿Cómo que tienes que encontrar un sitio donde vivir? ¿Dónde estabas viviendo hasta ahora?

No sé cómo llegamos a ese punto ni qué extraña confianza creció entre nosotras para que acabara resumiéndole toda mi vida —y mis dramas— en menos de quince minutos. Pero River tenía razón; Brooke era genial. Una persona, desbordante de energía, a la que parecía que conocía de toda la vida.

Cuando regresamos al salón, poco después, River nos estaba esperando con la vista clavada en su teléfono.

—¿Diez minutos? Vas a llegar tarde —avisó a su hermana, mirando el reloj.

—Tarde, pero irresistible —contestó ella, provocando que este torciera el gesto y negara con la cabeza.

—Si no tuviera prohibidas las fiestas, iría contigo, espantando moscones. Estás preciosa… Con un pantalón muy corto, pero preciosa.

Brooke dio una vuelta completa, luciendo su modelito; un *short* fucsia con una camiseta negra con escote. Y, entonces, caí en lo que acababa de decir River.

—¿Prohibidas por qué?

—Se supone que debería evitar escándalos hasta que salga la serie.

—¿Se supone? —Me reí—. ¿Acaso te van persiguiendo por ahí? Los escándalos, quiero decir.

—¿No has visto las redes sociales últimamente? —preguntó Brooke, confundida—. Por lo visto, a mi hermano le encanta meterse en líos y salir en imágenes con sus ligues.

—No… No suelo ver las redes, la verdad.

—Brooke —dijo River con seriedad—, todo eso es mentira.

—¿Y el ojo de ese tipo? Ahora me dirás que era maquillaje…

—No, ese capullo se lo merecía. Pero lo demás sí es mentira. Ahora dejemos ese tema. ¿Nos vamos o quieres llegar tarde, pero irresistible? —imitó el tono de su hermana, haciéndonos reír.

—Nos vamos.

No tardamos ni veinte minutos en llegar a nuestro destino. O puede que el viaje se me hiciera corto porque Brooke fue cantando todas las canciones que se oían en la radio como si se encontrara en medio de un concurrido karaoke. Cuando llegamos al inicio de un camino que se adentraba en un jardín, cercano a Beverly Hills, y el edificio que lo presidía se alzó frente a nosotros, mi boca se abrió tanto que llegué a temer que se desencajara mi mandíbula. El edificio consistía en una enorme casa de dos plantas, de formas cúbicas y grandes cristaleras, cuya fachada principal ya te invitaba a imaginar lo que ocultaba en su interior.

—Madre mía… —susurré, admirando esa mansión, su puerta abierta, a través de la que se oía la música, y la gente que se encontraba bailando y disfrutando en su interior a través de los ventanales—. ¿Es aquí? —Brooke asintió, presa de la emoción, y se bajó del coche.

—¿A qué se supone que se dedica la familia de ese tal Jack? —preguntó River, alucinando por el lugar de la fiesta.

—No tengo ni idea, pero suelen estar siempre fuera por trabajo. Esperad a ver la piscina que hay en la parte trasera. Creo que es tan grande como nuestra casa —exageró.

—Así que… ¿Chloe y tú os habéis apuntado a una fiesta llena de universitarios en la que no hay ni un solo adulto? —cuestionó River.

—Bueno, en realidad, todos esos universitarios, como dices, son mayores de edad, así que pueden considerarse adultos. Además, ya te lo dije, casi todos somos preuniversitarios; empezamos este año.

—Joder, Brooke. Más te vale no liarla.

—¿Quieres venir conmigo en plan guardaespaldas? Tal vez, así te quedarías más tranquilo. Ahí dentro no va a haber ningún

escándalo —dijo con un deje chulesco.

—Mejor te espero aquí. Pero ten cuidado.

—¿Vas a estar aquí aparcado durante seis horas?

—¿Seis horas? —exclamó, molesto—. Ni de coña, enana. A las doce o una, como muchísimo, te quiero fuera. Te recuerdo que tenemos que coger un avión. —Brooke resopló, descontenta.

—Xana, ¿quieres venir tú? Nos lo pasaremos bien.

—No, no, yo no…

—¡Venga! —Tiró de mi brazo con fuerza—. Tómate una conmigo. Así celebramos el día que nos hemos conocido —añadió con esa alegría abrumadora—. No vas a tirarte seis horas con River por ahí dando vueltas.

—La verdad es que yo pensaba marcharme a casa.

—¿Dónde está la chica temeraria que se subió a un *seabreacher*? —me provocó River—. Además, así tengo alguien que vigile a Brooke —susurró en mi dirección, como si su hermana no pudiera escucharle, provocando un mal gesto por parte de esta.

—No necesito alguien que me vigile. Necesito alguien que me siga el ritmo.

Solo tuve que escuchar la provocación de River para saber que debía ir a esa fiesta. Más que nada porque eso era justo lo que nunca habría hecho, lo que la antigua Xana habría evitado.

No dije nada, me bajé del coche, decidida, y me quedé al lado de Brooke, retando a River con la mirada.

—¡Esa es mi nueva amiga! —gritó ella, proclamando su victoria—. ¡Cuando acabe la fiesta, te llamo, hermano!

Brooke me agarró de la mano y tiró de mí hacia ella para emprender el camino hacia el interior de la casa.

—A las doce. ¡Como mucho! —voceó River desde el coche.

—¡Una! —replicó Brooke—. ¡O una y media! —añadió ya desde el interior para que fuera imposible que lo escuchara por el volumen de la música.

Lo que nos encontramos dentro de esa enorme casa, me dejó sin palabras. En el salón había montada una verdadera discoteca, con luces y rayos de colores que ambientaban la sala, donde varios jóvenes bailaban al ritmo de la música; otros jugaban en una mesa

cercana, intentando encestar varias pelotas de ping-pong en vasos vacíos y bebiendo chupitos como si el mundo se fuera a acabar y en el exterior, a través del enorme ventanal del salón, se veía lo mejor de la fiesta: una piscina gigante con luces azules, hinchables y farolillos que decoraban el jardín, donde el resto de los universitarios disfrutaban de la tarde por todo lo alto.

—Ven, vamos a buscar a Chloe.

Salimos a la zona trasera en busca de su amiga y no tardamos en localizarla junto a un grupo de chicos altos, atractivos y fuertes. Parecían sacados de la típica película que contaba con un equipo de fútbol americano lleno de guaperas. Me presentó a Chloe, una chica rubia tan extrovertida como ella, y a todos los jóvenes, con detalle, como si tuviera una ficha con los datos más significativos de cada uno de ellos.

—Así que eres amiga de Brooke… —Uno de los chicos se acercó a mí con amabilidad—. Yo soy Ryan —me recordó—, el hermano de Jack.

—Encantada.

—¿Quieres algo de beber? —Asentí.

—Sí, estaría bien.

«¡Que empiece la fiesta!», exclamó mi subconsciente, perreando con una piña colada en las manos.

Fuimos hasta una mesa situada a nuestra izquierda, sobre la que había varios cócteles, ya preparados, de todos los colores que se pudieran imaginar. Cogí uno concreto, de un rojo intenso, y brindé con su copa azul antes de darle un primer trago.

El primer sorbo de alcohol de toda la tarde. Porque después vinieron muchos más… Junto a charlas, bailes y baños con ropa incluida.

Porque la Xana desinhibida y espontánea, que no pensaba en las consecuencias ni analizaba cada uno de sus actos, había regresado.

O, quizá, nunca se había marchado del todo.

Capítulo 14



River

Solo habían pasado dos horas desde que había dejado a Brooke y Xana en esa fiesta y me dediqué a aprovechar el tiempo, conduciendo hasta la casa de Liam para ponernos al día con el trabajo pendiente antes de coger ese avión y desaparecer durante unos meses. Además, estaba tranquilo; Brooke se había quedado en buenas manos. Se suponía que con Xana, y su afán por analizar cada

escenario posible y huir del peligro, no podía pasar nada malo. O eso creía antes de que recibiera la llamada que lo cambió todo.

—Vale, «descubre Maupiti». Podríamos usar un título del estilo para los vídeos sobre la isla —comentó Liam, concentrado en la pantalla de su ordenador.

—Muy visto. Y soso. ¿Qué tal algo como… «Maupiti: aventura en el paraíso»? —Entrecerró la mirada, analizando la opción—. Podríamos hacer varios vídeos: sobre la llegada, el tesoro de la laguna —pronuncié como si fuera una película de suspense—, supervivencia Polinesia, explorando el interior secreto… No sé, creo que estaría bien mezclar imágenes de la isla con la interacción de los locales, algún reto, *time-lapses,* leyendas, vivir como un habitante de allí… Solo con el destino al que vamos, ya tenemos parte del trabajo hecho y miles de opciones.

—Me parece perfecto. Tienes ojo para esto —se burló—. Para el vídeo de mañana, necesito que revises el guion. Solo son cinco páginas.

—Genial. Ahora lo miro en… dos minutos.

—No puedes revisar cinco hojas en dos minutos.

—Pues en tres. —Frunció el ceño y se puso serio—. Mira, te prometo que lo leo, pero antes necesito apuntar una idea que se me acaba de ocurrir. Es buenísima y si no, se me olvida.

—¿Es como aquella vez que me propusiste saltar desde un avión con paracaídas y una capa porque representaba la caída emocional del héroe?

Empecé a reírme al recordar aquel momento.

—¡Te lo dije de coña! Pero esa idea era arte —sentencié seguro de mí mismo, fingiendo la seriedad que a él le caracterizaba y contagiándole mi carcajada—. Lo leo, pero si se me ocurre algo mejor, lo cambiamos.

—Lo sabía. Por eso te lo doy con tiempo.

Volvimos a reírnos. Nos conocíamos demasiado bien, tanto como la forma de trabajar entre nosotros. Y siempre era así.

Cuando iba a coger los papeles para echarle un ojo a su guion, mi teléfono empezó a vibrar encima de la mesa y al ver el nombre de Emma en la pantalla, respondí al instante.

—¿Qué pasa, Em?

—¿Dónde estáis? —preguntó con dureza.

—Estoy en casa de Liam, ¿por qué?

—¿Estáis emborrachándoos en casa de Liam? —El desconcierto se manifestó en su voz antes de que se percatara de lo que acababa de decir—. Espera… ¡¿Cómo que *estoy*?! ¿Y Xana?

—¿Qué dices, Em? ¿Te parece que estoy borracho? —En esa ocasión, el desconcertado fui yo—. Estamos quitándonos trabajo.

—¿Dónde está Xana? —insistió.

—Se ha quedado con Brooke en una fiesta, cerca de Beverly Hills.

—Joder, River. —Resopló—. La he llamado al llegar a casa para ver dónde estabais y hablaba como si se hubiera bebido hasta el agua de los floreros. ¿Dónde está? Pásame la ubicación que voy a buscarla, anda. No está acostumbrada a beber; ya sabes cómo es, así que mejor que la recoja antes de que haga algo de lo que pueda arrepentirse.

Joder River…

—No te preocupes, ya voy yo a por ellas. —Miré el reloj; aún no eran las doce, pero ya habían tenido fiesta suficiente—. Tengo que ir a buscar a mi hermana y llevarla a casa.

—¿Estás seguro?

—Sí, sí, tranquila. Ahora voy para allá.

Casi antes de que hubiera colgado, Liam se interesó por la llamada.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Ese guion tendrá que esperar. —Me levanté—. Emma ha llamado a Xana y, por lo visto, se han pasado con el alcohol. Voy a buscarlas.

—Joder.

—Espero que Brooke esté bien. Si no, mi madre nos va a matar. A los dos. —Me dirigí hacia la puerta para marcharme—. Te veo a las seis en el aeropuerto.

—Allí nos vemos. A las seis; ni un minuto más. —Levantó un dedo, amenazador, como si ese simple gesto sirviera de algo—.

River… —me llamó justo cuando iba a salir—. Nada de meterse en líos.

—Sí, papá. —Al pronunciar esa palabra, mi estómago se revolvió sin poder evitarlo.

Conduje de vuelta hasta la casa del tal Jack y aparqué, junto a otros coches, en una rotonda bordeada por un verde jardín, iluminado por pequeños farolillos blancos. Me bajé del vehículo y las palabras de Liam hicieron eco en mi mente, «nada de líos», según me iba acercando a la puerta. Coloqué la capucha de la sudadera sobre mi cabeza para tratar de pasar desapercibido y me adentré en el salón, donde la fiesta estaba en su máximo apogeo. Un grupo, totalmente desfasado, bailaba en ropa interior sobre una de las mesas, mientras que otros los vitoreaban desde abajo; varias personas se enrollaban en los sofás a punto de pasar a palabras mayores y otros se estaban bañando en alcohol, de forma literal, vertiendo el líquido de unas botellas sobre sus cabezas. En realidad, era el sitio en el que no me habría importado perderme si no fuera porque mi hermana estaba allí.

Las busqué entre los rostros de la gente, dando una vuelta rápida por el salón, la cocina y el vestíbulo, pero no las localicé hasta que salí al jardín trasero y las escuché.

—¡Xanaaa! —gritó mi hermana desde el bordillo de la piscina, con una botella de ron en sus manos, mientras que la aludida estaba en el agua, con ropa incluida—. ¡Abre la boca!

Xana se acercó donde se encontraba Brooke y le hizo caso, justo cuando empezó a echar el ron a la piscina para que esta lo bebiera antes de que cayese al agua.

—¡Síííí! ¡Esa es mi amiga! —exclamó Brooke, orgullosa, justo antes de lanzarse al agua de la mano con Chloe.

Caminé hasta la piscina lo más rápido que pude y cuando estaba a punto de llegar, vi cómo un tío se acercaba a Xana con decisión y esa mirada seductora que tan bien conocía, pegando su cuerpo al suyo con una intención más que clara.

—Xana —dije con dureza—. Tú, lárgate. —Me referí al joven, que me miró con desconcierto—. Lárgate ya.

—¡Riveeer! —chilló ella desde el agua, apoyándose en el bordillo—. ¡Has venido!

—Claro que he venido. —Me puse en cuclillas para hablar con ella—. ¿Qué demonios haces, Xana? ¿Has perdido el control? —le pregunté, intentando que entrase en razón.

—No lo he perdido, lo he soltado, que es distinto —contestó desinhibida, haciéndome sonreír.

—Has elegido el mejor día de todos para emborracharte…

—Estoy borracha. Un poco borracha. —Hizo una separación mínima entre sus dedos pulgar e índice—. Y por… por primera vez mis pensamientos no están en fila india. —Se llevó la mano derecha a la frente, haciendo una especie de saludo militar y no pude contener la risa—. ¡Esto es muuuy guay, River! Toda la vida con el freno de mano echado. ¡Hoy voy cuesta abajo y sin freno alguno!

Se sumergió en el agua por completo.

—¡Brooke! —Le hice un gesto con la cabeza para que entendiera que era hora de irnos—. Venga, sal.

Hizo un puchero dramático, pero en vez de protestar, como solía hacer siempre, se despidió de Chloe y salió del agua.

—Dime que tú no has bebido —le pedí cuando llegó a mi lado —. O no tanto.

—Yo no he bebido. No tanto. —Se rio con esa inocencia que aún guardaba el sonido de su risa e incluso su mirada, en determinadas ocasiones—. ¡Que nooo! Solo me he tomado un cóctel con Jack. —Rodé los ojos al escucharla. No sabía por qué, pero ese Jack no me caía bien. Y ni siquiera le conocía.

—Muy bien. Eres la chica lista de la familia —bromeé—. Venga, nos vamos. Si Xana consigue salir del agua… —Volvió a reírse.

—¡River, métete! —dijo la aludida, que nadaba entre una decena de desconocidos en esa piscina—. ¡El agua está buenísima!

—Venga, Xana, tenemos que irnos.

—Un poquito, va. Solo un poquito…

Por el gesto que le dediqué, supo que no iba a conseguir que me metiera; se suponía que no debía llamar la atención. Y al ver que no lograba su objetivo, salió, perezosa, impulsándose en el bordillo, y vino hacia mí corriendo.

—Está bien. Si tú no vas al agua, el agua irá a ti.

Se abrazó a mí con fuerza para mojarme y aproveché la ocasión para cogerla, cargar su cuerpo sobre mi hombro y llevármela de allí. Aunque no quisiera. Protestó y pataleó, dando con sus pies en mi cintura mientras que sus manos golpeaban mi espalda para que la bajara, pero la ignoré para alejarnos lo más rápido posible y antes de que llegáramos al coche, ya había desistido.

—¿Quieres bajarme? No soy un puñetero saco de patatas. —La dejé en el asiento del copiloto y até su cinturón de seguridad cuando vi que ella cerraba los ojos.

—Lo ha dado todo —se cachondeó Brooke—, pero lo hemos pasado genial.

—Creo que prefiero no saber detalles.

—¡Pues a mí me encantan los detalles! —exclamó al acomodarse en los asientos traseros—. Cuando eres el protagonista de las redes, no me pierdo ni uno —se burló—. Oye, ¿estás seguro de que no quieres que tu hermana salga en tu serie? Si van a plasmar tu vida, deberías dedicarme un capítulo. Mínimo, ¿no?

Negué con la cabeza, riendo por sus ideas, cuando arranqué y pisé el pedal del acelerador a fondo. No calló durante todo el viaje; en eso, éramos idénticos. Hablábamos por los codos, aunque no se nos diera conversación y me contó todos los detalles de la noche: quiénes estaban en esa fiesta, con quién había hablado y bailado, los sabores de los cócteles e incluso los colores de las paredes.

Al llegar, nos despedimos con la promesa de que hablaríamos cada día de mi aventura para contarle hasta el tamaño de los cocos y regresé a casa con Xana dormida en el asiento.

Aparqué el coche en la puerta de Emma, para dejarla lo más cerca posible, y antes de bajarme para despertarla, la calma y el magnetismo que transmitía allí, acurrucada, me cautivó por completo. No sé si fue el movimiento de su pecho, que subía y bajaba lentamente con cada respiración; cómo apretaba los labios, haciendo que estos parecieran más gruesos y carnosos que de costumbre, o la vulnerabilidad que me transmitió allí dormida, pero me quedé unos segundos pasmado, contemplándola en el silencio más absoluto.

Deslicé las yemas de mis dedos por su mejilla para hacerla reaccionar y se movió despacio, regresando a la consciencia, hasta que sus ojos se fundieron con los míos.

—River —susurró, curvando sus labios en una sonrisa que provocó que mi corazón se saltara uno de sus latidos. Nadie, jamás, había pronunciado mi nombre de esa manera. Con esa mezcla de alivio, tranquilidad, admiración y sorpresa por encontrarme a su lado.

—Vamos, bella durmiente, que ya hemos llegado.

Apoyó su mejilla izquierda en el respaldo del asiento para mirarme, agotada, como si la vida hubiera podido con ella esa noche, pero no perdió la mueca que dibujaba su boca.

Nos miramos en silencio. Yo, esperando a que fuera ella la que decidiera salir y volver a casa. Ella, esperando algo. No sé qué.

—¿Qué estás…? ¿Qué estás pensando, River? —se interesó cuando la pausa se hizo, tal vez, demasiado larga.

—¿La verdad? —contesté sin darle demasiadas vueltas. Ella asintió, expectante—. Que eres preciosa.

Sus ojos brillaron y sus mejillas se sonrojaron sin poder controlarlo, antes de que se mordiera el labio inferior, por la timidez que le causó mi confesión.

—Eso no se dice, don *influencer*.

—Por eso lo estoy pensando…

No pudimos contener la carcajada que salió por nuestros labios, al mismo tiempo, sincronizándose, lo mismo que ocurrió con nuestras miradas, que se engancharon haciendo el aire aún más denso entre nosotros.

No sé cómo ocurrió ni qué pasó por su cabeza para dar el paso. Porque nunca lo habría esperado; ni siquiera imaginado. No de ella. De hecho, durante aquella noche, dudé en decenas de ocasiones que realmente hubiera ocurrido y que aquello hubiera sido tan solo producto de una imaginación desbordante y ardiente como la mía.

Xana puso su mano sobre mi brazo y la deslizó por mi piel hacia mi hombro, lentamente, con suavidad, provocando que mis ojos no se apartaran de los suyos y que mi respiración se centrara en su tacto, en la suya. Se humedeció los labios y me miró como si quisiera decirme algo, como si quisiera evitarme, pero no lo hizo. Sin

preverlo, se incorporó y juntó su boca con la mía. No hice nada, no podía. ¡¿Yo?! Simplemente, me quedé inmóvil, disfrutando de su roce, dejando que su saliva se repartiera por mi organismo como un dulce elixir, saboreando sus labios como ese regalo inesperado, pero sorprendente, que acabó volviéndome loco.

Enredó su lengua con la mía en una caricia lenta y puse mis manos en su cintura para atraerla a mi cuerpo, antes de subir una de ellas hasta su cuello para sostener su rostro y profundizar el beso, haciéndolo más mío. Más nuestro.

—Esto es una mala idea —susurró sin separarse, compartiendo mi mismo aire.

—Sí.

—Totalmente irresponsable —murmuró justo antes de que nuestras lenguas volvieran a juguetear juntas.

—Muy irresponsable.

—No deberíamos, River…

Se apartó poco a poco y, por primera vez, sentí que me faltaba el oxígeno. No esperé, ni siquiera lo pensé. Algo muy típico en mí, pero aquella vez fue muy distinto. Tan diferente que asustaba.

Me estrellé contra su boca solo por el placer de llevarle la contraria. Sus labios sabían a desafío, a eso que provocaba cierta adrenalina y adicción en mí, a eso de lo que jamás podía huir. Por eso, los invadí, una y otra vez, con una vehemencia que me mareaba, negándome a dar por finalizado eso que tanto me llamaba.

Siempre había corrido para no sentir demasiado y llegó ella, me besó sin verlo venir y me dejó quieto por dentro. Inmóvil. Porque ella estaba desinhibida por el alcohol, sí, pero el que perdió el equilibrio fui yo; porque entendí que hay besos que no te encienden la noche, te cambian el rumbo.

No sabía si aquellos besos eran un desliz, una nueva aventura o el principio de algo, pero, por primera vez, quise averiguarlo. Yo, que nunca supe frenar, acababa de besarme con la única persona capaz de ponerle semáforos a mi vida. Y puede que por primera vez no quisiera saltarme el rojo. Sino acelerar e ir cuesta abajo, como ella había dicho unos minutos antes.

Ella, tan de planes. Yo, tan de impulsos. Y ahí estábamos, empezando algo que ninguno de los dos había apuntado en ninguna parte. No sabía si aquello era un error, pero si lo era, fue el primer error que nunca querría arreglar.

Porque siempre pensé que yo era el peligro, el problema, el incendio y que las chicas como ella venían con un extintor para apaciguarlo y apagarlo, pero resulta que a veces el fuego también aprende a quedarse. Incluso con el pintalabios corrido y la agenda, de colores, repleta de anotaciones.

Un fuego que puede volverse incontrolable…

Capítulo 15



Xana

Cuando el despertador sonó a las cinco de la mañana, con un ruido infernal, que retumbaba desde el mismísimo averno, no me lo pude creer. La cabeza iba a explotarme con cada pitido y no habían pasado ni cuatro horas desde que me había acostado, por lo que tapé mi rostro con la almohada y me hice la perezosa durante unos minutos, justo hasta que su imagen regresó a mi memoria a través de *flashes* rápidos e intensos que se clavaban en mi pecho. Miradas que encendían, caricias que ardían, besos hambrientos y lenguas enredándose. Y detrás de todo eso, él. River. River y sus ojos que escondían promesas inconfesables. River y su media sonrisa gamberra. River y su forma de hacerte enloquecer con un solo gesto seductor.

Mierda…

Crucé los brazos encima de la almohada y la apreté contra mi cara, tratando de hacer desaparecer las escenas que se repetían en mi memoria.

«Anoche te lanzabas a sus labios… ¿y ahora quieres borrarlo de tu mente? ¡Ja!».

Me quité la almohada de encima, como si la reprimenda de mi subconsciente hubiera hecho efecto, me froté el rostro para desperezarme y acabé pellizcándome el puente de la nariz al

recordar lo que había pasado. ¡¿Acaso había perdido la cabeza?! Había sido por el alcohol… Sí, eso había sido. Por beber esos cócteles hechos para borrar cualquier rastro de raciocinio de mi organismo. ¿Y lo peor de todo? ¡Que Emma lo había visto todo! Así que no podría hacer como si no hubiera ocurrido.

Atrapé mi labio inferior entre mis dedos, recordando cómo su lengua lo había saboreado con una maestría que imponía tanto como aturdía, cómo sus dientes lo capturaron con una picardía que me causó un extraño hormigueo que aún vibraba en mi bajo vientre con solo imaginarlo. Y justo en ello estábamos, disfrutando de esos besos que nunca, jamás, deberían haber ocurrido, cuando un carraspeo nos sacó de ese momento de locura transitoria.

—Ejem, ejem. —Nos separamos como si acabáramos de quemarnos. En el fondo, era justo lo que acababa de suceder: nos habíamos quemado de una forma incontrolable. De hecho, aún estábamos ardiendo. Nos giramos para ver quién acababa de pillarnos con las manos en la masa, nunca mejor dicho, y nos encontramos con la mueca orgullosa de Emma, que analizaba la escena junto al coche, de pie, con los brazos en jarras—. Tranquilos, ¿eh? Podéis seguir. ¡Por mí, no os cortéis!

—Ehm… Em, no es… No. —Me removí sobre mi asiento, sintiendo las náuseas burbujeando en mi estómago. Eso también debía de ser por el alcohol—. Esto no es lo que piensas. Se me había caído… El bolso —me inventé, cogiéndolo del suelo, donde lo había dejado, entre mis pies.

—¿Se te había caído tu bolso en su boca? —se cachondeó, riéndose, mientras que River parecía impasible.

—No. ¡¿Qué?! ¡No!

—Creía que era tu lengua la que se había colado hasta la garganta de River. Eso era justo lo que parecía.

—Voy a vomitar… —Cubrí mi boca con las manos, exagerando.

—¿Ahora? —se preocupó River. Aunque no supe si por su coche, en el caso de que vomitara allí mismo, o por mí.

—¡Venga, anda! Vamos a dormir la mona, que tenéis que coger un vuelo en unas horas. —Emma se acercó hasta la puerta del

copiloto para echarme una mano, pero estaba bien. O lo estaría si el suelo no se hubiera puesto a girar en el momento menos oportuno —. Y tú y yo ya hablaremos. —Señaló a River, fingiendo una seriedad que no le caracterizaba.

—Cuando quieras.

—Es que eres increíble, de verdad. —Se agarró a mi brazo, como si temiera que fuese a caerme de un instante a otro—. ¡Deberías mantener tus manos ocupadas! —River le dedicó una mirada que escondía un «eso es lo que estaba haciendo» en ella, lo que provocó que entornara mis ojos para escrutarle—. ¡En otras cosas! ¡Deberías mantener tus manos ocupadas en otras cosas! —exclamó mi amiga, sin poder contener la carcajada que estalló en sus labios y que acabó contagiándonos.



En ese momento, me hizo gracia. Ahora, analizándolo con frialdad, no lo hacía en absoluto. Lo primero porque River se había convertido en mi jefe. Un jefe peculiar, sí, pero iba a trabajar para él durante los próximos meses y lo que acababa de ocurrir —que podría traducirse, básicamente, en que me lancé a sus labios— solo complicaba las cosas. Y lo segundo porque debía grabarme a fuego que no quería saber nada del género masculino. Y ese *nada* era justo lo contrario a lo que acababa de hacer, besar a ese *crush* imperfecto como si necesitara su oxígeno para respirar.

«Lo que acabas de hacer es justo lo que estabas deseando», me provocó mi mente, a lo que le habría contestado un «¡cállate!» que la silenciara durante años. Porque eso era lo que deseaba, que mi mente tuviera un botón de *mute* para no tener que escuchar continuamente las ocurrencias de la tarada que vivía en mi interior.

Me levanté sin retrasarme más, convencida de que debía ponerme en marcha si aún quería coger ese avión y cuando estaba

empezando a vestirme, después de una ducha rápida, mi amiga hizo acto de presencia con el gesto de seguir sumida en un profundo sueño.

—¿Cómo va esa resaca?

—Mejor de lo que merezco —dramaticé—. Aunque a mi favor, diré que fue culpa de Brooke.

—Brooke es un huracán.

—¡No hace falta que lo jures!

—Aunque… sinceramente, no creo que fuera su culpa que acabaras metiéndole la lengua a River hasta la campanilla. Ni de que se te cayera el bolso, por cierto. —Ambas reímos por su comentario. Aunque yo, más bien, me desinflé.

—Eso fue un error de cálculo.

—¿Un error de cálculo? —Se rio más aún.

—¡Claro! Se supone que va a ser mi jefe. O mi compañero… ¡O yo qué sé! Pero va a ser algo.

—¿Tu nuevo ligue?

—¡No, joder! —Apreté los labios con fuerza para evitar reírme yo también—. Me refiero a que vamos a tener una relación profesional, sea la que sea, y esto no está bien.

—Perdona que te lo diga, amiga, pero River está muy, pero que muy bien.

—Ya sabía yo que no te habías despertado a las cinco de la mañana para desearme un buen viaje ni para preguntarme por mi resaca.

—¡Me puede el cotilleo! Ya lo sabes.

—Pues siento defraudarte. —Cerré la maleta con decisión. Ya estaba lista y di gracias por haberla dejado preparada el día anterior, ya que, de lo contrario, me habría dejado la mitad de mis cosas en Los Ángeles—. No pasó nada. Bebí más de la cuenta, que son… tres o cuatro cócteles, y acabé besándole. Está muy bueno y es un tío genial, eso no lo puedo negar, pero ya está, no hay más.

La mirada que me dedicó hablaba por sí sola y me desveló un «no hay más, aún» que recalcaba esa última palabra.

Nos tomamos un café rápido, charlando sobre cualquier tema trivial, de esos que nos entretenían durante horas, y diez minutos

después de lo que esperábamos, un coche empezó a pitar en la puerta con impaciencia.

—Ahí tienes a tu nuevo ligue —se burló Emma—. Quiero decir, a tu nuevo jefe.

—Muy graciosa, sí.

—Es una pena que no te quedes más días, pero estoy segura de que ese viaje va a ser la aventura de tu vida, Xana. Disfrútalo muchísimo, ¿vale? —Asentí.

—Me habría gustado conocer a tu tío antes de marcharme. Por lo menos, para darle las gracias por haberme dejado quedarme en su casa.

—Dáselas en Maupiti.

—¿Qué? —La confusión se mostró tanto en mi tono de voz como en mi rostro. ¿El tío de Emma también trabajaba para River? ¿Iba a ser nuestro compañero de vuelo?

—En Maupiti. Dale las gracias allí —dijo como si fuera más que evidente.

—¿Y qué demonios va a hacer tu tío en esa isla? ¿Viene con nosotros?

Emma miró el reloj, desconcertada.

—Pues creo que, a estas horas, ya debe de estar allí. O aterrizando… Tenéis muchas horas de viaje por delante.

«Gracias por la aclaración, amiga».

—Pero… ¿por qué viene tu tío con nosotros exactamente?

—¡Para producir la docuserie, Xana! ¡¿En qué mundo vives?! Hemos compartido la última semana de vida; es imposible que no te hayas enterado de esto.

No. No me había enterado; es más, ni siquiera les había oído hablar sobre el tema. Y si lo había hecho, no les había prestado la más mínima atención.

—¿Tu tío es el productor de la serie de River?

—¡Claro! ¡¿Quién si no?! Así que cuídale. O, más bien, le pediré que te cuide él a ti. Por si te da por beber y se te vuelve a caer el bolso en la entrepierna de River.

Antes de reírme a carcajadas, ya estaba abrazada a su cuerpo con fuerza. Iba a echarla de menos. Cada día con Emma había sido

un paso más hacia mi regreso, hacia volver a sentirme yo misma y recuperar mi esencia; esa parte de mí que había llegado a olvidar.

El claxon del coche volvió a sonar y me separé de mi amiga para coger mis cosas y salir corriendo a la puerta.

—¡Llegas tarde! —grité como saludo cuando vi que River se bajaba del coche para ayudarme a guardar la maleta y mi bolsa en el maletero.

—Tarde, pero irresistible —comentó, granuja, con retintín, repitiendo las mismas palabras que su hermana le había contestado la tarde anterior.

—Insoportable, querrás decir.

—Ufff. Eso suele decir mi madre. —Sonrió, dejando salir el aire entre sus labios, emitiendo una risilla suave—. Y ahora tú. Veo un patrón, ¿eh?

Nos subimos al coche y me acomodé en el asiento antes de abrochar el cinturón de seguridad.

—River —le llamó Emma, que seguía de pie, junto al vehículo, para despedirnos—. Espero que cuides de mi amiga como se merece. Y con eso no me refiero a lo de ayer.

—Em, no necesito que nadie… —empecé a quejarme.

—Tranquila, que cuidaré de ella como se merece —me cortó, con ese tono que escondía tanto como el brillo de su mirada revelaba.

—Más te vale. Pasadlo bien y… ¡no hagáis nada que yo no haría!

River pisó a fondo el acelerador mientras yo me despedía de Emma, sacudiendo la mano en el aire, según nos íbamos alejando. No obstante, no habíamos conducido ni quinientos metros cuando River se detuvo de repente.

—¡Mierda! Xana, mira en la guantera, a ver si está mi pasaporte. No sé si lo he cogido.

—No jodas, River. Vamos a perder el avión.

Hice caso a lo que me había pedido y puse los ojos en blanco al darme cuenta de que era una de esas personas que podrían salir sin cabeza, si no la tuvieran pegada al cuerpo. Para mi sorpresa, el

pasaporte estaba allí; lo cogí y lo guardé en mi mochila, temiendo que lo perdiera antes de que llegáramos al aeropuerto.

—Eres un caos. Lo sabes, ¿verdad?

—Y tú mi forma favorita de ordenarlo.

Mi corazón se revolucionó y cuando volvió a acelerar, no pude evitar mirarle y perderme en su forma de conducir, en su manera de agarrar el volante y marcar bíceps con cada giro, en cómo estudiaba la carretera con los ojos entrecerrados sin perder la media sonrisa que siempre llevaba en la cara.

—River, antes de que nos encontremos con Liam. Yo… Lo de ayer… —titubeé.

Me dedicó una breve mirada fugaz antes de responder.

—Tranquila, Xana. —Puso su mano derecha en mi muslo, dándome un pequeño apretón tranquilizador—. Todo está bien.

—No, no lo está. —No pude contenerme. Tenía que aclarar las cosas—. Yo no… No suelo beber. Y ayer… Bueno… Se me fue la cabeza.

—No pasa nada —insistió, sin darle importancia, provocando una amarga sensación en mi interior. No supe qué me jodía más, lo que había ocurrido entre nosotros o que no le diera importancia.

«Yo sí lo sé…».

—Es que no quiero que te confundas. Quiero decir…

Sonrió, escéptico.

—¿Que me confunda?

—Bueno, voy a trabajar para ti. Esto podría ser incómodo. De hecho, creo que lo es. —Me revolví en mi asiento, intentando digerir el mal trago—. Por eso, quiero que los dos estemos seguros de que es algo que no va a volver a ocurrir. —No supe a quién intentaba convencer, si a él o a mí.

—Es algo que no va a volver a ocurrir. Vale.

No fue lo que dijo, sino cómo lo pronunció, con una seguridad en sí mismo de la que carecían sus palabras, como si él no creyera en ellas y yo tampoco debiera hacerlo.

Maldito River.

El resto del trayecto, lo hicimos en silencio. En realidad, él fue tarareando cada una de las canciones de la radio hasta que

aparcamos en el aeropuerto internacional de Los Ángeles.

—¿Preparada para el viaje de tu vida? —Intentó calmar la tensión que desprendía mi mirada, pero su táctica no funcionó. En esa ocasión, no estaba nerviosa por el viaje, sino por hacerlo a su lado.

—Siempre. —Fingí una seguridad que mi cuerpo no transmitía.

Nos bajamos y sacamos el equipaje del maletero.

—¡Vaya! Has cambiado de maleta… Es una pena. —Me guiñó el ojo, bromista.

—Me la ha prestado Emma. Mi ropa interior ya ha sido vista por demasiada gente.

El comentario iba por él, pero, como siempre, le dio la vuelta a la tortilla.

—Ah, ¿sí? —cuestionó, provocativo.

—Sí. —Forcé una sonrisa—. Llegamos tarde —cambié de tema de forma drástica—. Liam te va a matar.

—Liam me mata unas quinientas veces al día. No creo que pase nada por una más.

Como si nos hubiera escuchado, su teléfono empezó a sonar y respondió al instante. Su amigo ya nos estaba esperando y por su voz, que oía desde mi posición, llevaba haciéndolo durante bastante rato.

Corrimos hacia los controles de seguridad, que pasamos a toda velocidad, y cuando llegamos a nuestra puerta de embarque, el rostro enfadado de Liam nos estudió de arriba abajo.

—¿Queréis matarme de un puto infarto?

—¡No seas exagerado! —River le dio un golpe en el hombro a modo de saludo—. Llegamos con tiempo de sobra.

—¡¿De sobra?! ¡Quedan cinco minutos para que cierren la puerta de embarque!

—Ha sido culpa de Xana.

Con la mirada que le dediqué, debería haberle asustado. O a mí me habrían asustado, al menos. Pero no teníamos tiempo para amenazas. Embarcamos y nos dirigimos hacia el avión sin perder

más tiempo; creo que fuimos los últimos en entrar antes de que cerraran las puertas.

Al llegar a nuestros asientos, en primera clase, nos dimos cuenta de que no nos habían puesto cerca; estábamos cada uno en una punta de esa zona del avión.

—¿Te ayudo? —Se ofreció River al ver que intentaba subir mi maleta al portaequipajes—. Esto va a convertirse en una rutina —bromeó con su sonrisa de suficiencia.

—Gracias, pero yo puedo.

Me puse de puntillas para colocar mi equipaje en su sitio, pero lo cierto es que me costaba, así que lo intenté con un pequeño salto y un último empujón.

—Sé que puedes, pero estoy aquí; puedo echarte una mano.

Subió su brazo, colocándolo por encima de mi cabeza, pegándose demasiado a mí. Sentí cómo el olor de su colonia inundó mis fosas nasales y se coló, directamente, en un lugar que nunca habría aceptado reconocer. River era un chico alto, mediría un metro ochenta, y yo, que tenía tamaño de minion, algo crecido en estatura, me quedaba casi una cabeza por debajo de él, así que bajó su mirada para analizarme y nuestros ojos se encontraron cerca. Muy cerca.

—Gracias —susurré, separándome rápidamente cuando sentí que el aire empezaba a arder.

Molesté a mi nuevo compañero de asiento, un señor de unos sesenta años con pinta de alto ejecutivo, para llegar hasta mi sitio, junto a la ventanilla, y cuando me acomodé, me di cuenta de que River seguía ahí.

—Perdone —le dijo al hombre—, ¿sería tan amable de cambiarme el asiento? Ha habido un error con la aerolínea, acabamos de casarnos, esta es nuestra luna de miel y me ha tocado lejos de mi amada esposa —dijo con recochineo mientras mi boca se abría, asombrada—. ¿Le importaría…?

—¡Claro que no! ¡Enhorabuena, pareja! —Se alegró el señor —. Aunque estoy seguro de que si se lo hubierais comentado a la tripulación, lo habrían solucionado sin problema.

—¿Qué haces? —Fruncí el ceño cuando River se sentó a mi lado, en esos amplios asientos de alta categoría.

—He pensado que te vendría bien tener compañía.

—¿Y has pensado eso porque…?

—Bueno, ya he comprobado de primera mano que no te gusta mucho volar.

—Me gusta tener los pies en el suelo.

—¡Oh, venga ya, Xana! ¡Eso es muy aburrido! —exageró, provocando que mis labios se curvaran.

—No me gustan los aviones —me sinceré—. Durante años, estuve viajando constantemente a España para ver a mi familia y en una de las últimas ocasiones, cuando volaba yo sola para visitar a mi abuela, uno de los motores se incendió y tuvimos que hacer un aterrizaje de emergencia. Me llevé el susto de mi vida.

—No lo sabía.

—¿Cómo ibas a saberlo? —Se encogió de hombros, como si diera por hecho que me conocía y que sabía mucho sobre mí.

—Entonces, ¿tienes familia en España? —Asentí.

—Mi abuela vive allí. Bueno, y sus hermanos. De hecho, yo nací allí.

—¿Y cómo acabaste viviendo en Nueva York?

—Mi madre se enamoró de un neoyorquino y nos mudamos. Sin más.

—¿Y… tu padre?

—Mi padre falleció cuando yo era una niña.

Su rostro se transformó al escucharme.

—Lo siento mucho —dijo serio, con una sinceridad que nunca había visto reflejada en su mirada.

—Gracias, pero hace mucho de eso. Apenas le conocí.

—Yo… —titubeó—. Mi padre también murió.

Por su cara, supe que no fue un comentario más, sino que era algo que aún seguía doliendo; una de esas heridas que siguen sangrando a pesar del tiempo, incluso habiendo cicatrizado.

—Lo siento, River.

—Hace casi ocho años ya. —Negó con la cabeza, quitándole importancia, pero su gesto me hizo sentir que aún guardaba mucho

dolor en su interior.

—¿Cómo…? ¿Qué le pasó?

—En un accidente. Íbamos los dos en el coche, así que es algo que no… No me gusta recordar. Ya sabes, cada vez que hablo sobre eso, los demonios del pasado regresan en forma de pesadillas. Y no… —No quise interrumpirle—. Bueno, es algo que no tiene solución, así que prefiero dejarlo atrás.

Esa era su intención —o eso afirmó—, pero pude percatarme de que era algo que tenía presente. Algo que seguía viviendo con él, en su día a día.

—Ahora entiendo por qué eres así, por qué actúas así —dije como si todo cobrara sentido por primera vez.

—Así, ¿cómo?

—Viviendo como si cada día fuera prestado.

Nuestras miradas se engancharon durante más tiempo del que me gustaría reconocer y se acariciaron sin rozarse, manteniendo una conversación silenciosa sin pronunciar ni una sola palabra. No supe si fue por lo que había ocurrido unas horas atrás o porque aquella fue la primera vez que River y yo hablamos de una forma sincera y profunda, pero sentí una extraña conexión con él; algo que tiraba de mí hacia su cuerpo de manera incontenible, inefable.

Porque subirme con River a ese avión era meterme de lleno en un campo de minas, donde alguna iba a estallar de un momento a otro, haciendo que todo saltara por los aires. Incluso mi propia existencia.

Capítulo 16



River

Mentiría si dijera que no me sentí extraño al poner un pie en ese avión. Una mezcla de adrenalina, nervios y necesidad por descubrir lo que me esperaba en esa isla del fin del mundo, ubicada en pleno océano Pacífico sur, me zarandeaba por dentro. Y creo que esa sensación no tenía nada que ver con esa gran aventura en el

paraíso —o, quizá, sí—; sino que, más bien, estaba relacionada con ella. Con Xana.

Llevaba tatuada a fuego una única regla en mi pecho: nada de sentimientos. Solo dejarme llevar y disfrutar. Pero tal vez —y solo tal vez— la vida consistiera en eso, en que tu camino se cruce con el de alguien que te mire así, como ella, sin buscar nada, como quien se tropieza con una estrella, enorme y brillante, en medio de la nada. Y yo, que tenía respuestas para todas sus frases irónicas y sus ocurrencias y creía que me sabía todas las salidas posibles, me quedé allí, sentado, impaciente, esperando el impacto. Porque estaba seguro de que ocurriría, una colisión lenta entre dos astros, entre dos cuerpos totalmente opuestos, que se descubrieron casi por accidente.

Tras casi ocho horas de vuelo, aterrizamos en Tahití, en el aeropuerto de Faa´a. Aprovechamos ese tiempo que teníamos de escala para comer algo y estirar las piernas, ya que aún nos quedaba una hora de vuelo por delante y coger un bote que nos llevase a nuestro destino.

Me senté en el suelo, apoyando mi espalda en la pared, y eché un vistazo rápido a mis redes, que parecían estar ardiendo tras mi vídeo sobre el inicio del viaje, mientras Xana iba al cuarto de baño y Liam hablaba por teléfono a unos metros de distancia.

—¿Siempre esperas así de interesante o es solo para impresionar a tu equipo? —Alcé la vista y me encontré a Xana, que me estudiaba con esa mueca incrédula que solía acompañarla.

—Depende de quién llegue. Tú has subido el nivel en este aeropuerto, así que tenía que hacerme el interesante. —Me puse las gafas de sol para hacerla sonreír. No había escuchado nada más auténtico que su risa en toda mi vida—. Además, mi equipo, como tú dices, está ocupado —señalé a Liam— y me conoce demasiado bien. Ya no puedo impresionarle.

—Tienes razón. No puedes.

Dejó que su espalda resbalase por la pared hasta quedarse sentada en el suelo, a mi lado.

—¿Nerviosa?

—¿Nerviosa? ¿Por qué? ¿Por tener que volar en ese miniavión con hélices? —Señaló una imagen que había junto a un mostrador,

donde se mostraban los aviones de turbohélices que se usaban para los viajes entre islas—. ¡Para nada! —mintió—. Estoy más nerviosa por tener que trabajar contigo.

Me reí por lo bajo.

—Prometo portarme bien. Al menos, las primeras horas.

Xana me miró de reojo, desconfiada.

—Me tranquiliza muchíííísimo esa especificación. Esto va a ser interesante. Y divertido… —Su ironía era más que evidente.

—No sabes cuánto —respondí sin mirarla, bajando un poco la voz al ver que Liam regresaba junto a nosotros.

—Xana, podríamos aprovechar para ponernos al día con la agenda.

—Ese es uno de sus *hobbies* —murmuré, ganándome un mohín de su parte.

—Desde que supe que íbamos a Maupiti, hice un borrador con los próximos vlogs que deberíamos grabar. En cuanto lleguemos, serás tú la que se encargue de grabar, hacer las fotos, subir el contenido a redes, mientras River y yo estamos de lleno con el documental. Por no hablar de la publicidad de la marca, como ya hablamos. Creo que Maupiti será el lugar idóneo para lanzarla y hacer miles de fotografías para la promo.

—Claro, sin problema —dijo ella, cogiendo las hojas que le pasaba mi amigo, antes de empezar a leer en voz alta—: Llegada a Maupiti, expectativa vs. realidad, tomas aéreas con el dron, primeras impresiones de locales y paisaje. El tesoro de la laguna, su secreto oculto, *snorkel* entre tiburones y mantarrayas. Conquista del monte Teurafaatiu... Sí, va a ser interesante.

Solo unos minutos más tarde, estábamos caminando por la pista, con nuestras maletas, hacia nuestro último avión.

—¿Estás seguro de que esa máquina se mantendrá en el aire? —me preguntó Liam con seriedad. Con una seriedad fingida para intimidar a Xana, eso sí, pero solo yo me percaté de ello. Tal vez, porque le conocía demasiado o, probablemente, porque ella no sabía que nos habíamos montado en una aeronave la mitad de grande que esa para lanzarnos al vacío, con un paracaídas, a más de doce mil pies de altura.

—¿Lo dices en serio? —cuestionó ella y detuvo el ritmo.

—¡Es una broma! ¡Una broma! —Se encogió de hombros—. Esos bichos son como taxis aéreos. Están todo el día volando.

—Gracias, Liam. Me tranquilizas un montón. —Volvió a usar el sarcasmo como método de defensa—. Pero que sepas que una de esas hélices puede partirse en el aire y hacer que caigamos en medio del Pacífico.

—Entonces, nos reímos y lo posteamos como si fuera arte contemporáneo, Xana. Porque el final va a ser el mismo… —Esa frase podría ser mía, pero no lo fue; la pronunció mi amigo. Después de que Xana se sincerara y me contase el porqué de su miedo a volar, no podía bromear con ello.

Para mi sorpresa, Xana le respondió con una mueca burlona y siguió adelante, rumbo a ese avión, demostrando que, aunque huyera del miedo, intentando tenerlo todo bajo control, era una mujer valiente. Y podría comerse el mundo si así lo quisiera. Aunque… ¿qué iba a exigirle? Yo también huía; del dolor y del recuerdo de aquella última tarde, en concreto, moviéndome sin parar para evitar que este me atrapara. Todos teníamos algo que nos aterraba o nos marcaba para siempre, después de todo.

—Creo que fue Will Smith el que dijo que las mejores cosas de la vida están al otro lado del miedo, así que… ¡subamos a ese avión! —comenté para tranquilizarla porque sabía que, aunque en el fondo parecía muy calmada, los nervios estaban ahí. Por mucho que quisiera ocultarlo.

—Si lo dijo Will Smith… —murmuró como si por ese simple hecho, esas palabras fueran una verdad absoluta. Ambos sonreímos y vi cómo el miedo se ablandó en su mirada.

En cuanto el avión ascendió y llegó a una altura considerable, el paisaje que nos rodeaba nos dejó sin aliento. Por mi profesión, había visitado cientos de destinos distintos —todos ellos, increíbles—, pero lo que había allí, a nuestros pies, era una postal sacada de otro planeta y la calma que transmitían las distintas gradaciones de azul de sus aguas era algo indescriptible. Casi imposible de imaginar.

En cuanto llegamos a nuestro destino, Maupiti, lo primero que nos sorprendió fue que esa isla había resistido a los grandes grupos

hoteleros y a las típicas casitas sobre el agua. Allí, el turismo de masas no había llegado —y espero que nunca lo hiciera—; aún conservaba esa autenticidad de su gente, la misma que se percibía al pasear por sus alrededores y ver a la gente local viviendo de forma sencilla, pescando en canoas o cultivando para comer, eso que intenté captar con mi cámara.

Aterrizamos a primera hora de la tarde, por lo que aprovecharíamos el resto del día para reunirnos con el equipo, conocernos y analizar los detalles de la grabación, que empezaría a la mañana siguiente.

—Esta tarde la tienes libre —le informé a Xana, cuyo rostro no dejaba de brillar al mirar, alucinada, cada detalle que nos rodeaba, como si fuera lo más maravilloso que había admirado nunca. En el fondo, para mí lo era—. Tenemos que reunirnos con Santiago, el productor, y con su equipo para ultimar los detalles y dejar claro el *planning* de mañana.

—Tienes toda la isla para ti —dijo Liam.

—Bueno, en realidad, había pensado que podrías empezar con los bocetos del logo de la marca. Tengo los diseños de las primeras prendas en el ordenador y me gustaría que el logotipo se adaptara a ellas.

—Claro, me pondré con ello en cuanto lleguemos.

Ni siquiera me miró, ya que no dejó de observar, embelesada, el increíble paisaje que nos estaba dando la bienvenida. Y yo… no paré de mirarla a ella, atontado. O de admirarla, en realidad, mientras un barco nos trasladaba al pueblo principal.

Una vez allí, una *pick-up* vino a recogernos para llevarnos hasta nuestro nuevo hogar. El vehículo se detuvo frente a una casa de una sola planta situada frente al mar. Contaba con un pequeño huerto en su parte trasera y varios árboles frutales la rodeaban sobre un jardín verde y cuidado. La estampa era idílica, sacada de una película en la que solo se apreciaba un espeso verde en la isla que contrastaba con los distintos e intensos tonos azules del mar. El verdadero paraíso en la Tierra.

—¡Por fin estáis aquí! —Santiago Campos, nuestro productor, nos estaba esperando en el porche de la casa y se acercó hasta

nosotros para recibirnos, seguido por una pareja joven—. Os estábamos esperando. —Nos abrazó con fuerza, dándonos un par de palmadas en la espalda—. Y tú me imagino que serás Xana.

—La misma.

—Emma me ha hablado mucho de ti. Estoy encantado de conocerte por fin.

—Muchas gracias, Santiago. Yo también estaba deseando conocerle.

—Tutéame, por favor; me haces parecer mayor. Espero que te haya tratado bien en casa.

—Muy bien. Han sido unos días geniales.

—Os presento a Noelani y Arii. —Señaló a la pareja que estaba a su lado—. Son los dueños de la casa. Ellos son Xana, Liam y River.

—Bienvenidos —dijeron estos con amabilidad, colocando un colorido collar de flores, el conocido *lei*, en nuestros cuellos; una arraigada tradición de la zona.

—Muchísimas gracias.

Más tarde, descubriríamos que, al no haber hoteles en la isla, muchos de sus locales ofrecían sus casas como pensiones para los turistas, que tendrían que convivir con ellos y adaptarse a sus costumbres. Iba a ser increíble.

—Venid por aquí, por favor. Os enseñaremos la casa —dijo con amabilidad Noelani, una mujer joven con los ojos rasgados y la piel tostada por el sol.

Seguimos a los dueños hasta el interior de la casa, donde nos estaban esperando varios miembros del equipo: dos cámaras, una persona encargada del sonido y otras dos de posproducción. La vivienda era lo suficientemente grande para nosotros; constaba de cinco habitaciones, dobles o triples, en las que tendríamos que repartirnos, con tres baños compartidos, una especie de salón y una cocina. Aunque la mayor parte de la vida la hacían en el exterior, en concreto en una cabaña tiki, que estaba situada junto a la arena de la playa; una estructura de estilo polinesio, hecha con bambú y techo de paja, que usaban para reunirse y como cenador.

—Guau… —murmuró Xana, contemplando las vistas—. Esto es una pasada.

—No olvides que has venido a trabajar —la piqué.

—Y tú no olvides que me has dado la tarde libre.

—Hablando de libre… Aquí tienes mi ordenador. Si entras en la carpeta de Cross, verás los diseños de la nueva ropa y podrás empezar a trabajar.

—¿River Cross me deja su ordenador? —cuestionó con sarcasmo—. Soy una privilegiada. ¿No te da miedo que saque a relucir tus trapos sucios?

—Todos mis trapos están limpios. Puedes comprobarlo si quieres. —Le guiñé un ojo y me encaminé hacia el salón, donde se habían adentrado los demás.

—¿Y Max Norton? ¿No se suponía que vendría a grabar con nosotros? —preguntó Liam, desconcertado, al ver que el aludido no se encontraba en el grupo.

—Debe de estar al llegar, pero, si os parece, podemos comenzar con la reunión para ir estudiando los detalles —nos informó Santiago.

—¿Vamos fuera? —propuso uno de los miembros del equipo, antes de que le hiciéramos caso y nos dirigiéramos a esa cabaña con vistas privilegiadas, donde Noelani y Arii nos trajeron varios manjares de la isla como bienvenida.

Supuse que Xana se había puesto manos a la obra y había empezado a trabajar en el interior de la vivienda, ya que no la vi en toda la tarde. Ni siquiera cuando los colores ardientes del atardecer convirtieron aquel paisaje en una estampa digna de ser memorizada para siempre.

Cuando empezó a anochecer, seguíamos reunidos en ese cenador paradisiaco, detallando cada paso de las próximas semanas. Estaríamos los siguientes quince días en Maupiti y, a continuación, iríamos descubriendo los mejores destinos de la Polinesia. Lo que podría haberse convertido en el mejor viaje de mi vida. Si no se hubiera torcido por completo…

La misma *pick-up* que nos había recogido a nosotros en el aeropuerto, y que se marchó tras dejarnos en la casa, regresó y aparcó frente a la puerta con mi nuevo compañero de aventuras: Max Norton. Un jodido Tarzán sacado de la mismísima jungla, el

protagonista de un programa de supervivencia en el que él solo, junto a su cámara, se adentraba en la selva para grabar imágenes espectaculares mientras intentaba sobrevivir.

—Buenas noches, equipo —nos saludó al llegar a nuestro lado, presentándose uno por uno—. Así que tú eres River. Tenía muchas ganas de conocerte. —Me dio un fuerte apretón de manos.

—Lo mismo digo. Espero que estés preparado para lo que tiene esta gente en mente.

—Nací preparado —dijo con una chulería que me resultó familiar.

Le pusimos al día con lo que teníamos organizado para las próximas horas. Parecía un buen tipo, alguien con quien no me importaba compartir un proyecto como aquel. Estábamos inmersos en una interesante conversación, en la que Santiago trataba de convencernos de que nuestro dúo, Cross-Norton, era un éxito asegurado. Cosa de la que yo dudaba. Y no por Max, precisamente, sino porque aún me preguntaba cuál sería el interés de ver una serie sobre mi vida.

—¡Tienes más de tres millones de seguidores, River! —exclamaba Liam cada vez que le hablaba sobre mis dudas—. Aunque solo sean las personas que te siguen, la verán. A ellos les interesa todo sobre ti.

Sin embargo, allí, en medio del paraíso, podía ver las cosas de otra forma. O incluso mirarlas con otros ojos que parecían distintos. Por ese mismo motivo, me levanté en medio de la reunión, cuando Arii y su mujer Noelani nos trajeron la cena para que la degustáramos en aquel sitio privilegiado, y me dirigí hacia la vivienda. En concreto, hacia la que ya era la habitación de Xana, puesto que fue la primera en elegir. Golpeé la puerta con los nudillos y cuando escuché un tímido «adelante», entré sin dudar.

—Hola —la saludé—. Noelani y Arii nos han traído algo de cenar. Ven con nosotros.

—No, gracias —contestó sin levantar la vista de mi ordenador, en el que seguía concentrada—. No tengo hambre. Estoy agotada, creo que me voy a ir ya a la cama. ¿Cómo ha ido la tarde?

—Bien. Ya hemos cerrado toda nuestra agenda para las próximas dos semanas. Te habría encantado esa reunión —bromeé, logrando que sonriera—. Acaba de llegar Max Norton.

—¿Y? ¿Demasiado ego entre los dos para una sola isla? —En esa ocasión, la que bromeó —o eso quise creer, que era broma— fue ella, por lo que le dediqué una mueca chulesca.

—Muy graciosa, sí. —Nos miramos sin decir nada durante unos segundos—. ¿Qué has estado haciendo? Podrías haber salido… No tienes que estar aquí recluida.

—He salido. Por la puerta trasera —me informó con una exagerada sonrisa fingida—. De hecho, he grabado unas imágenes alucinantes con el dron.

—Ah, ¿sí? ¿Puedo verlas?

—Aún no. Quiero editarlas. Pero sí puedo enseñarte los primeros bocetos del logo que he estado haciendo.

—¿También? —Me senté a los pies de la cama, cerca de donde ella estaba, trabajando en un pequeño escritorio con vistas laterales al mar—. Nunca dejarás de sorprenderme. Va a ser verdad que hacemos un buen equipo.

—¿Equipo? —Alzó una ceja, desconfiada—. Tú no has hecho nada.

—Aún.

Ambos sonreímos por mi comentario.

—Aún. Pero estoy segura de que te encantarán los logotipos. Yo tengo mi favorito, eso sí.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—No lo sé. Llámalo intuición femenina.

Xana abrió el programa de diseño en el ordenador, mostrándome varias imágenes con las que había estado probando y mi sorpresa fue máxima. No sabía cuál me gustaba más, pero las cuatro que aparecían en la pantalla me parecieron una completa locura. De las buenas. En ellas, la imagen de la cabeza de un lobo, de un color azul grisáceo, mirando de frente, se superponía sobre distintos fondos: dos paisajes del mismo tono, una insignia y una rosa de los vientos, con las palabras «Explore. Adventure. Discover». No sé cómo lo había hecho, ni cómo lo había logrado —y menos aún,

tan rápido—, pero todos y cada uno de ellos transmitían justo lo que quería que representara mi marca: ese espíritu aventurero, fuerza, versatilidad, consciencia ambiental y de moda responsable.

Eran preciosos.

—Son una pasada, Xana.

—¿Ves? Lo sabía. —Sonrió con un orgullo que brillaba en su mirada.

—¿Cuál es tu favorito?

—Este. —Señaló la rosa de los vientos sobre la que se veía la cabeza del lobo, una imagen sencilla, pero potente. Justo lo que necesitábamos.

—Pues ya está. Tenemos el logo de Cross.

—¿En serio? Así, ¿sin más? —cuestionó incrédula.

—¿Sin más? Llevas toda la tarde trabajando en ellos. Es justo que lo elijas tú. Además, también es mi preferido. —Le guiñé un ojo y me levanté para marcharme—. Por cierto, te he traído los horarios con las actividades de mañana. Por si quieres apuntarlos en tu agenda nueva. —Le di un papel con ellos anotados y cuando estaba en el umbral de la puerta, me giré por última vez—. Buenas noches, Xana.

—Buenas noches, River.

No nos acostamos tarde, ya que la idea era madrugar y aprovechar cada minuto de luz del día, pero me tocó compartir habitación con Liam y estar con mi mejor amigo en un espacio reducido, sin más compañía, significaba que nos tiraríamos hablando hasta altas horas de la madrugada sobre cualquier cosa sin importancia.

—¿Con quién hablas? —me interesé cuando vi la sonrisa que le dedicaba a la pantalla de su teléfono móvil mientras tecleaba un mensaje.

—Con Emma.

—Habláis mucho últimamente, ¿no?

—Qué va. Tengo que sacarle las palabras. Creo que aún no me ha perdonado por dejarla tirada el día que quedamos.

—¿Le has dado alguna explicación? Porque eso de que tenías fiebre, no me lo creo ni yo. ¡Habrías ido a esa cita con el calentón! —

Me reí—. ¿En serio no vas a contarme lo que te pasó?

—Estaba malo, River. No hay más.

—Eres más flojo de lo que pensaba…

Me levanté para poner la cámara y el móvil a cargar, para que tuvieran la suficiente batería como para aguantar un día entero de grabaciones, y justo al pasar por delante de la ventana de nuestra habitación, que daba hacia el mar, vi un ligero centelleo en la orilla. Y su rostro iluminado por esa pequeña luz tenue.

—Ahora vengo —le expliqué. Aunque creo que Liam estaba tan metido en su conversación que ni siquiera me escuchó.

Caminé por la arena descalzo, dirigiéndome hacia ese brillo que me indicaba su posición en esa playa virgen.

—Ey —la saludé—. ¿Qué haces aquí? Pensaba que estarías durmiendo.

—Estoy agotada, pero no podía dormir. El *jet lag* supongo.

Xana estaba sentada en la arena, con los pies metidos en el agua, que parecía una balsa por la calma absoluta que transmitía.

—¿*Jet lag*? —Sonreí, incrédulo, sentándome a su lado—. Solo hay una diferencia horaria de dos horas con Los Ángeles.

—Ya, pero yo soy de Nueva York, ¿recuerdas? —Me devolvió la mueca.

No supe por qué ni cómo, pero la mirada que me dedicó me removió por dentro, provocando que un intenso escalofrío me recorriera de arriba abajo. Quizá, porque cuando nuestros ojos se encontraron, recordé cómo devoré sus labios la noche anterior, cómo su sabor, dulce y afrutado, seguía aún zarandeando mi organismo. Y es que, por alguna extraña razón, que me negaba a entender, cada vez que nos mirábamos así, mi cuerpo me pedía que me acercara un poco más. Solo un poco más. Porque había miradas, como la suya y la mía cuando se fundían, que tiraban la una de la otra y provocaban una intensa reacción en el resto del cuerpo, un escalofrío incontrolable que la razón aún no lograba entender.

—¿Te has fijado en este cielo? Parece irreal. —Creo que elevó el rostro para observar el firmamento solo para distanciarse de esa extraña tensión que tiraba de nosotros—. ¿Has visto la Vía Láctea así alguna vez?

—No. Así no.

No pude evitar seguir estudiando su rostro ilusionado al contemplar la galaxia en su máximo esplendor y ese camino brillante que se abría paso como un río plateado en medio de la oscuridad más absoluta.

—Oye, River. ¿Cómo empezaste a grabar vídeos? —se interesó, cambiando de tema—. Quiero decir, ¿un día estabas aburrido y te pusiste a grabarte y a subirlo a las redes sin más?

Tragué saliva al recordar el momento exacto, ese primer vídeo que lancé al mundo con un único motivo.

—¿La verdad? —Asintió, con ese brillo en los ojos que pedía sinceridad—. Empecé a grabarme unos meses después del accidente. —Su rostro se transformó y se cargó de compasión—. Mi madre estaba destrozada y Brooke… Fue difícil para ella. Dejó de hablar durante varios años. —Metí mis pies en el agua y los hundí bajo la arena, como si con su peso y su humedad, los recuerdos pesaran menos—. Teníamos que salir adelante y cuando los primeros vídeos empezaron a funcionar, lo vi como la mejor oportunidad para conseguir dinero. Alguien tenía que seguir tirando del carro.

—¿Me estás diciendo que te hiciste *influencer* para ayudar a tu familia?

—Algo así. —Le quité importancia, evitando el pequeño detalle de que el ochenta por ciento del dinero que ganaba era para ellas—. Pero mi madre y mi hermana me necesitaban y yo no podía hacer otra cosa más que estar ahí para ellas.

—Vaaaya. Así que el mítico River Cross tiene su corazoncito. —Creo que volvió a cambiar el rumbo de la conversación porque se hizo más intensa.

—Nada de mítico. —Curvé mis labios, elevando la comisura derecha—. Y respecto a lo del corazón, he oído que ese tipo tiene una pequeña roca en su lugar.

—Ya…

Ahí estaba de nuevo, esa electricidad que tiraba de nuestros cuerpos para que se acercasen. Algo que no podríamos esquivar por mucho tiempo.

—Deja de mirarme así —me pidió casi en un susurro.

—¿Así cómo?

—Como si fueras a romper todas mis reglas.

—Todas no. Solo una. Pero varias veces.

Xana me miró como si el mundo estuviera a punto de acabar para ella. Y lo mejor era que parecía que le daba igual. Solo por estar allí. Por estar viviendo algo increíble. Conmigo.

El silencio se alargó durante unos minutos en los que nuestros ojos mantuvieron una conversación. Incluso nuestros cuerpos parecieron comunicarse por las reacciones que tenían sin que pudiéramos evitarlo, como esos latidos acelerados, esas respiraciones que empezaban a agitarse y acompasarse, ese intenso hormigueo con el que me habría encantado terminar lanzándome a sus labios. Otra vez.

—¿Sabes? Me gusta esta Xana.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Es como si hasta este momento solo hubieras estado administrando tu existencia y ahora estuvieras viviendo de verdad. El otro día, de ruta por Los Ángeles, en ese *seabreacher*, en la fiesta universitaria con Brooke, cómo tus ojos brillan al ver la Vía Láctea…

—Creo que tú tienes algo que ver en todo eso, River.

—Ah, ¿sí? —repetí sus palabras, bromista.

—Sí. Y me gusta. Me gusta cómo me desordenas. Eres justo todo lo que no puedo controlar y haces que mande a paseo a mi lógica solo para ver qué pasa. Pero… también creo que todo esto es un error.

—Podría ser. Pero si lo fuera, sería el único error que me apetecería repetir.

Clavé los talones en la arena como si así pudiera frenar el vértigo que me subía por dentro cada vez que ella se encontraba cerca. Xana dobló las rodillas y las abrazó, protegiéndose, como si hasta esa postura tuviera sentido en su mundo. Giró el rostro para analizarme, su hombro rozó el mío y soltó el aire despacio. Ella era así, siempre respiraba como si supiera cuánto oxígeno necesitaba para no perder el control. Yo, en cambio, llevaba años respirando como si el mundo fuera a explotar en el siguiente segundo.

—Podrías volver a decir esa frase más cerca —susurró. Y ahí estaba el problema, que cuando ella hablaba así, el caos que soy se quedaba quieto.

La luna le pintaba un borde plateado en el pelo y, por un momento, pensé que el universo se había puesto de su parte descaradamente para ponerme a prueba. Le aparté un mechón de la cara con los dedos, lentamente, torpe, como si estuviera desactivando una bomba. Ella cerró los ojos un segundo y su confianza me golpeó más fuerte que cualquier ola.

Me acerqué, no mucho, lo justo para que mi respiración se mezclara con la suya y el mundo se redujera a ese espacio diminuto entre nuestras bocas.

—Si esto es un error, que sea uno repetible.

La besé sin poder evitarlo. Y no fue un choque; nuestras bocas encajaron. Sus labios eran suaves, pero firmes, como ella. Me sujetaban sin apretar, me frenaban sin atarme. Pasé mi mano por su espalda y noté cómo se estremecía; no de miedo, sino de verdad.

El beso se volvió más profundo, más lento, como si estuviéramos aprendiendo un idioma que no se estudia, solo se siente. La arena se pegó a una de mis manos, a la que buscaba apoyo en el suelo para estabilizar lo que estaba sucediendo mientras el mundo seguía girando. Y yo estaba allí, quieto por dentro por primera vez en años, besando a la única persona que había conseguido que mi caos bajara la voz. Aunque solo fuera por unos segundos.

Cuando nos separamos, nuestras frentes se quedaron apoyadas y nuestras miradas se fusionaron de nuevo, sintiendo de verdad, pero negándose a hacerlo.

Respiré contra su piel y sonreí sin darme cuenta.

Si el caos tenía un destino, debía ser algo exactamente así.

Capítulo 17



Xana

¡¿Qué demonios estaba haciendo?! Para cualquiera que me conociese un poco, podría parecerle que me había vuelto loca, pero lo cierto es que todo tenía una explicación muy sencilla.

Llevaba un día entero dándole vueltas al asunto: había besado a River. Y aunque tenía una excusa absurda bien clara con esas copas de más, en realidad, le besé porque quería. Porque realmente deseaba hacerlo. Y no solo porque fuese un chico de esos que quitan el aliento, guapo e irresistible hasta decir basta, no, sino porque era uno de esos que podrían entrar en un sitio como si el mundo fuera una broma privada que solo él entiende. Iba por la vida como si fuera un alma libre y eso desarmaba más que cualquier sonrisa bonita. Aunque también la tenía, claro.

River era un hombre atractivo, guapo de forma descuidada, como si se le hubiera olvidado serlo mientras estaba ocupado viviendo demasiado rápido. Y lo peor de todo era su seguridad. Una seguridad peligrosa típica de quien no pide permiso para existir.

Era un caos con piernas. Siempre llegaba tarde, hablaba sin tono de interiores, se metía en líos que luego contaba como anécdotas brillantes y se reía cuando debería preocuparse para darle vueltas más tarde, en silencio, cuando nadie podía verle. Esa era la trampa del jodido efecto Cross: detrás del gamberro que lo

desafiaba todo, había alguien que sentía a lo grande y lo escondía por encima de cualquier cosa.

Por no hablar de su forma de mirarme… que parecía una travesura a punto de ocurrir. Una mirada que cambiaba a otra más suave que aparecía solo cuando él creía que no lo estaba mirando. Y esa era la que más imponía. La que me hacía pensar que debajo de esa seguridad descarada y chulesca, había un corazón sin armadura.

Era imprevisible, impulsivo, un pequeño gran desastre con un encanto desbordante. Quizá, por eso, yo, que siempre había querido tenerlo todo bajo control, me ponía a sonreír como una imbécil cada vez que él lo perdía.

No sabía si sería el típico chico que te daría cierta estabilidad, pero tampoco era lo que buscaba. Sin duda alguna, era alguien que me hacía sentir viva. En todos los sentidos. Y lo peor de todo era que él lo sabía.

«No. Lo peor de todo es que es justo lo que necesitas. Y tú lo sabes», me provocó mi subconsciente.

«¿Tú eres la reina del control? ¡Genial Xana!».

«Y acabas de salir de una relación. ¡Y por todo lo alto! ¿Qué haces metiéndote en más berenjenales?».

Así llevaba veinticuatro horas, dialogando conmigo misma, tratando de convencerme de que si le había besado, no había sido porque estuviera desinhibida por el alcohol, sino por él y el jodido efecto que provocaba en mí. Y si habíamos vuelto a besarnos en esa playa en Maupiti, fue precisamente porque quería convencerme de que yo también podía ser ese tipo de personas sin alcohol de por medio; una chica valiente que se lanza a por lo que quiere en el momento que lo desea, sin pensar en las consecuencias.

Sin más.

Y, como era lógico, siempre tenía que haber un *pero*. En mi caso, varios. Acababa de terminar mi relación, sí. Oliver me había sido infiel y quedaba menos de un mes para mi boda. Una boda que ni siquiera había tenido valor para cancelar, con una lista infinita de invitados y regalos, y mientras tanto estaba allí, en el fin del mundo, jugando a vivir. O aprendiendo a hacerlo, por fin, después de veinticinco años.

Desde que me había acostado, solo unas horas atrás, apenas había pegado ojo. Después de esos besos, que sentí como un intenso huracán en mi interior, dejé a River allí sentado, en la arena, y me despedí de él con un «buenas noches» que puso fin a un día inolvidable. Me gustaba mucho la Xana que había surgido en Los Ángeles, pero ya habían sido demasiadas emociones en las últimas veinticuatro horas, así que tuve que cortar por lo sano antes de que se me fuera de las manos de verdad.

Regresé a mi habitación, me dejé caer, exhausta, en el colchón, con la vista clavada en el techo, repasando lo que acababa de ocurrir y mi teléfono empezó a vibrar sobre la mesilla.

Basura humana:

Lo siento mucho, Xana.

Todo.

He sido un capullo integral, lo sé.

Esperaré hasta que quieras dejar que me explique.

Pero necesito que sepas que ha sido un error.

Y todos cometemos errores.

Leí esos mensajes sintiendo cómo la traición y la rabia, que sentí en un primer momento hacia mi exprometido, ahora se habían convertido en pena por él. Porque solo una persona como Oliver habría tirado a la basura una relación como la nuestra por un calentón. Aunque ahora, pensándolo fríamente, me había dado cuenta de que esa relación estaba muerta. Después de tantos años, me sentía invisible en mi propia casa y ahora, por fin, alguien me había vuelto a ver. Porque al leer ese «todos cometemos errores», yo no podía dejar de pensar en ese otro «si esto es un error, que sea uno repetible» que hormigueaba en mi estómago. Me llevé la mano a mi bajo vientre, sintiendo cómo este se removía al recordarlo, y empecé a teclear. Porque la nueva Xana, esa en la que quería convertirme, era capaz de afrontar todo lo que estuviera por llegar. Eso sí, paso a paso.

Xana:

Ya hablaremos, Oliver.

No puse más. No hacía falta. En nuestra relación, ya estaba todo dicho. O eso pensaba por aquel entonces.

Dejé el teléfono en la mesilla, mi vista regresó al techo y entonces lo vi. Un dragón del tamaño de la Gran Muralla china. Me tapé la boca con las dos manos para ahogar el grito que estaba a punto de brotar de mi garganta y me levanté de un brinco, dando pequeños saltitos al salir de allí.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —exclamé sin poder contenerme.

La puerta de la habitación de al lado se abrió y un joven, algo mayor que yo, salió de ella preocupado, sorprendido por mis gritos.

—¿Estás bien?

Le miré y me di cuenta de que ya le había visto antes. Pelo largo y ondulado, facciones marcadas y morenas, y ojos marrones y penetrantes que intentaban ver más allá y descubrir lo que estaba ocurriendo. Era el protagonista de uno de esos programas de aventura, aunque no recordaba su nombre.

—Sí. No. Hay un… Hay un dragón en mi habitación.

—¿Un dragón? —Se tragó una risa incrédula.

Señalé hacia donde se encontraba el reptil, que estaba trepando por la pared, y solo por la cara que puso, me avergoncé de mi reacción. Pero… ¡Joder! ¡No pensaba tener compañero de cuarto! ¡Y menos aún con escamas!

—Es un geco —comentó con indiferencia, cogiendo al animal entre sus manos—. Son inofensivos. No lanzan fuego por la boca ni comen humanos —se cachondeó, saliendo de la habitación con él—. Verás muchos por aquí, así que… prepárate para conocerlos en profundidad.

—Gracias.

—No hay de qué. Me encantan estos bichillos. —Se lo puso delante de la cara con toda la confianza del mundo—. Soy Max. —Me ofreció su mano libre, que estreché con cierto recelo, por miedo a que el geco saltara sobre mí—. Y tú eres… ¿Eres parte del equipo?

—Soy Xana. Trabajo con River.

—¡Genial! Entonces, nos veremos en unas horas. Será divertido bucear con tiburones contigo.

Que… ¡¿qué?! Por la cara que puso, supe que sería de todo, menos divertido.

Al regresar a mi cama, no pude dejar de imaginar a uno de esos gecos colándose entre las sábanas ni de divisar cómo sería la fantástica experiencia con los tiburones. Nótese la ironía. Ni pude dejar de pensar en River ni en todo lo ocurrido. No pude dejar de hacerlo, aunque lo intenté.



Desayunamos en la cabaña de paja que Noelani y Arii tenían frente al mar, con unas vistas increíbles, escuchando el murmullo de las olas. Eran una pareja muy agradable y hacían todo lo posible para que nos sintiéramos como en casa. De hecho, en cuanto me levanté, a primera hora, después de no haber dormido casi nada, y me encontré con ella en la cocina, la acompañé a recolectar mangos y sandías para la comida.

Comimos en grupo con una complicidad que iba creciendo por momentos. Santiago, el tío de Emma, se sentó a mi lado y se preocupó por mí, constantemente, como si fuera su propia sobrina. Antes de que pudiéramos darnos cuenta, varias *pick-up*, como las del día anterior, vinieron a recogernos para llevarnos al puerto y, desde allí, coger el barco que nos llevaría a nuestra maravillosa excursión. Ni siquiera hablé con River, no pude; todas las cámaras apuntaban en su dirección para grabar sus movimientos, sus expresiones y sus conversaciones con Max. Se suponía que, durante aquellas semanas, los dos grabarían varios episodios en la isla, juntos, de estilo supervivencia y en los siguientes destinos, se centrarían en la figura de River Cross como persona.

Cuando nos subimos al barco y llegamos al punto exacto, decidido por los miembros del centro de buceo, los nervios empezaron a burbujear en la boca de mi estómago. Hice varias fotografías de las prendas de Cross, que estrenaron River, Liam y

Max, en las que luego estamparíamos el logo final, y capté unas instantáneas increíbles con los distintos tonos azules de fondo. Además, llevé unas sudaderas, deportivas y otras camisetas que fotografié en el barco. ¡Saqué unas imágenes brutales para la promo! Y eso que eran las primeras. Además, me había llevado el dron para grabar a River en su inmersión con los tiburones. O ese era el plan. Iba a ser una verdadera profesional.

El barco se detuvo en mitad del océano y supe que el momento había llegado. Vi cómo River se apoyó en la barandilla, solo, para grabar uno de sus vídeos, enfocando hacia el mar, y cuando paró la grabación, me acerqué a él.

—Pensaba que tú eras de esos que se lanzan sin mirar.

Sonrió, halagado.

—Y tú de las que miran sin lanzarse. —Esas palabras fueron el primer clic que hizo mi mente. Al menos, aquella mañana.

—Te sorprenderías de lo que soy capaz de hacer —dije chulita. Y no supe por qué.

—¿Saltamos juntos?

No fue una proposición, fue una provocación. Porque sabía que él estaba seguro de que no lo haría. Y yo quería demostrarle —o demostrarme a mí— que era capaz de hacer cualquier cosa.

—Solo si no hay tiburones cerca. Y si prometes no grabarlo.

—Sin cámaras ni guiones. Solo tú y yo cayendo con estilo. —Apretó los labios y se mordió la sonrisa, evitando que estos se curvaran, pero no lo logró. Y yo tampoco—. Además, aquí no hay tiburones. Solo mantarrayas.

Opté por no darle más vueltas, por no pensar y hacerlo, sin más; no quería perderme una experiencia increíble por el miedo, porque este pudiera paralizarme. Así que me quité el vestido de tirantes, dejándolo caer al suelo, justo a mi lado, con un movimiento seductor y me quedé con un bikini fucsia fosforito que había comprado con Emma. River deslizó su mirada por mi cuerpo, provocando que este se tensara al instante, y me lancé al agua de un salto, sin dudarlo más.

Era el agua más transparente que había visto en toda mi vida y el fondo se veía con claridad, así como los cientos de pececillos

que nadaban con calma alrededor del barco. Ni siquiera me había dado tiempo a emerger, cuando River se tiró de cabeza justo a mi lado. Nos miramos como si el resto del mundo hubiera desaparecido, como si allí solo estuviéramos nosotros dos, flotando en medio de un océano inmenso, cuyo único objetivo era que nuestros cuerpos volvieran a rozarse.

No obstante, cuando levanté la mirada hacia el barco, vi a todo el equipo observándonos, mientras que los ojos entornados de Liam me regañaban con un «¿no se suponía que tú habías venido para grabar esto?», a lo que el gesto de River le respondió con un «ahora que se ha lanzado, ¡ni se te ocurra cortarle las alas!». O eso fue lo que interpreté. Pero, por primera vez, me dio igual lo que pensaran los demás.

Liam y Max se tiraron al agua con sus gafas de buceo puestas y otras, extra, para darnos a River y a mí, y solo entonces nos dimos cuenta de que ni siquiera nos habíamos puesto las aletas. Seguí a los chicos, que empezaron a nadar en una dirección concreta, hasta que se me paró el corazón.

—¡Ahí están! —gritó Liam, asombrado, señalándonos la dirección hacia la que debíamos mirar.

Al hacerlo, mi corazón se detuvo, sin más. Tal vez, porque nunca me habría imaginado viajando a la Polinesia francesa y no sabía que allí las mantarrayas eran enormes criaturas marinas con una boca gigante, y abierta, que podrían tragarse a una persona sin darse cuenta. El animal venía hacia nosotros, moviendo sus aletas de forma lenta e hipnótica, pero yo no podía dejar de mirar su boca y verme allí dentro, buscando la forma de salir.

—¡Joder! —exclamé. Esa mantarraya debía de medir, por lo menos, cinco metros. ¡¿De dónde había salido?!

—¡Guau!

—¡¡Es increíble!!

«Sí, increíblemente aterradora».

Creo que River vio el pánico en mi rostro porque se interpuso entre la mantarraya y mi cuerpo cuando esta pasó a nuestro lado. Se lo agradecí con la mirada e intenté devolver mi respiración a su

estado original, pero mis ojos, rebeldes, se desviaron hacia sus labios en ese último segundo.

«Ni siquiera pienses en volver a besarle o no habrá vuelta atrás».

No obstante, cuando me interesaba, me hacía la sorda de maravilla.

«Suficientes emociones para no ser ni mediodía». Nadé hacia el barco lo más rápido que pude, pero disimulando mi nerviosismo por si la mantarraya se lo pensaba mejor y regresaba a por mí. Podía parecer muy apetitosa con el sol deslumbrante de Maupiti y su mar inigualable como teloneros.

Subí al barco como si acabara de vivir la aventura de mi vida, sintiendo la adrenalina aún en cada poro de mi piel. Al agarrar con fuerza el aluminio de la escalera, no parecía para tanto, pero cuando llegué arriba y miré hacia el mar, vi que aquella mantarraya no estaba sola, sino que nadaba acompañada de varias de sus amigas, que podrían haber convertido uno de los actos de valentía de mi vida —de los que más orgullosa estaría— en una verdadera pesadilla.

—Xana —me llamó Santiago mientras estaba secándome—, siendo amiga de Emma, sabía que te lanzarías al mar de cabeza, pero no así. —Rio complacido—. Ya te enviaré las fotos que os ha hecho mi equipo. Seguro que te gustará tenerlas.

Solo entonces me di cuenta de que en el agua había dos personas más con unas cámaras subacuáticas.

—Claro, me encantaría. Si te digo la verdad, no me veía capaz de hacerlo, pero mira, nunca dejaré de sorprenderme.

—A Emma también le habría encantado. Sobre todo, lo que haremos luego, con los tiburones.

—Ah, no, no. Yo con esto ya tengo suficiente. No sería capaz de asimilar tantas emociones en un solo día.

Me sequé bien, contemplando desde la cubierta cómo River y Max se desenvolvían y nadaban entre las mantarrayas con movimientos suaves, como si hubieran nacido para vivir en el agua, y saqué el dron para grabar las mejores imágenes desde el aire, que esa misma noche editaría para el segundo videoblog de Maupiti. No es porque estuvieran grabadas por mí, pero las imágenes parecían

sacadas de un anuncio. Sobre todo, las que grabé junto a los tiburones, en las que se veía a River tumbado boca arriba, con los brazos abiertos, rodeado de decenas de escualos que nadaban a su alrededor. La típica estampa de la que yo nunca habría sido protagonista. Había visto toda la serie de *Tiburón* tantas veces como para valorar mi existencia y mantenerme alejada de ellos.

—¡Madre mía! ¡Increíble!

—¡Ha sido alucinante!

—¡Me habría quedado ahí eternamente!

Escuché las voces de los chicos cuando regresaron al barco, emocionados, mientras charlaba con Ava, una de las mujeres que formaban parte del equipo de Santiago. Como imaginé que ya habíamos terminado, me dispuse a guardar el dron y sentí su presencia a mis espaldas. Puedo jurarlo; la sentí como un escalofrío punzante que recorrió toda mi columna vertebral. De arriba abajo.

—Estás temblando.

Analizó cada uno de mis movimientos mientras metía el aparato en su mochila y pude apreciar cómo la emoción y la adrenalina brillaban aún en sus pupilas.

—Es por el frío.

—Pues qué pena. Pensaba que era por cómo te miro.

Sonreí sin querer. Jodido efecto Cross.

—Eres insoportable, ¿lo sabías?

—Y, sin embargo, sigues aquí.

—¡¿Qué quieres que haga?! ¡Estamos en medio del océano! No puedo largarme; al menos, no sin que uno de esos me devore. —Señalé los tiburones—. Y aprecio demasiado mi vida.

—Ya.

—Además, se supone que para eso me pagas, para que me quede a tu lado. Trabajando —recalqué.

—Aún no te he pagado nada —dijo chulito.

—Bueno, este es el mejor sueldo que he tenido en mi vida, la verdad. —Observé lo que nos rodeaba. Todavía no podía creerme que estuviera allí—. Aunque tienes razón. Si quieres que me quede, tendrás que pagarme un buen sueldo. Y dejar de mirarme así. —Le señalé a modo de regañina.

—Así, ¿cómo?

—Así —insistí, antes de bajar mi tono de voz para que nadie pudiera escucharme—: Como si quisieras besarme y arrepentirte después.

—Qué va. Contigo siempre me saltaría la parte del arrepentimiento.

Me dejó allí, descolocada, sintiendo cómo mi corazón empezaba a saltarse latidos sin sentido. Porque, aunque nunca lo reconocería, y siempre querría evitarlo, jamás me imaginaría que algo así pasaría en un lugar donde el mundo parece recién inventado. Y con *algo así* me refería a que me removía esa chulería bromista a la que le seguía una mirada seria que me dejaba sin defensas. Porque me descuadraba que se preocupara por mí, que me escuchara y que no huyera al ver mis grietas. Porque me sentía culpable cuando mi corazón se encogía al pillarle observándome desde la distancia con esa sonrisa gamberra o al escuchar una frase, como esa última, salir de su boca. Culpable, al fin y al cabo. Porque mi corazón, traidor y rebelde como nunca, inaugurando su recién estrenada valentía, parecía querer inclinarse hacia él, incluso sabiendo que iba a doler… Y, aun así, quería dar el paso.

No obstante, mi subconsciente no dejaba de avisarme con señales luminosas, carteles de prohibido y ese insistente «si vuelves a besarle, no habrá vuelta atrás» resonando continuamente en mi cabeza.

Pero… ¿quién querría volver atrás cuando estaba orgullosa de la Xana en la que me estaba convirtiendo?

Capítulo 18



River

Llevábamos una semana en Maupiti. Una semana que podría describir como siete días de locura y desenfreno, con algo de trabajo entre medias, perdidos en uno de los mejores lugares del mundo. Max y yo estuvimos explorando el fondo marino y los arrecifes de coral, obteniendo unas imágenes espectaculares y viviendo experiencias inolvidables, de esas que se quedan en tu mente para

siempre. Hicimos piragüismo, *snorkel,* recorrimos la laguna que rodeaba la isla, con parada en un islote para comer pescado crudo y leche de coco, subimos a la cima del monte Teurafaatiu, con unas vistas que todo el mundo debería poder apreciar, aunque solo fuera una vez en la vida; descubrimos la isla en bicicleta, charlando con sus locales para conocer parte de sus costumbres, visitamos el Palacio del Mar, una casa hecha con paredes de coral y conchas… Por no hablar de nuestra aventura pasando la noche en el monte Tirianoi o de nuestro día de buceo con los tiburones limón, que doblaban en tamaño a los inofensivos puntas negras.

Fue una de las mejores semanas de toda mi existencia, sin duda alguna, pero también es cierto que curramos muchísimo; nos pasábamos todo el día y, en ocasiones, parte de la noche, grabando. Aunque sabía que el resultado iba a merecer la pena.

La relación con Max no iba a ninguna parte. Pasé de admirarle a, simplemente, soportarle. Nunca había conocido a una persona tan egocéntrica y con tanto complejo de superioridad; creo que era algo innato. Hablar con él era un monotema que ya empezaba a aburrir hasta el extremo: Max Norton. Eso sí, era un *crack* en lo suyo y sabía todo lo necesario sobre supervivencia, por lo que no desaproveché la ocasión de pasar día y noche a su lado.

En cambio, con Xana… apenas pude hablar. Nos acompañaba en algunas de nuestras aventuras, mientras que en otras se quedaba en la casa editando los vídeos y las publicaciones, de las que ahora ella se encargaba, o trabajando en la promoción de la marca Cross. Las visualizaciones no bajaron; al contrario, no hacían nada más que subir. Supuse que más que por el interés hacia esta nueva aventura en la que estábamos inmersos, fue por ella, por su trabajo.

Con todo el jaleo de las grabaciones, ya que Santiago quería terminar con las más importantes durante la primera semana, no tuvimos tiempo para estar a solas ni para hablar sobre lo ocurrido. Y casi que lo prefería así; nunca había sido bueno poniéndole etiquetas a las cosas, simplemente prefería dejar que el tiempo siguiera su curso. Y que pasara lo que tuviera que pasar.

Para mi sorpresa, no hablar sobre aquellos besos, no lo hizo más fácil. Es más, la tensión entre nosotros no dejaba de aumentar.

Nos buscábamos en la distancia, nuestras miradas jugaban a encontrarse y un mínimo roce cada vez que nos cruzábamos era más que suficiente para saber que ella seguía ahí, justo a mi lado.

Una mañana cualquiera, la acompañé a recoger la fruta para el desayuno, solo por el hecho de pasar un rato con ella a solas. Sonrió cuando me ofrecí y deseé que esa sonrisa significara que tenía tantas ganas como yo, así que aproveché el momento para acercarme un poco a ella.

Estábamos cogiendo unas piñas y algunos plátanos cuando me coloqué justo a su lado, rozando su piel para alcanzar una de las frutas que estaban más cerca de ella.

—Estás demasiado cerca —susurró casi sobre mis labios al girar la cabeza para mirarme.

—Entonces, aléjate.

—No quiero.

—Genial, porque yo tampoco pensaba moverme.

No nos besamos. Creo que ni siquiera pensamos en hacerlo. Ese juego en el que se veían metidos de lleno nuestros ojos y nuestra piel, al sentir cómo nuestros labios tiraban de los del otro con una tensa cuerda transparente, era mucho más interesante y empezó a acelerarme el corazón sin verlo venir cada vez que ella aparecía.

Como esa misma tarde. Estábamos en la cabaña tiki, esperando al resto del equipo para sobrevolar la isla en helicóptero y grabar el atardecer desde el aire, pero el calor y la humedad eran tales que necesitaba darme un baño antes de marcharnos. No lo pensé y corrí hacia la orilla para dejarme caer de espaldas en el agua. Tardé diez segundos, pero cuando regresé junto al resto, ya me estaban esperando.

—Venga, nos vamos —dijo Santiago con su tono más profesional.

Me crucé con Xana, al ir hacia la *pick-up,* y se puso delante de mí, justo cuando iba a pasar, para detenerme el paso.

—Vaya con River Cross… Siempre haces lo que quieres, ¿no?

—No. No siempre. —Bajé la mirada hasta sus labios para que supiera exactamente a qué me refería. Me habría encantado arrinconarla contra una de esas palmeras y besarla hasta que el

mundo dejara de girar, pero esa tensión me estaba dando la vida. Llevaba dándomela desde que me besó en mi coche la noche de la fiesta de Brooke. Tanto y tan bien me estaba afectando su presencia —. No hago lo que quiero ni cuando me provocan, así que… — Chasqueé la lengua.

—¿Quién te provoca?

—¿De verdad vas a fingir que no lo sabes?

Le quité la manzana que llevaba en las manos y le di un bocado antes de devolvérsela y guiñarle un ojo para marcharme. Sentí su mirada escéptica a mis espaldas y cómo negaba con la cabeza, resignada, por mi comentario.

El resto de la tarde fue una completa locura. Había volado en helicóptero en varias ocasiones, pero ninguna como aquella. Contemplar el espectáculo en el que se convertía aquella isla al atardecer desde el aire fue un verdadero privilegio; uno de esos que hacen que te sientas afortunado solo por estar respirando en ese lugar, uno de los que provocan que tu alma se expanda hasta niveles inimaginables. Los arrecifes de coral y los bancos de arena jugaban con los distintos tonos azules del mar, creando una combinación perfecta a la que se unían los colores anaranjados del atardecer. Un espectáculo mágico que te quitaba el aliento.

—¿Has visto eso? —comentó Liam, incrédulo, a mis espaldas.

—Apaga la cámara —le ordené sin apartar la vista del paisaje. Porque se suponía que, después de todo, Santiago y su equipo ya estaban grabando las mejores imágenes y quería que mi amigo pudiera contemplar también esas vistas. Aquello era algo de lo que había que disfrutar sin más, lejos de los objetivos, las cámaras y los seguidores.

Porque, más tarde, comprendí que, después de todo, había empezado a valorar la importancia de ciertos momentos, a saber que no todo se medía con *likes* y *followers*, sino que la importancia de cada instante solo puede medirse por lo que te hace sentir, por eso que permanecerá contigo para siempre.

Cuando regresamos, ya era de noche. La casa estaba en la calma más absoluta y el mar parecía una bañera tranquila en la que no había ni un mínimo movimiento, lo que te invitaba a lanzarte de

cabeza y dejar allí algo de mi energía. A pesar de las horas, el clima era cálido y teníamos demasiada adrenalina en el cuerpo como para acostarnos, así que Liam y yo decidimos tomar algo en el cenador de paja antes de irnos a dormir.

—Esto es increíble. Me va a costar volver a casa —desveló mi amigo con una sonrisa melancólica.

—¡Anda ya! Aún nos queda mucho para regresar.

—Sí, pero creo que Bora Bora y el resto de las islas no serán lo mismo. Esta tiene algo… especial. Como si aún mantuviera sus raíces intactas.

—Sí, yo también lo creo. La vuelta va a ser difícil —le apoyé con complicidad antes de dar un trago a mi refresco.

—Buenas noches, chicos. ¿Os importa que os acompañe? —Max se acercó hasta nosotros y se sentó en una de las sillas, agotado por el día—. Espero que estés preparado para mañana, River. Será duro.

—¿Qué pasa mañana?

—Tenemos día de grabación en las laderas del monte.

—Creo que lo han cambiado; finalmente, será pasado mañana —nos informó Liam—. Dan lluvia y fuertes vientos, y Santiago quiere enseñarlo todo, así que… Os toca pasarlo mal. —Arqueó las cejas, cachondeándose.

—Cuando sea —dijo Max—. Con el tiempo así, obtendremos buenas imágenes. La idea es mostrar la fauna y la flora del bosque tropical, como verdaderos exploradores —dramatizó.

—¿Solo eso? Nací preparado —contesté fanfarrón—. Sin embargo, a ti, en el ascenso a la cima, te vi un poco flojo para tantas expediciones. Espero que puedas seguirme el ritmo.

—Creo que no me costará demasiado.

La luz de una de las habitaciones del lateral de la vivienda se encendió y a través de su ventana, pudimos ver a Xana, recién salida de la ducha, con una toalla en su pelo y otra rodeando su cuerpo. Mis ojos se colaron en aquel cuarto sin poder evitarlo y tragué saliva al ver cómo se echaba crema hidratante en las manos y la extendía por su cuerpo con movimientos sensuales.

—Por cierto, muy maja vuestra *community manager*, ¿eh? —murmuró Max, desviando sus ojos hacia el mismo lugar donde permanecían los míos hasta que me di cuenta de su actitud y pasé a observarle a él—. Es preciosa.

—Es muy buena publicista —comentó Liam, sin darle demasiada importancia—. Nos está viniendo genial tenerla aquí con tanto jaleo, la verdad.

—¿Es buena publicista? Tal vez, podría pedirle que trabajara conmigo también. —Me percaté de sus intenciones al oír su tono de voz y una extraña sensación se instaló en la boca de mi estómago—. Estoy seguro de que no le importaría venirse de viaje conmigo. El otro día casi tuve que pasar la noche con ella; tuve que salvarla de un geco que había en su habitación. Y no me importaría tener que salvarla más a menudo, la verdad.

En aquel momento, dejé de escuchar. Ni siquiera pronunció su nombre, pero dijo aquellas frases saboreándolas, provocando que algo se retorciera en mi interior. Habló de ella con una ligereza peligrosa, como si no supiera que llevaba semanas ocupando mis pensamientos. ¡Y joder! ¡Claro que no lo sabía! Pero provocó que algo se me encendiera por dentro. No era rabia, era peor; la certeza de saber que yo no era el único que la veía.

Me sorprendió lo mucho que me jodió escuchar cómo hablaba de ella así, como si fuera alguien más, una más, en realidad. Como si fuera algo suyo, un terreno compartido e imaginarla no fuera un acto íntimo, como lo era para mí.

Sentí los celos subiendo despacio, calientes, silenciosos. No mordían, quemaban, colándose en mi pecho y obligándome a apretar la mandíbula y a clavar los pies en el suelo. Me jodía que alguien más sonriera pensando en ella. Me jodía que alguien más sintiera ese cosquilleo exacto que yo intentaba ignorar cada vez que la veía o nos cruzábamos y esa tensión mágica que tiraba de nosotros y que ambos queríamos olvidar.

No dije nada; no pude. Por fuera, seguía pareciendo el mismo, pero por dentro, en cambio, algo se revolvió. Porque entender que alguien más la deseaba, no me alejaba de ella, la volvía más urgente. Más real. Más peligrosa.

Y, entonces, lo supe. No era solo que me gustara, es que, por primera vez, quería ganar sin saber, aún, cómo se jugaba. Es que escuchar cómo otro hablaba así de ella despertó algo que no sabía que pudiera doler tanto. Porque solo la idea de perderla, sin haberla tocado, encendió los celos como una herida abierta.

Una herida que no había hecho nada más que empezar a sangrar…

Capítulo 19



Xana

Nunca me había parado a pensar en cuál sería el punto de inflexión que cambia la vida de una persona drásticamente, como si fueras en una dirección concreta durante toda tu existencia y así, sin verlo venir, de un día para otro, algo te marca tanto como para hacer un giro repentino e ir en dirección contraria. Nunca había analizado cuál sería ese momento crítico en la vida de una persona, pero si había uno en mi vida, fue, sin duda alguna, aquel día.

Me levanté temprano esa mañana, justo cuando empezaba a amanecer, como si tuviera prisa por conocer lo que nos traería aquel nuevo día. Escogí un bikini minúsculo, de esos que Emma se empeñó en que me comprara y que ahora tenía que ponerme delante de su tío, y una camiseta de tirantes y salí a correr por la playa, encontrándome con algunos de los pescadores polinesios que ya habían comenzado sus jornadas. Corrí por la arena hasta un *snack bar*, en el que hice una parada para tomar un café, y regresé por el mismo camino hasta la casa. La humedad era tal a esas horas de la mañana que mi pelo se había ondulado y parecía la mismísima Mónica Geller en su viaje a Barbados.

Antes de entrar, me quité la camiseta y me metí en el agua para darme un baño en esa laguna que parecía una piscina privada,

que solo compartí con los cangrejos ermitaños que andaban por la orilla, y empezar el día con la suficiente energía.

Cuando regresé a la vivienda, ya se habían levantado todos y estaban a punto de desayunar, así que les saludé, cogí mi portátil y me puse a trabajar en una de las mesas que había en el exterior de la casa, con unas vistas inmejorables de la playa.

No sé en qué estaba pensando ni dónde tenía la cabeza, pero cuando levanté la vista de la pantalla, River estaba ahí, frente a mí. Le saludé con una pequeña sonrisa y seguí con mi trabajo. No podía perder tiempo si quería que las prendas con el nuevo diseño del logo llegaran para la promoción que tenía planeada.

—¿Por qué sonríes así? —pregunté sin desviar mi atención. No le vi, pero supe que sus labios estaban curvados en esa media sonrisa canalla. Era el jodido efecto Cross; podía sentir su magnetismo y su energía sin ni siquiera observarle.

—Porque estás intentando no mirarme.

—Y tú lo sabes, claro —di por hecho, bajando la pantalla del ordenador—. Tienes una capacidad increíble para distraerme, ¿lo sabías? —Se encogió de hombros con una mueca inocente.

—Solo intento ayudarte a practicar la improvisación.

—¿Por qué crees que quiero improvisar? —Cogí la agenda que me había regalado, que ya estaba repleta de anotaciones, y la moví en el aire, mostrándosela.

—No lo sé. Llámalo intuición. Pero… de momento, para practicar, ya sabes —añadió fanfarrón—, coge tus cosas; nos vamos.

—¿Adónde?

—A improvisar, Xana. Ya lo descubrirás. —Me guiñó un ojo y me dejó allí, con el ceño fruncido, y la curiosidad apoderándose lentamente de mí, escapando de mi cuerpo en forma de bufido.

Se giró una última vez antes de alejarse.

—Nada de quejarse, ¿eh? Para eso te pago. —Levantó un dedo, tan amenazador como bromista—. Por cierto, coge las deportivas. Las necesitarás para llegar donde vamos.

Llevé el ordenador a mi habitación, cogí las deportivas, como me había dicho, y me puse un pantalón corto encima del bikini, esperando acabar quién sabe dónde. Con River todo era posible.

Regresé a la caseta tiki y, para mi sorpresa, él ya estaba allí, esperándome.

—¿Podría ser la primera vez en toda tu vida que hayas llegado puntual?

Se mordió la sonrisa por mi comentario antes de contestar.

—No hemos quedado a ninguna hora, así que no llego pronto. Ni tarde. Y aunque lo hubiera hecho, contigo ya sería la segunda vez que llego a tiempo.

—¡Guau! Entonces, soy una chica afortunada.

Empezamos a andar por la playa y cuando supuse que aquello sería un paseo, sin más, para charlar, tras una semana en la que apenas pudimos pasar algún rato juntos, me di cuenta de que él sabía exactamente dónde íbamos. Aquello no era improvisar, pero me negaba a preguntarle. Total, no me iba a decir nada.

—¿Qué tal ha ido la semana? —rompió el hielo después de andar varios minutos en silencio.

—Entretenida. He encargado la ropa con el logotipo; nos llegarán a Bora Bora la semana que viene. Tengo unas ideas increíbles para hacer las fotos de promoción.

—No lo dudo, pero cuando te pregunto qué tal ha ido la semana, me refiero justo a eso, no a cuánto has trabajado.

—Ah. Ehm, ¿cómo se supone que debería ir? ¡Estamos en el paraíso, River! ¿Tú has visto eso? —Señalé a nuestro alrededor, emocionada—. Nunca, jamás, me habría imaginado en un sitio como este. Parece sacado de una película.

—Es perfecto. —Sonrió con orgullo y me miró con un gesto que me costó descifrar—. Aunque… me han dicho que tuviste una aventura entretenida con un geco en tu habitación. Y que te salió un valiente compañero de cuarto.

Así que… ¿era eso? ¿Quería sonsacarme información?

—Si quieres saber lo que pasa en mi habitación, o en mi cama —añadí con picardía—, vas a tener que meterte en ella, River.

Abrió la boca para contestar, sorprendido por mi respuesta, y acabó tragándose su comentario. Me habría encantado escucharlo, pero conseguí dejarle sin palabras.

Xana: 1-River: 0.

Dejamos atrás el merendero Tarona, un restaurante tradicional, con tejados de paja, situado en la playa, llegamos hasta un bar de refrescos, donde compramos unas botellas de agua, y subimos unos escalones hacia la ladera de la montaña.

—Te dije que necesitarías las deportivas —comentó cuando empezamos a adentrarnos entre la maleza.

—Ya veo, ya.

El camino parecía marcado, pero la vegetación era tan exuberante que, en algunos momentos, dejaba de verlo y no sabía dónde estábamos. Sentía que nos encontrábamos en medio de la selva y que, en cualquier instante, aparecería un puma, un tigre —o qué sé yo—, nos atacaría y saldríamos en las noticias.

«River Cross muere devorado por un tigre en la Polinesia francesa».

¡Ni siquiera se me nombraría en esas noticias!

«En Maupiti, no hay tigres. ¡Ni pumas!», me recordó mi mente, tratando de hacerme entrar en razón.

Esa absurda conversación estaba manteniendo con mi subconsciente mientras seguíamos ascendiendo y River me contaba hasta el último detalle de las grabaciones.

—¿Estás seguro de que sabes dónde vamos? —insistí cuando llevábamos caminando más de una hora.

—¡Claro! —Me enseñó la pantalla de su móvil, que marcaba el trayecto a seguir—. Lo tengo todo planeado.

—Nunca dejarás de sorprenderme. —Alcé las cejas, fingiendo estar sorprendida—. Solo espero que tengas batería suficiente para llegar donde sea que vayamos.

—Un tres por ciento. —Entrecerré los ojos para mirarle con cierto resquemor—. Vale… No es momento para bromear. Lo pillo.

—Eres imposible.

—Pero estás sonriendo.

—¡Porque eres un desastre! —Rio por mi comentario y yo lo habría hecho también si no tuviera el oxígeno justo calculado para respirar.

—Lo sé. Soy un desastre. —Le miré, sorprendida por lo fácil y distinto que sonaba al salir de sus labios.

Estaba agotada de subir por la montaña sin rumbo alguno y más aún, ese último tramo, en el que la pendiente era mucho más pronunciada y tuvimos que agarrarnos de unas cuerdas para seguir ascendiendo por aquella parte, que era prácticamente vertical.

—¿Queda mucho?

—No creo.

—¿Dónde vamos?

—Ni lo intentes; no te voy a decir nada. Tendrás que descubrirlo cuando lleguemos arriba.

—Buff. —Resoplé, sintiendo cómo mis piernas empezaban a flaquear—. Has conseguido intrigarme. Solo espero que valga la pena.

—Merecerá la pena.

Se giró para guiñarme un ojo y me ofreció la mano para ayudarme a subir la última parte del camino. Al llegar arriba, lo que tenía frente a mí me dejó sin palabras. Era el paisaje más impresionante que había visto en mi vida. Estábamos en la parte más alta de Maupiti, en la cima del Teurafaatiu, y la vista que nos regaló aquel lugar era algo imposible de olvidar. Los arrecifes de coral y los bancos de arena realzaban las aguas cristalinas y poco profundas, jugando con los colores del mar y las formas, tanto que parecía crear una ilusión óptica que mostraba incluso la curvatura del planeta. Era increíble. Esos colores, ese mar, esa vegetación, la sensación de no ser nada, comparado con lo que tenías delante, y de serlo todo al mismo tiempo. Era lo mejor que había visto nunca.

—River, esto es… Es…

—Sabía que te gustaría.

—Es mucho más que eso. Es… Ni siquiera tengo palabras para describirlo.

Apreté los labios, evitando emocionarme, y miré a mi alrededor para no perderme aquel paisaje desde cualquier otro punto.

—Es una locura —dije, sin más.

Al ver a River delante de mí, no pude contenerme. Creo que fue por la magia del momento, porque llevaba mucho sin besarle o por la ilusión que me hizo saber que había pensado en mí para

compartir un momento como aquel con él, pero junté mis labios con los suyos sin poder evitarlo. Fue un beso rápido, espontáneo, fugaz, no como aquella sensación que se había creado entre nosotros y que aún latía en mi interior cada vez que él estaba cerca. Porque, sin verlo venir, habíamos creado cierta conexión, relación o intimidad entre los dos. La suficiente como para que él estuviera seguro de que me encantaría un lugar como aquel o como para que yo estuviera segura de que, por mucho que dijera que era broma, habíamos llegado hasta la cima con la batería de su teléfono al límite.

—Ven, esto es lo mejor de todo.

Cogió mi mano para guiarme hacia un punto concreto, una roca elevada sobre la que nos sentamos para observar las mejores vistas de todo aquello.

—Gracias, River. Gracias por traerme aquí.

—Es perfecto. —Sentí sus ojos sobre mí, inmóviles, analizándome, estudiando cada uno de mis gestos y mis reacciones, y su sonrisa orgullosa curvándose mientras lo hacía—. ¿Qué estás pensando? —se interesó tras unos segundos en silencio.

—Nada. Solo estoy disfrutando de esto. Algo que nunca he hecho. —Giré mi rostro para encontrarme con su mirada—. Además, no puedes mirarme así y esperar que piense con claridad —bromeé.

—Entonces, deja de pensar.

Su forma de pronunciarlo me dejó fuera de juego. Ese tono seductor y serio se coló dentro de mí y me marcó lo suficiente como para que me lanzara a sus labios en busca de oxígeno, de todo ese aire que había necesitado durante el ascenso a la cima. O del que llevaba necesitando desde la última vez que le besé. No lo supe muy bien, pero dejé de pensar, como él mismo me pidió, y me dejé llevar, sintiendo el mundo que estaba a nuestros pies. Sintiendo a River.

Su lengua se coló en mi boca con esa maestría y esa seguridad, mezcladas con cierta timidez que pedía permiso, buscando una complicidad, que ya habíamos creado, al enredarse con la mía, en forma de caricia. Fue un beso lento, profundo e intenso que exigía más y que aumentó la tensión que ya existía entre nosotros casi hasta hacerla palpable.

—¿Qué estamos haciendo, River? —susurré sobre sus labios, sin separarme.

—Complicándonos la vida.

Pasó su mano por mi cuello, acariciándolo con un movimiento suave, y la dejó en mi nuca para tomar el control del beso y hacerlo más intenso.

—¿Y merece la pena?

—Pregúntaselo a tu pulso.

Reí sobre su boca, contagiándole, dejando que esa carcajada se perdiera en aquel lugar en el fin del mundo. Aunque más bien pareciera lo contrario, un sitio mágico del que podría nacer cualquier cosa inesperada, como lo nuestro.

—Es que… No puedes controlarlo todo, ¿sabes?

—Puedo intentarlo —contesté chulita.

—¿Incluso esto?

Volvió a besarme, pero, en esa ocasión, con más urgencia, con tal necesidad que provocó una dolorosa presión en mi bajo vientre que terminó dispersándose por todas mis terminaciones nerviosas. Un beso hambriento, convertido en deseo y pasión incomparable, como ninguno de los que me habían dado hasta ese momento.

—No. No tengo un protocolo para esto.

—Entonces, estamos haciendo historia.

Capítulo 20



Xana

No sé qué había pasado conmigo ni con la Xana que era antes de mi viaje a Los Ángeles, pero ahora parecía una versión renovada y mejorada que me moría por descubrir. Llegué a aquella isla con horarios mentales, sin contar con los marcados en mi agenda, incluso para descansar. Y ahora… River me proponía un plan, sin saber dónde íbamos ni cuándo volveríamos y era capaz de ceder el control sin apenas darme cuenta. Algo impensable.

Perdí la noción del tiempo junto a él en aquella cima, besándonos como si el mundo estuviera allí solo para eso, para ver cómo lo hacíamos, cómo nuestras lenguas jugueteaban hasta reconocerse y cómo nos acariciábamos sin pensar en las consecuencias. Sin miedo.

Cuando iniciamos el camino de regreso, todo era distinto. No supe por qué ni cómo, pero lo era. Entre nosotros surgió algo especial, algo que me hizo pensar que merecía la pena solo por habernos conocido. Algo que, por primera vez, me intimidaba, pero no me daba miedo.

Porque, como era lógico, aquellos besos no firmaron un *para siempre,* como tantas veces me había prometido Oliver, pero fueron suficiente para cambiarlo todo entre nosotros. *Todo.*

Llegamos a casa a primera hora de la tarde; estaba tan cansada como si acabara de correr una maratón, pero River había quedado con Santiago para grabar algunas imágenes junto a los habitantes de la isla y yo debía ponerme con el vlog del día anterior, que aún no había terminado. ¡Por culpa del jefe y de su inesperada excursión, eso sí! Así que me puse manos a la obra y no salí de la habitación hasta que acabé, regresando mentalmente, en varias ocasiones, a ese monte Teurafaatiu. Con él.

Cuando puse un pie en el exterior, ya era de noche y por allí no había nadie.

—Xana —me saludó Arii, el dueño de la casa, provocando que diera un respingo del susto. Era un joven polinesio, de pelo y tez morena, tan agradable como el resto de los habitantes que había tenido la oportunidad de conocer—. ¿Necesitas algo?

—No, Arii, gracias. Solo he salido para respirar un poco. ¿Sabes dónde están los demás?

—Han ido a cenar a Roulotte Mariana Grill, uno de los restaurantes de la isla. Está al otro lado; si quieres te acompaño.

—No, tranquilo, prefiero quedarme aquí. Estoy cansada.

Asintió, sonriente, volviendo al interior de la vivienda.

Dejé mi ropa en una silla y caminé hacia la orilla, descalza, como el noventa por ciento del tiempo que había pasado en Maupiti; privilegios de vivir en una isla como aquella. Me metí en el agua despacio, sintiendo cómo esta desentumecía mis músculos, tensos por el paseo de la mañana, y me di un baño relajante en aquel mar que parecía una piscina privada infinita.

Estaba tumbada boca arriba, contemplando la magnitud de ese cielo que parecía un lienzo oscuro, atravesado por un río plateado que estaba moteado con pequeños puntos brillantes. Otra de las maravillas de la naturaleza que nos regaló aquel fantástico lugar y en la que nunca habría reparado si no estuviera allí. Parecía que la anterior Xana no tenía tiempo para esas cosas. Y lo peor es que ni siquiera sabía lo que se estaba perdiendo.

No sé cuánto tiempo estuve allí, simplemente observando el cielo, dejándome llevar por el ritmo tranquilo del agua, hasta que

noté una presencia a mis espaldas y me incorporé, sobresaltada, recordando aquellas mantarrayas gigantes.

—River —susurré al verle allí de pie, frente a mí, con uno de sus llamativos bañadores y los mechones rebeldes de su pelo cayendo mojados sobre su mirada—. ¿Qué haces aquí? —No contestó; solamente dio dos pasos al frente, acercándose con ese gesto que me removió por dentro y provocó que un intenso escalofrío recorriera cada rincón de mi organismo—. No deberías estar aquí.

No sé por qué lo dije, pero lo hice. Quizá, me pudo la presión, el miedo por lo que podría ocurrir entre nosotros, después de una mañana perfecta, o las ganas de que sucediera justo lo que estaba temiendo. O lo que era peor, todo a la vez.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero creo que no deberías estar aquí.

Dio otro paso más, quedándose tan cerca de mí que casi respirábamos el mismo aire.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó sin respuesta—. Dímelo. Mirándome a los ojos.

Hice lo que me pidió, pero me quedé muda cuando esos ojos grises, en los que tantas veces me había visto reflejada, se fundieron con los míos. Muda.

—Eso pensaba. Dices que necesitas tener el control y ahora, que estamos solos, ¿te da miedo perderlo? —cuestionó con esa media sonrisa Cross irresistible.

—Eso no quiere decir nada.

—Claro que sí. Significa que te gusto más de lo que querrías admitir.

Pude sentir cómo mi corazón empezó a golpear mi pecho por dentro, firme, con fuerza, arrollador. El agua apenas nos llegaba por la cintura y el mar se movía despacio, como si él también estuviera esperando una respuesta, la excusa perfecta para frenarlo todo y detenerlo a tiempo.

Varias gotas caían del pelo mojado de River y resbalaban por su torso, firme y perfecto, mientras que él seguía allí, esperando,

mirándome sin su sonrisa habitual, sin chistes, como si supiera que ese instante no admitía bromas.

El miedo apareció, tan puntual como siempre, por el recuerdo de aquello que fue mal. Horrible. De aquello que dolió. De lo que me prometí no repetir. Pero, entonces, como si lo hubiera leído en mi rostro, rodeó mi cintura con su brazo, de una manera firme y tranquila; no para acercarme, sino para sostenerme. Y algo dentro de mí se rindió. No al deseo, sino a la calma. A él.

—Estoy aquí, Xana. Y no voy a marcharme.

Supe que no se refería a esa playa ni a ese momento, sino que había algo más en sus palabras, algo lo suficientemente intenso como para que dejara de pensar.

Pegué mi cuerpo húmedo al suyo y cuando nuestros labios se encontraron, la prisa desapareció. Fue un beso salado, sincero, intenso. Un beso que no exigía nada, pero, a su vez, lo decía todo.

Me aferré a su cuello para mantener el equilibrio, sintiendo cómo mi piel reaccionaba a su tacto, y noté cómo su respiración se rompió un segundo cuando nuestras lenguas se enredaron, como si él tampoco estuviera acostumbrado a que algo importara así. Tanto.

El mar se detuvo a nuestro alrededor, prohibiendo que cualquier balanceo interrumpiese un instante como aquel, y el mundo se redujo a ese beso que no intentaba borrar el pasado, sino dejarlo atrás.

Cuando nos separamos, apenas unos centímetros, me negué a abrir los ojos, como si eso pudiera romper el hechizo lo más mínimo.

River apoyó su frente en la mía y sonreí sin darme cuenta. El miedo había desaparecido. O quizá aún estaba dentro de mí, pero, por primera vez, no era él quien tenía el poder. Aunque lo que estaba ocurriendo, rápido e intenso como nunca, intimidara tanto como para hacerme estremecer. Porque sabía, con una certeza tan clara como el agua que nos rodeaba, que después de ese beso, ya no habría vuelta atrás. Y no porque fuera peligroso, sino porque era real.

Nos besamos como adolescentes, como esos jóvenes que están descubriendo el primer amor y juegan a querer sin temor al

dolor, sin miedo a quemarse, sintiendo al máximo, hasta que, en un determinado momento, River se apartó y, sin esperarlo, me cogió sobre sus hombros para llevarme hasta la orilla mientras yo pataleaba, riéndome a carcajadas.

—¡River, bájame!

—¿Esto de sacarte del agua así va a convertirse en una rutina? —cuestionó, recordando la noche de la fiesta de Brooke—. Lo digo por estar preparado.

Volvimos a besarnos en la orilla, casi sin separarnos, acariciándonos como si fuera la primera vez, pegando nuestros cuerpos al máximo, haciendo que esa cercanía y ese roce exigiera cada vez más. Entramos en la casa a trompicones, sin interrumpir esos besos que nos daban el aliento y nos lo quitaban al mismo tiempo, negándonos a alejarnos ni un solo centímetro. Nos chocamos con todo cuanto se interpuso a nuestro paso, pero eso no impidió que llegáramos a nuestro destino: la habitación de River.

Cerró la puerta con el pie para evitar soltarme y cuando nos vimos allí dentro, los besos se volvieron más lentos, más suaves, más peligrosos.

—No deberíamos estar aquí —susurré sobre su boca, negándome a abandonarla.

—Tienes razón.

—Esto no va a ninguna parte —insistí entre beso y beso.

—Lo sé. —Volvió a darme la razón por el simple hecho de no cortar lo que estábamos creando juntos—. Pero a veces las mejores cosas no van a ninguna parte. Simplemente pasan.

Justo en ese instante mi cuerpo se adelantó a mi cabeza. Lo noté en cómo mi pulso se aceleró cuando River cogió mi mano y me guio hacia la cama, en cómo no me aparté, sino que le seguí sin mirar más allá. No era urgencia ni necesidad, sino algo más profundo, como si mi piel supiera algo que yo aún intentaba aceptar despacio, a mi ritmo.

Cuando sus labios acogieron a los míos con vehemencia, las ganas provocaron un intenso temblor por todo mi cuerpo. El recuerdo de lo que me rompió apareció como una sombra breve, pero River no la empujó, no la negó, simplemente se quedó, como

me había dicho unos minutos atrás. Y esa forma de quedarse me desarmó más que cualquier beso.

River me abrazó con uno de sus brazos mientras que con el otro me acariciaba con suavidad, transmitiéndome su calidez, seguridad. Desabroché el nudo que ataba mi bikini en el cuello y se deslizó por mi piel hasta mi cintura, dejando mis pechos al descubierto. Sentí cómo su respiración cambió justo cuando me pegué a él de nuevo, lo que me dio cierto poder y vértigo al mismo tiempo. Cada gesto suyo, lento y delicado, parecía decirme: sigo aquí, no tenemos prisa. Y, entonces, entendí que el deseo también podía convertirse en un lugar seguro.

Fue justo aquello lo que hizo que mi necesidad por sentirle se disparase. Entrelacé mis brazos alrededor de su cuello como quien se agarra a algo estable después de estar flotando durante mucho tiempo. Sin pensar en el mañana. Sin pensar en promesas. Solo en ese segundo exacto en el que mi cuerpo dejó de protegerse y empezó a sentir, a confiar. Y eso, para mí, fue lo más íntimo que había hecho nunca. Con él.

River me aprisionó contra la pared, pegando su cuerpo al mío todo cuanto pudo. Jugueteó con mis labios para abandonarlos después y perderse bajando por mi cuello. Cerré los ojos para sentir cómo sus dientes rozaban la piel de mi garganta y llegaban hasta mis pezones para capturarlos con un cuidado estremecedor que hizo que me deshiciera. Literalmente. Disfruté de todos sus besos repartidos por mi piel, haciendo que esta reaccionase a su paso, hasta que elevó la cabeza y regresó a mis labios, provocando que mis pulsaciones se revolucionasen hasta el máximo permitido.

—Xana… —gruñó con la voz entrecortada cuando nuestras caderas chocaron con esa pasión contenida, mientras nuestros cuerpos estaban separados, únicamente, por la tela de nuestros bañadores.

Nuestras lenguas se entrelazaron y sentí su sabor repartido por todo mi organismo junto a un calor insoportable, e incluso doloroso, que se instaló en mi entrepierna. Mi cuerpo no era mío, no me obedecía; ni siquiera me escuchaba. Iba por libre. Mis manos se deshicieron de su bañador, dejándolo caer al suelo, justo antes de

que él tirara de la goma de la braga de mi bikini para que no se interpusiera entre ambos. River cogió mis manos y las sostuvo por encima de mi cabeza, contra la pared, impidiendo que me separara, aunque no pensaba alejarme ni un solo instante.

Me miró fijamente, buscando una aprobación que volví a sellarle con un beso tan intenso como húmedo. Nuestra respiración jadeante se acompasó y arqueé mis caderas para provocarle, haciendo que me cogiera en el aire, contra la pared, y acabara enredando mis piernas en su cintura y agarrándome a su cuello para no caerme. Aunque estaba segura de que nunca me dejaría caer; era físicamente imposible. Por la presión que su cuerpo ejercía sobre el mío, podría haberme quedado allí, suspendida entre él y la pared, sin moverme, durante horas, pero eso era lo que menos necesitaba. Y él lo sabía.

Caminó conmigo en el aire hasta la cama y me dejó en ella con cuidado, de espaldas, para tumbarse sobre mí, encajando nuestras bocas con una desesperación palpable. Ni siquiera se separó para coger un preservativo del cajón de la mesilla, aunque sí tuvo que hacerlo para rasgar el envoltorio con los dientes y colocárselo con un movimiento rápido para regresar a mis labios.

Cuando nuestros cuerpos encajaron como dos piezas de un puzle que llevaban tiempo deseando unirse, por fin, tuve que contener un grito de placer que me sobrepasó al instante. River me acarició con la mano que tenía libre, mientras que con la otra se apoyaba en el colchón para no dejar todo su peso sobre mí y marcar el ritmo de las embestidas, que no hacían otra cosa más que aumentar.

—River… —Mi voz, suplicante, se perdió en su garganta.

Nos enredamos en un vaivén de pasión, sin parar de acariciarnos, de saborearnos, de besarnos hasta que nuestros cuerpos se dejaron ganar el pulso por ese instinto animal que nos superaba. River ahogó un gemido en mis labios y yo clavé las yemas de mis dedos en su espalda para intentar contenerme, pero era imposible. Aquello era lo más intenso que había sentido en toda mi existencia, el orgasmo más demoledor de mi vida que estaba a punto de arrasar conmigo sin dejar nada a salvo. Una sensación

inexplicable e inigualable a la que nos abandonamos, juntos, cuando el deseo y la pasión nos superó por completo.

River se dejó caer a mi lado, exhausto, mientras nuestros corazones, aún agitados, intentaban recuperar su ritmo natural. Dejé salir el aire de mis pulmones, sobrepasada, y me acomodé para mirarnos fijamente, con esa duda sobre si decir algo que pudiera estropear el momento.

—Esto es una locura, River.

—Estoy de acuerdo. Pero una locura que merece la pena. Ya te lo dije.

Sonrió gamberro y algo estalló dentro de mí, provocando que todo el caos que había surgido en mi interior durante las últimas semanas ocupara su lugar. Por fin.

Porque unos meses atrás estaba probándome un vestido de novia. Unas semanas atrás, todavía creía en una historia que resultó tener grietas por todas partes. Y, en ocasiones, seguía pensando que debería estar rota, desconfiando de todo, cerrada como una puerta atrancada por dentro. Pero ahí estaba River, tumbado frente a mí con esa sonrisa que siempre parecía esconder una locura y una ternura que solo enseñaba cuando bajaba la guardia. Entonces, entendí la diferencia. El que me rompió el corazón siempre daba todo por sentado. En cambio, River, preguntaba, esperaba e incluso temblaba un poco, a pesar de que fuera por la vida como si nada pudiera con él.

Y es que por primera vez desde la traición, mi cabeza dejó de repetirme preguntas que no llevaban a ninguna parte. Porque no estaba pensando en comparaciones, ni siquiera estaba pensando en el pasado. Solo estaba pensando en que él estaba ahí, mirándome como si yo fuera algo que se cuida, no algo que se usa.

Volvimos a juntar nuestras frentes para darnos un beso pausado que erizó mi piel por completo, provocando que el mundo se detuviera con nuestras respiraciones mezcladas y que aquello que creía que era solo deseo se convirtiera en algo más profundo. En permiso. Permiso para volver a sentir sin sospechar, sin dolor. Permiso para no tener todo bajo control y para ser un poco caos con él. Permiso para volver a ser yo…

Porque en aquella habitación, en medio de la Polinesia francesa, la isla desapareció y el sonido relajante del mar se volvió lejano. Solo existíamos nosotros, River y yo, y esa certeza pequeña, pero firme, latiendo entre nuestros cuerpos aún desnudos y excitados: no estaba intentando olvidar a quien me hizo daño, solo estaba permitiéndome sentir. Aprendiendo a volver a ser la auténtica Xana, en un lugar nuevo donde quería quedarme. Junto a él.

Capítulo 21



River

Siempre iba rápido. En todo. En la vida, en las decisiones que tomaba, en mis pensamientos, en las ganas. Existían dos clases de personas, los que pisaban el freno cuando se acercaba una curva y los que aceleraban al máximo, daba igual lo que tuvieran delante, e incluso ponían el turbo si hacía falta. Yo siempre había sido de estos últimos. Sin embargo, con ella era distinto; había algo que me

frenaba. Y no era miedo, sino cuidado. En cuanto la miraba, sentía ese impulso de lanzarme y al mismo tiempo, esa necesidad de ir despacio, como si el ritmo lo marcara su respiración y no la mía.

Cuando dio el paso y se acercó para besarme, me olvidé de River Cross, de ese tipo seguro, del canalla encantador, el que parece tenerlo todo claro. En ese instante, solo era un chico intentando no estropear algo importante. Porque ella estaba tensa y dispuesta a la vez, como si hubiera pasado por una tormenta y, aun así, eligiera seguir quedándose bajo la lluvia. Conmigo.

Y aquello me afectaba más de lo que debería admitir; solo me daban ganas de protegerla, acariciarla y besarle las dudas una a una.

Siempre, después de acostarme con una chica, lo que venía era claridad. O indiferencia, depende de con quién. Esa sensación de «hecho. Siguiente capítulo». Pero con Xana no fue así. Ni siquiera parecido.

Me desperté antes de que amaneciera con una sensación extraña en el pecho. Era incapaz de mirar el móvil, hacer chistes fáciles o escaparme a por café para ganar una distancia estratégica. Lo primero que hice fue mirarla.

Mal empezábamos…

Estaba dormida, tranquila, como si, por una vez, no estuviera peleando con nada, ni con ella misma, ni estuviera intentando mantener el control. Su respiración era profunda, calmada, al estar allí, a mi lado, y aquello me golpeó más fuerte que cualquier cosa que hubiera ocurrido entre nosotros.

No iba a ponerme intenso, porque yo no era así, pero tampoco era el mismo tipo de siempre. Normalmente, después de una noche así, entraría en modo supervivencia: bromitas, media sonrisa, un «ha estado bien, ¿eh?». Y listo. Terreno neutral. Nadie saldría herido. Pero con ella, no me salía.

Tal vez, porque creía que, después de lo que había vivido en las últimas semanas, aquello no fue solo sexo para ella. Y tampoco lo fue para mí, aunque me costara admitirlo en voz alta. Sabía de dónde venía, lo mal que lo había pasado, que el capullo de su exprometido la había dejado hecha polvo… Lo último que quería, en esos instantes, era parecerme a él en nada. Y eso me ponía nervioso.

Porque yo era el chico que no prometía, el que vivía al día, el que saltaba primero y miraba después. Sin embargo, ahora estaba pensando cosas raras, muy raras. «Haz que no se sienta incómoda», «que no piense que ha sido un error. Ni una más en la lista», «que no crea que esto la convierte en alguien débil. Porque no lo es».

¡¿Desde cuándo demonios pensaba yo tanto?! Y peor aún, ¡a esas horas!

Apreté los labios para evitar que se curvaran en una sonrisa idiota. Porque si Liam me escuchara, se sentiría orgulloso de mí. Y eso era peligroso.

Seguía teniendo unas ganas incontrolables de besarla, de despertarla y hundirme en ella una y otra vez, de todas las formas posibles. Pero también tenía ganas de quedarme un rato más, sin tocarla; solo por el hecho de estar tumbado a su lado, admirando la calma que desprendía. Sin ninguna presión. ¡Sin sentirme atrapado! Y eso, para alguien como yo, que siempre había salido corriendo cuando algo empezaba a importar, era lo peor de todo, lo más desconcertante.

No sabía lo que éramos ni lo que seríamos, si es que aquello iba a algún lado, pero tampoco iba a ponerle nombres ni etiquetas. Lo único de lo que estaba seguro era de que estaba bien, estábamos bien. Juntos. Y eso era lo importante, que quería quedarme un rato más, allí, a su lado. Quedarme. Y joder… ¡eso sí que no lo vi venir!

Volví a dormirme sin darme cuenta, sintiendo su respiración tranquila junto a mí. No obstante, cuando abrí los ojos de nuevo, Xana ya no estaba allí. Y no sé por qué, pero me lo esperaba.

Me puse uno de los bañadores azules de Cross, tras una rápida ducha de agua fría, y me dirigí al exterior, donde parte del equipo ya estaba desayunando. Entre ellos, ella.

—Buenos días —los saludé al sentarme en una de las sillas libres y servirme un café.

Sentí cómo me miró de forma disimulada y le guiñé un ojo con una complicidad que solo nosotros teníamos.

—¡Buenos días, River! ¡Aquí está mi chico! —exclamó Santiago, que estaba sentado a mi lado, pasando su brazo izquierdo por mis hombros para acercarme a él—. ¡De ayer salieron unas tomas

magníficas! Verás hoy… Debemos darnos prisa para llegar a nuestro destino antes que la lluvia porque ese nubarrón viene hacia aquí.

—Claro, en cuanto desayunemos, nos marchamos.

—Además, hoy es el último día de Max con nosotros… —Siguió hablando, metiendo al aludido y al resto del equipo en la conversación, pero yo me perdí entre tanta palabra. O más bien, me enredé en los ojos de Xana, que me observaban desde el otro lado de la mesa.

Cogí mi teléfono y empecé a teclear.

River:

¿Te importaría dejar de mirarme así?
Por favor.

Su móvil emitió dos pitidos, cogió el aparato para leer los mensajes y empezó a escribir mientras se mordía la sonrisa, conteniéndose.

Xana:

No seas creído. No te estaba mirando a ti.

Silencié el teléfono para que nadie se diera cuenta de que estábamos teniendo una conversación al mismo tiempo que ellos seguían hablando sobre temas profesionales y creo que ella hizo lo mismo, porque el suyo también dejó de sonar.

River:

Claro.
Y yo no me acuerdo de nada
de lo que ha ocurrido esta noche…

Xana:

¿Tengo que recordarte que estamos en una mesa con nueve personas más? Disimula.

River:

Eso estoy haciendo.
Estoy hablando de trabajo mientras
repaso mentalmente nuestra reunión de anoche.

Xana:

Eres insufrible.

River:

Y tú te has puesto roja.

Xana:
No es verdad.
Es por el café. Está ardiendo.

River:
Creo que el café no hace que
te muerdas el labio así, pero…
Lo que tú digas.

Xana:
Deja de escribirme.
Están hablando sobre ti.

River:
Y yo estoy hablando contigo.

Xana:
Te odio un poco, ¿lo sabías?
Negó con la cabeza, dándome por perdido.
—River, ¿me pasas el azúcar, por favor? —me preguntó con un tono que hizo que me mordiera la sonrisa.
—Claro. —Se lo pasé, alargando el roce con sus dedos.

River:
Anoche no parecías odiarme demasiado.

Xana:
No empieces…

River:
Solo estoy intentando mantener una
conversación profesional mientras me distraes.

Xana:
¿Profesional?
Estás sonriendo como un idiota.

River:
Es que acabas de llamarme por mi nombre.
Y me gustaba más cómo lo
pronunciabas hace unas horas.



En cuanto vio esa cara, que ella me había enviado unos días atrás, sonrió, clavando su mirada en la mía.

Xana:

Eso no es muy profesional…

River:

Lo soy.
Pero ahora estoy desayunando.

Xana:

Eso es. Concéntrate en tu tostada.

River:

Esto no es nada comparado con el sabor de tus labios.

Vi cómo se los mordió, intimidada, y elevó la mirada para observarme de forma fugaz.

Xana:

No cruces la línea, jefe.
Estamos en una reunión.

River:

Estamos desayunando.
Y no he cruzado ninguna línea.
Solo la he dibujado.
Tú decides si la borras…
O si la cruzas conmigo.

Alzó las cejas, escéptica.

Xana:

No juegues con fuego.

River:

No juego.
Pero no me pidas que finja que no pienso en ti cuando te tengo delante.

Xana:

…

River:

¿Ves?
Silencio.
Eso es lo que más me gusta de ti.
Cuando quieres mantener el control,

pero te aborda mi caos.

—¿Eh, River? —Carraspeó Santiago a mi lado.

—Dime. Perdona. —Dejé el móvil en la mesa y le presté toda mi atención—. Solo estaba poniéndome al día con las redes.

—Tranquilo, no te preocupes. El trabajo es trabajo. Te preguntaba si nos íbamos ya.

—Sí, claro, cuando queráis.

Todos se levantaron, como si solo me estuvieran esperando a mí, y yo hice lo mismo, pero más despacio, esperando a que Xana se uniera al grupo.

—¿Vas a venir hoy con nosotros?

—Ufff, no puedo —exageró como si fuera lo que más quería—. Es que… tengo un jefe muy exigente, ¿sabes? Y un poco capullo, la verdad. Necesita que tenga subido el vídeo de ayer en dos horas y aún no lo he editado, así que… —Chasqueó la lengua, fingiendo molestia—. Pero he oído que vais a grabar la tormenta perfecta. ¡Suerte!

Se giró con una amplia sonrisa para volver al interior de la casa y me dejó allí, inmóvil, buscando aún una respuesta que darle. ¡¿Yo?! Increíble…

Ni siquiera me había dado tiempo a subir al coche, cuando ya tenía a Liam encima de mí. Me conocía demasiado.

—Ya te has tomado tu café y aún no has hecho ni un chiste malo. ¿Qué has roto ahora?

Ni hola. Me reí por su actitud. Liam siempre era así.

—¿Yo? Nada. Bueno… Nada grave.

—Cuando dices *nada grave* suele serlo. ¿Qué has hecho?

—Ya te he dicho que no es nada. Y, aun así, estoy seguro de que no querrías saberlo. Vas a dramatizar.

—River… —pronunció con tono de reprimenda. El mismo que había usado mi madre durante mi infancia en infinidad de ocasiones —. ¿Qué coño has hecho? —Resoplé—. Empieza por el final. Siempre es lo más rápido.

—Me he acostado con ella.

—¿Con *ella* ella? —pronunció con retintín, repitiendo mi voz exacta.

—No hay otra *ella* que pudiera provocar que levantaras así la ceja, así que sí. Xana.

Un silencio incómodo se hizo entre ambos. Y no un silencio cualquiera, sino uno suyo, uno de esos en los que estaba calculando las consecuencias de mis actos.

—¡Joder, tío!

—¡Lo sé! ¡Lo sé! Llevo horas con ese «joder, tío» tatuado en el cerebro. No sé cómo ha podido pasar. Bueno… ¡¿qué cojones?! ¡Claro que lo sé! Y eso es lo peor de todo.

—Dime que estás de broma.

—¿Ves? Ya estás dramatizando. Somos adultos, estamos en el puto paraíso y ha sido… natural. —No encontré otra palabra que lo definiese mejor—. No pasa nada.

—Sí que pasa. Trabaja para nosotros.

—Ya lo sé. Yo firmé su contrato, no soy idiota.

—Viene de una relación complicada.

—También lo sé, pero esto no es ninguna relación, solo ha sido sexo.

¿En serio? ¿*Solo* había sido sexo? Hasta yo mismo me sorprendí de mis palabras.

—Y eres tú, River.

Me reí más fuerte que antes; en esa ocasión, el que exageró fui yo.

—¿Y qué soy yo exactamente?

—Impulsivo. Intenso… —dudó—. Poco constante, por decirlo de una forma suave.

—Gracias, amigo, qué bonito concepto tienes de mí. —Pero no me ofendí. En parte, era cierto—. No he sido un capullo ni he desaparecido esta mañana, si eso es lo que te preocupa.

—Eso me preocupa más aún. ¿Ha sido un calentón o…?

—Ha sido raro. Porque empezó como un impulso y acabó como algo que podría llegar a importar demasiado rápido.

—Eso suena peligroso en tu idioma. Además, curra con nosotros; intenta no cagarla antes de que terminemos con todo esto.

—Por eso mismo te lo cuento, Liam, porque curra con nosotros. Si mañana mismo decide que esto no ha pasado o que no

volverá a pasar, aquí no cambia nada. Ni su trabajo, ni su sitio, ni cómo la miramos.

—Entendido.

Su gesto cambió al mirarme y supe exactamente lo que estaba pensando.

—¡No te flipes! —Le di un puñetazo suave en el pecho—. No ha sido nada. No pienses que me estoy enamorando de ella.

Mentira a medias. No estaba enamorado. Pero tampoco había sido *nada.*

—Entonces, ¿qué es? —No iba a rendirse y yo no tenía ganas de seguir hablando sobre el tema; solo quería que lo supiera. Porque acabaría enterándose, al fin y al cabo.

—Importante, supongo. —La palabra salió sola. Y me arrepentí al instante. Liam lo notó; nuestra jodida y extraña relación solía avisarle de cosas como esa.

—¿Importante cómo?

—Importante de *no quiero hacer el capullo.* Solo eso. Nada más, ¿vale? No es tan profundo. Simplemente, no quiero cagarla con ella. No se lo merece.

—Guau, eso sí que es nuevo.

—No te acostumbres.

Se acercó a mí para bajar la voz; ya teníamos a parte del equipo merodeando por nuestros alrededores, cargando las cámaras y todo lo necesario para marcharnos.

—He visto cómo la miras. Te importa.

Puse los ojos en blanco y resoplé, hastiado.

—Me importa no joderlo, ¿vale? Solo eso.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—En realidad, no me has preguntado nada.

—Ya sabes a lo que me refiero, River —insistió.

—Vale. Sí. Me importa ella. Un poco más de lo que me gustaría reconocer, pero solo es eso. Ya lo ha pasado bastante mal como para que llegue yo ahora a joderla también. Por eso, no quiero cagarla. O no demasiado. Solo eso… —repetí, intentando convencerme. Convencernos a ambos—. ¿Contento? —Sonreí para quitarle peso—. Pero tranquilo, sigo siendo el mismo de siempre.

Mentía. Y él lo sabía. Porque el mismo de siempre no pensaría en las consecuencias antes de actuar. El mismo de siempre no usaría la palabra *importante* para referirse a una chica. Estaba jodido.

—Tú solo… vigílame y si me pongo demasiado intenso, como dices, pégame un puñetazo —bromeé para esconder todo lo que había detrás de aquellas palabras, de esa conversación.

—No hará falta. Eso ya lo has estado intentando disimular durante los cinco minutos que llevamos hablando. Y seguirás haciéndolo.

No respondí, tampoco hacía falta. Porque Liam tenía razón.

Y yo odiaba que siempre la tuviera.

Capítulo 22



Xana

Siempre había tenido muy presente ese refrán de «desafortunada en el juego, afortunada en amores». Creía que era algo que había ido conmigo desde que nací. Nunca, jamás, había ganado nada; ni sorteos, ni juegos de azar, ni apuestas. Nada. Y, durante años, me convencí de que por ese motivo, la vida puso en mi camino a Oliver. Me sentí afortunada por tenerle a mi lado, queriéndome como nadie lo había hecho, creando esa relación que parecía que era distinta y especial. Pero no lo fue. Ahora solo deseaba que nadie me quisiera como él lo había hecho; sentía que me merecía algo mejor, algo de verdad, no un engaño que acabase con el corazón roto. Y aunque esos pensamientos, y él, seguían dando vueltas en mi cabeza, sentía que había llegado el momento de pasar página.

«¡Más rápido había cambiado él de libro!».

Cuando me desperté esa mañana al lado de River, antes de que la alarma sonara, pensaba que la culpa podría conmigo, pero ni siquiera apareció, lo que me sorprendió enormemente. Creía que mi cabeza empezaría a enumerar riesgos, hacer listas con los errores, con las consecuencias. En cambio, en lugar de eso, lo primero que sentí fue intensidad, como si algo dentro de mí hubiera despertado después de años sumida en un profundo sueño.

River estaba a mi lado, dormido, transmitiendo una tranquilidad que nunca proyectaba. Él era pura revolución. Pero estaba allí, junto a mí, respirando profundamente sin moverse. Y yo quise hacer lo mismo durante unos segundos, cerrar los ojos, quedarme quieta y respirar despacio, como si pudiera fingir que nada había cambiado. Aunque lo había hecho. Y mucho. Lo notaba en mi piel, en el peso suave de los recuerdos que me mostraban lo que había pasado entre nosotros —¡como si pudiera olvidarlo!— y en ese calor que no tenía nada que ver con la temperatura de la isla.

Porque aquello no fue un accidente. Tampoco fue despecho ni debilidad. Fue elección. Y eso era lo que me descolocaba. Yo nunca perdía el control. Lo organizaba, lo archivaba y lo programaba mentalmente con recordatorios y márgenes de seguridad. Era mi línea roja, esa que nunca me habría atrevido a cruzar. Sin embargo, esa noche lo hice, dejé que todo se desordenara. Y no porque alguien me empujara a hacerlo ni me convenciera, sino porque quise.

Abrí los ojos y todo seguía exactamente donde debía estar. El mundo seguía en su sitio, como si no le afectaran mis acciones en absoluto. Fueran nefastas o no.

Me levanté despacio para no despertarle, recogí mi ropa, que aún estaba desperdigada por el suelo, y me fui a mi habitación. No sé por qué lo hice, pero abrí mi agenda y comprobé que todo siguiera en su lugar también: tareas pendientes, mi calendario de publicaciones, la estrategia de marketing de Cross… Mi territorio seguro.

Me di una ducha rápida, me puse otro de mis bikinis y un vestido veraniego casi transparente y me peiné frente al espejo para marcar las ondas de mi pelo. Analicé el reflejo de mi rostro, buscando alguna señal de debilidad, alguna prueba de lo que acababa de pasar, pero lo único que vi fue una mujer que decidió permitirse sentir después de la traición más grande de su vida. Y eso no era fragilidad, era valentía.

Me dediqué una sonrisa orgullosa y salí de mi habitación sintiéndome distinta, con la idea de ser lo más profesional posible. No iba a ser fría, pero sí firme. Ni distante, pero sí clara. Ni mucho

menos vulnerable, aunque unas horas atrás me hubiera desarmado en sus brazos.

Llegué a la cabaña para desayunar como si fuera una persona nueva, una capaz de tomar las riendas de su propia vida y empezar a caminar en una dirección totalmente distinta. Y parecía fácil hasta que apareció River, con su seguridad innata, su magnetismo y ese carisma que lograba desmontar a cualquiera. Por no hablar de sus mensajes mañaneros en medio del desayuno, que lograron recordarme cómo había recorrido mi cuerpo con sus manos, haciéndolo arder. ¡¿Para qué negarlo?! Consiguieron sonrojarme. River era imposible…

Por eso, agradecí que se marcharan esa mañana; necesitaba algo de distancia para analizar lo ocurrido y valorar esa ebullición que sentía en mi bajo vientre cuando él andaba cerca.

Cogí el portátil de mi habitación y regresé a la mesa con la intención de trabajar, pero empecé a imaginar cómo sus labios habían devorado los míos con una vehemencia sobrenatural, cómo había acariciado cada rincón de mi cuerpo, como se hundió en mí provocando que estallara en el mejor orgasmo de mi vida.

«Necesitas hablar con alguien. Y ese *alguien* no soy yo», me recomendó mi subconsciente. Por lo que no tardé en coger mi teléfono y empezar a teclear; sabía que ella me entendería.

Xana:

¡Buenos días, bombón!

¿Cómo estás?

Tengo algo que contarte…

La respuesta fue inmediata. Mi mejor amiga vivía pegada al teléfono. Y desde que yo estaba en Maupiti, más aún, para mantenerse informada de mis avances. Nos escribíamos constantemente, aunque no había tenido nada significativo que contarle hasta esa mañana.

Emma:

¡Suelta por esa boca, baby!

¿Qué ha pasado?

¿Has conquistado a un polinesio buenorro?

Espero que hayas dejado el listón bien alto.

No hablaba en serio. Me conocía y sabía por lo que acababa de pasar. Lo que ella no sabía era que no iba nada mal encaminada.

Xana:

Digamos que me ha conquistado a mí.
Y más que un polinesio ha sido…
Un chico con alma californiana.

Emma:

¡¿QUÉ?!
Te llamo.
¡Ya!

Casi antes de que hubiera leído sus mensajes, mi teléfono ya estaba sonando. Pulsé la tecla verde, esperando escuchar sus gritos emocionados al otro lado, y eso mismo fue lo que ocurrió. Tuve que apartar el aparato de mi oreja al oír sus carcajadas mezcladas con sus chillidos.

—¡¿En serio?! ¡¿River?! —Se contestó ella sola. Risas—. ¡Mira que lo sabía! —Más risas—. Tienes que contármelo todo. ¡Todo! ¡No te dejes ni un solo detalle! —Volvió a reír, contagiándome—. No estarás bromeando, ¿no?

—¿Te parece a ti que estoy para hacer estas bromas? Pero si llego a saber que te lo ibas a tomar así, no te hubiera escrito. ¡Necesito ayuda, Em! ¡Ayuda! —Rio con mi drama y yo la imité. Era genial.

—Cuéntame qué ha pasado, a ver. Centrémonos.

Le expliqué lo ocurrido con pelos y señales, pero, al parecer, ella quería más detalles aún.

—Pero… ¿cómo fue? ¡Espero que te llevara al séptimo cielo! He leído un montón sobre sus ligues por ahí… ¿Es tan bueno como parece? Mira que yo siempre lo he tenido en mente, pero… es demasiado *crush* para mí. Necesito algo más normal.

—¿Normal? ¿Tú? —me cachondeé.

—¿Es tan bueno como parece o no? ¡No me cambies de tema!

—Ha sido… increíble.

«Mentirosa. Ha sido mejor que increíble».

—¡Lo sabía! —gritó—. ¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

—Problema ninguno. Solo es que… trabajamos juntos. Trabajo para él, en realidad. Y… no sé, necesito que alguien me diga que esto no está mal, Em.

—¿Mal? ¿Por qué iba a estar mal? Eres una mujer adulta, él también. Bueno, él no es una mujer, pero ya me entiendes. Estáis en el puto paraíso y estáis teniendo buen sexo, ¿por qué iba a estar mal?

—Porque tengo una boda programada para dentro de un par de semanas.

—Ya no hay boda, Xana. Taylor se ha encargado de todo. Quedó con Oliver antes de ayer y lo solucionaron.

En un primer instante, suspiré aliviada, pero, a continuación, una amarga sensación se instaló en mi pecho, como si aquello fuera un nuevo fracaso.

—No es por la boda, Em. Es porque… Joder, hace unas semanas estaba prometida y preparando todo para casarme y ahora…

—Ahora sigues adelante, Xana. Sigues viviendo. Y eso es justo lo que debes hacer. ¿Qué hay de malo en eso? ¿Qué se supone que deberías hacer?, ¿hundirte?, ¿estar llorando por las esquinas? Eres una mujer valiente y tú sola puedes con todo. No necesitas a nadie. Es lo que quería que comprendieras.

Un nudo se ató en mi garganta con fuerza.

—Gracias, Em. Es lo que necesitaba escuchar.

—Puedes follar con River o con quien te dé la gana. Estás soltera; recuérdalo. Y disfrutar de tu sexualidad, por fin —añadió, provocándome una sonrisa— no es nada malo. No lo olvides.

Era lo que pensaba, pero necesitaba que alguien me lo confirmara, como si no estuviera lo suficientemente cuerda para hacerme caso a mí misma. Estuvimos unos minutos más hablando sobre cualquier cosa sin importancia, de todo y de nada, como solíamos hacer siempre, acercando los miles de kilómetros que nos separaban a través de una llamada.

Cuando colgamos, respiré profundamente, sintiéndome más segura, valiente y fuerte. Una mujer nueva que empezaba a surgir poco a poco.

Pasé un día tranquilo dentro de casa. La tormenta que había empezado poco después de que el equipo se marchara, parecía no darnos tregua. En cuanto salió un poco el sol entre las nubes, Noelani me propuso coger unas bicis para ir a buscar agua y recorrer una parte de la isla y sacar unas imágenes impresionantes de la laguna y del arrecife con el dron. Podría usarlas para los vídeos de promoción, así que no lo pensé y pasamos el día juntas, disfrutando de la paz que transmitía Maupiti después de la tormenta.

Al regresar, ya era de noche y de lo único que tenía ganas era de disfrutar del que se había convertido en uno de mis *hobbies* favoritos del mundo: contemplar el cielo polinesio de noche. Aunque había bastantes nubes y no pude admirarlo en su máximo esplendor, era lo más espectacular que había visto nunca y observar la galaxia desde allí, con los pies en el mar, era una de las cosas que más iba a echar de menos cuando regresáramos. Eso y vivir descalza constantemente.

Me quedé sentada sobre la arena, sintiendo el agua hasta mis tobillos, dejando que la inmensidad que tenía frente a mí se grabara en mis retinas para siempre. Hasta que oí unos pasos acercándose, a mis espaldas, y no me hizo falta girarme para saber que era él.

—No estabas en mi agenda hoy —dije sin mirarle. Hasta que se sentó a mi lado y nuestras miradas se encontraron con una sonrisa.

—Nunca he sido de citas programadas, ya sabes. Prefiero interrumpir momentos como este —comentó gamberro.

—Eso explica muchas cosas. ¿Qué tal ha ido el día? ¿Habéis conseguido terminar las grabaciones con Max?

—Eso espero. —Fingió alivio, haciéndome reír por su expresión—. Hemos acabado, sí, pero ha sido… intenso. Hemos acabado empapados y estoy agotado, así que estaba deseando volver.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso? ¿River Cross quería volver? —exageré mi desconcierto—. ¿El *influencer* que va de aventurero?

—No sé de quién me hablas. Puede que se haya quedado en el bosque. —Apretó los labios para evitar una risilla que acabó

escapando de todas formas—. Quería volver para seguir descubriendo a la Xana sin armadura.

—Yo no tengo armadura nunca.

—Claro que sí, pero anoche te la dejaste en tu habitación.

Sentí cómo mis mejillas empezaron a arder en ese silencio cómodo que se llenó de sonrisas cómplices.

—¿Y qué es lo que propones para seguir descubriéndome? —le provoqué.

—Una conversación sin filtros. Sin personajes. Solo tú y yo.

—Vale. Trato hecho. —Encogí mis rodillas y apoyé mis brazos sobre ellas, rodeándolas—. Empiezo yo. Creo que… me gusta tener todo bajo control porque cuando no lo tengo, me pierdo.

—Y ayer te perdiste —dedujo.

«O me encontré», me habría encantado contestarle, pero solo pude encogerme de hombros.

—No entiendo cómo la gente como tú puede vivir así.

—Así, ¿cómo?

—Así. —Le señalé—. Improvisando cada día, sin programar nada, sin listas ni calendarios.

—¡Claro que tengo listas! De hecho, ayer hice una.

—¿En serio? —Alcé una ceja, desconfiada.

—Sí. Empieza y termina contigo.

Esbozó una media sonrisa ladina que me obligó a darle un manotazo en el hombro. ¡Se suponía que estábamos teniendo una conversación seria, ¿no?!

—Venga, en serio.

—Vaaale, en serio, pero yo… suelo huir cuando algo se pone serio. O cuando empieza a importarme demasiado.

«Pues aquí le tienes, sentado a tu lado, impasible, así que lo de ayer no le importó lo más mínimo. Solo fuiste una más en su lista. En esa interminable con sus conquistas», añadió mi otro yo, provocando que un sentimiento de duda se colara en mi estómago.

—¿Y eso no es un poco cobarde?

—O valiente. Depende de cómo lo mires. —Nuestros ojos volvieron a encontrarse, haciéndose preguntas que nosotros no nos atrevíamos a contestar, buscando respuestas que nunca podríamos

dar, manteniendo una conversación que solo ellos entendían—. ¿Te apetece dar una vuelta? —Rompió esa extraña conexión sin esperarlo.

—Claro. Vamos.

Nos levantamos y empezamos a caminar por la playa sin rumbo alguno, en silencio, contemplando todo lo que nos rodeaba.

—Brooke me dijo que antes hacías surf, como ella. Por eso me dijiste que, si lo practicara, me encantaría…

—¿Cuándo te dije eso?

—En el vuelo desde Nueva York. —Ambos sonreímos, como si recordáramos ese instante como si fuera hoy; cómo me ayudó cuando más lo necesitaba o cómo recogió mi ropa interior del pasillo de ese avión. Un *tierra trágame* en toda regla.

—No me acordaba de eso. —Hizo una pausa cargada de suspense. O puede que estuviera pensando qué contarme o si, realmente, quería hacerlo—. Llevo sin subirme a una tabla casi ocho años.

—¿Por qué? Si tanto te gusta…

—Me gustaba. Ya no. —Me miró y ahí estaba, de nuevo, la duda sobre si seguir hablando o no—. Antes… Bueno, yo antes competía. —Soltó el aire por su nariz, cargado de escepticismo.

—¿En serio?

—Sí. —Vi cómo tragó saliva antes de continuar—. Era… Gané unos cuantos trofeos y medallas. —Le quitó importancia, seguro. Lo aprecié en su forma de hablar—. Tenía varios patrocinadores y por lo visto iba todo sobre ruedas para poder dedicarme a ello, pero hay veces que las cosas se truncan. Sin más.

—¿Ibas a dedicarte a ello? Así que ibas en serio.

—Eso parecía. Durante varios años tuve algunas marcas detrás, era muy competitivo y querían que representara a una nueva generación de surfistas.

—¿Y por qué lo dejaste?

Me miró fijamente, llenó sus pulmones de aire y lo soltó despacio.

—Por el accidente.

—¿Dejaste tu pasión porque tu padre murió?

—Sí y no. Cuando tuvimos el accidente, yo iba con él. Bueno, en realidad, él iba conmigo; me acompañó a firmar un contrato con unos patrocinadores nuevos y me empeñé en ir a comprar un nuevo equipo. Parecía perfecto, tenía todo cuanto deseaba en la palma de mi mano, pero mi vida se jodió en un solo segundo.

—River, yo… —No pude hablar—. Pero…

—Mi padre estaba allí por mí, Xana. Si no le hubiera pedido que viniera conmigo, él seguiría vivo. Y si no hubiera insistido tanto en ir a comprar un nuevo neopreno, ese accidente no habría ocurrido.

—River, no puedes culparte por lo que pasó. Fue un accidente. Que dejes de luchar por tus sueños por eso es… —No pude terminar la frase, pero tampoco me dejó.

—Esos ya no son mis sueños. —Lo dijo tan serio que me dolió —. Y créeme, ya no me culpo por ello. Simplemente, he aprendido a vivir con eso dentro. —Resopló, soltando una carga que parecía pesarle demasiado—. Si dejé de competir fue porque en el accidente me rompí el manguito rotador del hombro y se dañaron algunos nervios del brazo. Ya no podía remar con la potencia necesaria y en el surf profesional, si no puedes remar fuerte, no existes.

No supe qué decir. Casi no podía ni hablar. Una angustia repentina se formó en mi pecho.

—Ese accidente me jodió la vida de todas las formas posibles. Por eso, no he vuelto a subirme a una tabla. Sin embargo, para Brooke es distinto; ella solo tenía diez años cuando eso ocurrió y recuerda el surf como una de las pasiones de nuestro padre. Quiere seguir sus pasos.

—Eso es genial. —Forcé una pequeña sonrisa—. River, lo siento mucho.

Nuestros ojos se anclaron como nunca, como si esa conversación acabara de concedernos cierta intimidad que no habríamos encontrado de ninguna otra manera, porque River se había desnudado por completo al contarme aquello y yo… Percibí que él no solía abrirse demasiado en ese aspecto. No así.

Sentí cómo sus labios tiraban de los míos con una fuerza brutal, casi incontenible, y cómo mi cuerpo me pedía que le besara

con una intensidad que no había experimentado nunca. Y cuando iba a dar el paso y lanzarme a hacerlo, como esa mujer valiente que hacía lo que sentía y que estaba resurgiendo de sus cenizas, empezó a llover. Pero no una lluvia cualquiera, una fuerte que trajo consigo el viento, similar a la de esa misma mañana. Miramos a nuestro alrededor, buscando dónde resguardarnos, pero en aquella playa no parecía haber nada, excepto una pequeña cabaña a lo lejos.

—¡Vamos! —River tiró de mí y corrimos hacia allí sin detenernos.

Cuando llegamos a esa caseta, hecha de paja y madera, con un cartel que colgaba sobre su puerta, con las palabras *Taurumi Massage* en él, entramos sin pensarlo. Era una pequeña cabaña de cuatro metros cuadrados que contaba con dos amplias camillas y un armario repleto de recipientes, aceites y esencias.

—Esto es cosa del destino, ¿eh? —Su rostro serio había desaparecido y el gamberro despreocupado había vuelto con la lluvia. Todo un *gremlin* en potencia.

Pero ya me lo había avisado. En cuanto las cosas se volvían serias, River huía.

—¿Qué es cosa del destino?

—Que nos haya traído hasta aquí. ¡Yo no he planeado nada! Lo prometo. —Se trazó una equis sobre el pecho y alzó una mano, angelical. Aunque su sonrisa gamberra revelase lo contrario.

—Ya, pues es… sospechoso.

—Me siento halagado porque pienses que soy algo así como Thor, el dios del trueno, pero aún no puedo provocar tormentas. O sí… —añadió con picardía—. Pero estoy seguro de que el destino quería que acabaras aquí para probar uno de mis masajes.

—¡Claro! —contesté con ironía—. ¡¿Cómo no?! Así que también sabes dar masajes.

—Los mejores de California.

—No estamos en California —murmuré con retintín, echando por tierra su argumento.

—¡Estamos en una isla! —exclamó, divertido—. Muy mal tendría que hacerlo para no ser el mejor.

Me hizo reír por su comentario y no pude hacer otra cosa más que resignarme. Además, tampoco quería ser hipócrita; estaba deseando volver a sentir sus manos en mi cuerpo.

—Está bien. Pero solo un masaje —recalqué esta última palabra para que estuviera seguro de que en aquella cabaña no iba a pasar nada más.

—Un masaje. Prometido. —Volvió a marcar la equis sobre su corazón y negué con la cabeza, sonriente.

Me tumbé en una de las camillas, que era una de las más amplias y mullidas que había probado, y me acomodé todo lo que pude, relajándome. Le oí trasteando por el pequeño mueble, cogiendo alguno de los botes, y cuando pensaba que iba a empezar, noté sus dedos deshaciendo el nudo de mi bikini.

Giré mi rostro para observarle con el ceño fruncido antes de que se justificara.

—No pensarás que iba a darte un masaje con el bikini puesto. Es demasiado bonito como para estropearlo.

—Ya. Demasiado bonito… —repetí con ironía.

River ni siquiera lo pensó. Se subió en la camilla y se sentó sobre mi trasero, antes de frotar sus manos con el aceite que había cogido del armario.

No dije nada, pero creo que mi rostro lo hizo por mí.

—Estoy mejor aquí. Por tema de ángulos, presión y tal. —Sonrió con picardía y yo le di por perdido. Me tumbé, apoyando la cabeza sobre el colchón, y me relajé.

En cuanto sentí sus manos, cálidas y firmes, la revolución volvió a mi interior. Y es que nunca me habían tocado así, sin prisa. No con la intención de descubrir, sino de descifrar, como si quisiera leer en cada peca o en cada lunar todas las cosas que yo era incapaz de decir.

Sus manos no pedían permiso, pero tampoco invadían. Era como si supieran exactamente dónde detenerse para que yo misma fuera avanzando poco a poco.

No supe el momento exacto en el que dejé de pensar en músculos y relajación y empecé a pensar en él, a recordar lo que había sucedido veinticuatro horas atrás, y deseé que volviera a

ocurrir. Porque el caos, cuando se mueve despacio, no destruye, desarma. Y yo estaba peligrosamente cómoda desarmada.

Tampoco supe cuándo dejó de ser un masaje. Al principio, intenté mantener la compostura. Espalda recta, relajada, respiración controlada, como si todo aquello fuera, en realidad, algo terapéutico y necesario. Algo técnico. Pero sus manos no eran técnicas, eran suaves, maestras y conscientes. Se detuvieron en mis hombros más de lo necesario, presionando justo donde guardaba toda la tensión acumulada. Y cuando descendieron por mi espalda, lo hicieron despacio. Muy muy lento. Como si supiera que esa lentitud era una tortura, una forma exquisita de poder.

Quise no reaccionar, pero fue un fracaso absoluto. Porque cada vez que sus dedos dibujaban nuevas formas sobre mi piel, algo dentro de mí se desordenaba. Y no era solo algo físico, sino una sensación que me recorría sin prisa, aprendiendo cada uno de mis silencios.

River no dijo nada y, aun así, me estaba susurrando demasiadas cosas con los movimientos de las yemas de sus dedos. Yo tampoco lo hice; estaba demasiado concentrada intentando mantener el control. Otro fracaso. Porque cuando sus manos resbalaron hacia arriba, subiendo por mis caderas, esta vez más firmes, mi respiración ya se negaba a obedecer cualquier plan. Solo quería adaptarse a él, a su ritmo, a esa forma provocadora de detenerse un segundo, justo cuando más lo necesitaba, antes de seguir.

Era consciente del calor; del suyo y del que me estaba provocando. Entonces, comprendí algo muy peligroso: no me estaba tocando para llevarme a ningún sitio concreto, sino para ver hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Y lo peor era que no quería que parara.

Ni siquiera lo pensé, me di la vuelta en la camilla y me quedé boca arriba, entre sus piernas, con el pecho al aire. Su mirada permaneció atada a mis ojos y eso fue lo que provocó que todo se desatara. Contemplé su torso desnudo, por el que aún resbalaban las gotas que seguían cayendo de su pelo, y apreció la erección que

se notaba debajo de su bañador antes de volver a su mirada. Fue cuestión de segundos. O incluso de una milésima de segundo.

No sé qué fue lo que le hizo reaccionar. Puede que fuera por mi gesto, por cómo me mordí el labio inferior, tratando de contenerme, o por cómo se agitó mi respiración, que debería estar relajada tras el masaje. Pero River se lanzó a mi boca con una desesperación desmedida, como si llevara todo el día fantaseando con ello, como yo, o como si aquella tormenta hubiera extinguido el oxígeno de la isla y solo pudiera encontrarlo en mis labios.

Durante la noche anterior, nuestros besos fueron distintos, lentos, profundos, intensos e incluso cuidadosos, pero en aquel momento, el deseo me zarandeó como nunca. Los besos eran hambrientos, rápidos, cargados de pasión, como si con aquella tormenta llegara el fin del mundo y tuviéramos que disfrutar de esos últimos minutos juntos.

—Joder… —murmuré sin separarme, arqueando mi espalda para pegarme a él todo lo posible y mostrarle cuánto le necesitaba. Porque sí, era pura necesidad. Quería que estuviera más cerca, que desaparecieran todas las capas que se interponían entre ambos, aunque solo nos separase la fina tela de nuestros bañadores. Otra vez.

Debía deshacerme de eso también…

Como si lo hubiera leído en mi mente, River tiró de la parte de abajo de mi bikini y la apartó de su camino para acariciar mi deseo y hundir sus dedos en mi interior.

Me agarré a su espalda al sentir el placer cabalgando en mi entrepierna con sus movimientos expertos. Nunca, jamás, había sentido tanto, ni tan profundo, ni tan… ¡Joder!

Dejé de besarle durante un instante para mirarle a los ojos, buscando algo que me negué a pronunciar y actué sin darle más vueltas. Bajé su bañador, dejando a la vista su prominente erección, y la agarré con fuerza para colocarla en mi entrada. Quería repetir lo de la noche anterior, quería perderme en sus embestidas, que me provocara esa sensación punzante en el bajo vientre que me había llevado a la locura. Y lo necesitaba ya.

—River… —gemí cuando regresó a mis labios y nuestras lenguas volvieron a enredarse como si llevaran haciéndolo toda la vida.

—No tengo condones. —Leyó mi mirada—. ¿Estás segura?

—Tomo la píldora, podemos estar tranquilos —dije como si ese fuera el problema, olvidándome de todas las enfermedades de transmisión sexual. ¡Mierda! ¡Sí que había perdido el control! Pero nunca, en toda mi vida, me había sentido más excitada. Ni tan húmeda.

—Yo estoy limpio.

No dijo más. No hizo falta. Con un movimiento rápido de caderas, las arqueé y provoqué que resbalara en mi interior con una acometida que me llevó al límite. Solo una. Era justo lo que necesitaba, volver a sentirle, volver a ser esa Xana que perdía el control y lo tomaba al mismo tiempo.

El cielo seguía tronando a nuestro alrededor mientras la lluvia abrazaba nuestra cabaña y nosotros nos perdíamos en ese mar de besos rápidos e intensos, lengüetazos, caricias y embestidas profundas que nos llevaron a la cumbre para dejarnos caer desde lo más alto. Sin red. Sin paracaídas. Con un golpe de placer fulminante.

Lo que no sabía, aún, era que la verdadera caída y su golpe mortal estaban a punto de llegar. Y solo tenía clara una cosa: no volvería a perderme por el camino.

O eso pensaba…

Capítulo 23



River

No supe en qué momento exacto dejó de ser deseo y empezó a ser algo más, un punto de no retorno, algo que imponía como nunca me había pasado. Fue intenso. Caótico. Brutal. Salvaje. Pero cuando todo terminó y el silencio cayó encima de nosotros, mientras solo se escuchaban nuestras respiraciones revolucionadas entre la

lluvia, provocando una melodía única, entendí que lo que me temblaban no eran las manos. Era el pecho. Y eso era jodido.

Siempre había creído que era yo el que llevaba el control en el caos, que yo era el incendio y no el que se quemaba. Y esa noche… ardí por completo. Porque aquello no lo dirigí yo. Fue ella y su manera de mirarme, de perder el equilibrio conmigo sin soltarme del todo.

Podría seguir fingiendo que aquello era solo sexo y, de hecho, seguiría haciéndolo, pero… en realidad, fue una rendición por todo lo alto. Y no ante ella, sino ante lo que me hacía sentir. Algo que no habría imaginado.

Y lo peor de todo era que me gustaría repetirlo. Una y otra vez. Constantemente. Podría parecer un irresponsable, un descerebrado que solo pensaba en disfrutar, pero nunca había follado sin condón. Jamás. En eso, siempre había tenido cuidado. Y con ella… Ni siquiera lo pensé, joder.

Ni. Siquiera. Lo. Pensé.

¡Era un puto inconsciente! Pero el deseo era tal que se adueñó de mi cerebro y este cortocircuitó hasta que me hundí en su interior. O no, porque aquello solo empeoró las cosas, me volvió un jodido adicto de lo que sentí al colarme dentro de ella sin nada que se interpusiera entre nosotros. Sentirla como nunca había sentido a nadie. Piel con piel. Era una verdadera locura que podría pasarme toda la vida repitiendo.

Porque, en un primer momento, creí que lo que me atraía de ella era la tensión, el juego, el desafío, pero no. Esa noche no hubo estrategia; hubo hambre, deseo, pasión y un intenso vacío que me dejó en cuanto nuestros cuerpos se separaron. Y en medio de todo aquello, hubo un segundo, uno mínimo, en el que la miré y pensé «si esto se rompe, va a doler».

Estaba jodido.

Porque yo no pensaba esas cosas. Yo no imaginaba el dolor antes de tiempo. Simplemente, saltaba y me lanzaba al vacío. Ya está. Sin embargo, con ella, empezaba a medir la altura y eso solo significaba dos cosas: que estaba demasiado alto o que el golpe sería tremendo.



El resto de nuestra última semana en Maupiti no existió para nadie más. Al menos, no la parte importante, la que nos involucraba a ambos. Xana y yo nos vimos en huecos imposibles, sacando segundos para vernos en horas que no eran de nadie, como si estuviéramos robándole minutos al mundo antes de que lo que teníamos saliera a la luz y los nuestros empezaran a pedir explicaciones.

Siempre quise mantenerlo en secreto, para nosotros, y no solo por el «cero escándalos» que le había prometido a nuestro productor, sino porque así, sin contárselo a nadie, parecía que no podría romperse. Queríamos que fuera nuestro, que nadie opinara y que no pusieran nombre a lo que ni siquiera nosotros queríamos definir porque en cuanto saltara a las redes, estaba destinado al fracaso. Siempre era así.

Y aunque pensaba que nos estábamos escondiendo del resto para protegerlo, en el fondo, en realidad, nos escondíamos de lo que empezaba a significar. Al menos, yo.

Sin embargo, no podía dejar de sacar minutos de donde no los había para encontrarnos en una habitación a solas y besarnos como adolescentes, provocando en mi interior eso que no sabía ni que existía.

Una mañana cualquiera, nos cruzamos en el pasillo y solo con ver la mueca que me dedicó, tuve que tirar de su brazo con suavidad para meternos en el cuarto de baño. La arrinconé entre mi cuerpo y la pared y encajé nuestras bocas en un beso profundo que me devolvió a la realidad.

—Esto podría considerarse *mobbing*, ¿eh? —murmuró sobre mis labios sin separarse lo más mínimo.

—¿Acoso laboral? ¡No creo! —Volví a besarla. En esa ocasión, con más necesidad.

—Se supone que eres mi jefe.

—Muy bien. Entonces, ¿podría informarme de mi agenda para hoy?

—Claro, señor Cross —dijo con su tono más profesional—. A las nueve y media, reunión en la cabaña junto al resto del equipo. A las once, grabación del anuncio para la serie, seguida de las últimas tomas en Maupiti. Y a las… dos, desastre conmigo.

—Me apunto a ese desastre. Prometo llegar puntual.

—¿Puntual tú? Entonces, no serías River.

El sonido de su risa me obligó a besarla y no por lo que conseguía provocar en mí, sino porque era lo único que me salía hacer con ella. Besarla, protegerla, acariciarla y hacerla mía una y otra vez. Tragué saliva al pensarlo para digerir el nudo que se había formado en mi garganta. Lo que decía, estaba jodido.

—¿Esto también estaba apuntado en tu agenda? —Deslicé las yemas de mis dedos por su cuello y bajé lento hasta su cintura, consiguiendo que su piel se erizara por mi roce.

—No, esto no. Estoy improvisando.

—Entonces, me gusta más aún.

Estuvimos besándonos durante más tiempo del que teníamos. Y esos ratos que acabábamos robándole al día, terminé quitándoselos al trabajo, escaqueándome en cuanto podía para cruzarme con ella, tocarla o compartir una simple mirada. Jamás me había sentido un primerizo en esos términos y aunque imponía, en cierto modo, quería exprimirlo al máximo.

Aquellos días volaron más rápido de lo que me gustaría; prácticamente, desaparecieron del calendario en un pestañeo. Y cuando tuvimos que despedirnos de Noelani y de Arii, de su casa y de Maupiti, sentí que parte de mí se quedaba en esa isla, a la que prometí volver.

Nos trasladamos hasta Bora Bora en barco, en un ferry que salió desde el muelle, y cuando llegamos, antes de lo esperado, descubrí que aquella isla era exactamente lo que ocurriría si el color turquesa fundase su propio destino. Porque el mar no era azul, sino

que tenía toda una paleta entera: menta, esmeralda, aguamarina, zafiro… En eso, se parecía mucho a Maupiti, en su paisaje, pero Bora Bora parecía diseñado para los turistas, mientras que la primera seguía manteniendo su esencia natural, esa raíz que esperaba que nadie se atreviese a arrancar.

Era como si se tratara de un paraíso ordenado que estaba esperando a que alguien lo desordenara un poco, como si estuviera diseñado para planificar atardeceres, para romper el guion, meterse vestido en el agua a medianoche o para reírse demasiado alto. Una mezcla de todo ello.

Al llegar al muelle, levanté la vista, impresionado, para contemplar el monte Otemanu, que se hallaba en el centro de la isla, verde, inmenso, contenido. Un volcán dormido que parecía entender lo que era guardar el fuego debajo de la piel. Y solo por eso, me gustó al instante.

—Hoy… Bueno, tenéis el resto del día libre —nos dijo Santiago cuando llegamos al resort—. Así podréis conocer vuestros bungalós, patearos la isla, familiarizaros con el hotel… Eso sí, mañana os quiero a todos a las ocho en punto en la recepción. Desayunaremos juntos para planificar estas dos semanas. Tenemos que acortar los plazos de entrega y reducir el tiempo de grabación en Los Ángeles. Creo que con todo esto, ya hemos superado los gastos de varios años —bromeó—. ¡Al lío!

Los bungalós sobre el agua podrían parecer puro lujo —y lo eran—, pero para mí eran una provocación, una gran tentación. Puertas abiertas, noches cálidas, piscina privada, la sensación de que nadie podría verte. Y el que nos habían asignado a Liam y a mí era una completa locura, un impulso incontenible convertido en lugar. Salí a la terraza, un espectáculo con unas vistas inmejorables, con una piscina de agua transparente, ubicada sobre ese mar del mismo color, que también parecía privado al contar con una plataforma de acceso con escaleras.

—Esto es una puta maravilla —dijo Liam, a mi lado, contemplando ese paraíso privado en el que viviríamos las próximas dos semanas.

—Es demasiado… —murmuré sin apartar la vista de los tonos del mar, que se perdían en el horizonte.

—Por cierto, ya que tenemos la tarde libre, debemos repasar la escaleta para mañana; me la ha pasado Santiago y hay que echarle un vistazo. Además de lo que tenemos pendiente. Empezamos a acumular trabajo, amigo.

—Sí, sí, tranquilo. Tenemos tiempo.

—¿Tiempo? ¿Has escuchado eso de que van a acortar los plazos?

—¡Relájate, Liam! Y mira lo que tienes delante. ¡Disfruta!

Me analizó con una cara que escondía un «¿disfruta? ¡Una mierda! Estamos aquí para trabajar, aunque no lo parezca».

Iba a lanzarme al agua de cabeza, con ropa, sin pensar, para demostrarle lo contrario, pero la vi a varias cabañas de distancia, admirando el paisaje con ese rostro emocionado que brillaba desde lejos. Y tuve que ir hacia allí. No pude hacer otra cosa.

—¡Ahora vuelvo! Empieza tú; luego le echamos un ojo a eso.

—¿Dónde coño vas? —Arrugó el entrecejo, serio.

—¡No tardo! —Cerré de un portazo para no darle tiempo a añadir nada más. Cuando sacaba su vena profesional, era demasiado.

La habitación de Xana era individual y consistía en una cabaña, similar al resto, de menor tamaño, aunque con las mismas comodidades que las demás. En cuanto golpeé la puerta de madera con los nudillos, me abrió con un gesto en el rostro que me hizo sospechar que sabía que era yo antes de verme.

—¿Necesita algo, jefe?

—A ti. —Me lancé a su boca como si fuera un oasis en pleno desierto. Porque llevaba tres horas sin besarla y ya era demasiado. Lo necesitaba. Y cuando el ambiente empezaba a volverse más cálido y espeso gracias a aquel beso, me separé lentamente—. ¿Estás lista? —Asintió—. Tenemos una excursión.

—¿Necesito las deportivas? —Apretó los labios para no reírse cuando los recuerdos se volvieron presentes.

—No; esta vez, no. Solo un bikini. El bonito. —Le guiñé un ojo, bromista—. No tardes. Te espero fuera.

Salí de la cabaña por un simple motivo: había quedado con uno de los principales operadores de la isla para hacer excursiones en motos de agua hacía media hora. Y si ya llegábamos tarde, no querría imaginarme si me adentraba en esa habitación, con un dosel blanco sobre la cama y esa piscina de ensueño que convertía la tentación en una provocación con latido propio.

Durante todo el trayecto, Xana estuvo insistiendo para que le desvelara nuestro destino, pero me negué. Quería que fuera sorpresa y después de lo del *seabreacher*, no sabía si estaría muy por la labor. Cuando llegamos al lugar acordado con Tane, el encargado de las excursiones, su cara cambió por completo. Por norma general, los viajes consistían en salidas guiadas para conocer la laguna y la isla desde el agua, pero como la idea era promocionar sus excursiones y hacer un vídeo sobre ello, Tane nos dejó una de sus motos para nosotros solos.

Nos guio hacia esas preciosidades con verdaderas formas aerodinámicas e hidrodinámicas, que utilizaban para maximizar la velocidad, tanto en el aire como en el agua. Sonreí al recordar cómo, unas semanas atrás, habíamos disfrutado en ese torpedo submarino y ahora parecíamos personas completamente distintas; sobre todo, cuando estábamos juntos.

Miré las motos que había en el muelle y de un salto y con cierta habilidad, me subí en la que más llamó mi atención, una Yamaha negra y blanca que parecía hecha para mí.

—Así que esta es tu excursión de hoy, ¿ir a matarnos en una moto de agua? —dramatizó Xana.

—La idea es pasárnoslo bien en moto de agua. No matarnos. Aún tenemos mucho por hacer.

—Vaaale. ¿Has llevado alguna vez una de esas?

—¿Yo? ¡Claro! Muchas veces. Pero imagino que tú no. —Mi gesto se volvió gamberro—. Por eso, estamos aquí.

Rio alto y fuerte, incrédula, arrepentida por hacerme caso, temiendo caer en mi juego.

—¡Ja! ¡Ni de coña, River Cross! No pienso conducir esa moto.

—¡Venga ya, Xana! Creía que habíamos dejado atrás el control.

—Una cosa es dejarlo atrás y otra, muy distinta, esto. —Señaló la moto como si fuera un imposible.

—En serio, ¿tan malo es? Te prometo que en cuanto lleves dos minutos sobre ella, te encantará. Además, yo tengo que grabar. No puedo hacer las dos cosas a la vez, si quieres que nos mantenga con vida.

Alzó las cejas, desconfiada, y en cuanto vio mi mueca granuja, se dio cuenta de que estaba bromeando.

—Eres insoportable…

—Eso ya lo he oído antes. Empieza a convertirse en una rutina. ¡Vamos! ¿Subes o qué? La Xana que yo conozco no se piensa tanto las cosas…

Fue pronunciarlo y sentir cómo su energía cambiaba.

—Si no nos matamos esta vez, lo haré yo más tarde —dijo con seriedad al subirse a la moto para colocarse delante de mí, imitándome, con cuidado.

—Eso también lo he escuchado antes. Cuéntame algo que no sepa. —Puse mis brazos sobre los suyos, pegando mi pecho a su espalda, sintiendo cómo su calidez me arrollaba—. Lo primero, conecta el cordón de seguridad a tu muñeca. Por si acaso.

—Por si acaso, ¡¿qué?!

Reí cuando el pánico se adueñó de su voz y ella puso los ojos en blanco, desistiendo por completo.

—Es solo por seguridad. Por si nos caemos, para que la moto no siga adelante sola y se apague.

—No pienso caerme. Voy a ir a una velocidad a la que puedan adelantarme los peces.

—¿Y los tiburones? —la piqué, ganándome un codazo en la boca del estómago. Por listo.

—¡¡River!!

—Vale, vale.

Presioné el botón de encendido, que se encontraba en el manillar derecho, y la pantalla se encendió con ese doble pitido tan peculiar que bombeaba la adrenalina en mi cuerpo.

—Solo tienes que girar el acelerador. Es fácil.

—¿Y si quiero frenar? —Volví a reír.

—Entonces, sueltas la empuñadura despacio o aprietas la palanca izquierda.

Soltó todo el aire de su cuerpo con un resoplido agobiado y giró la empuñadura poco a poco, provocando que la moto empezara a desplazarse sobre el agua.

—¡Ya está! ¡Ya está, lo tengo! —gritó, fascinada, aunque íbamos a una velocidad a la que podrían adelantarnos incluso los caracoles.

Pegué mi cuerpo más al suyo, si es que eso era posible, y volví a poner mis brazos sobre los de ella, agarrando la empuñadura con firmeza para girarla y que la moto comenzara a coger velocidad.

—¡Riveeer!

Vi cómo cerró los ojos con fuerza con ese primer acelerón, como si con no verlo, no estuviera sucediendo, y empezó a reír, nerviosa, cuando nos adentramos en la zona más profunda de la laguna.

La enérgica Yamaha salió disparada y empecé a serpentear con prudencia por aquella laguna cristalina, provocando, con ese zigzag hipnótico, un montón de olas que se iban perdiendo detrás de nosotros. Hice un giro completo para encontrarnos cara a cara con esas pequeñas olas que nosotros mismos habíamos creado.

—Abre los ojos, Xana. No puedes perderte esto.

Cuando hizo lo que le pedí, volví a acelerar hasta que la moto empezó a elevarse en el aire con grandes saltos al intentar atravesar esas ondas. El grito que pegó me hizo sentir más vivo que nunca, como si aquello fuera lo más real e intenso, aunque perfectamente imperfecto, que había vivido en toda mi vida. Pero algo real, al fin y al cabo.

—¡River, esto es…! ¡Es increíble!

—¡Acelera, Xana! ¡Acelera!

Despegué mis brazos de los suyos para dejar que tomara el control total de la embarcación y puse una de mis manos en su cintura para agarrarme, aunque a su velocidad no iba a conseguir perderme por el camino, y sujeté con la otra la cámara para grabar algunas imágenes mientras hablaba para el objetivo.

Cuando acabé, puse mi barbilla sobre su hombro, decorado con las pequeñas gotas que la moto iba desprendiendo a su paso, y contemplé la isla desde nuestra posición, sintiendo cómo su corazón iba agitándose con cada latido.

Para mi sorpresa, Xana empezó a acelerar, a coger velocidad y a disfrutar de nuestro viaje, chillando entusiasmada por aquel auténtico logro personal. Verla así, completamente desinhibida, libre, impulsiva y auténtica, tan natural como el paisaje que teníamos frente a nosotros, provocó que mi estómago se encogiera, sin esperarlo, al observarla. Porque no esperaba que se atreviera a conducir ni que acelerara como si llevara toda la vida haciéndolo, pero, menos aún, esperaba que un intenso sentimiento se agarrara a mi pecho para no volver a salir. Eso… sí que no lo vi venir.

—¡¿Has visto, River?! —voceó, eufórica, cuando regresamos a tierra firme—. Podría dedicarme a la MotoGp si quisiera.

—Claro que te he visto. Has estado increíble.

La besé en el muelle, alzándola en el aire, sin pensar en nada más, olvidándonos de los turistas que nos rodeaban y de Tane, el encargado, que observaba sonriente la escena, tras nuestra aventura; olvidándonos del resto del mundo, que había dejado de existir para mí.

Cuando regresamos al bungaló, ya empezaba a atardecer y esa nueva paleta anaranjada del cielo comenzó a reflejarse en el intenso azul del horizonte, mimetizándose, convirtiéndose en un todo infinito e impresionante que cortaba la respiración. El mundo parecía moverse bajo mis pies, pero creo que no era el suelo, sino yo, todo eso que empezaba a burbujear en mi interior y que no me atrevía a verbalizar. Ni a aceptar.

Nos metimos en la piscina sin hablar de nada importante, solo comentando la última aventura de Xana, de la que no dejaba de presumir. El agua estaba tibia y tranquila, justo lo contrario de lo que yo llevaba dentro.

—No sabía que fueras tan temeraria.

—No lo soy. —Se apartó el pelo mojado de la cara.

—Pues ibas a tope.

—¡Porque tú me pedías que acelerara!

—Y me has hecho caso —contesté, orgulloso, acercándome a ella mientras el agua se abría entre nosotros.

Xana me miró como si acabara de recordar algo que estaba en su agenda o de descubrir algo que no estaba. Me encantaba cuando se olvidaba del control y perdía el guion.

—¿Y si me hubiera caído al agua?

—Me habría tirado detrás de ti.

Di un paso más, sujetándome al bordillo, provocando que quedara atrapada entre mis brazos.

—Pues podría haberme caído. Me has puesto nerviosa; me estabas mirando todo el rato.

—¿Qué querías que hiciera? Esa era justo mi responsabilidad, observarte para que no te cayeras. —Rio sobre mis labios—. No sabía que gritaras tanto. Más, incluso, que el día del *seabreacher*.

—Era miedo.

—No. Era libertad.

El aire empezó a pesar más que el agua y el ambiente comenzó a oler a sal, cloro y decisiones peligrosamente deliciosas.

—No soy ese tipo de persona, River —dijo seria.

—¿Qué tipo?

—La que acelera sin pensar, la que grita de esa manera, la que sonríe así todo el día.

—Pues a mí me encanta esta versión tuya.

—Es peligrosa.

—Yo también.

En esa ocasión, fue ella la que me dio un profundo beso que hizo que la temperatura del agua subiera un par de grados. Solo por rozarnos.

—Este sitio tiene algo. Quizá, es por eso —susurré como si al pronunciarlo demasiado alto, pudiera romperse el conjuro que existía entre nosotros.

—¿El qué?

—Provoca que la gente haga cosas que no haría en casa.

—¿Y tú qué estás haciendo que no harías en casa? —preguntó incrédula.

—Todavía nada.

La piscina se quedó pequeña. El mundo se nos quedaba pequeño, en realidad. Xana tragó saliva y pude sentirlo; la adrenalina aún vibraba bajo nuestra piel, como si el motor de esa moto no se hubiera apagado del todo.

—Este sitio es peligroso —murmuró, tratando de contenerse.

La miré fijamente. Sin bromas. Sin máscaras. Pero con algo aún más intenso que nunca habría querido conocer: con miedo, con un sentimiento imponente que empezaba a aflorar con fuerza.

—No es el sitio. Somos nosotros.

Porque no era la adrenalina, ni la impulsividad, ni la isla. Éramos nosotros. La forma en que me miraba, como si estuviera a punto de saltar y estuviese segura de que yo iba a hacerlo con ella, justo detrás. Como si el mundo fuera un acantilado y nosotros hubiéramos nacido solo para saltarlo. Como si ambos supiéramos que ese salto no era una locura… Era el comienzo de algo que nadie iba a poder olvidar.

Capítulo 24



Xana

Nunca había hecho nada sin leer las instrucciones ni valorar los pros y los contras antes. Cuando me subí en esa moto de agua, lo primero que hice fue analizar todo lo que podría salir mal: caerme, hacer el ridículo, perder el control y acabar estampados contra el muelle o acelerar tanto como para meternos dentro de ese volcán… Mi cabeza era una batidora de pensamientos intrusivos que me recordaba que aquello podría convertirse en un fracaso, pero, entonces, aceleré y el ruido del motor me atravesó el pecho como si me encendieran por dentro.

Allí no había carriles, ni semáforos; no había nadie dirigiendo el tráfico ni diciéndome por dónde ir y por dónde no. Solo había un horizonte infinito frente a nosotros.

Al principio, agarré el manillar con rigidez, con una firmeza sobrehumana, como si el control dependiera de la fuerza, como si pudiera controlar el mar.

«Y el mar se rio de nosotras. Estaba claro», me recordó mi otro yo.

En un determinado momento, en una curva mal tomada o con una ola despistada, la moto se movió más de lo que esperaba y sentí un vuelco intenso en mi corazón, un pequeño infarto instantáneo. Aquel fue el segundo más honesto de toda mi vida. Porque no pensé

en si iba a caerme o no, sino en lo viva que me sentía. Solté un grito, pero no uno de miedo, sino de algo que ni siquiera sabía que existía; un grito salvaje, algo muy mío.

Cuando volví a acelerar, ya no era para demostrarle nada a River; era porque quería que el viento me diera en la cara y me despeinara, porque quería que el agua me salpicara; necesitaba más velocidad y más desorden. Y me di cuenta de que, por primera vez, no estaba organizando el momento. Lo estaba viviendo.

La moto vibró bajo mi cuerpo y entendí que no era el miedo lo que me hacía apretar los dientes, sino la sensación de que algo dentro de mí estaba despertando. Lo único más peligroso que perder el equilibro fue darme cuenta de que no quería recuperarlo del todo. Aunque lo que más me asustó no fue la velocidad ni el riesgo que suponía nuestra aventura, sino descubrir cuánto me gustaba que algo me desordenara por dentro. Como él.

Por eso, perdí el control con River y acabamos besándonos en ese muelle de Vaitape repleto de turistas, sin tener en cuenta que alguien pudiera vernos después de decidir que llevaríamos lo nuestro —fuera lo que fuera— en secreto. Probablemente, fue por la adrenalina o por lo increíble que fue el primer momento de toda mi existencia en el que dejé de moverme en líneas rectas, con márgenes y esquinas bien definidas. Allí fui libre.

Tal vez, aquel fue el motivo por el que nos abandonamos a la pasión en esa piscina. Porque no importaba nada más; solo nosotros. Y alargamos aquel atardecer entre besos y caricias durante horas, haciéndolo eterno.

No obstante, si hubiera sabido que aquel iba a ser nuestro último día juntos, lo habría aprovechado al máximo; lo habría hecho inolvidable. Aunque de alguna forma, por un motivo que siempre odiaría, ya lo era.

River tuvo que regresar a su cabaña cuando anocheció. Había quedado con Liam y tenía un directo, que no podía perderse, con otro conocido creador de contenido. Y yo… quise tomar cierta distancia y organizar un plan tranquilo, por lo que pedí que me trajeran algo de cena a mi habitación y me quedé allí, dándome un

baño, degustando varios platos típicos de la zona y viendo una serie hasta que el agotamiento se apoderó de mí.

Y aunque parecía mentira, a las siete de la mañana, ya estaba despierta. No sé por qué lo hice ni en qué momento se me ocurrió ponerme a buscar vídeos sobre el tema; en ocasiones, sigo pensando que fue cosa del destino, que quería demostrarme que seguía siendo él quien ponía las cartas encima de mi mesa.

Abrí el ordenador y empecé a buscar vídeos sobre River. En un principio, lo hice por simple curiosidad, por ver cómo fue su pasado como surfista y descubrir algo más sobre lo que me había contado acerca del tema, sobre sus victorias y campeonatos, pero cuando vi el título del último vídeo publicado, de ese directo que se había subido tan solo ocho horas atrás, mi corazón se saltó varios latidos y se aceleró como nunca: *River Cross, en Bora Bora, grabando su nueva serie. ¡Muy bien acompañado!*

Me quedé paralizada mirando la pantalla, analizando la imagen que habían usado como portada del directo, una fotografía de River montando en moto de agua, de la tarde anterior, ¡conmigo conduciendo! No me lo podía creer.

«JODER».

Pulsé el *play* y dio paso al vídeo que había subido el conocido youtuber la noche anterior. Lo analicé entero, de principio a fin. Al comienzo, solo hablaban de la serie, pero en torno a la mitad del directo, una miniatura en la parte superior de la pantalla captó toda mi atención. Era el vídeo completo de la imagen de la portada, donde se nos veía a River y a mí disfrutando de nuestra aventura en moto de agua.

—Nos han llegado estas imágenes, grabadas esta misma tarde por una seguidora que se encuentra en Bora Bora. ¿Tiene River Cross una nueva ilusión? —preguntó el *influencer* con una sonrisa cargada de suficiencia, como si acabara de encontrar un tesoro perdido.

El rostro de River se llenó de sorpresa e incredulidad, pero rápidamente cambió y se mostró tranquilo y seguro. Ya le conocía lo suficiente como para saber esas cosas.

—¡Qué va, Kayron! —contestó con esa sonrisa ladina que derretía corazones—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza en estos momentos. Muchos proyectos, adrenalina, dormir poco…

—¡No te vayas por la tangente, tío! Cuéntanos, ¿quién es esta chica? Se os ve con bastante complicidad cabalgando las olas.

River miró las imágenes que seguían reproduciéndose y vi cómo el aire abandonó su pecho, aunque trató de disimularlo.

—De verdad, si la conociera no me importaría decirlo, pero no es así. Igual tiene Instagram o TikTok y la sigo sin saberlo, ¡no lo sé! Solo sé que ella sí me conocía, me vio grabando un vídeo en la laguna y me preguntó si podía darse una vuelta conmigo y hacerse unas fotos. Probablemente, fuera amiga de la chica que grabó las imágenes.

—Puede ser —reflexionó el tal Kayron—. Pero… ¿y estas fotos en las que os estáis besando en el muelle? ¿Qué me dices de esto?

En lugar de acelerarse más aún, mi corazón se detuvo al escucharlo. Sin embargo, las fotografías estaban hechas de frente, yo estaba de espaldas, y no se apreciaba con nitidez el momento exacto, pero…

—Te digo que están manipuladas. Esas imágenes están sacadas desde lejos y están jugando con la postura y el ángulo perfecto para que parezca un beso, pero solo me estaba despidiendo de esa chica. ¡Ni siquiera sé cómo se llamaba! —Elevó las palmas de las manos, haciendo eco de su inocencia.

—¡Joder! Pues… ¿quién lo diría? Yo estaba casi convencido de que estábamos sacando a la luz esa nueva ilusión de River Cross.

River fingió una risa que sonó demasiado bien; casi parecía real.

—¡Qué va! No es algo que entre ahora en mis planes. Estoy demasiado bien solo. Ya tengo bastante jaleo conmigo mismo —bromeó.

Pero esa broma se clavó dentro de mi pecho de forma dolorosa. No fue porque me negara delante de todo el mundo, sino porque, por un momento, durante aquellos días, pensé que lo nuestro era real. Y con sus palabras, empecé a dudar de todo. Incluso de mí, de nuevo.

Eché un vistazo rápido a los comentarios para ver lo que decía la gente, pero nadie le dio importancia a nuestro vídeo. O no demasiada… Hasta que llegué al comentario de un usuario concreto:

¿No os habéis dado cuenta? Esa chica es la misma que sale justo detrás de él en su vlog del seabreacher. ¡Claro que se conocen! Cross se está quedando con todos nosotros.

Abrí los ojos al máximo, sorprendida de que alguien tuviera tanto tiempo libre como para ponerse a analizar los vídeos de un creador de contenido. O peor aún, como para ponerse a analizar rostros y buscarlos en otras imágenes.

Me levanté, nerviosa, tratando de mantener la calma. Mi imagen no podía salir a la luz, yo no había nacido para ser una figura pública y ponerme delante de todo el mundo, porque eso significaba que habría miles de cosas sobre mí que no podría controlar.

«¿No querías ser la protagonista de tu vida? ¡Pues ahora eres la prota de una gran historia! ¡No te quejes!», se cachondeó mi otro yo.

Aún quedaba media hora para nuestra cita en la recepción junto al resto del equipo, así que, sin pensarlo, me dirigí hacia el bungaló de River. Tenía que hablar con él sobre todo aquello. Y con eso, no me refería a que me hubiera negado ante sus varios millones de seguidores, sino a ese comentario que podría hacer público lo nuestro.

Me puse un vestido, me coloqué un poco el pelo para que no pareciera que me acababa de levantar y salí corriendo hacia esa cabaña cercana a la mía. Justo iba a llamar, con los nudillos, a la puerta cuando lo escuché. Al ser un espacio abierto, desde la entrada, pude escuchar a la perfección la conversación que estaba teniendo River con Liam en la terraza. Además, por su tono, parecían enfadados, así que me quedé allí para esperar a que terminaran. O esa era la idea.

—¡¿Qué coño querías que hiciera?! ¡¿Qué habrías hecho tú?! —gritó River, furioso. No sabía lo que pasaba, pero nunca le había oído así.

—¿Que qué habría hecho yo? —cuestionó Liam con desconcierto—. Pues mira, ¡no lo sé! Pero estoy seguro de que no habría hecho un puto directo.

—¡¿Y qué debía hacer?! Ilumíname.

—Lo primero: dejar de hacer el gilipollas con Xana. ¡Se te está yendo de las putas manos!

—No se me está yendo nada.

—Ah, ¿no? ¡Pareces nuevo! Recuerda lo que estamos haciendo aquí. Y, sobre todo, qué hace ella aquí.

—¿Qué te crees, Liam?, ¿que se me ha olvidado?

—¡Eso es justo lo que parece, sí!

—Pues estás equivocado. Es más, últimamente no hago nada más que pensar en ello. ¡¿Cómo voy a olvidarlo?! Xana solo está aquí porque Emma nos lo pidió, porque le debíamos el favor y porque si no, este puto documental no se estaría grabando. —Oí sus gritos, pero dejé de escuchar el bombeo de mi corazón tras un intenso pinchazo que dolió como nunca—. Solo por eso. ¡¿Lo has olvidado tú?! Pues recuérdalo. ¡Y no se me está yendo de las manos una mierda! Sé lo que estoy haciendo; estoy en el jodido paraíso, trabajando todo el puto día, midiendo lo que debo decir y cómo debo comportarme. Y lo de Xana solo ha sido un polvo, ¿o es que eso también está mal?

Oí el portazo desde allí, pero lo sentí en mi interior. Porque todo empezó a derrumbarse. Otra vez.

Capítulo 25



River

Siempre había sido una persona muy impulsiva. Nunca me había dado por pensar en las consecuencias de mis actos ni en si saldría mejor o peor parado por actuar de cierta manera. Me movía por sensaciones, por sentimientos, por la intensidad que me provocaba lo que tenía delante. Porque yo no sabía vivir a medias. Nunca me había enamorado —o eso creía—, pero si quería, lo hacía

con el alma y si la cagaba, era a lo grande. Y con Xana… Bueno, aún no lo sabía, pero cada vez que ella me rozaba era como si tuviera un huracán en mi pecho.

Xana y yo éramos una bomba de relojería. Lo que ni siquiera habría imaginado era que sería yo quien la detonaría y provocaría que todo saltara por los aires.

Mentiría si dijera que aquel día lo cambió todo. En realidad, empezó a cambiar mucho antes, cuando empecé a darme cuenta de que lo que sentía por Xana era nuevo para mí, algo importante, intenso, serio… El primer error fue negármelo, intentar convencerme a mí mismo de que no era así, de que era justo lo contrario, algo pasajero, un rollete en el paraíso. Y el segundo fue cagarla, profundamente, pero estaba más que demostrado que cuando algo se volvía serio, mi mente me pedía huir.

Ni siquiera me había despertado cuando Liam entró en mi habitación, abrió las ventanas de par en par, con muy mal genio, y me provocó para que reaccionara.

—¿Qué demonios has hecho? —cuestionó, sentándose en el colchón justo antes de quitarme las sábanas de encima, consiguiendo que me pusiera la almohada sobre la cara.

—No lo sé. ¿Qué demonios he hecho?

—Un puto directo, ¿en serio? ¿Qué parte de pasar desapercibido no entiendes?

Resoplé antes de quitarme la almohada de encima y sentarme de mala gana.

—¿Y qué parte no entiendes tú de que ese es justo mi trabajo, crear contenido?

—¿No podías esperar a que volviéramos?, ¿a que termináramos la grabación?

—La grabación va a durar meses, Liam. No me toques las narices tan pronto, anda. Por cierto, buenos días a ti también.

—¿Buenos días? —Se frotó la cara, mosqueado—. Serían buenos días si no hubieras provocado que ahora se hable de Xana y de ti. ¿Has leído los comentarios?

—La verdad es que no.

—Pues ya se rumorea que es la chica que estaba contigo en el *seabreacher*.

—La gente tiene mucho tiempo libre. —Me dejé caer de espaldas en el colchón de nuevo—. Y tú también. Deberías trabajar algo.

—Qué va, sería mejor que me fuera a montar en moto con mi nuevo ligue para que todo el mundo hable sobre ello.

Me levanté, enfadado por su comentario, y me dirigí a la terraza para tomar el aire, sintiendo sus pasos firmes detrás de mí.

—¿Y un directo con Kayron? ¡Podrías haber elegido a alguien menos superficial! Ese tipo solo habla de chismes y mierdas.

—Solo lo hice porque le debía una, ¿vale? ¡Y tampoco hablamos de nada extraño! Pero, para la próxima, te preguntaré antes, a ver con quién puedo hablar y con quién no.

Estaba hasta las narices de que todo el mundo me dijera lo que podía hacer y lo que no, desde que la grabación de la serie empezó a estar en juego.

—¿Sabes cuántas horas estuve esperándote ayer? ¿En qué coño estás pensando, tío? ¡Estás que no estás!

—Si hubieras estado despierto cuando regresé, como quedamos, habrías podido avisarme de que no lo hiciera, jefe.

—¡¿Como quedamos?! ¡Ja! ¡No me jodas, River! ¡No me jodas! A las cinco de la tarde me dijiste que volvías en un rato y eran las diez de la noche y no habías regresado.

—Vine a las diez y media para cambiarme de ropa para el directo.

—¿Y se supone que tenía que estar esperándote cinco horas y media? ¡Se te está yendo la cabeza, tío! Teníamos trabajo pendiente y sabes quién acabó haciéndolo, ¿verdad? ¡El mismo idiota de siempre!

—No dramatices, Liam. Podíamos hacerlo hoy de sobra.

—¡Claro! ¡¿Cómo no?!

—¡¿Qué coño querías que hiciera?! ¡¿Qué habrías hecho tú?!

—¿Que qué habría hecho yo? Pues mira, ¡no lo sé! Pero estoy seguro de que no habría hecho un puto directo.

—¡¿Y qué debía hacer?! Ilumíname.

—Lo primero: dejar de hacer el gilipollas con Xana. ¡Se te está yendo de las putas manos!

¿Hacer el gilipollas con Xana? Eso era justo lo contrario a lo que estaba haciendo. Por primera vez en toda mi vida, sentía que estaba haciendo lo que realmente quería, lo que sentía. Algo importante.

—No se me está yendo nada.

—Ah, ¿no? ¡Pareces nuevo! Recuerda lo que estamos haciendo aquí. Y, sobre todo, qué hace ella aquí.

Solo con pronunciarlo, un sentimiento amargo me arrolló por dentro. Claro que recordaba lo que hacía Xana en Bora Bora; no podría olvidarlo. Xana me estaba haciendo sentir como nadie lo había hecho. Jamás. Pero no pensaba dejar que Liam lo viera. Tal vez, para no mostrarme vulnerable delante de él. Y menos aún en un momento como aquel. Por lo que quise parecer indiferente, como el River de siempre.

—¿Qué te crees, Liam?, ¿que se me ha olvidado?

—¡Eso es justo lo que parece, sí!

—Pues estás equivocado. Es más, últimamente no hago nada más que pensar en ello. ¡¿Cómo voy a olvidarlo?! Xana solo está aquí porque Emma nos lo pidió, porque le debíamos el favor y porque si no, este puto documental no se estaría grabando. —Al pronunciar esas palabras, me sentí como un completo gilipollas, pero el rostro de mi amigo mostró cierto alivio, como si fuera justo lo que esperaba oír, justo lo que yo debía decir—. Solo por eso. ¡¿Lo has olvidado tú?! Pues recuérdalo. ¡Y no se me está yendo de las manos una mierda! Sé lo que estoy haciendo; estoy en el jodido paraíso, trabajando todo el puto día, midiendo lo que debo decir y cómo debo comportarme. Y lo de Xana solo ha sido un polvo, ¿o es que eso también está mal?

No me sentí como un completo gilipollas. Lo era por hablar así. Pero me tocó mucho los cojones que quisiera controlar mi vida, que quisiera controlarla a ella y decidir por los dos cuando ni siquiera nosotros habíamos sido capaces de hablar sobre el tema.

Cerré la puerta del cuarto de baño con un fuerte portazo, pero Liam me siguió hasta allí.

—Va, River, no te enfades. Solo te lo digo porque…

—Sabes lo mucho que me jode que hagas eso.

—Solo te lo digo porque —insistió— te pasas el día en las nubes, perdiendo el tiempo más que de costumbre, hablando con Xana por WhatsApp a todas horas. Estás dejando de lado tu trabajo y esta podría ser la oportunidad de tu vida.

—¿En serio no te has dado cuenta, Liam? —Apoyé las manos sobre el lavabo, agarrándome con fuerza a su superficie para controlar mi tono. Y mi genio—. No estoy perdiendo el tiempo, al contrario. Por primera vez, siento que lo estoy aprovechando al máximo. Y me da igual mi trabajo o si esa es la oportunidad de mi vida, como dices. Solo quiero vivir lo que siento en cada momento.

—Eso queda muy bien para alguien como tú, con el síndrome de Peter Pan, pero el trabajo es lo que te está dando de comer. A ti y a tu familia —puntualizó para darme donde más me dolía. Él sabía justo dónde hacerlo—. Y si empiezas a desatenderlo, como estás haciendo, acabarás perdiendo todo lo que has conseguido.

Iba a contestarle, de verdad, pero al pensar en mi madre y en Brooke, todo tomaba una nueva perspectiva. Todo.

Para mi sorpresa, y para la del resto, gracias a ese despertar movidito, llegamos a la reunión justo a la hora acordada. Al acercarnos al grupo, busqué a Xana con la mirada entre mis compañeros, pero no estaba allí. En un principio, pensé que era extraño, arrugué la frente buscando cualquier tipo de explicación, queriendo imaginar que se habría quedado dormida, sin más. Pero era Xana y ella nunca llegaba tarde a los sitios. En cuanto quise ser consciente de ello, un molesto pinchazo se clavó en mi pecho, esperándome lo peor.

Los empleados del hotel nos llevaron el desayuno a la sala de reuniones, donde ya habían preparado todo para nuestro encuentro, y cuando me senté en una de las sillas, junto a Santiago, saqué el teléfono para enviar unos mensajes rápidos.

River:

Pensaba que el que llegaba
tarde a los sitios era yo…
¿Estás bien?

Con el primero quise bromear para quitarle importancia al asunto, pero con el segundo, me preocupé. Porque… ¿y si le había pasado algo? Justo en eso estaba pensando, analizando miles de posibilidades distintas, cuando Santiago me pilló con la cabeza dándole vueltas al tema.

—He recibido un mensaje de Max hace unos minutos; ya ha llegado a Nueva York. Me ha pedido que me despida de ti de su parte, ya que no estabas en la casa cuando se marchó. Me ha dicho que ya os veréis el día del estreno…

—Sí, claro —dije con la mente en otra parte, mirando la pantalla del móvil por si Xana había respondido.

—¿Empezamos? —cuestionó para ver si estaba listo.

—Sí, sí, perdona. Estaba escribiendo a Xana. Ella no suele llegar tarde a las reuniones. Nunca.

—¿Xana? —Frunció el ceño con desconcierto—. ¿No te ha dicho nada? Se ha marchado.

Esperaba que con ese «se ha marchado» se refiriese a una excursión, a su bungaló, a hacer *snorkel* o algo similar; sin embargo, solo por cómo lo dijo, el vacío más absoluto volvió a colarse en mi interior.

—Que se ha marchado, ¿dónde?

—A casa, supongo.

—¿Cómo que a casa? ¿Por qué? ¿Y por qué no me ha dicho nada?

En ese instante, mi corazón se aceleró, casi tanto como mi cabeza.

—No lo sé. Ha venido a despedirse hace un rato. Venía muy seria, como si hubiera pasado algo grave; le he preguntado y me ha dicho que tenía que regresar ya, así que no sé… No tengo ni idea. Pero es una pena, pensaba que se quedaría con nosotros.

No contesté. Ni siquiera me inmuté. Salí corriendo de esa sala mientras Liam gritaba mi nombre a mis espaldas, pero no le hice caso. Necesitaba encontrarla.

Mientras corría, la llamé por teléfono hasta en tres ocasiones, pero no recibí respuesta.

Mierda…

En su bungaló no había nadie, ni rastro de sus cosas, por lo que cogí un taxi para dirigirme hasta el muelle. Cuando llegué, la busqué entre los turistas que llegaban y entre los que se marchaban, pero Xana ya no estaba allí. Se había marchado y lo peor era que no sabía por qué.

Me quedé allí parado, mirando al horizonte, pensando que estaría en alguno de esos barcos que se alejaban de la costa y, entonces, como si fuera un rayo que atravesó mi mente, se me ocurrió algo. Emma. Busqué su teléfono en mi agenda y pulsé la tecla de llamada. Seguro que ella sabía algo.

—¡Riveeer! —respondió al primer tono. No, por su efusividad, no lo sabía.

—Emma, ¿sabes algo de Xana?

—¿Cómo que si sé algo de Xana? ¿Qué se supone que debería saber? —Pensó en ello en silencio durante unos segundos—. River, ¿qué coño has hecho?

—Nada, te juro que nada. ¿Sabes dónde está o no?

—¡¿Cómo se supone que voy a saberlo?! ¡Claro que no! ¿No está en el hotel con vosotros?

—Se ha marchado, pero no sé dónde. Imaginaba que podría haberte llamado…

—No, no lo ha hecho. ¿Dónde demonios estás tú?

—En el muelle. He venido para ver si la alcanzaba.

—¡¿Me estás diciendo que Xana ha vuelto a Nueva York?! —cuestionó enfadada.

—Eso creo.

—¡Joder, River! Ven al hotel. Tú y yo vamos a tener una conversación. Y más te vale que arregles lo que sea que hayas jodido.

—¿Cómo que *ven* al hotel?

—¡Estoy aquí! Acabo de llegar.

¡¿Qué narices…?! ¿Emma estaba en Bora Bora? En un primer momento, me pareció extraño, pero no le di más vueltas. Después de todo, su tío también estaba allí, con nosotros. Además, mi cabeza solo podía pensar en ella, en lo que podría haber ocurrido.

Volví a teclear, aunque, en esa ocasión, sin esperar respuesta.

River:

Xana, ¿qué ha pasado?

¿Dónde estás?

Estoy preocupado. Solo dime que estás bien.

Porque, quizá, habría sido más fácil con una discusión de por medio, con algún grito o con miradas de reproche, con algo que me diera una pista de lo que había ocurrido, con algo a lo que agarrarme. Pero no, simplemente desapareció. Y yo, que había sobrevivido a titulares, a rumores y a escándalos, me quedé mirando el móvil como un idiota. Pantalla en negro. Mirando mi propio reflejo. O mi propia sombra…

La noche anterior estaba encima de mí riéndose. Literalmente, riéndose contra mi boca, como si todo nuestro mundo estuviera en esa piscina. Nos besamos como si tuviéramos quince años y cero consecuencias. Y unas horas después, ya no había nada, solo una ausencia demasiado limpia. No había notas, ni mensajes, ni su perfume en el aire.

Algo no encajaba. La tarde anterior no había dudas ni distancia. No había despedida en sus besos. Solo había hambre, electricidad y esa manera suya de morderse el labio cuando le susurraba cualquier broma gamberra.

Eso era lo peor de todo, no saber el motivo de su huida. Porque eso solo significaba que la bomba explotó en otro sitio, en algo que yo no vi, en algo que hice y aún no había descubierto. Y es que lo que más me dolía —y me quemaba por dentro— no era que hubiera desaparecido sin avisar, sin explicaciones. Era no saber qué versión de mí fue la que le obligó a marcharse.

Capítulo 26



Xana

Esa mañana me sorprendí a mí misma tomando una decisión para no volver a dar marcha atrás. Y lo que era mejor aún, lo hice sintiéndome como una mujer nueva, fuerte y decidida, capaz de tomar las riendas de su vida sin miedo. Y sin titubear ante los vuelos, con casi treinta horas de viaje por delante. Ni siquiera lo pensé, pero España y mi abuela me esperaban, después de varios vuelos agotadores y algunas escalas en Los Ángeles, París y Madrid. Toda una odisea.

Debía marcharme. Y puede que el motivo principal fuera que sentía demasiado. Con River, me olvidaba de quién era; con él, no era la chica que organizaba, que preveía y medía los riesgos, no. Junto a él, era vértigo. Era piel. Impulso. Vida. Y eso me encantaba y me generaba cierta adicción, casi tanto como me asustaba.

Cuando hice la maleta y me despedí de Santiago para agradecerle todo lo que había hecho por mí, no lloré, no dudé frente a la puerta ni pensé en darle una explicación a River. Si lo hacía, sabía que acabaría quedándome. Y no era posible, no quería hacerlo. No debía hacerlo.

Me marché porque vi algo en ese vídeo, en su forma de explicarse, de negarme ante el mundo. Una frase, su gesto, esa sombra que él ni siquiera sabía que había dejado caer. Ese «solo ha

sido un polvo» me hizo entender que yo estaba sintiendo de verdad y él, en cambio, seguía jugando. Como siempre. Y yo… no sabía jugar cuando algo me importaba y eso en lo que nos estábamos convirtiendo juntos empezaba a hacerlo.

El traslado hasta el aeropuerto fue como arrancar una parte de mí que acababa de descubrir. Cada paso que me alejaba era un «haz lo correcto», pero cada latido era un «vuelve, no te marches».

Lo único que me hizo sentir viva de verdad, tras mi ruptura, no fue él, sino quién era yo cuando estaba a su lado. Porque ahora sabía que esa versión de mí existía. Esa chica que se lanzaba, la que besaba como si no hubiera un mañana, la que se dejaba llevar en una caseta de masajes en medio de la playa, la que no pensaba en las consecuencias. Y había decidido dejarla atrás, en Bora Bora.

Cuando aterricé en el aeropuerto de Santander, estaba tan cansada que me senté en el taxi y fui hasta la casa de mi abuela dando cabezadas. También eché algún vistazo al móvil, que echaba humo, en cuya pantalla seguían parpadeando las llamadas perdidas y los mensajes de Emma y River.

Emma:

Xana, ¿dónde estás?

¿Por qué te has marchado?

¿Qué ha pasado?, ¿estás bien?

Estoy en Bora Bora. Nos hemos tenido que cruzar…

Llámame en cuanto puedas, por favor.

Necesito saber que estás bien.

Guardé el teléfono en mi bolso y dejé el tema de responder para más tarde; en esos instantes, no tenía fuerzas para contestar.

Cuando llegué a ese pequeño pueblo cántabro donde mi abuela había pasado toda su vida y yo había vivido algunos de mis mejores veranos, no me lo pude creer. Todo seguía igual que siempre: las calles, la playa, la montaña, las casas… Como si mantuviera ese encanto natural a pesar de los años, como Maupiti. Sonreí al recordarlo, pero una dolorosa punzada me atravesó con esos recuerdos.

El taxista me dejó en la puerta de la casa de mi abuela, una pequeña vivienda de una planta, con jardín y huerto propio. No era

demasiado, pero siempre fue suficiente para ella; y para nosotras, cuando pasaba mis veranos allí. Llamé a la puerta y cuando abrió, su rostro se desbordó de asombro.

—¡Xana, cariño! —Me abrazó con fuerza—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no me has avisado? ¿Cómo estás?

—Bien, estoy bien —murmuré a punto de romperme cuando sus brazos trataron de recomponerme sin soltarme—. Tenía ganas de verte, abuela.

—¿Cómo estás? Tu madre me ha contado lo de… Bueno, ven, pasa, ya tendremos tiempo. Además, estarás cansada. Los vuelos desde Nueva York son muy largos.

—En realidad, vengo desde la Polinesia francesa.

—¿Desde Francia? Entonces, no habrá sido mucho. ¿Dos horas?

—Desde Bora Bora, abuela; una isla del Pacífico sur.

Abrió la boca, sorprendida, al escucharme.

—Pero… ¿qué hacías allí, cariño? ¿Qué se te ha perdido en la otra punta del mundo? Aunque tú tampoco es que estés aquí al lado. —Volvió a abrazarme—. Venga, pasa, tenemos mucho de lo que hablar.

Una de las mejores cosas de mi abuela era que me dejaba mi espacio y respetaba mis tiempos. Siempre lo había hecho, incluso cuando era una adolescente que empezaba a descubrir el mundo.

«¿A descubrir el mundo? Ahora es justo cuando empezabas a vivir. Antes solo estabas ensayando», se burló mi mente y tuve que silenciarla. O intentarlo, al menos.

Me adentré en la que era mi habitación, que mi abuela seguía manteniendo intacta. En cuanto me tiré en la cama, me abordaron viejos recuerdos al mirar los pósteres de las paredes, de los Jonas Brothers, los BackStreet Boys y algún que otro actor y rebusqué entre mis cosas: cartas de mis amigos, fotografías antiguas… Era justo lo que necesitaba: volver a casa. A mi verdadero hogar.

Saqué mi teléfono, me puse los auriculares y empecé a escuchar la música de uno de los grupos españoles que más me gustaban: Pignoise. Porque siempre que viajaba a España, me daba

por ver series y películas y escuchar su música para seguir manteniendo mi castellano al día.

Las palabras se lleva el viento,
que las estrellas se quedarán.
Ya no corro detrás de nadie más,
de todas las promesas que se van…

En cuanto la voz de Álvaro, el vocalista, se fundió en mis oídos, su letra me caló hondo, removiéndome por dentro. Joder…

He leído el final del cuento
y ya sabemos que acaba mal.
Quiero correr detrás de la verdad,
de todas las promesas que se van.

Creo que fue algo así como un acto reflejo, porque no pude evitarlo y empecé a teclear. Primero, a Emma.

Xana:

Estoy bien. Estoy en casa.
Pero no quiero hablar sobre eso ahora.

Después, decidí contestar a River. Yo no era de las que se escondían. Y creía que todo el mundo se merecía una mínima explicación, la misma que no me dieron a mí. O no a tiempo…

Xana:

Estas semanas han sido geniales,
pero han sido una mentira.
Ya puedes volver a la realidad. A la tuya.
Yo ya lo he hecho.

Las respuestas no tardaron en llegar.

River:

¿Qué estás diciendo, Xana?
¿Puedes explicarme lo que ha pasado?
Nunca, en toda mi vida, he sido más real.

Tragué saliva al leerlo, pero me negué a contestar al recordar ese vídeo y, sobre todo, lo que escuché en su discusión con Liam. Y sentí cómo mi corazón volvió a crujir de nuevo.

Emma:

Avísame cuando quieras hablar sobre ello.
Estaré aquí. A solo una llamada.

Dejé el teléfono bocabajo, sobre el colchón, como si así hubiera tomado una decisión determinante: no volver a responder. Llamaron a la puerta y esta se abrió sin esperar; mi abuela entró con un vaso de leche y unas galletas, como solía hacer cuando era niña y me caía de la bicicleta.

—Estarás cansada… —Dejó la bandeja en la mesilla y se sentó a mi lado.

—He dormido algo en el avión. —Me encogí de hombros.

—¿Qué ha pasado, cariño? Yo… Bueno, estoy encantada de que estés aquí, pero tu madre me ha contado que Oliver y tú no estáis en vuestro mejor momento.

—No estamos, abuela. Directamente, ya no estamos en ningún momento. Lo nuestro se acabó.

—Ah —musitó, pensativa—. ¿No tiene arreglo?

No sé por qué, pero mientras me preguntaba por Oliver, mi cabeza no podía dejar de pensar en River.

—No. No tiene arreglo.

—¿Por qué, cariño? ¿Qué ha pasado? —Se quedó en silencio unos segundos y al ver que no contestaba, porque mi mente estaba en otro sitio, básicamente, continuó—: Hay ocasiones en las que el amor es difícil, Xana. Cuando pasa el tiempo, nos relajamos. Pero si hay amor, cualquier cosa puede solucionarse. Todos nos equivocamos. Todos. Los errores son humanos…

—Ya lo sé.

—¿Tan grave es lo que ha hecho?

No. Sí. Porque, realmente, no sabía de lo que estábamos hablando. O de quién, más bien. Aunque estaba allí, en el lugar que más adoraba de toda la Tierra, mi mente estaba lejos, en una playa paradisiaca del Pacífico, dudando sobre lo que había ocurrido durante las últimas semanas. Porque alejarse de lo único que me había hecho sentir viva era una contradicción, una decisión tan errónea e inoportuna como dolorosa. Y ya no había vuelta atrás.

Capítulo 27



Liam

Si tuviera que describir a River, podría hacerlo de dos formas completamente distintas. Podría hacerlo rápido y sencillo: River era impulsividad en su máximo exponente. Sin más. O podría contar la verdad incómoda: mi amigo era puro fuego. No de ese que te calienta, sino de ese otro que ilumina toda la fiesta, haciéndola brillar y cuando te das cuenta, te ha quemado hasta las cortinas. Pero le quería como a mi hermano; después de una vida juntos, era mi verdadera familia. Y eso que, en ocasiones, me daban ganas de lanzarlo al mar para que se enfriase…

Tenía una energía que arrastraba y arrasaba con todo a su paso. Cuando entraba en un sitio, el aire cambiaba. Porque él era así, vibraba, era intensidad pura. Vivía, sentía y decidía de forma acelerada. Si la vida fuera una autopista, él iría sin cinturón, acelerando a tope y con su media sonrisa. ¿El problema? Justo ese, que no sabía frenar.

Cuando algo le daba igual, era invencible, pero cuando algo le importaba, la cosa cambiaba. Eso era algo que casi nadie veía; debajo de esa seguridad innata, había un tipo que se asustaba cuando algo le importaba de verdad. Y eso fue justo lo que le pasó

con Xana, aunque yo no quisiera decírselo. Era el momento de que despertase y se diera cuenta por sí mismo de que si huía era porque sentía demasiado y, realmente, él no sabía qué hacer con eso.

River era leal hasta la médula. Si eras parte de los suyos, te defendía, aunque tuviera al mundo en su contra. Porque también tenía esa manía absurda de creer que podía con todo él solo. Nunca pedía ayuda. No daba explicaciones ni se abría con facilidad.

Era brillante, magnético, imprevisible, pero, sobre todo, era un chico que aún no había aprendido que ser fuerte no era lo mismo que no romperse. Y ahora le tocaba hacerlo.

Cuando salió corriendo de la reunión, casi lo mato. Le llamé para hacerle entrar en razón, pero le conocía demasiado bien y sabía que eso no iba a suceder, así que hice lo mismo que hacía cuando salía su lado kamikaze, impulsivo y descerebrado: respirar profundamente, fingir mi sonrisa más profesional y hacerme cargo de todo lo que él se estaba cargando poco a poco. Porque una cosa era que hubiera desatendido las grabaciones de las últimas semanas para pasar tiempo con Xana y otra, muy distinta, que huyera en medio de una reunión para salir corriendo tras ella.

Regresó casi cuando terminamos y en cuanto le vi aparecer, supe, por su rostro, que las cosas no habían salido como él esperaba. Le hice un movimiento de cabeza para que se dirigiera a un lugar apartado y fui allí, con él.

—¿Cómo se te ocurre largarte así? ¿Dónde has ido?

—Al muelle para ver si pillaba a Xana. Se ha marchado.

—¿Cómo que se ha marchado? ¿Así, sin más? ¿Sin avisarnos?

—Eso parece. —Se frotó el rostro, desconcertado.

—¿Qué le has hecho?

—¿Por qué todos me preguntáis lo mismo?

—Porque te conocemos —bromeé, pero no le hizo gracia. Ninguna—. ¿Quién más te lo ha preguntado?

—Emma. Por cierto, está aquí.

Me puse nervioso. Solo con escuchar su nombre.

Siempre había tenido un plan bien claro: mi trabajo y nuestros objetivos profesionales, primero. El amor, si es que

aparecía, que lo hiciera sin molestar, sin exigir demasiado, sin desordenar lo que ya había.

Entonces, llegó Emma y se instaló en la urbanización de River, a solo unos metros de su casa. Y lo que empezó como un tonteo claro e inocente —aunque de inocente tuviese poco— acabó convirtiéndose en algo que cada vez me atraía más, que hizo que comenzara a pasar más tiempo en la casa de mi amigo, si es que eso era posible, o que me descubriera a mí mismo mirando el móvil en medio de una reunión importante, releyendo un mensaje suyo como si fuera un contrato que me negaba a firmar, pero que tampoco iba a rechazar. Y eso me inquietaba como nunca.

Porque mi vida siempre había sido una línea recta, clara y ascendente, y ella de línea no tenía nada. Emma era una curva peligrosa en la que me había metido de lleno. Y lo peor de todo era que una vez que entrabas allí, ya era imposible salir.

Solo con escuchar que ella estaba en Bora Bora, algo se encogió en mi interior. Esa isla no era lo suficientemente grande para los dos. Y menos después de lo que había ocurrido entre ambos.

Antes de que Xana llegara a Los Ángeles, Emma y yo habíamos alcanzado ese punto en el que nos pasábamos el día hablando, aunque fuera sobre tonterías. Era como si hubiera una extraña conexión entre nosotros que me obligaba a sentirla cerca. Aunque solo fuera a través de mensajes absurdos.

Y allí estábamos, a las dos de la mañana, hablando de todo y de nada.

Liam:
Mañana tengo una reunión importante.
Si llego tarde, será oficialmente tu culpa.

Emma:
Ah, ¿sí?
¿Y eso por qué?

Liam:
Porque debería haberme ido ya a la cama.

Emma:
¿A la mía?
Bonita forma de decírmelo.

Liam:
Quiero decir que debería estar durmiendo ya.
Y, en cambio, estoy aquí, leyendo tus mensajes como si escondieran instrucciones secretas.

Emma:
Creo que intentas hacerte el interesante…
Lo mismo ni siquiera tienes una reunión mañana.

Liam:
No intento hacérmelo, lo soy.
Pero te dejo que lo compruebes tú misma.

Emma:
¿Cómo podría comprobarlo?

Liam:
En una cena. Mañana.

Emma:
No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.
Eso me decían mis padres…

Liam:
Jajaja
Hoy es tarde. Y ha sido un día intenso.

Emma:
¿Productivo al menos?

Liam:
Mucho, aunque tengo una distracción constante.

Emma:
¡Vaya!
¿Qué te distrae?

Liam:
Una chica que hace demasiadas preguntas.

Emma:
Y tú las respondes todas.
El que debería estar durmiendo…

Liam:
Porque no quiero ser el primero en irme.

Emma:
¿Por qué?

Liam:
No lo sé.
Porque me gusta esto.

Emma:
¿Esto?

Liam:
Nuestras conversaciones.
Tengo la sensación de que si seguimos hablando un rato más, algo podría cambiar.

Emma:
¿Y quieres que cambie?

Liam:
Tampoco lo sé.
Pero por primera vez en mucho tiempo, me gustaría averiguarlo.

Y también por primera vez desde que Emma se había mudado a la casa de su tío, varios meses atrás, dimos el paso y decidimos quedar. El plan era sencillo: una cena en Walley´s, uno de los mejores restaurantes de Los Ángeles; un local con un cuidado jardín, en el que se encontraban repartidas las mesas, decorado con pequeñas luces amarillas que colgaban de un árbol a otro, creando un lugar mágico con cierto encanto.

Solo quedaba media hora para nuestra cita y estaba en casa, terminando de vestirme, cuando mi teléfono empezó a sonar. Al ver el nombre de mi hermano en la pantalla, dudé si cogerlo o no, pero un sexto sentido me llevó a hacerlo.

—Dime, Nick.

—Liam, tienes que venir —dijo, serio, mientras escuchaba música y alboroto a su alrededor.

—¿Ir? ¿Dónde?

—Estoy en una fiesta en Malibú y está la chica esta… —dudó, intentando recordar su nombre—. La hermana de River.

—¿Brooke?

—Sí, la misma. Creo que ha bebido demasiado, está subida en una mesa a punto de quitarse la ropa. —Elevó la voz para que

pudiera escucharle entre los gritos, que aumentaron—. No, creo que ya se la ha quitado. Está en ropa interior.

—¡Mierda! Nick, párala. —En un primer momento, no pensé en nada más, solo en lo que podría suponer para River si un escándalo más giraba en torno a él, pero luego recordé que se trataba de Brooke. No podía dejarla tirada—. Tienes que bajarla de ahí ahora mismo.

—¡¿Qué dices?! ¿Por qué iba a hacer eso? —cuestionó como si fuera un espectáculo digno de ver—. Solo te he llamado para avisarte, para que vengas a buscarla o llames a su hermano. Nada más.

—¡No me jodas, Nick! Yo ahora no puedo ir, tengo algo importante que hacer.

—Pues es una pena. —Colgó sin darme la oportunidad de responder ni decir nada más.

¡¡Joder!!

Pensé en llamar a River y avisarle de lo que me había contado Nick, pero luego, analizándolo bien, decidí que debía mantenerle al margen. Si River iba allí, acabaría liándola o a golpes para proteger a su hermana y debía evitarlo. Sobre todo, si quería que ese documental siguiera adelante.

Mierda…

Cogí el teléfono para avisar a Emma y tecleé con rapidez.

Liam:

Ha ocurrido algo urgente.

Llegaré tarde, pero llegaré. Espérame.

Mientras bajaba corriendo a por el coche, le pedí la ubicación a Nick, que no tardó en enviármela, y conduje hasta allí a toda velocidad, como si me fuera la vida en ello. Cuando llegué a esa mansión, ubicada frente al mar, con un enorme jardín y una piscina con efecto infinito, pensé que iba a ser imposible encontrarla, pero unos gritos captaron toda mi atención de inmediato. Me dirigí hacia aquel punto concreto, unas mesas ubicadas junto al césped, donde se repartía la bebida, y entonces los vi. Brooke estaba tratando de interponerse entre dos chicos que se estaban peleando, a puñetazo

limpio, y en cuanto me di cuenta de que uno de ellos era mi hermano, no lo dudé.

—¡¡Vale!! ¿Queréis parar? —gritó Brooke, sin que le hicieran caso.

—¡Basta ya! —Empujé a cada uno en una dirección, pero volvían a regresar al mismo sitio con la intención de seguir golpeándose. Me dieron ganas de solucionarlo a puñetazos, pero muchos de los jóvenes que había en esa fiesta serían menores y no quería meterme en problemas, así que me limité a separarlos—. ¿Qué coño pasa aquí? ¡Ya está bien!

Solo tras varios intentos, conseguí rebajar la tensión entre esos dos, que aún seguían aguantándose la mirada como si estuvieran perdonándose la vida.

—Esto no se va a quedar así, Nick. —El otro chico amenazó a mi hermano, antes de marcharse, ganándose un gesto de mi parte que podría haberle desintegrado.

Apenas le había dado tiempo a alejarse, cuando Brooke se dobló por la mitad y empezó a vomitar.

Joder…

Corrí a su lado, con dos zancadas, para sujetarle el pelo y poner mi brazo alrededor de su cintura para evitar que se desplomara al ver cómo sus piernas flojeaban.

—Joder, Brooke…

—Estoy bien —murmuró cuando parecía que había terminado.

—Sí, genial. —Nick puso los ojos en blanco al analizar la escena, a nuestro lado.

—¿Qué ha pasado con ese tío? Vas a tener que ponerte hielo en ese ojo.

—No ha pasado nada. Llévatela de aquí.

—¿Cómo que llévatela de aquí? Tú también vienes. —Mi voz sonó a orden y su gesto se transformó.

—Yo no pienso irme a ningún lado, Liam. Estoy en una fiesta con mis colegas y ella ya está a salvo contigo, así que podéis marcharos sin problema.

—Pues mira, yo creo que sí hay algún problema. En cuanto te cruces con ese tío, acabareis a golpes de nuevo.

—Qué va. Eso ha sido solo… Teníamos diferentes opiniones —dijo, dándose la vuelta para largarse.

—Ya. Diferentes opiniones —repetí escéptico—. Ten cuidado. Y no te metas en más problemas.

—No lo haré.

Sostuve a Brooke con más fuerza cuando empezamos a andar para dirigirnos a mi coche.

—¿Estás bien?

—No. Todo da vueltas. Creo que me voy a desmayar.

—¿En serio?

Casi ni me dio tiempo a pronunciarlo. Brooke se desplomó y tuve que cazarla al vuelo y cogerla en brazos para llevarla hasta el coche. La dejé en el asiento del copiloto, esperando que no le diera por vomitar y joderme la tapicería y la llevé a casa.

Cuando paré el coche en la puerta, intenté despertarla, que reaccionara para entrar por su propio pie, pero parecía misión imposible.

—Brooke. —Palmeé su cara con suavidad—. Brooke, vamos, estás en casa.

Abrió los ojos, adormilada, con esa mueca inocente que aún brillaba en su rostro.

—Liam… —Sonrió al verme allí.

—Venga, vamos. Estás en casa.

—Nooo… No… —protestó—. Mi madre no está.

—Te acompañaré dentro.

Me bajé del coche para ayudarla y rodeé su cintura con mi brazo para que no perdiera el equilibrio. Nunca la había visto así, pero desde que iba a entrar en la universidad, según me había comentado River, tenía demasiadas fiestas anotadas en su calendario.

—Liam, no… No le digas nada de esto a River, por favor.

—Tranquila.

Saqué las llaves de su bolso y la acompañé dentro. Ni siquiera se quitó la ropa; se deshizo de las zapatillas, que lanzó por los aires, y se dejó caer en la cama, haciéndose un ovillo.

—¿Estás mejor? —Me senté en el colchón para comprobarlo.

—No. Me encuentro fatal. Quiero vomitar…

—¿Más? —Asintió.

Fui a la cocina y le llevé lo primero que pillé, el cubo de la basura, por si a lo largo de la noche le daba por seguir expulsando todo el alcohol que había bebido.

—Gracias… —murmuró, cerrando los ojos—. Liam, prométemelo.

—¿El qué?

—Que no le dirás nada de esto a River. Ni a mi madre.

Volvió a abrir esos ojos grises que tanto me recordaban a los de mi amigo, los mismos que me explicaban que no quería decepcionarle, y no pude hacer otra cosa más que asentir.

—¿Puedes quedarte un rato? No quiero estar sola.

Miré el reloj y solté todo el aire, resoplando. Porque no debería haberlo hecho, pero la cagué. Me senté al otro lado de la cama y Brooke giró sobre sí misma para abrazarse a mi cuerpo y apoyarse en mi torso, adormilada.

—Solo un rato.

—Gracias…

Desde que tomé aquella decisión, cada vez que pensaba en esa noche, mi pecho pesaba como si tuviera una piedra dentro. Puede que fuera porque con River nunca había tenido secretos. Con él, había compartido olas, momentos inolvidables, resacas, peleas… y, aun así, seguíamos riéndonos igual, seguíamos siendo los mismos. Nos lo contábamos todo, aunque doliera, aunque fuese una estupidez. Pero desde aquella noche, me sentía como si estuviera fallando a mi mejor amigo, a mi propio hermano, con un silencio que escondía demasiada verdad.

No fue una traición planeada. Solo fue una llamada, una dirección, música demasiado alta y Brooke tambaleándose entre gente que no la estaba mirando bien. No podía dejarla allí y lo habría hecho por cualquiera. Fin. O eso era lo que me repetía para dormir. Sin embargo, con ella nada terminaba donde debería. Tenía la misma energía que su hermano, la misma forma de mirar, como si el mundo fuera demasiado pequeño para lo que llevaba dentro. Y

cuando aparecía, sentía que el cielo podría partirse en dos en cualquier momento.

La primera vez que pensé que aquello era un problema, no fue en esa fiesta. Ni cuando tuve que cargar con ella, inconsciente, hasta mi coche. Ni cuando decidí quedarme en su cama. El problema llegó después, días más tarde, cuando su nombre apareció en la pantalla de mi móvil, con sus mensajes inocentes, y sentí esa especie de corriente absurda recorriendo mi pecho. Como si supiera que era la peor idea del mundo y, aun así, mis dedos ya estuvieran tecleando una respuesta.

Intentaba recordarme constantemente quién era; la hermana pequeña de mi mejor amigo. La niña que corría detrás de nosotros, casi tambaleándose porque ni siquiera había aprendido a andar, cuando éramos unos críos. La misma que quería venir a surfear con nosotros, años más tarde, aunque las olas le quedaran enormes. Pero luego aparecía con esa forma suya de hablar, con esa risa que no pedía permiso y esa energía que rompía el aire y el discurso que me repetía a todas horas se volvía papel mojado.

Cada mensaje suyo me arrancaba sonrisas que intentaba ocultar incluso cuando estaba solo. Cada vez que quedábamos, me prometía que sería la última y siempre encontraba una excusa para que no lo fuera.

Al principio, pensé que solo había ido a esa fiesta para sacarla de un problema. En cambio, ahora empezaba a sospechar que el verdadero problema era yo por quedarme demasiado tiempo cerca de ella, aun sabiendo, perfectamente, que cuando los huracanes estallan, no preguntan a quién arrastran por el camino.



Mi mirada se cruzó con la de Emma, que se acercaba a esa sala de reuniones con paso ligero. Vi en ella que seguía reflejando lo

mismo que las últimas semanas: decepción, desilusión, enfado, orgullo… Una mezcla explosiva de todo eso.

—Hola, chicos —nos saludó cuando se acercó a nosotros, abrazándonos con cariño—. ¡Sorpresa!

—¿Has averiguado algo? —Fue lo primero que preguntó River, pero Emma negó con la cabeza.

—No me coge el teléfono. ¿Qué es lo que ha pasado?

—De verdad que no tengo ni idea. Ayer estábamos bien. Muy bien.

—Demasiado bien, sí —añadí con ironía—. Tanto como para estar rascándole minutos al día para enrollarse por los rincones.

—¿Qué pasa, Liam?, ¿que te da envidia? —Forzó una sonrisa exagerada—. ¿O es que te llama la atención que alguien saque tiempo para pasarlo con la persona que se supone que le gusta? Porque… entre nosotros podría haber ocurrido lo mismo, pero preferiste dejarlo pasar.

Touché.

Desde que falté a nuestra cita, le pedí perdón en innumerables ocasiones, le conté que le había fallado por algo importante, pero no pude darle más explicaciones. Le prometí a Brooke que su aventura con el alcohol no saldría de allí y yo nunca incumplía una promesa. Excepto aquella de que llegaría tarde a mi cita con Emma, pero llegaría… Fue un plantón en toda regla y entendía que estuviera enfadada. Lo que no entendía, y ni siquiera puede prever, fue que, con su llegada, aquel paraíso acabaría convirtiéndose en el mismísimo infierno. Y no solo por esa tentación constante con nombre femenino y sonrisa provocadora, sino por cómo subió la temperatura… Más aún.

Capítulo 28



River

Una semana después…

Solo había pasado una semana. Siete días sin saber nada de ella, siete días repitiéndome ese «ha sido una mentira. Ya puedes volver a tu realidad», buscando una explicación, el verdadero motivo de su huida, pero… ¿una mentira? No supe en qué momento, ni

cuándo ni cómo, porque no había vivido nada más intenso en toda mi existencia. Probablemente, por eso, me jodió tanto que terminara así.

Mentira. La palabra se me quedó clavada como una etiqueta que no me podía arrancar, como si fuera un verdadero fraude.

Cuando leí su mensaje, me enfadé como nunca. ¿Mentira yo? Si había algo que no sabía hacer era fingir cuando algo me importaba. Así que era imposible que lo hubiera hecho. Incluso sin darme cuenta.

El segundo día, empecé a darle vueltas, repitiendo cada conversación, cada gesto, cada broma estúpida que solté y que quizá no entendió. Pero no encontré nada. O no nada preocupante, al menos.

No obstante, a partir del cuarto día, ya no me hacía gracia nada. Ni estar en el jodido paraíso viviendo un sueño. Yo siempre había sido de movimiento, de ruido, de gente alrededor, pero aquella semana descubrí algo incómodo: el silencio pesaba muchísimo más que cualquier titular. Aunque lo peor de todo era que no supiese lo que había pasado, dónde tocar o si debía pedir perdón por algo concreto, porque ese «ha sido una mentira» borraba toda nuestra historia como si solo hubiera sido parte de un decorado. Y no, yo no estaba actuando. Puede que, por primera vez, me hubiera olvidado totalmente de River Cross para ser solo River.

—¿Cómo vas? —se interesó Liam en uno de los descansos de la grabación.

En Maupiti, habíamos centrado las escenas en estilo de supervivencia, junto a Max, pero en Bora Bora, la historia se centraba más en mí, en el River creador de contenido que vivía al máximo cada día como si fuera el último. Sin embargo, me costaba sacar ese River a la superficie de nuevo.

—Genial.

Mi amigo sonrió incrédulo; sabía que no era cierto, pero que tampoco tenía ganas de hablar sobre ello.

—Esta semana ha sido interesante.

—Yo estoy deseando volver a casa —dije sin más.

—Yo también. Aunque solo sea por librarme de los comentarios mordaces de Emma. Creo que quiere acabar conmigo —

intentó bromear.

—Algo le habrás hecho…

Siempre evitaba el tema, pero sabía que entre esos dos había demasiada tensión sexual no resuelta acumulada.

—¿Has hablado con Brooke? —me preguntó de repente.

—No, ¿por qué?

La verdad es que no había tenido la cabeza para nada más aquella semana; había estado más distraído que de costumbre y los ratos que pasábamos fuera de la grabación, intentaba mantenerme entretenido con Liam o con las redes sociales.

—Me ha llamado porque tienes el teléfono apagado.

—Está en la habitación; se ha quedado sin batería de tanto grabar.

—Pasado mañana es el campeonato en Oceanside. La Super Girl Surf Pro.

—¡Mierda! ¡El campeonato! —Me tapé los ojos con la mano derecha, frotándome la frente, y acabé pellizcándome el puente de la nariz. Me había olvidado por completo—. ¿Por qué no me lo has recordado antes?

—Pensé que lo sabías, como soléis haceros videollamadas todas las semanas…

—¡Joder, no me acordaba!

—Ya te lo he dicho; últimamente, estás en las nubes. Más que de costumbre… Pero esto debías saberlo. No puedes faltar; ella te espera allí.

No, no pensaba fallar a mi hermana por nada del mundo.

La Super Girl Surf Pro era el evento de surf femenino más grande del mundo, donde habían competido y ganado surfistas muy jóvenes, y Brooke estaba muy nerviosa y emocionada porque era su primera vez participando en él. No sabía cómo había podido olvidarme.

En cuanto me lo dijo Liam, fui en busca de Santiago. Aún nos quedaban cuatro días de grabación, pero debía avisarle de que tenía que marcharme antes de tiempo. Y sabía que no le haría ninguna gracia.

Fui a su bungaló y cuando llamé a la puerta, me recibió con un gesto que me hizo sospechar que algo malo había ocurrido.

—Pasa. Justo iba a llamarte. —Me cedió el paso, cerró la puerta y me siguió hasta el amplio salón—. Me imagino que ya lo habrás visto.

—Ver, ¿el qué?

—¿No está echando humo tu teléfono?

—No lo llevo encima. ¿Qué ha pasado?

No dijo nada, se dirigió a la mesa, donde estaba su portátil, y reprodujo un vídeo que debía de estar viendo cuando llegué. Al leer el título, mi sangre se congeló: *River Cross rompe una boda.* En él, solo se veían imágenes de mis vídeos intercaladas con esa aventura en moto de agua junto a Xana, la secuencia del *seabreacher* que subí a mi canal, sin darle importancia a que ella apareciese detrás de mí, o ese beso que nos dimos en el muelle que, aunque no se apreciaba muy bien, apoyaba lo que decía una voz en off:

El conocido creador de contenido River Cross ha roto una boda que, según hemos podido saber, debería haberse celebrado esta semana. Según nos han informado estas mismas fuentes, River se metió en medio de esta pareja hace unos meses y tiene una aventura con la joven que aparece en los vídeos y que le ha acompañado en su viaje a la Polinesia francesa. ¿Será esta nueva conquista la definitiva?

—Y esto no es nada —añadió Santiago con gesto serio.

Me enseñó todos los vídeos relacionados, en los que se hablaba sobre Xana, sobre mí y sobre esa boda que se suponía que había destrozado al meterme en su relación. ¿Qué cojones…?

—Nada de esto es cierto.

—Ah, ¿no? Que me haga el tonto no significa que lo sea, River. Sé que Xana y tú estabais enrollados y que pasó algo para que ella se fuera como lo hizo, pero no dije nada porque no nos afectaba, pero ahora…

—Te estoy diciendo que todo eso es mentira. Cuando Xana y yo nos conocimos, su relación ya estaba rota porque su novio le había engañado.

—¡Me da igual cómo se rompiera su boda, River! Si es que la había… Lo único que me importa es que esto nos implica a nosotros directamente.

—No creo que…

—Te dije que nada de escándalos. —Se levantó con firmeza, mirándome fijamente.

—¿Qué se supone que debo hacer? Llevo un mes viviendo contigo, veinticuatro horas al día. Hay cosas que no puedo evitar y una de ellas es precisamente esa, que se hable de mí. Y más aún cuando lo que se dice es mentira.

—¿Esas imágenes en la moto de agua son mentira? ¿Y ese beso en el muelle? Solo faltaba que os hubieran pillado juntos teniendo relaciones. ¡River, joder!

—Hay cosas que no se pueden controlar, Santiago. Esta es una de ellas. Y si grabar este documental supone que deba dejar de vivir, quizá lo mejor sea que lo dejemos. Porque hay cosas, como esa, que no puedo cumplir, haga lo que haga.

—¿Que lo dejemos? —Rio con incredulidad.

—No te preocupes. Si es necesario, pagaré la cláusula penal de nuestro contrato —dije sin pensar—. Yo solo… venía a avisarte de que mañana por la noche tengo que regresar a California, por si podíamos terminar las grabaciones mañana.

—¿Cómo que volver a California?

—Es un tema familiar importante. No es negociable.

Salí de aquel bungaló como si fuera yo quien tuviera la última palabra. Y en el fondo, así era.

Regresé a mi cabaña, cogí el teléfono y me puse a ver los vídeos y noticias que habían salido sobre Xana y sobre mí, sintiendo una intensa presión en el pecho que me obligó a escribirle. Quería dejarle su espacio y que fuera ella quien me explicara lo que había ocurrido cuando estuviese preparada, pero la conocía y sabía que si había visto esos vídeos, estaría afectada.

River:

No sé si has visto todo lo que está saliendo…
Si es así, espero que sepas que
no he tenido nada que ver.

Y que me encantaría poder hacer algo.
Pero, sobre todo, espero que estés bien.

Como imaginaba, no tardó en leerlos, pero no hubo respuesta.

Me senté en la hamaca de la terraza, observando el reflejo de la luna sobre ese mar en calma, con el mundo a mis pies y sintiéndome sobrepasado, por primera vez en mi vida, por todo lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, solo tenía una cosa en la cabeza. Ella.

Porque… Si, según sus palabras, todo había sido una mentira, ¿por qué me dolía el pecho como si fuera lo más real que había tenido nunca?

Capítulo 29



Xana

Aquella fue una de las mejores semanas de los últimos meses, en la que solo me dediqué a descansar, disfrutar de la compañía de mi abuela, dar paseos junto a ella por la playa y desconectar del mundo. Después de todo lo que había vivido, lo necesitaba para reconectar conmigo misma. Aunque mi subconsciente seguía torturándome con sus advertencias y provocaciones constantes para que siguiera las vivencias de River en Bora Bora, me negué. O lo intenté, dejando el móvil la mayor parte del tiempo en un cajón. Pero todo se complicó cuando empezaron a pasar los días y comencé a echarle de menos. No pude evitar echar un vistazo rápido a sus redes sociales.

@Cross the world:

"Algunas vistas se disfrutan mejor cuando sabes con quién compartirlas".

Junto a ese texto había una imagen de River de espaldas, observando el horizonte, sentado en el bordillo de la piscina de su bungaló, sobre el mar. Esa piscina, idéntica a la que había en mi habitación, en la que tantos buenos momentos pasamos juntos. Y eso que solo pudimos disfrutarla durante una tarde…

«Ese texto va por ti», quiso pensar mi subconsciente, pero lo silencié de forma instantánea. «Solo había sido un polvo», así que

no, no iba dirigido a mí.

@Cross the world:

"Las mejores historias no necesitan ruido para seguir vivas".

Otra imagen suya, del día anterior, en la que se veía a River en la base del volcán Otemanu, el monte que coronaba Bora Bora. Amplié la fotografía y, entonces, me di cuenta del detalle. River llevaba puesta una camiseta de Cross en la que ya podía verse el logo que yo misma había creado, con ese precioso lobo sobre la rosa de los vientos. Algo crujió dentro de mí sin esperarlo y mis labios se curvaron en una mínima sonrisa orgullosa.

«Otra más», me rogó algo en mi interior. Y creo que, en aquella ocasión, no fue mi subconsciente, ni mi otro yo, sino mi corazón, que empezaba a bombear con fuerza al escuchar sus palabras en mi mente.

@Cross the world:

"A veces dar espacio también es una forma de quedarse".

En esa instantánea, salían River y Liam, montando cada uno en su respectiva moto de agua. Salían de espaldas una vez más, cabalgando hacia el horizonte, con esos lobos impresos en la parte trasera de sus camisetas azules, color que se fundía con el del mar.

Joder…

«¿Aún sigues pensando que eso no va por ti?». ¡Cállate!

Dejé el móvil sobre el colchón, bocabajo, evitando cogerlo de nuevo, y empecé a recoger mis cosas para guardarlas en la maleta. Ya era hora de volver a casa… Y con eso, no me refería a Los Ángeles, al piso que compartía con Oliver ni a la casa de Emma, sino a un nuevo estudio que había alquilado en una zona cercana a Central Park en el que pensaba empezar a escribir mi nueva historia. Era pequeño, un espacio mínimo con las necesidades básicas cubiertas, pero era suficiente para mí y sobre todo para lo que lo necesitaba: para comenzar desde cero.

Las cosas poco a poco estaban volviendo a su sitio y yo debía hacer lo mismo, aunque me costara.

Emma me había enviado varios mensajes desde Bora Bora, a los que le contesté con monosílabas y más seca que de costumbre,

pero esa misma mañana, decidió llamarme antes de coger su avión de vuelta hacia Los Ángeles.

—Hola —susurró muy bajito cuando se dio cuenta de que le había cogido el teléfono. Por fin. Si no quise hacerlo antes fue, precisamente, porque estaba enfadada —mucho— y no quería pagarlo con ella. Aunque tuviera parte de culpa.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien, mejor. Siento no… No haberte cogido el teléfono antes, Em, pero estaba muy mosqueada y prefería dejarlo estar y pensar antes que explotar contigo.

—No pasa nada. ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—¡Joder, Xana! Casi consigues que me dé un puto infarto. ¿Dónde estás?

—En España, he venido a ver a mi abuela, aunque hoy ya regresaré a casa.

—¿A Nueva York?

—Ajá.

—Puedes quedarte en mi piso el tiempo que necesites, ya lo sabes.

—Gracias, pero… Creo que a estas alturas todas tus plantas estarán muertas gracias a mí. No quiero sentirme más responsable —quise bromear, pero no me salió.

—No digas tonterías. Sabes que lo digo en serio.

—Lo sé, gracias, pero ya he alquilado algo. Creo que ha llegado el momento de volver a coger las riendas y dejar de huir.

Mi amiga se quedó en silencio, pensando en mis palabras.

—Nosotros volvemos hoy a casa también. De hecho, estamos en el aeropuerto.

Ese *estamos* atravesó mi pecho solo con pensar que River andaría cerca de ella.

—Genial.

—¿Vas a contarme ya lo que ha pasado? Que quieras hablar conmigo, por fin, no me tranquiliza. Necesito saber por qué te fuiste así, tan enfadada. River tampoco tiene ni idea.

Solté el aire por la nariz en forma de risilla escéptica.

—Ya te conté lo que había pasado entre River y yo, Em. Pensaba que… —Me dio vergüenza hasta pronunciarlo en voz alta, pero ella era mi amiga y si no lo hablaba con Emma, no lo haría con nadie—. Pensaba que teníamos algo, algo especial. O yo lo sentía así. La noche antes de irme, después de pasar un día increíble conmigo, en el que terminamos haciéndolo en la piscina… Varias veces —añadí—. Bueno, esa noche hizo un directo junto a otro *influencer* en el que dijo que no me conocía de nada.

—Venga ya, Xana; no me digas que te has ido por eso. River solo lo haría para protegerte del foco mediático.

—Eso creía hasta que fui a buscarle y le escuché discutiendo con Liam. Básicamente, le dijo que yo solo había sido un polvo y que me había contratado porque te debía el favor.

—Xana, yo… —murmuró avergonzada

—No soy una obra benéfica, Emma. Tengo sentimientos, ¿sabes? Aunque ahora estén por los suelos. No deberías haberle chantajeado para que me contratara y mucho menos para que me llevara con ellos.

—Xana, lo siento, pero…

—No, déjame que te lo diga, por favor. Llevo una semana pensando en cómo hacerlo. ¿Qué es lo que buscabas, exactamente?, ¿que River con su carácter me sacara del pozo?, ¿que me hiciera olvidar a Oliver? Pues enhorabuena, porque lo consiguió y ahora me siento como una verdadera labor social, como una mujer a la que quisieron por obligación a cambio de un puto documental.

—Xana, de verdad que no fue así.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo fue?

—Yo… Bueno, sí que le dije a River que te contratara porque me debía un favor. Porque yo convencí a mi tío de que una docuserie sobre River sería un éxito asegurado. Eso es verdad. Pero lo hizo porque quiso; River no se compromete con nadie y si te pidió que fueras con ellos, fue porque de verdad lo quería así. Y si se ha enamorado de ti es porque…

—River no está enamorado de mí.

—Lo está. Aunque no sé si es consciente de ello todavía, pero lo está. —Oí cómo sonrió—. Si se ha enamorado de ti, Xana, es porque eres alguien que merece la pena, una persona a la que es fácil querer y solo tú has conseguido eso. Tú y lo que habéis vivido durante estas semanas juntos. Yo ahí no he tenido nada que ver.

Analicé sus palabras y una pesada carga abandonó mi cuerpo. Debería haber hablado con ella mucho antes, pero el enfado y el orgullo no me lo permitieron.

—No deberías haberlo hecho. No tendrías que haberle chantajeado conmigo. Después de todo lo que hemos pasado juntos, me siento como una completa gilipollas.

—Lo siento, de verdad. Pensaba que os llevaríais genial y que te ayudaría a despertar, porque River es así, tiene ese poder sobre la gente, pero nunca creí que acabaríais enrollándoos. No estaba en mis planes.

—Deja de hacer planes, por favor —le pedí con un tono que empezaba a ablandarse.

—Lo haré, pero… ¿podrás perdonarme?

—No seas boba. Estás perdonada, pero no vuelvas a usarme como chantaje.

—No lo haré. Prometido. ¿Me llamas cuando llegues a Nueva York? Así me paso por mi casa, organizamos una noche de chicas y te cuento cómo han ido las cosas por aquí. Lo necesito…

—Cuenta con ello.

Cuando colgué, sentí un enorme vacío; sensación que se multiplicó poco después. Despedirme de mi abuela me costó más que nunca. Puede que fuera porque cada vez que iba a verla, estaba más mayor y siempre que me marchaba, lo hacía pensando que podría ser la última vez que estuviéramos juntas y eso me destrozaba por dentro. Porque era mi verdadera familia, la persona que más me quería del mundo y a la que adoraba. Y, quizá, ver cómo pasaban los años por ella me hacía comprender que no iba a ser eterna.

—Cariño —dijo estrechándome entre sus brazos, donde me habría quedado a vivir—, no voy a decirte lo que debes hacer y lo que no, pero necesito que me prometas una cosa. —Me miró a los

ojos y sentí cómo empezaron a vibrar por la despedida—. Que no pensarás en nadie a la hora de tomar decisiones, solo en ti y en lo que te haga feliz. Para eso estás aquí, Xana. No tienes que competir con nadie para casarte cuanto antes ni lograr el trabajo o la pareja de tu vida, solo tienes que ser feliz.

—Suena muy fácil en tus labios, abuela.

—Lo es, cariño. Lo es. —Cogió mi rostro entre sus manos, como si aún fuera la niña que corría por la casa con las rodillas raspadas, y me habló con esa calma que solo dan los años—: No dejes que esto te vuelva más dura, mi niña. Que te haga más sabia, si quieres, pero no más fría. El día que cierres el corazón por miedo, habrá ganado la persona equivocada.

Nos fundimos en un abrazo que sentí como si fuera eterno, inolvidable, pero no me permití llorar. O no hasta que entré en el taxi de camino al aeropuerto y nos alejamos de la que fue la casa de mi infancia. Marcharse de allí siempre era dejar un trocito de mi alma con ella y, poco a poco, cacho a cacho, fui sintiéndome vacía.

Tenía casi tres horas hasta que saliera mi vuelo, por lo que me senté en una cafetería del aeropuerto y empecé a mirar viejos mensajes sin respuesta. Los de él. Estaba tan centrada en disfrutar de aquella visita exprés y de mi aislamiento del mundo, que no les di importancia hasta que volví a leerlos. «No sé si has visto todo lo que está saliendo…» releí. No, no lo había visto y lo cierto es que ya me daba igual. O de eso quería convencerme.

Abrí las redes sociales y busqué las últimas publicaciones y vídeos en los que le habían etiquetado. «River Cross, el *destrozabodas*». ¿En serio? Cinco de esos vídeos y publicaciones tenían títulos similares y la mayoría de ellos estaban subidos por un usuario que me sonaba demasiado. Rebusqué en mi memoria y no me costó localizarlo; era el mismo que puso el comentario en aquel directo de Bora Bora confirmando que River estaba mintiendo, que sí me conocía, ya que yo era la chica que iba con él en el *seabreacher* de su propio vídeo. Arrugué el entrecejo, desconcertada por la extraña obsesión de ese usuario, y me adentré en su canal para ver el resto de sus vídeos. No obstante, al pulsar en la información de su perfil, su localización sembró la semilla de la duda: Nueva York.

No podía ser posible…

Con el paso del tiempo, había descubierto que no había nada más peligroso que mi subconsciente cuando quería obtener información. Porque era capaz de pasarse las horas, y los días, estudiando datos y relacionándolos entre sí para conseguir lo que buscaba. Como ocurrió en esa ocasión, en la que un canal de YouTube, centrado en acabar con la imagen de River, me llevó directo a una dirección de correo electrónico que me congeló el alma.



Aterricé en el JFK tras más de doce horas de vuelo, con su respectiva escala, con una única idea en mente: un café pendiente en una cafetería del aeropuerto. No podía esperar más.

Antes de subirme a ese último avión, escribí a Oliver. Teníamos que hablar y no podía seguir posponiéndolo. Ya no.

Xana:

¿Podemos quedar para hablar?
No deberíamos seguir alargándolo…
Llego a las cuatro al JFK.
Si quieres que hablemos, te espero
en la cafetería que tanto me gusta.

Basura humana:

Allí estaré.
Puntual, como siempre.

«Primer golpe: falsas esperanzas. ¡Bien hecho, Xana!».

Cuando entré en el local donde habíamos quedado, le vi al fondo de la sala, sentado en un sofá, practicando sus calculados gestos frente al teléfono.

Me acerqué a él con una seguridad asombrosa y le saludé con un movimiento de cabeza que le pilló por sorpresa, ya que él se

había levantado, incluso, para abrazarme.

«Demasiado fácil, guapo», se recochineó mi mente.

«Demasiado rápido».

—Ho… Hola —titubeó—. Me alegro mucho de que hayas querido quedar. Pensé que estabas… No sé. Cerrada a cualquier tipo de conversación.

—Siempre estoy abierta a hablar, Oliver. A dramatizar, como hiciste en Los Ángeles, no tanto.

«Segundo golpe». Él sonrió incómodo como respuesta.

—¿Quieres algo de beber? —se ofreció con su conocida amabilidad.

—Un café con leche.

El camarero, que estaba cerca de nosotros, lo preparó y no tardó en servírmelo.

—Xana, lo siento. De verdad. No quiero volver a sacar el mismo tema, pero yo… la cagué, estaba confundido y…

—Oliver —dije con un tono firme—, ya es hora de dejar eso atrás, ¿no crees? —Di un sorbo de mi bebida y él me estudió como si me estuviera evaluando para un futuro proyecto.

—Sí, sí, claro. Eso es justo lo que quiero hacer. Necesito que me perdones.

—Estás perdonado —murmuré impasible, sin mirarle.

«Tercer golpe».

—Ah… ¿sí? —dudó de mi veracidad.

—Claro. Yo solo he venido para que me expliques esto.

Le mostré la pantalla de mi teléfono, en la que se veía el canal desde el que se habían subido los vídeos sobre River. Casi todos ellos.

—Ese es el vecino de Emma, ¿no? Ese chico al que estabas… —buscó la palabra— ¿conociendo?

—¡Deja de fingir! —Di un golpe en la mesa, molesta—. ¡Ya está bien, Oliver! ¿Qué piensas?, ¿que puedes seguir engañándome y mintiéndome constantemente? ¡Ten huevos por una vez en tu vida!

Apartó la mirada, valorando la situación, hasta que tragó saliva y empezó a justificarse. Típico de Oliver.

—Mira, yo solo intentaba protegerte. Ese chico no te conviene. Te conozco mejor que nadie.

Bebí otro sorbo y en esa ocasión, fui yo quien le evaluó, pero como si fuera una teoría obsoleta.

—Curioso. Porque si me conocieras mejor que nadie, sabrías que no necesito que me protejan de ser feliz. Además, ¿qué narices querías proteger con esos vídeos que lo único que buscaban era destruir la imagen de River?

Se hizo un silencio breve en el que Oliver intentó cambiar de estrategia.

—No me digas que no sientes nada cuando me ves, Xana. Los sentimientos no desaparecen de un día para otro.

—No, no lo hacen. Tú te encargaste de arrancarlos de raíz. Y sí, siento algo cuando te veo: gratitud.

—¿Gratitud? —Parpadeó confundido.

—Claro. Si no hubieras intentado sabotear lo mío con River, no me habría dado cuenta de lo bien que estoy ahora. Sin ti.

Dejé el dinero de mi café sobre la mesa y me levanté con una serenidad sorprendente, incluso para mí.

—Solo quería pedirte una cosa —añadí—. Deja de intentar estropear algo que ya no te pertenece. No por River, sino por ti. Empieza a parecer desesperado…

«Cuarto golpe y KO absoluto».

Me alejé de allí victoriosa, sintiendo que había ganado la partida de mi vida y notando su mirada asombrada en mi espalda. Porque puede que aquello no supusiera demasiado para cualquier otra persona, pero para mí era un gran paso adelante, uno definitivo que me acercaba enormemente a la Xana que tanto me gustaba, la misma que había sido durante las últimas semanas.

Tiré de la maleta por todo el aeropuerto hasta llegar a la parada de taxis y cuando me subí al vehículo, camino de mi nuevo hogar, desbloqueé la pantalla de mi teléfono para echar un nuevo vistazo a las redes. Me sorprendí al comprobar que River había subido una nueva publicación, una fotografía de sus ojos grises, en los que se veía reflejado ese paraíso en el que habíamos vivido

juntos. Una imagen que impresionaba tanto por su belleza como por el significado que desprendía. O el que tenía para mí…

@Cross the world:

"Sigo creyendo en eso que fue real".

Quise convencerme de que tampoco era para mí, ni por mí. Ni por lo nuestro. Pero esa frase tenía su voz. Y sus ojos… no podían mentir. Tuve que revisar las publicaciones anteriores, esas que jugaban con textos ambiguos, pero que parecían esconder mi nombre entre líneas.

Solo con esa última frase, una simple y sencilla, comprendí que él también lo vivió, que no fue un juego ni un secreto del que se avergonzara, sino un miedo mal gestionado. Eso cambió algo dentro de mí. No borró el daño ni me hizo correr a escribirle un mensaje o llamarle, pero abrió una grieta, una por la que se colaba la luz.

Y odiaba admitirlo, pero después de una semana intentando convencerme de que todo fue una mentira y de que solo fue un polvo más para él, lo único en lo que podía pensar después de leer sus publicaciones era en que me pasaba exactamente lo mismo que a él. Porque yo también seguía creyendo en eso que fue real.

Seguía creyendo en nosotros.

Capítulo 30



River

Al llegar a Oceanside, a esa playa en la que tantas veces había surfeado, lo primero que me golpeó no fue el viento, sino la memoria. Cerré los ojos y el olor a crema solar, a sal, a neopreno y a nervios, de los que nadie habla ni confiesa, me llegó tan profundo que dolió. Porque yo ya no competía, pero eso mi cuerpo no lo sabía.

La Super Girl Surf Pro no solo era una competición. Era un festival por todo lo alto con arena en las venas. Carpas, chicas con tablas que parecían verdaderas cuchillas bajo la luz del sol, música… Todo vibraba, todo tenía ritmo.

Cada vez que sonaba la bocina de salida, sentía un tirón en el estómago, como si alguien acabara de pulsar el botón de los recuerdos peligrosos. Las olas entraban limpias, pero imponentes, con esa arrogancia elegante del Pacífico; perfectas para lucirse o para humillarte.

Busqué a Brooke con la mirada hasta que la localicé dentro del agua, remando con esa mezcla de fe y terquedad que solo podía entender alguien que ha perdido y ganado en el mismo día. La observé desde la orilla, tratando de transmitirle mi tranquilidad y esperando que pudiera localizarme entre la multitud, pero ella estaba concentrada en las olas. Porque el surf es el único deporte donde puedes estar rodeado de miles de personas y, aun así, pelear solo contra el agua.

La conocía de sobra. Ella había ido allí para romperlo todo, no solo las olas. Cada giro suyo levantaba una cortina de sal que parecía un aplauso líquido. La energía de Brooke era muy distinta a la mía. Ella era más feroz, más eléctrica. No competía por parecer fuerte; lo era.

La playa rugía cuando alguien clavaba un aéreo mientras yo, sin apenas darme cuenta, apretaba los puños como si pudiera empujar la ola desde fuera.

Aunque nunca lo reconocería en voz alta, echaba de menos esa sensación: la espera. El momento exacto en el que decides remar o dejarla pasar. Esa fracción de segundo en la que todo tu pasado cabe dentro de una pared de agua.

Pero también sentí algo nuevo. Orgullo. Porque, aunque ya no estuviera ahí dentro, ver a Brooke allí, deslizándose sobre una derecha perfecta, me recordó que el surf nunca te abandona. Únicamente, cambia la forma en que te habita. Y ahora estaba viviéndolo allí, al máximo, con ella. Por ella.

Cuando anunciaron los resultados, ya sabía que su nombre iba a sonar por los altavoces. Y no porque sea mi hermana, sino porque

cuando alguien surfea así, el océano toma nota.

Tercer puesto. Bronce. A pesar de que, desde la orilla, para mí, siempre sería un oro. La vi remar en la semifinal con esa mirada que me resultaba tan familiar, esa que no buscaba aplausos; buscaba olas buenas. Y las eligió como quien elige qué batalla librar en la vida, con una técnica limpia, giros con intención y un aéreo que provocó que la playa entera se levantase para admirarla. Sonreí con un orgullo que podría haberme explotado en el pecho.

Cuando subió al podio, tenía sal en el pelo y las mejillas rojas por el sol de la tarde, con una mueca de esas que saben que han hecho bien su trabajo y que se encontraba entre las mejores. Porque ella no había ido allí a participar, fue a marcar territorio, a demostrar de lo que era capaz. ¡Y vaya si lo hizo!

Al verme entre la gente, contemplando la entrega de premios desde la primera fila, vino corriendo hacia mí, mirándome con ese gesto suyo que escondía un «no ha estado nada mal, ¿no?» para descubrir mi opinión como hermano mayor. Y como antiguo surfista. Sin embargo, yo solo pude reírme y estrecharla con fuerza entre mis brazos.

—Has estado increíble, Brooke —susurré sobre su pelo, sin soltarla—. En serio, increíble.

—Siento que me he llevado el oro solo porque hayas podido venir a verlo.

La apreté más fuerte aún contra mi cuerpo.

—Te lo prometí, ¿no? —Le di un beso en la cabeza, aspirando su olor a sal, arena y olas indomables. A surf.

—Bronce —dijo, quitándole importancia—. No está mal.

Me enseñó la medalla, que atrapé entre mis dedos con ese orgullo mezclado con cierta nostalgia, y volví a colocarla alrededor de su cuello como el mejor de los tesoros.

Brooke estaba a un paso de comerse el mundo. Lo mejor de todo era que ella aún creía que podía hacerlo, por lo que tenía el éxito asegurado. Y eso era lo que más me asustaba…



Brooke había ido hasta Oceanside con su club, pero ya que estaba allí, decidimos volver a casa juntos. No sin antes pasar por una conocida heladería cercana en la que solíamos tomar un helado con nuestros padres muchos años atrás, cuando era yo el que competía en esas aguas.

—Uno de Red Velvet —pidió mi hermana cuando llegó nuestro turno.

—Que sean dos.

Por norma general, habría pedido el de Kinder, pero ese sabor traería con él demasiados recuerdos y ese día, ya había cumplido el cupo máximo.

Dimos un paseo por la playa, charlando sobre el campeonato, donde aún seguía sonando la música, y en un determinado momento, cambió de tema de forma radical. Sabía que iba a hacerlo; iba preparado.

—¿Qué ha pasado con Xana, River?

—¿Qué ha pasado de qué?

—He visto todos esos vídeos. ¿Qué ha pasado? —insistió. Sabía que no iba a desistir hasta que hablásemos sobre ello, así que me quité la tirita de un tirón.

—Nada. Nos estábamos conociendo, salió a la luz y se jodió todo.

—¿Solo por eso?

—Bueno, supongo que en un directo que hice, en el que me preguntaron si la conocía, la cagué por completo. Dije que no tenía ni idea de quién era. Ha hablado con Emma y, por lo visto, ese ha sido parte del problema.

—¿Parte?

—Escuchó una discusión entre Liam y yo que no debería haber oído. Y sabes que soy un bocazas…

—Lo eres. —Sonrió con cierta comprensión. Después de todo, era mi hermana. Si no me entendía ella, ¿quién iba a hacerlo?

—Pues eso es todo. Terminó antes de empezar, así que no puedo contarte mucho más.

—¿Cómo que eso es todo, River? ¿Te gusta esa chica?

—Eso no importa.

—¡Claro que importa! ¡De hecho, es lo único que importa! ¿Te gusta Xana o no?

—Creo que es mucho más que eso.

—Está mal que yo lo diga, pero… ¡lo sabía! —Alcé una ceja, desconfiado. ¿Qué iba a saber ella? Si ni siquiera lo supe yo hasta que la perdí—. Te conozco demasiado, hermanito. Y sé cuándo alguien te cala demasiado hondo.

—Nunca nadie me ha calado demasiado hondo —repetí sus palabras.

—Por eso sabía que Xana sí. Por cómo la mirabas…

Aparté la vista para que no pudiera descubrir más cosas en mis ojos. Parecía que ya sabía demasiado.

—Bueno, pero ya es tarde para pensar en eso.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermano? —Frunció el ceño, haciéndome reír—. Nunca es tarde, River. Y si esa chica te gusta de verdad, no deberías dejarla escapar. ¿O es que a estas alturas piensas dejar de intentarlo por lo que pueda pasar? ¡No me fastidies! ¿Qué puedes perder?

Pasé mi brazo por sus hombros y la atraje contra mi cuerpo. No solo estaba orgulloso de ella como surfista, sino también de la gran persona en la que se estaba convirtiendo. Porque gracias a ella, yo también iba a comerme el mundo. O, al menos, iba a intentarlo.

Capítulo 31



Xana

Parecería imposible para la antigua Xana, pero lo primero que hice nada más llegar a mi nuevo estudio, fue comprar un cactus. E incluso le puse un nombre: Otis. No supe por qué, pero tenía toda la pinta de Otis y pensé que así, con nombre propio, quizá, era menos probable que se muriese. Aunque, conmigo, su destino estaba marcado.

Ya había trasladado todas mis cosas desde la casa de Emma hasta la mía y con tanto tiempo libre, ya las había organizado. Allí, los minutos se me hacían horas y los días parecían eternos. Nunca había estado sin trabajar y no tener nada que hacer llegaba a superarme. Por lo que me senté en la mesa del salón, encendí mi portátil y empecé a buscar ofertas de empleo en internet. Al sacar mi agenda del bolso, donde siempre solía llevarla, mi estómago se encogió y tuve que respirar profundamente para deshacerme de la presión que se había creado dentro de él.

No sé cuántas ofertas llegué a analizar ni cuántos currículums pude enviar, pero acabé tan saturada que sentí que debía desconectar durante unos minutos. Abrí Instagram en el ordenador y cuando esa fotografía suya ocupó gran parte de mi pantalla, un huracán de sentimientos, todos mezclados y arrolladores, me sacudió por dentro. Era una de las fotos que yo misma saqué en

nuestra excursión a la cima del monte Teurafaatiu, en Maupiti; una imagen de las que te quitan el aliento porque esta desprendía naturaleza, aventura y la parte más salvaje de River con solo mirarla. Él aparecía de frente, mirando a la cámara, con esa sonrisa ladina y gamberra que siempre le acompañaba, y una camiseta azul celeste, que no solo contrastaba con el color tostado de su piel, sino que se fundía con esa paleta de tonos azules que se veía a sus espaldas, confundiéndose con el mejor paisaje que había visto en toda mi vida. Salía despeinado, con esos mechones rebeldes y castaños, que adquirían cierto brillo dorado por el sol, cayendo en todas las direcciones sobre sus ojos provocadores. Y, entonces, lo hice. Empecé a leer el texto que la acompañaba.

"Es curioso comprobar cómo un vídeo más puede convertirse en una sentencia eterna. Supongo que cuando tienes a miles de personas mirando, eliges el escudo antes que la verdad. No porque esa verdad no exista, sino porque a veces proteger algo significa no exponerlo para cuidarlo. Aunque ahora soy consciente de que proteger mal también duele. Pero es que no siempre se eligen bien las palabras cuando hay demasiados ojos mirando. Quizá, por la presión o por querer ser la persona que deberías, esa imagen que miles de personas tienen sobre ti.

Precisamente, yo no soy el manual de instrucciones de nadie. Me equivoco, improviso, actúo antes de pensar o sin hacerlo. Y cuando me siento acorralado, tiro de ironía como si esta fuera la única salida. No soy experto en hacer las cosas fáciles ni, mucho menos, en medir lo que digo cuando me siento arrinconado, pero nunca, jamás, he sido de fingir lo que no siento.

Hay personas que no se anuncian, se viven. Personas que no necesitan ninguna etiqueta pública para ser importantes, que no son contenido, ni rumores, ni titulares. Son calma en mitad del ruido. Son verdad cuando todo alrededor parece espectáculo. Y cuando algo es de verdad, no necesita ningún escenario, ninguna programación ni ningún vídeo que lo demuestre. Aunque, tal vez, sí hubiera necesitado más valentía por mi parte.

A lo mejor, confundí discreción con negación, pero si algo he aprendido es que el silencio puede sonar más fuerte que cualquier

palabra mal elegida. Porque no todo el mundo entiende que, en ocasiones, el silencio no significa indiferencia. A veces es torpeza, miedo o simplemente alguien intentando no romper algo que no sabe cómo cuidar bien.

Al final, el que tenía claro lo que era real, lo sigue sabiendo. Aunque haya ruido. Aunque haya silencio".

R.C.

En un principio, me dije que no era para mí, que River siempre escribía cosas ambiguas y que el universo no giraba alrededor de mis heridas, pero seguí leyendo y cada frase tenía su voz, su forma de hablar cuando se ponía serio y esa mezcla suya de orgullo y culpa que nunca terminaba de admitir del todo.

«Proteger mal también duele», me repetí. Y no pude sentir indiferencia.

«¿Aún sigues pensando que eso no va por ti?».

Suspiré, desconcertada, vaciando los pulmones, liberándome de la carga. Me enfadé porque me negó, porque sentí que lo nuestro era algo que solo existía para mí, cuando no había cámaras delante; escuchar ese «solo ha sido un polvo» cuando para mí empezaba a ser importante.

Pero en ese texto… no negaba nada. No me nombraba, no me exponía, no convertía lo nuestro en espectáculo, pero tampoco se escondía ni huía. Y eso era nuevo.

Aún estaba enfadada; necesitaba esa valentía antes, no ahora. Una parte de mí no podía dejar de pensar «¿por qué ahora? ¿Por qué cuando me he ido?». Pero la otra parte, esa sensata y menos emocional, una que intentaba silenciar, sentía alivio. Porque lo que más me rompió no fue ese directo, sino pensar que quizá me lo había imaginado todo, que allí la única que sintió fui yo.

Sin embargo, esa fotografía era una especie de tirita para el alma. Aunque también dolía.

Apagué el ordenador y dejé el teléfono en la mesa, como si quemara, y me paseé por el salón, dando vueltas de un lado para otro, intentando convencerme de que eso no cambiaba nada, pero no lo conseguí. Porque no podía negar que algo se había movido en mi interior. ¡Y de qué manera!

No necesitaba que el mundo entero supiera lo nuestro, solo saber que él no lo había borrado como si no existiera. Y eso fue justo lo que sucedió. Ahora sabía que él no lo había olvidado y eso era lo peligroso.

Porque cuando creía que todo había sido un error, era más fácil odiarlo. Cuando pensaba que yo fui la única que sintió, podía construir orgullo encima. Pero si fue real para los dos, la historia no tenía por qué terminar. Y aunque aquellas publicaciones anteriores me dieron una pista, esta última lo confirmaba.

No sabía si iba a escribirle ni si quería perdonarle o si ese texto cambiaría el final de nuestra historia. Pero sí había algo de lo que estaba segura: no podía seguir fingiendo que no me importaba si él seguía ahí, esperando algo más, justo igual que yo.

Y eso… daba más miedo que el enfado. Porque el enfado me protegía. La esperanza no.



No supe en qué momento exacto me quedé dormida en el sofá, con el teléfono en las manos, con esa publicación abierta tras releerla una y otra vez, pero me desperté sobresaltada cuando este empezó a vibrar.

Emma:

Baby, ¿estás en casa?
Estoy en Nueva York.
¿Podríamos vernos?

Xana:

¡¿Qué?! ¿Cuándo has venido? ¿Qué haces aquí?
¿No se suponía que no venías hasta la semana que viene?
Claro, nos vemos cuando quieras.

Emma:

Perfecto. Baja.

Estoy en la puerta.

No me resultó extraño en absoluto. Emma era así, impredecible. Y donde decía blanco, podía pronunciar negro. Era un sinsentido con piernas, pero la quería tanto como la necesitaba.

Me puse unos vaqueros y una sudadera y bajé corriendo a la calle, deseando fundirme con ella en un abrazo, después de nuestra disputa. Sin embargo, cuando atravesé la puerta del portal y me encontré con *la visita,* el suelo empezó a vibrar bajo mis pies y se abrió ante mí.

River estaba allí, apoyado en un coche con las manos en los bolsillos y una postura relajada; algo que cambió en cuanto su mirada se clavó en la mía. No podía moverme, ni siquiera sabía si aquello era real o un producto de mi imaginación. Tal vez, después de soñar mucho con ello, había empezado a tener visiones.

Su rostro se llenó de desconcierto, como si no supiera qué hacer exactamente al verme allí, inmóvil; como si esperara una reacción por mi parte para acercarse a mí. Y no lo hizo hasta que no di el primer paso, fingiendo firmeza, pero notando cómo mis piernas se transformaban en una masa blanda e inestable.

—River… —susurré, incrédula. Necesitaba pronunciar su nombre para ser consciente de que estaba allí, frente a mí, a solo dos pasos de distancia—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo…? —Se encogió de hombros sin decir nada—. Emma —deduje, entonces, y asintió—. ¿Por qué no me has avisado?

—Si lo hubiera hecho, ¿habrías bajado?

La respuesta fue un silencio que no era incómodo, pero pesaba en el aire. No pude contestarle, porque no lo sabía ni yo.

—Necesito hablar contigo, Xana.

—Creía que ya lo habías dicho todo en esa publicación. —Por mi tono podría parecer que le echaba algo en cara, pero no fue así. Había izado la bandera blanca. Al menos, de momento. Teníamos que hablar y no podíamos seguir alargando la situación—. La he leído antes.

—Eso solo es lo que me he atrevido a escribir.

—Me negaste. —No era reproche; era herida—. Negaste lo que había pasado entre nosotros. Primero en ese directo y luego con

Liam —dije para que fuera consciente de que lo sabía, pero su rostro no cambió, así que imaginé que Emma se lo habría contado.

—Lo sé. Y lo siento. Xana, yo… —titubeó, dando un paso hacia mí, pero sin tocarme, respetando mi espacio—. Eras lo único que no quería que convirtieran en espectáculo. Y lo hice igual. Lo hice mal. —Bajé la mirada; no supe qué decir—. Me asusté. —Mis ojos ascendieron para encontrarse con los suyos tras su revelación —. No de nosotros, sino de lo que empezaba a significar. No sabía cómo hacerlo…

—Eso no es una excusa.

—No, no lo es. Es una explicación. Y te la debía.

Nuestras miradas mantuvieron en secreto una conversación silenciosa que tiraba de nuestros cuerpos. Porque ese silencio ya no era un muro inquebrantable, sino un puente en construcción que deseábamos cruzar.

—He leído esa publicación diez veces —me sinceré.

—Yo la he escrito veinte.

Ambos sonreímos con esa complicidad, mezclada con tensión, que nos unía siempre que estábamos cerca.

—Pensé que todo lo que habíamos vivido fue una mentira, River; que en esa isla la única que sentí algo fui yo, que lo que había pasado entre nosotros no te importó lo más mínimo.

—Me importó tanto que lo gestioné como un cobarde.

Sentí que esa grieta por la que empezó a entrar luz en la oscuridad más absoluta con sus publicaciones se hizo más grande, casi hasta llegar a deslumbrar.

—¿Y ahora qué?

River me miró como si acabara de quitarse la armadura y mostrara su parte más vulnerable, esa que nunca dejaba ver, y se encogió de hombros, pero no con chulería, sino con honestidad.

—Ahora… —dudó— no vengo a convencerte. Solo quería decirte que no fue mentira, que no me arrepiento de lo que hemos vivido, sino de no haber estado a la altura. —Las palabras se quedaron suspendidas en el aire, como si hubiera algo que no se atreviera a decir. Sin embargo, buscó el valor para pronunciarlo en su interior y soltó el aire de golpe—. Necesitaba que supieras que

me importas tanto que me dio miedo que el mundo tocara lo nuestro.

Ese vértigo conocido que me removía cuando él estaba cerca me atravesó, pero, en esa ocasión, no sonaba a caos, sino a verdad.

—Esto no arregla lo que dijiste —murmuré cuando noté que mis defensas se desplomaban al ser consciente de lo que sus palabras significaban. Y más pronunciadas por alguien como River.

—No, no lo arregla, pero es una buena manera para volver a empezar, ¿no crees? —Esbozó esa mueca gamberra que tanto había echado de menos, la misma que me devolvía la ilusión y que logró que me muriera por lanzarme a sus labios y borrarle esa media sonrisa a besos, pero ahí seguía, la duda, el control que intentaba marcarlo todo—: Siento haberla cagado. Siento que hayamos perdido estos días por no saber cómo sobrellevar todo esto. Pero lo que más siento es que alguien te hiciera creer que eres una chica difícil de querer. Porque, de verdad, Xana, quererte es lo más fácil que he hecho nunca.

«¡¿QUÉ?!».

Mi corazón se revolucionó, al borde del colapso. Mi mente se bloqueó y mi cuerpo sintió un intenso temblor que quise disimular. No supe qué decir ni cómo actuar, así que únicamente permanecimos en silencio hasta que pude volver a decir algo coherente.

—No vuelvas a hacerme sentir invisible —dije sin pensar, pero mis ojos desvelaban muchos miedos más.

River se acercó tanto que nuestras frentes casi se rozaron y nuestras respiraciones se mezclaron.

—Mírame, Xana —me pidió, subiendo su mano derecha para sujetar mi rostro por el mentón y forzar que nuestras miradas siguieran unidas—. ¿De verdad crees que podría seguir ignorando esto?

El vértigo de mi estómago se convirtió en un abismo que deseaba atravesar de un salto. Y justo en ese momento, al escuchar esa última frase, comprendí que si no le besaba en ese mismo segundo, sería por miedo. Y ya estaba cansada de tomar decisiones

desde el miedo, por lo que fui yo quien acortó ese último centímetro que nos mantenía separados.

En cuanto nuestras bocas se encontraron, esa electricidad que atravesaba mi columna vertebral al sentir su piel contra la mía regresó. Fue un beso lento, intenso, como si ambos estuviéramos comprobando que el otro siguiese siendo real. Un beso suave, inseguro. Pero no duró demasiado así… Porque todo lo que no nos habíamos dicho durante esa última semana se acumuló en ese primer contacto.

River me sostuvo por la cintura, como si temiera que volviese a desaparecer, y yo me agarré a su cuello para sentirle. Era todo lo que necesitaba: volver a sentir.

El beso se volvió profundo; no desesperado, pero sí urgente, porque cada segundo separados, estuvimos esperando ese momento.

Sentí su pulso acelerándose bajo mi piel y el miedo por lo que pudiera pasar en el futuro se desvaneció. Ahora me asustaba más la idea de no intentarlo que cualquier caída.

River y yo habíamos atravesado el orgullo, la distancia y el silencio. Durante una semana, intenté convencerme de que había sido una historia bonita con un final que no merecía, pero allí, con sus manos en mi cintura y esa mirada que nunca quiso mentirme, comprendí que aquello no fue el final; fue la prueba.

Porque no necesitaba promesas eternas, tan solo verdad. Y la verdad estaba justo ahí, en cómo me miraba, sin máscaras, sin público, sin miedo. Porque nos rompimos intentando protegernos y nos encontramos al dejar de fingir.

—Tal vez, tenías razón cuando dijiste que estábamos haciendo historia… —susurré sobre sus labios, negándome a separarme.

River sonrió, sosteniendo mi rostro entre sus manos con ese brillo gamberro que precedía a sus locuras, y rozó mi boca al hablar.

—Lo nuestro no es historia. Lo nuestro es leyenda.

Lo besé antes de que pudiera convertirlo en broma, como quien firma un pacto sin pequeñas cláusulas.

Apoyó su frente en la mía y por primera vez, en meses, no sentí que estuviera perdiendo el equilibrio. Y no porque el miedo

hubiera desaparecido, sino porque ya no estaba huyendo. No huía de lo que sentía ni huía de lo que era o de lo que había pasado. Simplemente, me permitía ser y sentir y dejar que ocurriera lo que el destino tuviese escrito para mí.

Mientras sus dedos se entrelazaban con los míos y nuestras bocas volvían a buscarse, una y otra vez, entendí que lo que habíamos vivido no fue el final, sino el prólogo de nuestra historia; que todo lo que dolió nos llevó exactamente a ese punto.

Porque si algo había aprendido era que las historias que de verdad merecían la pena no se escribían sin riesgo. Y la nuestra no acababa de empezar…

La nuestra iba a arder.

Epílogo



River

Tres meses después…

Siempre había pensado que era una especie de tornado, ese temible tifón que se generaba en zonas de calma, que entraba sin avisar, lo revolvía todo y se marchaba antes de que alguien pudiera detenerlo o ponerle nombre tan siquiera. Y ahora estaba allí, tres meses después, en el mismo sitio, inmóvil y sin ganas de alejarme lo

más mínimo porque ella me superaba de una forma que me dejaba sin aire.

No sabía que se podía querer así, de esa manera tan especial, tan distinta, fácil y libre. Tampoco sabía que alguien podía meterse debajo de mi piel sin pedir permiso. Quizá, por eso, porque siempre fui yo el que descolocaba, el que entraba como una explosión repentina y salía antes de que el humo se disipara.

Cuando Xana sonreía, sentía el Big Bang en mi pecho, dando origen al mismísimo universo. Cuando se enfadaba conmigo, me ardía el orgullo y no podía ni imaginarme volver a tenerla lejos. Y cuando me tocaba… deshacía todo lo que creía indestructible. Nunca nadie me había importado tanto como para poder romperme y eso era lo que más me desarmaba, que podría destrozarme si quisiera. Porque ya no era el intocable, el que siempre tenía la última palabra y la salida de emergencia a la vista.

Jamás podría enumerar todas las locuras que había llegado a hacer ni los límites que había cruzado. Antes vivía como si el mundo fuera un escenario y yo el protagonista, que podía hacer y deshacer a su antojo, pero desde que conocí a Xana, todo cambió. Porque llegó de repente, sin esperarla ni buscarla, y ahora cada vez que miraba al futuro, la veía a mi lado. Y eso asustaba más que cualquier caída, que lanzarse al vacío sin red ni protecciones, como un verdadero kamikaze.

Y es que Xana no me gustaba con calma, como era ella, sino todo lo contrario; provocaba en mí una sensación que me aceleraba. Constantemente. Desde que la conocí, mi cabeza y mis pensamientos iban a toda velocidad, aún más deprisa que de costumbre. Y mi corazón… parecía que iba a explotar en cualquier momento.

Ella no se deshizo de mi caos; lo abrazó. Xana ordenaba mi mundo, mientras yo le prendía fuego. Y allí, en medio de las llamas, encontramos el único lugar donde ambos encajábamos mejor que en cualquier otro sitio. Era como si después de viajar por todo el mundo y descubrir hasta el rincón más recóndito del planeta, por fin, sin preverlo, hubiera encontrado mi lugar. Uno con nombre, apellidos y una agenda organizada por colores, del que nunca querría marcharme.

Probablemente, por eso, tras nuestro reencuentro, me costó tanto separarme de ella. Porque estaba locamente enamorado de Xana y de lo que éramos juntos y me negaba a alejarme de nuevo. De hecho, estuvimos una semana conviviendo en su nuevo estudio en Nueva York sin separarnos para nada, enredando nuestros cuerpos constantemente para recuperar ese tiempo perdido del que estaría una vida arrepintiéndome.

—¿Por qué no vuelves a Los Ángeles? —murmuré sobre sus labios una noche, mientras «veíamos» una película. Digo «veíamos» porque en aquellos metros cuadrados, nadie estaba mirando la pantalla de la televisión. Xana estaba sentada sobre mí, a horcajadas, pegando su cuerpo al mío, besándonos como si no hubiera un mañana, como si todo el tiempo a su lado se me quedara corto. En realidad, así lo sentía. Junto a ella, nuestra historia —o, incluso, toda la eternidad— se haría corta, intensa e inolvidable.

—¿A Los Ángeles?, ¿contigo? —Abrió los ojos, sorprendida por mi propuesta.

—Claro.

—¿No crees que… es demasiado pronto?

—¿Y tú no crees que es hora de levantar el pie del pedal del freno?

Xana esbozó una tímida sonrisa que volví a besar.

—Solo lo digo porque… Bueno… —titubeé pensando en la excusa perfecta—. Estás buscando trabajo. Podrías buscarlo allí y así estarías más cerca de Emma.

Desde que su amiga le contó que no volvería a Nueva York, Xana la echaba de menos a todas horas. Y lo usé como motivo principal, a mi favor, con una media sonrisa inocente.

—¿De Emma? —cuestionó con picardía.

—Y de mí.

Solo lo propuse porque sabía que se había enamorado de Los Ángeles, casi tanto como yo lo estaba de ella. Pero fue una idea que dije sin pensar demasiado, como solía hacer siempre.

Los besos se volvieron hambrientos, rápidos y apasionados y acabamos uniendo nuestros cuerpos por pura necesidad, abandonándonos al deseo que latía en forma de electricidad entre

ambos. Necesitaba besarla, abrazarla, rozar su piel hasta volverme loco y descubrir cada una de sus marcas y cicatrices, incluso aquellas que no podían apreciarse a simple vista. Y es que yo nunca había tenido adicciones. Nunca hasta que la conocí y caí rendido a sus pies. Porque aquellos que decían que el control siempre acababa venciendo al caos, no nos conocían. Nosotros convertimos esa relación y la historia entre ambos en algo inquebrantable, irrepetible e inolvidable.

Cuando aquella semana terminó y tuve que volver a la realidad, esta me golpeó con dureza. Llevaba una semana centrado en lo más importante, en ella, en nosotros, y regresar a California y tener que afrontar mi vida, que había dejado en *stand-by*, supuso un verdadero reto. Siempre había vivido al límite, haciendo lo que quería cuando lo deseaba, y en esos momentos, solo deseaba una cosa, estar con ella. Sin embargo, tuve que volver a la rutina, esa que me agotaba y asfixiaba a partes iguales.

—¡Vaaaya! ¡El desaparecido ha vuelto! —Al entrar en mi casa, me encontré con ese inquilino que vivía allí el noventa por ciento del tiempo, sin pagar el alquiler. Liam me estrechó entre sus brazos con fuerza—. ¿Qué tal, Romeo? ¿Cómo ha ido?

—Menos cachondeo… —murmuré burlón—. ¡¡Caos!! —Solo llevaba una semana sin verle, pero para él, parecía una vida, porque se lanzó sobre mí, moviendo el rabo sin parar, dando lametazos al aire—. ¿Qué tal, campeón? ¿Me has echado de menos?

—La verdad es que no demasiado —contestó mi amigo por él —. Pero te veo de buen humor para todo lo que tenemos encima.

—¡Eh! —Le paré los pies—. Yo no tengo nada encima. Aún. Acabo de llegar; ¡ni siquiera he deshecho la maleta! Así que dame una tregua.

—¿Más? ¡Llevas una semana de vacaciones!

—Eso no es problema. Podría vivir siempre de vacaciones — me cachondeé, provocando que la mueca de su rostro se desbordara de agotamiento.

—¿Qué tal Xana? ¿Cómo está?

—Genial.

—¿Genial? ¿Después de aguantarte una semana? Esa chica es un hueso duro de roer, ¿eh?

—Eso parece, sí. ¿Y tú? ¿No estás de demasiado buen humor para todo lo que tenemos encima? —repetí con su mismo tono, provocándole.

—Yo no tengo nada encima —me imitó—. Tú sí. —Señaló a Caos, dejándose caer en el sofá, relajado al máximo. Jodido Liam.

—¡Esa es la actitud, amigo! —le animé.

—¿Sabes algo de Santiago?

—No puedes esperar para saber sobre el tema, ¿eh?

—Claro que sé sobre el tema. Sé que hemos tenido que pagarle una indemnización por incumplimiento de contrato. Y que ha sido bastante generoso, la verdad, porque podría habernos dejado hasta sin riñones.

—Eres bastante dramático, ¿eh?

—¿Dramático? La grabación se ha suspendido. Podría sacarnos todo lo que quisiera y más.

—Bueno, si lo hiciera, no podríamos echarle nada en cara. Estaría en su derecho.

—Lo estaría. Y nosotros casi arruinados —volvió a exagerar, obligándome a poner los ojos en blanco.

Me dirigí hacia el ventanal del salón, que tenía unas vistas alucinantes sobre la piscina, y eché un vistazo rápido al exterior.

—¿Y Emma? Tiene todo muy cerrado, ¿no?

—Creo que… Creo que está fuera, con su tío, haciendo las prácticas.

—Ah. —Entonces, mi vista se dirigió hacia la zona trasera del sofá, que estaba justo a mi lado, y encontré en el suelo una sudadera azul que conocía demasiado bien—. ¿Qué hace esto aquí? —La cogí —. Es de Brooke.

—¡Yo qué sé! —contestó indiferente—. Se le caería cuando vino a traer a Caos.

En ese momento, no le di importancia, pero debería haberlo hecho. Tal vez, porque nuestra confianza era tal que no pude dudarlo ni pensar otra cosa. Lo que decía Liam era incuestionable. Tanto como nuestra amistad. O eso creía…



No sabía que la distancia podía llegar a pesar tanto, de forma dolorosa e incluso punzante. Siempre creí que los kilómetros entre dos personas eran solo trenes, vuelos y llamadas a deshoras, pero no. La distancia podía llegar a atravesarte y meterse en tu pecho al colgar el teléfono y darte cuenta de que el silencio no huele a ella.

Durante las primeras semanas, me hice el fuerte. Quise convencerme de que solo quedaban unos días para volver a verla y, así, iba tachando fechas en un calendario mental. Una tras otra. Siempre fui experto en vivir solo, en no atarme y no necesitar a nadie, así que pensé que iba a poder con ello. Sin embargo, cuando llegaban las noches, y el ruido y las distracciones desaparecían, no había nada que pudiera llenar ese vacío. Solo una cama demasiado grande y ese recuerdo reciente del roce de su piel.

Lo peor —o lo mejor— de todo era que aquellos cuatro mil kilómetros no hicieron otra cosa más que hacer más intensa nuestra relación. Cada mensaje suyo me recargaba de energía para una semana entera. Cada «te echo de menos» me atravesaba como si fuera la primera vez que alguien me lo decía en serio. Y en realidad, así lo sentía. Era una necesidad vital creciendo sin permiso.

Intenté mantener mi ritmo, ese caos diario, y distraerme con planes improvisados, pero todo tenía un fondo distinto. Porque ella seguía presente en cada decisión y en cada paso que daba, aun estando a miles de kilómetros.

Cuando por fin rompíamos esa distancia, el mundo desaparecía. No era solo deseo; era urgencia, rabia acumulada, esa sensación primitiva que escondía un «te necesito ahora porque llevo demasiado tiempo sin ti». Cada abrazo tenía más significado y era más fuerte. Cada beso tenía algo desesperado, casi desafiante, porque debíamos recuperar en horas lo que la distancia nos había

robado en días. Nunca había echado de menos así. Jamás había sentido que alguien pudiera estar tan presente incluso cuando teníamos un continente separándonos.

Aquel día me desperté a la misma hora que cualquier otro, sin despertador y sin prisas, pero el ruido procedente de la piscina me obligó a levantarme. Me di una ducha rápida para espabilarme, cogí un donut de azúcar de la despensa y me asomé a la ventana para descubrir de dónde procedía el jolgorio, de un grupo formado por varios vecinos, en el que se encontraban Liam y Emma, entre otros.

—¿Sabéis que es ilegal hacer ruido un domingo a estas horas de la mañana? —voceé, fingiendo molestia.

—¿Y tú sabes que son más de las doce? ¡La mañana ya ha terminado! —contestó uno de nuestros vecinos.

—¡Venga, bella durmiente! —se cachondeó Liam, al que le regalé mi dedo corazón en todo lo alto—. ¡Te estamos esperando!

Abrí la puerta de mi habitación, que daba a una terraza con escaleras hacia el jardín, y me uní a ellos en menos de un minuto. Lo mismo que tardé en empujar a mi amigo al agua por el piropo gratuito de buena mañana.

Estuvimos lanzándonos a la piscina, haciendo piruetas en el aire, bromeando y haciéndonos ahogadillas hasta que nos faltara el oxígeno, disfrutando de aquella mañana libre que habíamos decidido tomarnos. Cuando estábamos en el césped de las zonas comunes, sentados en unas toallas que habían extendido sobre este, charlando sobre cualquier tema sin importancia, el teléfono de Liam empezó a sonar entre sus cosas.

—Es Santiago. —Frunció el ceño tras levantarse a cogerlo, justo antes de contestar—. Hola, Santiago. ¿Cómo va todo? —Un silencio largo—. Sí, ya sé a qué te refieres. —Otra pausa, algo más breve que la anterior—. Está aquí conmigo; te lo paso.

Me pasó el móvil y le hice un gesto para preguntarle qué le había dicho, a lo que me respondió con otro, quitándole importancia, para que hablara con él, sin más.

—Buenos días, Santiago.

—¿Qué tal, River?, ¿cómo estás?

—Bien. Todo bien. ¿Y tú?

—Bien, bien, hasta arriba de trabajo, como siempre, ya sabes. Te llamaba porque estoy en Silicon Valley y acabo de salir de una reunión con los ejecutivos de la plataforma. —Me quedé callado, esperando a que siguiera—. Hemos estado hablando sobre tu docuserie.

—Ah. —No pude decir otra cosa. No quería parecer nervioso ni mostrarle que me podía la curiosidad. Aunque, en cierto modo, no me importaba. O no quería darle importancia. Había tomado una decisión y si tenía que cambiar mi forma de ser para que se interesaran por mí, no había otra elección posible.

—El caso es que… Después de mucho hablar sobre todo lo ocurrido, han decidido que la suspensión de la grabación sea algo temporal.

—¿Algo temporal?

—Quieren apostar por River Cross —desveló sin darle más vueltas.

—¿Y eso? ¿Por qué han cambiado de opinión?

—No es que hayan cambiado de opinión, River. Es que… ya te dije que no podíamos afrontar ciertos escándalos ni los directivos querían que su plataforma se viera implicada en ellos. Pero he conseguido darle la vuelta a la tortilla. Les he convencido de que todo esto también es parte de ti, todo el revuelo que ocasionas, el movimiento de gente que tienes siempre alrededor, el interés de tus seguidores por saber todo lo que te ocurre…

—¿Quieres decir que ahora les parece bien todas las noticias que han salido durante las últimas semanas?

—No es que les parezca bien o no, pero forman parte de tu vida y si queremos mostrar quién eres realmente, también debemos enseñar esa parte, no tan bonita, que te afecta en tu día a día.

—¿Cómo pensáis mostrarla? —pregunté desconcertado porque no pensaba volver a fingir ni permitir que ciertas noticias siguieran rondando a mi alrededor.

—Haremos un recopilatorio con todo lo que ha salido durante las últimas semanas y tú podrás contar en primera persona cómo te afecta lo que dicen sobre ti.

¿Sobre mí? Me afectaba lo que decían sobre mi gente, sobre las personas que más quería, sobre ella. Lo que dijesen sobre mí pasaba a un segundo o tercer plano y podía ignorarlo como si fuera una corriente de aire que pasaba a mi lado sin generar ningún contratiempo.

—Si te parece bien, claro —añadió al notarme ausente.

—Sí, sí, claro. ¿Cuándo empezamos?

—La semana que viene. Comenzaremos con las grabaciones en Los Ángeles, así que… prepárate, que nos vienen unos meses moviditos.

Le agradecí que hubiera intervenido para que la serie siguiera adelante y cuando colgué, regresé junto a los míos. La sonrisa que me mostró Liam me reveló todo lo que necesitaba saber, que él ya se había enterado de las noticias.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—¿Y perderme esa cara de ilusión? Nunca. Pareces un niño con un juguete nuevo —comentó con sorna, pero lo dijo muy en serio.

Le devolví la mueca y me centré en ella, en Emma, que estaba sentada al lado de mi amigo y me analizaba con un gesto que me costó descifrar. La tensión entre esos dos parecía que iba a estallar en cualquier momento, pero ellos, en cambio, preferían jugar a ignorarla y fingir que no se daban cuenta. ¡Y una mierda!

—Muchas gracias, Em —susurré al atar cabos—. Porque… me imagino que tú has tenido algo que ver en todo esto.

—¿Yo? ¡Qué va! Yo no he hecho nada. —Eso fue lo que pronunciaron sus labios, pero su rostro me dijo todo lo contrario.

—Gracias —insistí con un gesto cómplice; el mismo que ella me devolvió.

Justo cuando iba a darle el teléfono a mi amigo, volvió a sonar en mis manos. Y juro que mirarlo, como lo hice, fue un acto reflejo porque nunca habría pensado en hacerlo.

Brooke:

Liam, llámame. Tenemos que hablar de lo de ayer.

Es importante.

Mi sangre se heló y mi corazón dejó de palpitar. Miré a mi amigo, que había leído esos mismos mensajes en su *smartwatch* y se levantó como un tiro para quitarme el móvil de las manos. En un principio, podría haber pensado que quería protegerme a mí. Pero, en realidad, estaba protegiéndose a él.

—¿Brooke? —cuestioné, confundido—. ¿Por qué tenéis que hablar? ¿Qué ha pasado?

—Nada —contestó, volviendo a guardar el teléfono—. Ehm… Estuvimos hablando sobre su universidad; conozco a uno de los profesores. Me imagino que será sobre eso.

Liam le quitó toda la importancia que yo podría haberle dado al tema y simplemente lo dejé estar. Preferí olvidarlo por un posible sexto sentido de hermano mayor; sin embargo, fuera lo que fuera, me arrepentí de haberlo dejado pasar. Sería algo que siempre lamentaría…

O, quizá, el hecho de que ella apareciera justo en ese mismo instante hizo que lo demás dejara de tener importancia. Sin ni siquiera haberla visto, un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Sobre todo, al ver la cara que puso su mejor amiga cuando Xana llegó a ese jardín. Porque justo en ese instante supe que ella estaba allí. Conmigo. Y que Emma había vuelto a jugármela para sorprenderme.

Me giré y cuando mis ojos chocaron con los suyos, el mundo volvió a adquirir sentido. Corrió hacia mí y cuando nuestra piel entró en contacto, la tensión se hizo palpable. La alcé en el aire con facilidad, feliz por tenerla allí, y la bajé despacio hasta que nuestras bocas encajaron en un beso tan intenso como profundo.

—¿Vas a seguir besándome como si fuera un espejismo? —preguntó sin separarse, con una mueca pícara que volví a besar.

—Te juro que si desapareces, ahora mismo cojo un vuelo a Nueva York.

—No voy a desaparecer. —Rio sobre mis labios.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo…? ¿Cuándo has llegado? —quise saber cuando me separé de ella a regañadientes. La necesitaba tanto que la habría cogido en volandas, sin alejar nuestros labios, para

llevarla a mi habitación y perderme en su cuerpo hasta que el día se hiciera noche y esta se volviera eterna.

—Estaba cansada de seguir contando los días que quedaban para vernos —susurró con una sonrisa divertida, bajando el tono de voz para que solo yo pudiera escucharlo.

—Así que… ¿has venido para desordenarme el armario otra vez?

—He venido para desordenarte la existencia —contestó con chulería.

—Ufff, eso suena demasiado caro.

—Demasiado tarde —quiso imitarme—. Ya he pagado el alquiler.

—¿Qué alquiler?

Xana se separó ligeramente, buscó algo en su bolsillo y me lanzó unas llaves para que las cazase al vuelo.

—El de mi nuevo piso —reveló con orgullo—. En Rolling Hills.

—¿Qué? —Mi corazón dio un vuelco inesperado.

—Me mudo aquí. Creo que Los Ángeles me ha robado el corazón…

Por cómo lo dijo, supe que no se refería a la ciudad exactamente y no pude hacer otra cosa más que volver a juntar nuestros labios para que nuestras lenguas se enredasen con una pasión desbordante.

—Eres peligrosa. Una verdadera temeraria…

—He aprendido del mejor. —Se encogió de hombros con ese gesto que hacía que me deshiciera por completo.

—Luego no podrás quejarte si esto se nos va de las manos. —La ironía era más que evidente en mi voz.

—Nunca he querido que estuviera bajo control.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es lo que quieres?

—Vivir donde está la gente que me importa.

—¿Y yo te importo? —cuestioné con una mueca incrédula, al mismo tiempo que me mordía la sonrisa para evitar que mis labios se curvaran.

—¿Tú? ¡Qué va! —Aumentó la seguridad en sus palabras—. Solo eres la persona por la que he sido capaz de romper mis propias

normas. Y eso, para mí, es casi un delito federal.

No pude evitar reírme. Era increíble, inteligente, preciosa e irresistible. Y estaba locamente perdido por ella.

—¿De qué normas estamos hablando?

—Puesss… Puede que me prohibiera enamorarme de ti.

Algo en mí se encogió sin esperarlo. O se hizo más grande al perderme en el brillo de sus ojos, en el que pude verme reflejado.

—Perfecto. Por fin estamos de acuerdo en algo.

—¿Perfecto?

—Sí. Porque ambos nos prohibimos lo mismo, aun sabiendo que ninguno lo íbamos a cumplir.

En esa ocasión, la que acercó la distancia entre nuestras bocas fue ella. Cuando nuestros labios volvieron a encontrarse, el mundo desapareció y todo empezó a girar a nuestro alrededor, como si acabáramos de convertirnos en el mismísimo centro del universo. Y en el fondo, así era. Porque todo mi universo estaba allí, con ella. A su lado.

Esa misma tarde, hicimos lo que mejor se me daba: improvisar. No sé por qué terminamos allí, en las playas de Malibú. O, probablemente, sí que lo sabía, pero no quería aceptarlo. Porque esa idea llevaba dando vueltas por mi cabeza durante semanas, esperando la oportunidad perfecta que me empujara a dar el salto. Y allí estaba, alquilando un par de neoprenos y una tabla para enseñarle a Xana a surfear, aunque sintiera una daga ardiente clavándose en mi alma.

—¿Estás seguro? —Xana se abrazó a mi cuerpo al verme ya preparado, con el neopreno subido hasta la cintura, dejando mi torso al descubierto, y asentí, convencido, justo antes de darle un beso en la frente.

—Te dije que te enseñaría —me limité a contestar, recordando la promesa que le hice en Nueva York, durante la última semana que fui a verla.

—Lo sé, pero…

—Pero nada. Coge la tabla y vamos al agua.

Le guiñé un ojo, Xana me obedeció y nos adentramos en el mar hasta la profundidad perfecta para aprender a surfear.

—Bueno, pues tú dirás. —Me provocó, tumbándose sobre la tabla.

—Lo primero de todo es elegir la ola perfecta.

—¿Cómo sabré diferenciarla del resto?

—Lo sabrás cuando la veas —contesté, gamberro, besando sus labios de forma fugaz—. Cuando la veas llegar, tienes que dar varias brazadas sobre la tabla hasta que sientas que te lleva con ella.

—¿Y ya está?

—No, eso es lo fácil. —Rio al escucharme—. Luego, levantas la cabeza, arqueas un poco la espalda y empieza el juego de piernas, lo más difícil. —Xana me prestó toda su atención, sin perderse ni un solo detalle, y yo hice los movimientos exactos para que pudiese visualizarlos—. El pie que vaya a quedarse detrás, lo pones a la altura de la otra rodilla. Y el de delante, lo colocas entre tus brazos y te incorporas de un impulso. Tienes que ponerte en el centro de la tabla. Y también flexionar las piernas. Si no, acabarás en el agua una y otra vez.

—Eso ya lo veremos.

Perdí la cuenta de las veces que lo intentó, pero no se rindió. Xana trató de levantarse y cuando parecía que por fin iba a lograrlo, acabó cayendo al agua de cualquier forma, haciéndome sonreír.

—¡Esto es imposible! —exclamó molesta.

—¡Venga ya! Estoy seguro de que puedes hacerlo.

Hizo un par de intentos más y cuando creí que iba a desistir, vio llegar una ola ligeramente más suave que las anteriores. Se subió a la tabla para remar sobre ella y se incorporó tímidamente durante algunos metros para acabar lanzándose al agua, superada por la emoción.

—¿Has visto eso, River? ¿Lo has visto? —gritó, feliz, entre la espuma que había surgido cuando rompió la ola.

—Sabía que lo conseguirías —pronuncié sobre su boca, sosteniendo su rostro entre mis manos para besarla.

—¿Quieres…? —empezó a preguntar con cierta timidez—. ¿Quieres enseñarme cómo lo haces tú?

Al escucharlo, un intenso escalofrío me atravesó y no pude contestar otra cosa.

—Solo una vez.

—Solo una.

Cogí la tabla, sintiendo cómo mis piernas flaqueaban durante un breve instante y empecé a remar hacia el horizonte sin pensarlo ni un segundo más. Solo lo hice una vez, pero fue suficiente para sentir que una parte de mí, esa que había querido mantener oculta y olvidada, regresaba con una fuerza descomunal para no volver a desaparecer, haciéndome sentir más vivo que nunca.

Xana no dijo nada cuando acabé de dominar aquella ola; simplemente, me recibió con un abrazo que reunió todas mis partes rotas. Pasamos varias horas en el agua, divirtiéndonos, ahogándonos el uno al otro, sin olvidarnos de los besos y las caricias que fluían entre nuestros cuerpos y nos removían como nunca.

Unos minutos más tarde, tras deshacernos de los neoprenos y devolverlos junto a la tabla de surf, nos sentamos en la arena para disfrutar de una de las mejores puestas de sol del mundo, la de Malibú, que jugaba con cientos de tonos rosáceos y azulados en su cielo, convirtiéndolo en un paisaje tan sublime que hasta la brisa marina parecía contener el aliento en su presencia.

Aún teníamos sal en la piel, el pelo húmedo y el alma marcada por la tabla. Hacía años que no sentía el peso del mar empujándome el pecho. Años… Justo desde que mi padre murió y no volví a surfear; las olas escondían demasiados recuerdos, demasiadas emociones difíciles de gestionar.

—Pensé que no lo harías… —Su tono suave me devolvió al presente, sacándome de aquellos recuerdos que tanto pesaban.

—Yo también.

—¿Y qué ha pasado?

Me apoyé sobre mis rodillas y giré mi rostro para observarla.

—Que estabas tú —me sinceré con el recuerdo del mar aún en mis músculos—. No había vuelto a surfear desde…

—Lo sé.

—No quería que esa pasión que compartía con mi padre se convirtiera en algo cargado de dolor. —Xana me miró como si entendiera todo aquello que yo no era capaz de decir—. Pero hoy no dolía.

—Hoy parecía que estabas volviendo a casa.

Esa frase me atravesó más que cualquier ola y esbocé una mínima sonrisa como respuesta.

—¿Sabes? —dije, cambiando de tema de forma radical. Lo necesitaba—. He estado pensando y… Podríamos ser socios.

—¿Socios?, ¿de qué? —Rio, nerviosa—. No sé qué es peor, que me saques de quicio o que me saques sonrisas.

—De quicio, está claro. —Le di un beso rápido—. Podríamos fundar una agencia de publicidad en Downtown.

—¿Una agencia de publicidad? ¿Nosotros?

—¿Puedes dejar de repetir todo lo que digo? —cuestioné, tan nervioso como ella—. Tú podrías encargarte de la agencia y yo pondría el dinero. De hecho, podrías empezar con la campaña de Cross.

—¿Y has pensado todo eso ahora? Así, ¿sin más?

—Bueno, en realidad, llevaba días pensando en cómo decírtelo.

Xana se lanzó a mis brazos para darme un profundo beso que sentí como una especie de respuesta.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un *ya hablaremos.* No podemos tomar una decisión como esta, así como así. No sé si será buena idea que tú y yo seamos socios…

—No seré un socio real. Seré tu socio en la sombra —me burlé.

—No sé, River…

—¡Venga ya! No me digas que esto te da miedo… ¿Y no te da miedo haberte mudado a cuatro mil kilómetros de Nueva York?

—Me daba más miedo quedarme lejos de ti.

Me acerqué un poco más a ella, aunque estábamos casi pegados, y le quité un poco de sal seca del hombro con un roce suave.

—Hoy he vuelto a surfear después de ocho años, Xana. ¿Y sabes qué? No me he hundido —me sinceré para que supiera leer entre líneas, para que se atreviera a dar ese nuevo salto.

Xana me sostuvo la mirada antes de responder.

—Hoy he cambiado de ciudad. Y tampoco me he hundido.

La abracé con fuerza, adueñándome de su calidez.

—Ya ves, siempre he creído que era yo el que vivía al límite, el impulsivo que saltaba sin mirar, pero tú acabas de hacer lo más valiente que he visto en mucho tiempo. —Apoyé mi frente en la suya, con el olor a salitre aún entre nosotros—. Nunca he querido una vida tranquila, Xana —murmuré sin ironía, sin defensa alguna—. Ni algo que no me sacuda por dentro o promesas que no quemen. No quiero algo que se pueda explicar sin que tiemble la voz. Y contigo tengo todo eso, justo lo que necesito.

Nuestros ojos se fundieron como si, por fin, estuvieran entendiendo algo por primera vez.

—¿Y si un día te cansas de mí? —Vi algo de broma en su pregunta, pero también había verdad. Y miedo.

—Me he cansado de fiestas, de muchas ciudades, de personas que prometían incendios y solo eran humo, pero de ti nunca podría cansarme.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque quererte… Quererte es lo único que no quiero que termine nunca. —Se le cortó la respiración al escucharlo, pero la mía ya estaba perdida.

Hice una pausa para besarla con suavidad al sentir cómo su mirada empezaba a vibrar. A nuestro alrededor solo se oía el murmullo relajante del mar, ese que, por primera vez en años, no sonaba a pérdida. Sonaba a comienzo.

—Te quiero a ti, Xana. Y estando contigo, que arda el mundo si quiere.

Pronuncié tan bajito aquella frase que casi dolía, pero mencionar esa palabra, que siempre había tenido prohibida, hizo que me sintiera mejor. Porque por fin, sin esperarlo, había encontrado mi sitio, ese del que nunca querría marcharme y al que volvería incluso si quisiera huir. Porque yo, que siempre fui tormenta sin dueño, ahora sabía exactamente dónde quería estallar.

En su vida.

Con ella.

Para siempre…

Agradecimientos

Siempre que me preguntan «¿qué es lo que más te cuesta al escribir una historia?» digo lo mismo: el final, porque nunca sé cómo va a terminar, y los agradecimientos, porque me niego a dejarme a nadie por el camino cuando esta aventura es posible gracias a tantas personas. Por eso, solo puedo daros las GRACIAS a todos por vivir esta experiencia a mi lado, por vuestros mensajes, audios y reseñas, por dar una oportunidad a cada uno de mis libros, por querer a sus personajes tanto como yo… Gracias por leerme, siempre.

Gracias a mis padres, por todo, por tanto, por ser los primeros en apoyarme y en estar ahí.

A Mey, para no variar. Porque cada libro juntas es una nueva locura repleta de ilusión. Nos queda mucho por delante, lo mejor… Gracias por ser, por estar, por llegar hace veinte años para quedarte.

A Irene (@ladyromanticbook). Por aguantar todas mis neuras y sacarme de cada enredo, en el que me meto yo misma. Gracias por tener siempre un hueco para mí, a cualquier hora, y ayudarme con cada historia. ¡Eres lo más!

A mis villanas: Anny (@lady_fuxia), Rose (@rosegatebooks) y Noe (@noeliafrutos_autora). Por aparecer y quedaros, sin más. Porque la vida no sería igual sin vosotras a mi lado…

A toda la comunidad de *bookstagram,* que me ha regalado gente maravillosa. En especial, a Marisa (@lecturasmapita). Porque esto no es lo mismo sin ti, pero sigues presente en cada conversación, en cada evento, en cada sonrisa, amiga…

A todos vosotros, a los que estáis ahí cada día; sería incapaz de nombraros sin dejarme a nadie, así que gracias por cada mensaje para subirme los ánimos, para preguntar, para charlar. Sois todos increíbles…

A Izan, Hugo y Javi, porque vivir cada día a vuestro lado es mi mejor aventura. Sois mi gran suerte.

A ti, que has leído esta historia, gracias por formar parte de ella… Gracias por ayudarme a seguir cumpliendo sueños.

Gracias, infinitas, siempre…